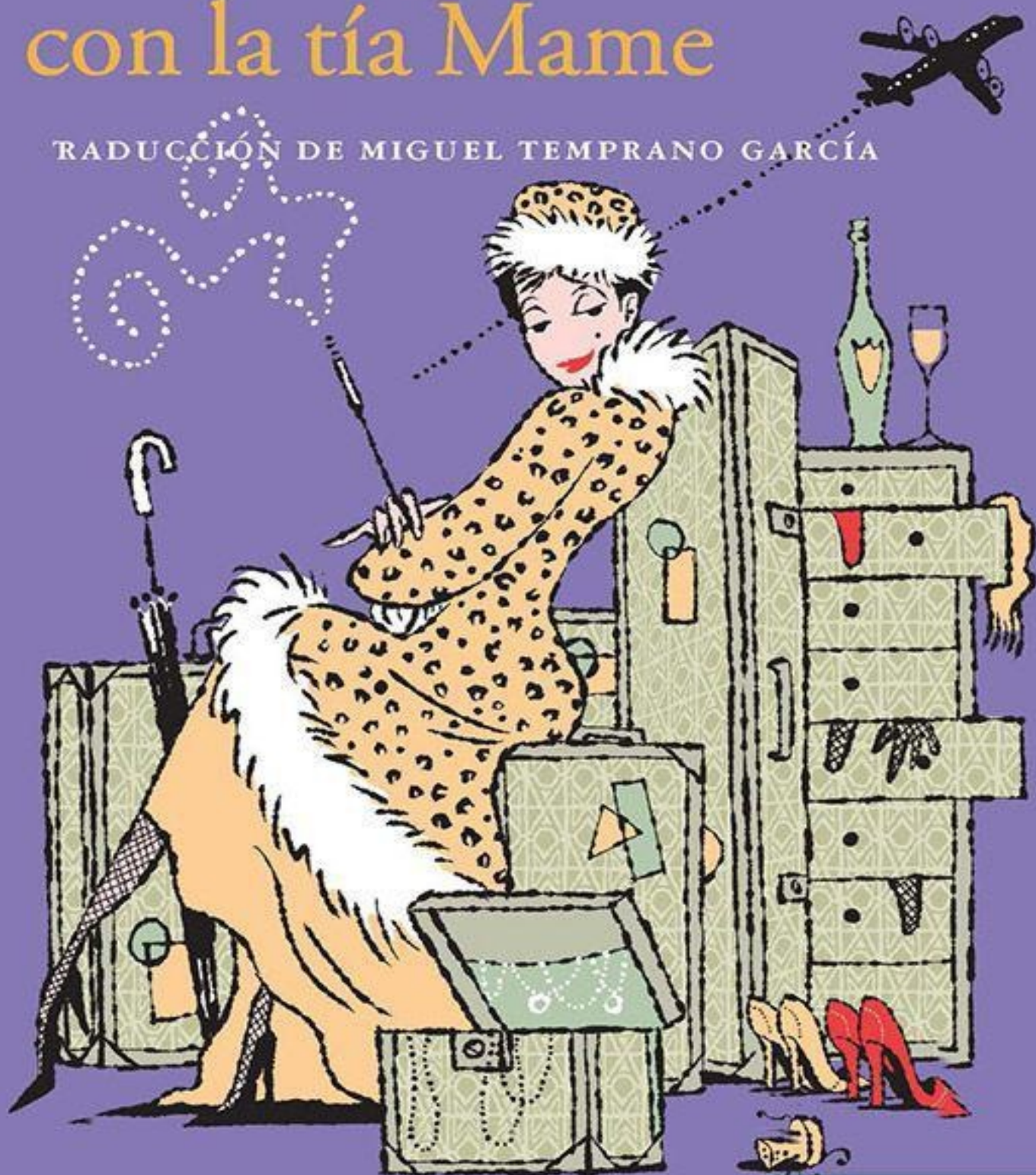


Patrick Dennis

La vuelta al mundo con la tía Mame

TRADUCCIÓN DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA



Lectulandia

Tras partir hacia Oriente con el pequeño Michael, tía Mame (que nos sorprendió y fascinó con *La tía Mame*) había prometido regresar a tiempo para la vuelta al colegio del niño. Pero ya han pasado dos años y medio, y nada se sabe de la extraña pareja, más allá de algunas postales fortuitas llegadas desde lugares exóticos. Pegeen está fuera de sí, pero Patrick intenta calmarla: tía Mame es la mejor compañera para dar la vuelta al mundo, su único problema es no ver nunca el momento de regresar.

Así que Patrick decide explicar a su mujer, con bastantes omisiones, una parte de su vida que había mantenido oculta hasta entonces: unos años antes de la Segunda Guerra Mundial, él dio la vuelta al mundo con tía Mame: París, Londres, la Austria nazi, la Rusia soviética y Oriente son algunos de los destinos de ese divertidísimo viaje, lleno de aventuras, en el que el lector no parará de reír con la extravagante y deliciosa Mame, con su sentido del humor irreverente y sus ganas de vivir.

Lectulandia

Patrick Dennis

La vuelta al mundo con la tía Mame

ePub r1.1

Titivillus 05.03.2018

Título original: *Around the World with Auntie Mame*

Patrick Dennis, 1958

Traducción: Miguel Temprano García

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la única e incomparable

ROSALIND RUSSELL

LA TÍA MAME Y LA POSTERIDAD

Ya casi estamos en Navidad y la perspectiva me resulta cada vez más odiosa. Las tiendas que no colocaron sus adornos por San Miguel se apresuraron a hacerlo con descarada ostentación en Halloween. En todas las esquinas hay altavoces que berrean villancicos enlatados. Los dependientes de Saks están más hoscos, los de Lord & Taylor más altivos y los de Bergdorf más quejosos que en ninguna otra época del año.

Por todas partes veo niños a quienes llevan de la mano a pedir carísimos regalos a los Santa Claus de los departamentos de juguetes. En los trenes de cercanías veo cada noche a padres cargados con enormes paquetes y hablando, no de los impuestos, ni de política, ni de la Bolsa, sino de las complejidades de montar trenes eléctricos y bicicletas inglesas.

Odio ir a diario al despacho porque lo único que me espera allí es un mensaje de ese idiota pomposo del Departamento de Estado explicando que siguen sin conseguir ninguna información fiable, pese a que están haciendo todo lo que está en su mano; un cable de la condesa de Upshot (antes conocida por Vera Charles) asegurando que estuvo a punto de toparse con ellos en el funeral del Aga Kan en julio, y que le *pareció* verlos en septiembre en el aeropuerto de Copenhague; y una farragosa carta de mi empleado en Londres, Percy «Peekaboo» Pankhurst, en la que me anuncia que su agencia de detectives sigue sobre su pista y me pide que le envíe otras cien libras.

Y odio aún más volver a casa de noche. Es una casa de estilo georgiano en Verdant Greens, una comunidad de doscientas viviendas de cuatro estilos distintos a poco más de una hora de Nueva York, si el tren no lleva retraso. Mi mujer y yo la odiamos. También odiamos Verdant Greens. Nos mudamos allí cuando nació nuestro hijo para que pudiera pisar la hierba, respirar aire fresco y asistir a una escuela más bien mediocre bajo la penetrante mirada de un grupo de madres entrometidas de Verdant Green que chapurrean la jerga psiquiátrica. Y últimamente mi mujer y yo incluso hemos llegado a odiarnos el uno al otro. Nuestra carísima y mal construida casita de siete habitaciones, dos baños y medio y una buhardilla se ha convertido en una concha vacía y hueca, la cárcel de dos personas solitarias, silenciosas y frustradas. El hijo por cuyo bienestar compramos la casa ya no está con nosotros. Lo secuestraron en 1954.

Cuando digo que lo secuestraron no me refiero a que recibiéramos notas de rescate ni a que encontráramos una escalera apoyada en la pared. Se marchó, recién cumplidos los siete años, con nuestros besos y bendiciones. Incluso lo despedimos con la mano en el aeropuerto de Idlewild cuando el enorme avión de la Pan-American se lo llevó a la India. Pero no hemos vuelto a verlo, y apenas hemos tenido noticias

suyas desde entonces. Eso fue en junio de 1954. Se suponía que estaría de vuelta a primeros de septiembre para empezar a tiempo la escuela. Han pasado dos años y medio y ahora nos enfrentamos a otras Navidades melancólicas sin Michael en casa. ¡Y todo porque a la tía Mame le cayó en gracia el niño y quiso llevárselo a hacer un viajecito!

Mi tía Mame es una mujer muy peculiar. Cuidó de mí cuando me quedé huérfano a los diez años. No porque nadie lo quisiera —ni mucho menos— ni porque ella tuviese el menor deseo de ocuparse de un niño solitario e hijo único durante sus buenos tiempos en 1929. Sencillamente, era mi única pariente con vida. Los dos acabamos juntos y tuvimos que contentarnos con eso.

El caso es que me cuidó a su desastrada manera, para espanto de mi fideicomisario, el señor Dwight Babcock, de la Knickerbocker Trust Company, de los profesores de la Academia San Bonifacio en Apathy, Massachusetts (donde acabé matriculándome el señor Babcock después de las incursiones de mi tía Mame en la educación progresista), y a veces incluso para mi propio espanto.

La tía Mame y yo vivimos en muchos sitios. Ocupamos un dúplex en Beekman Place en los años veinte cuando la tía Mame era todavía la señorita Dennis, todavía rica y todavía en su fase japonesa. Vivimos en una cochera en Murray Hill durante la Depresión, antes de que la tía Mame encontrara el amor, el matrimonio y se hiciese aún más rica como señora de Beauregard Jackson Pickett Burnside. Durante una temporada vivimos en una plantación de Georgia con el tío Beau. Luego, cuando la tía Mame se convirtió en la novena viuda más rica de Nueva York, vivimos en una mansión en Washington Square. También vivimos en diversos lugares de todo el mundo hasta que crecí y me casé. Después, la dirección de la tía Mame —siempre que se quedara el tiempo suficiente para tener una— fue el hotel St. Regis. Hoy no sé dónde estará viviendo la tía Mame. Ojalá lo supiese, porque ahí es donde vive también mi hijo Michael. Suponiendo, claro, que siga con vida.

Pero por muy excéntricos y poco ortodoxos —sus detractores han utilizado adjetivos como «depravados» y «demenciales»— que fuesen los métodos de crianza de mi tía Mame, no creo que ninguna de las cosas poco habituales que hizo conmigo me perjudicaran lo más mínimo.

No obstante, mi mujer, Pegeen, no es de la misma opinión. Cuando llegué anoche a Verdant Greens, la encontré esperándome en la puerta.

—Aquí fuera hace frío, cariño —le dije dándole un beso—. ¿Ha llegado el correo? ¿Alguna tarjeta de Navidad especialmente horrible?

Pegeen sabía perfectamente a lo que me refería y no se abstuvo de decírmelo.

—Sé perfectamente a lo que te refieres. Quieres saber si hay noticias de nuestro hijo o de esa loca que se lo llevó. Y la respuesta es «no». Igual que cada día de los últimos cuatro meses. ¡No! ¡No! ¡No! Dios mío, Patrick, no como, no duermo y ni

siquiera puedo pensar de lo preocupada que estoy al imaginar a mi niño en manos de esa vieja chiflada. Que sepamos, el pobre Michael podría estar muerto y enterrado.

—¡Oh!, no lo creo. Seguro que nos habríamos enterado.

—¿Enterado? ¿De qué nos hemos enterado? ¡Seis cables, cuatro míseras líneas en unas cuantas tarjetas postales: el Taj Mahal, una casa de baños en Tokio, un monasterio tibetano, un edificio de apartamentos en Tel Aviv que parecía una cómoda con todos los cajones abiertos, el Hilton de Estambul, el Festival Mozart, *Animation sur la plage* desde el cabo de Antibes, y otra docena parecida, y ni una palabra más de nuestro niño en dos años y medio!

—Eso no es cierto, Pegeen. Tanto Michael como la tía Mame se han acordado siempre de nuestros cumpleaños, nuestro aniversario, Navidad... y, además, han sido muy generosos. Todavía llevo aquella bata china de...

—¡Navidad! ¿Cómo puedes *pronunciar* siquiera esa palabra? Éstas serán nuestras terceras Navidades sin un niño en la casa. ¿No ves que todo el mundo en Verdant Greens debe de estar murmurando?

—Seguro que están murmurando, pero no me interesa lo bastante para...

—El niño casi tiene diez años. No lo he visto desde que tenía siete. Ya no podrá ser lobato en los *boy scouts* y yo tampoco podré ser monitora.

—No, si puedo hacer algo por impedirlo.

—De acuerdo, reconozco que suena patético, pero piensa en las otras cosas que se está perdiendo. Una escuela como es debido. Relacionarse con niños de su edad. Deportes. La escuela dominical. Las Navidades.

—Tonterías —respondí procurando aparentar toda la indiferencia posible, porque estaba tan preocupado por Michael y la tía Mame como Pegeen, pero no quería que se me notara—. Como decía siempre la tía Mame, se podía aprender más en diez minutos en su sala de estar que en diez años en el colegio. Y tenía razón. Me relacioné con más niños de mi edad de los que habría querido. Y por lo que se refiere a las Navidades, me hizo siempre unos regalos increíbles.

—¿Como qué?

Lo único que pude recordar a bote pronto fue una lista de objetos que difícilmente habrían tranquilizado a una madre preocupada: un caimán vivo, una espada de samurai, un chimpancé que murió al poco tiempo y un abono vitalicio para la academia de baile de Arthur Murray.

—¡Oh!, nada. Varias cosas muy bonitas.

—Pero ¿es que no te das cuenta de que nos ha robado a nuestro hijo? Si entrara ahora en este cuarto no reconocería a sus propios padres. ¡Oh, sé muy bien lo que pretende! Yo también soy mujer. Su plan es quedarse para siempre con nuestro hijo para educarlo según su capricho, de acuerdo con sus opiniones sobre la vida (la vida vista por Mame Dennis Burnside), y que acabe siendo tan descerebrado y excéntrico como ella.

—Un momento —dije—. Cuidó de mí desde los diez años hasta que escapé de

sus..., es decir, hasta que te conocí. ¿Tan raro te parezco? ¿Acaso no me ducho todos los días y tengo un trabajo honrado en una empresa respetable? ¿Es que guardo una colección de botas y látigos en el sótano? ¿No pago mis impuestos y vuelvo a casa cada tarde en el tren de las seis y tres minutos? A veces casi me gustaría ser un poco más divertido..., un poco menos gris.

—A mí también me gustaría, pero eso no viene al caso. Lo que viene al caso es que tu tía se llevó a nuestro hijo hace dos años y medio. Prometió traerlo a principio de curso, y ya estamos en 1957 y...

—No seas injusta, Pegeen. La tía Mame no precisó a principio de qué curso.

—¡No me interrumpas! Poco a poco, se ha hecho dueña de la situación. Primero un cable rogándonos que lo dejásemos quedarse hasta Navidad. Nunca debería haber consentido, pero lo hice. Luego una larga carta contándome lo bien que se le daba esquiar, lo maravillosa que estaba la nieve en Chamonix y que Michael tenía muchas aptitudes para el francés. La clave fue lo del francés. Conocía mi debilidad por Racine.

—A mí siempre me ha parecido aburrido.

—Lo siguiente que supimos es que doña Generosa había metido a nuestro hijo con un traje de buzo entre los tiburones, las barracudas y qué sé yo...

—Hace un momento te quejabas de que no practicaba deportes.

—Y luego esa maravillosa oportunidad de entrar en la Ciudad Prohibida y jugar con el Dalai Lama. Después una audiencia papal. Luego el deán rojo de...

—También te quejabas de la religión.

—Me quejo de todo. Bastante malo era cuando sabíamos dónde estaban. Pero en los últimos cuatro meses no hemos recibido ni una palabra: ni una carta, ni un telegrama, ni siquiera una línea garrapateada en una postal. Esa chiflada tía tuya probablemente tenga a ese niño inocente fumando, bebiendo y consumiendo drogas...

—¡Vamos, no seas ridícula! El niño empezó a esconder cigarrillos a los seis años. Siempre le has dejado olisquear ese producto con el que te quitas el esmalte de uñas. Y tu padre le daba traguitos de cerveza cuando todavía estaba en la cuna. La tía Mame será poco ortodoxa, pero es de fiar. No estoy nada preocupado —mentí.

—¡Lo ves! Te ha educado para ser un padre desnaturalizado. Pues bien, yo sí lo estoy. ¡Me muero de preocupación! Él es demasiado pequeño y ella demasiado vieja.

—Si te oyera, te sacaría los ojos. Además, es una compañera de viaje muy animada. De eso puedo dar fe. Me llevó a dar la vuelta al mundo, y ¿dónde estoy ahora? En Verdant Greens. Ganando peso, cada vez con menos pelo, casado, asentado y convertido en un hombre de mediana edad.

—¿Cuándo te llevó a dar la vuelta al mundo?

—¡Oh!, hace mucho tiempo. Antes de la guerra.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—¿No te lo había contado? Bueno, probablemente sería porque no hay mucho

que contar. No sé, Pegeen, hicimos lo que hacen siempre los turistas.

—Tenemos toda la noche por delante. Puedes contármelo ahora. ¿Cuándo hicisteis ese gran viaje?

—¡Oh!, hace mucho tiempo. Hará diez, quince o veinte años. En 1937, justo después de que me expulsaran..., de que concluyera mis estudios en la Academia San Bonifacio, antes de ir a la universidad.

—¿Cuánto tiempo pasasteis fuera? —preguntó Pegeen.

—Bueno, fue por un tiempo indefinido. Casi todos los viajes que hace la tía Mame lo son, y rara vez llega a algún sitio a tiempo. Lo que podría explicar que Michael tarde tanto en volver a casa.

—¿Dos años y medio?

—¿Por qué no nos tomamos una copa, cariño?

—Siéntate y empieza a hablar. Te escucharé mientras preparo las bebidas. Ya puedes empezar.

—La verdad es que no hay nada que contar. Michael fue a la India y empezó desde ahí. Nosotros hicimos al revés.

—¿Cómo que al revés?

—Pues partimos en mayo de 1937 en el viejo *Normandie*. ¡Eso sí que era un barco!

—Lo he visto —dijo Pegeen, alcanzándome una copa—. Continúa.

—No íbamos a llevarnos a Ito...

—¿Te refieres a ése inane mayordomo japonés suyo que siempre se ríe?

—Ito siempre ha sido un buen amigo —dije con dignidad—. Tanto mío como de la tía Mame. Después se reunió con nosotros, pero partimos solos, en la suite Deauville del *Normandie*; cenábamos todas las noches con el capitán y viajábamos con toda la pompa y circunstancia del mundo. Y no hay mucho más que contar.

—Continúa —dijo Pegeen en un tono que daba a entender que no estaba para bromas.

—Pues, si no me acuerdo mal, el *Normandie* atracaba en Francia.

—¿Y...?

—Y fuimos a París...

LA TÍA MAME Y LA CIUDAD DE LA LUZ

—Te estás poniendo en ridículo al preocuparte de ese modo —le dije a Pegeen, esforzándome por ocultar la inquietud que yo mismo sentía—. ¿Cómo iba a meterse el niño en ningún lío viajando por el mundo con su tía abuela, una mujer de edad avanzada que difícilmente podría corromper a un niño de diez años?

—Pues contigo se esforzó todo lo que pudo —replicó Pegeen.

—¡Es indignante! —farfullé—. No hizo nada semejante. Fíjate, por ejemplo, en lo de París. ¿Qué trae de allí la mayoría de las personas?

—¿Una enfermedad venérea?

—¡Por supuesto que no! Traen recuerdos: la torre Eiffel, el Louvre, Versalles..., cosas así.

—¿Y qué hiciste tú cuando te llevó a París?

—Pues poca cosa. Fuimos a los sitios típicos: Nôtre-Dame, el Bon Marché, Maxim's. Visitamos todos los museos y galerías, las iglesias y...

—¿Y...?

—¡Ah, sí! Un día fuimos al Teatro Nacional.

—¿Y bien?

—Y ya está.

No era así, pero antes me habría dejado colgar por los pulgares que contarle a la pobre Pegeen lo que hizo la tía Mame en París.



—¡Ay, Patrick, cariño! —dijo la tía Mame apretándome la mano—, ¿no notas la magia de París? *Paris mon cœur! La Ville Lumière!* —El taxi dobló por la Rue Saint Honoré con tanta brusquedad que la tía Mame cayó al suelo—. *Merde!* —exclamó.

Respondí que sí, que notaba la magia de París, y que si no se sentiría mucho mejor si se arrellanaba en el asiento y se relajaba hasta que llegásemos al hotel. Todavía estaba ajustándose el atrevido sombrero cuando el taxi, un poco más despacio, rodeó la Place Vendôme y se detuvo delante del Ritz.

Para la tía Mame, París era más unos grandes almacenes que una metrópolis, y el Ritz estaba a tiro de piedra de Schiaparelli, Chanel, Elizabeth Arden, Cartier y la mayoría de las tiendas que le gustaba frecuentar. Y le encantó encontrar un enorme ramo de flores enviado por el propio César Ritz esperándola en su salón.

—¡Ah, el bueno de monsieur Ritz! —dijo melancólica—. Nunca se olvida de mí.

—Pocos lo hacen —dije mientras contemplaba el esplendor a lo Luis XVI de la

suite.

La tía Mame se quitó los guantes, dio una generosa propina a los hombres que nos habían subido el equipaje y se asomó soñolienta a la ventana mirando en dirección a Schiaparelli.

—¡Ay, Patrick, cariño! —repitió—. *Paris mon cœur!* Volver a ver esta ciudad tan fabulosa y civilizada a través de tus jóvenes ojos azules. ¡El paraíso! Sé buen chico y pide que me suban un *sidecar*, y algo para ti, claro, mientras me organizo un poco y llamo a Vera. También se aloja aquí.

La telefonista del Ritz todavía estaba recuperándose de la impresión causada por mi manejo de los verbos irregulares franceses adquirido en la Academia San Bonifacio cuando la tía Mame volvió a entrar en el salón y se puso al teléfono. Después de un par de fuertes sacudidas eléctricas y muchas interferencias conectaron a la tía Mame con Vera Charles y se produjo un breve estallido de francés melifluido.

—¡Vera, *chérie!* —exclamó la tía Mame—. *C'est moi! Je suis ici...* He dicho, Vera —tradujo impaciente la tía Mame—, soy Mame. Estoy aquí, en el Ritz. Y Patrick también. Ven enseguida. *À bientôt...*! No, tonta, eso quiere decir hasta ahora.

La tía Mame colgó y extendió los brazos con un gesto melodramático.

—¡Ay, cariño! ¿A que es divino? Estamos aquí y tengo que enseñarte toda Europa antes de que vayas a la universidad..., un acompañante despierto y atractivo con quien puedo compartir la refinada cultura de una civilización más sabia y antigua. Tú, Europa y Vera. ¡Ay, Patrick, lo noto en los huesos, éste va a ser el verano más maravilloso de mi vida! ¿Dónde demonios está el camarero con mi bebida y por qué tarda tanto Vera?

Llamaron a la puerta y entraron Vera y el camarero, aunque Vera se las había arreglado para coger el *sidecar* de la tía Mame de la bandeja y casi se lo había terminado.

—¡Querida! —exclamó la tía Mame.

—¡Querida! —exclamó Vera.

Vera Charles no necesita presentación para nadie que hubiese ido alguna vez al teatro entre la guerra de Secesión y la guerra de Corea. Era una modelo fabulosa, una auténtica estrella, y se dice que había matado a más productores teatrales que el alcohol, las enfermedades cardíacas y el suicidio juntos. También era la mejor amiga de mi tía Mame, la mayor parte del tiempo. Aquel día tenía una pinta muy parisina con su traje de Molyneux, sus perlas, sus pieles de zorro, el pelo cardado y teñido con alheña y un rostro al menos diez años más joven que el que yo le había visto dos años antes.

—Mame, querida —dijo melodramáticamente Vera—, qué pena que no asistieras a mi triunfo en Londres, pero ahora estás aquí en París y me verás conquistar a estos franchutes.

Había nacido y se había criado en Pittsburgh, pero hablaba con un acento de Mayfair tan marcado que ni siquiera los ingleses podían entender casi nada de lo que

decía. Tal vez fuese ésa la razón del enorme éxito que había tenido en la escena londinense. Las dos damas se abrazaron una vez más, se frotaron las mejillas y Vera fue directa al grano.

Con lo de ir al grano me refiero a que estuvo hablando exclusivamente de sí misma la siguiente media hora. Nos contó que había causado sensación en Londres y que había sido la niña mimada de los círculos palaciegos; le habían rogado que fuese a París como invitada especial de la Exposición Universal, presumiblemente para añadir un poco de lustre a artistas desconocidos como Noël Coward, Yvonne Printemps, Sacha Guitry, Maurice Chevalier y Josephine Baker, que iban a actuar en París esa temporada. El camarero volvió con una bandeja llena de *sidecars* y, a medida que bebían, Vera se fue volviendo más y más expansiva.

—Sí, querida —dijo con su marcado acento—, una cosa es tener Estados Unidos a tus pies, o que todo Londres brinde por ti, pero lo que necesita una actriz de mi categoría es triunfar en el continente. ¡Y aquí estás, mi más antigua amiga, para compartir conmigo esa victoria! —Vera sonrió con elegancia y cogió otro *sidecar*.

A la tía Mame le interesaba mucho el teatro. De hecho, Vera y ella se habían conocido en una compañía ambulante que interpretaba *Chu Chin Chow* durante la Primera Guerra Mundial y en la que las dos habían enseñado las piernas en la segunda fila de coristas hasta que mi abuelo se enteró y envió a la tía Mame de vuelta al colegio. Pero aún seguía siendo una entusiasta del teatro, y afirmaba que el espíritu de las tablas corría por sus venas.

—¡Es divino, Vera! —exclamó zalamera la tía Mame—. Patrick y yo estaremos ahí la noche del estreno y no pararemos de aplaudir. Pero, dime, querida, ¿en qué idioma vas a...?

—En francés, naturalmente —respondió Vera en tono altanero.

A los dos nos extrañó mucho. Vera apenas sabía hablar inglés.

—Pero, Vera —dijo la tía Mame—, ¿cómo se titula la obra?

—Bueno, no es exactamente una obra, querida —dijo incómoda—. Es el Folies Bergère.

—¡Vera! —exclamó la tía Mame—. ¿No irás a volver al vodevil después de todos estos años?

Si había algo que a Vera no le gustaba era que le recordasen sus humildes inicios en una compañía ambulante, no porque tuviese nada de lo que avergonzarse, sino porque no parecía lo más apropiado para la Primera Dama de la escena estadounidense.

—Desde luego que no, Mame —dijo fríamente Vera—. Lo que pasa es que el Folies es la *Commedia dell'Arte* de Francia. Ni siquiera tienen pasarela, sólo una especie de pasillo en torno al foso de la orquesta. He aceptado un papel muy serio, haré de Catalina la Grande. Es un papel dramático. Y, lo que es más —y aquí la voz de Vera se despojó de toda teatralidad y volvió a adoptar el crudo acento de Pittsburgh que utilizaba cada vez que se enfadaba o discutía de dinero—, me pagan

dos de los grandes a la semana, y en dólares, no en francos, por quince minutos de trabajo cada noche y sin funciones matutinas.

La tía Mame seguía teniendo sus dudas acerca de que Vera se embarcara en una aventura tan *déclassée* como una aparición en un cabaret, por mucho que el Folies Bergère fuese, por así decirlo, el Palacio de Europa. Lo bastante picada como para incurrir en aquel gasto, Vera dio elegantemente unos pasos hacia el teléfono y pidió al conserje que nos consiguiera tres butacas para el Folies Bergère esa misma noche y las cargara en la cuenta de Vera Charles.

Ocupamos nuestros asientos justo antes de que la orquesta empezara a afinar sus instrumentos y justo después de que yo averiguase que en Francia se da propina al acomodador, una irritante y onerosa costumbre si uno no lleva monedas encima. Luego se apagaron las luces, se alzó el telón y el Folies Bergère empezó con mucho ruido en todo su pedestre esplendor. En realidad, el Folies era entonces, igual que lo es ahora, una especie de Radio City Music Hall con pechos, sólo que mucho más sofisticado y muchísimo menos profesional. De hecho, en aquellos días de antes de la guerra era incluso más sofisticado, probablemente porque los trajes y los decorados eran mucho más nuevos y las chicas mucho más jóvenes.

No obstante, era más o menos el mismo espectáculo anticuado e interminable que sigue siendo hoy, pues la escena musical francesa se enorgullece más de la cantidad que de la calidad. Estaban las acostumbradas coristas inglesas y *vedettes* húngaras (en los musicales franceses casi nadie es francés), que chillaban «¡*Allô*, cariño!» en una mezcla de fingidos acentos franceses para beneficio de los espectadores de habla inglesa; los acostumbrados números de funambulismo y de comedia chabacana; los ciclistas; los acróbatas; las sopranos; los travestis y las contorsionistas. Luego llegaron los *tableaux vivants* con sus efectos acuáticos, sus fuentes, sus fuegos de artificio, sus espejos y, por supuesto, sus chicas.

Chicas que descendían del techo y salían catapultadas del suelo, chicas suspendidas precariamente por un alambre o en lo alto de columnas tambaleantes. Chicas que hacían cola en los pasillos detrás de las bambalinas. Chicas que iban y venían con lentejuelas deslustradas, pelucas sucias, boas desplumados y pieles peladas arrastrando tras ellas colas mugrientas.

Hacia el final del primer acto la tía Mame empezó a dar cabezadas y Vera le clavó el codo con saña en las costillas.

Siguieron saliendo chicas a escena. Chicas que movían apáticamente las caderas y las maracas en el número sudamericano. Chicas que se tambaleaban bajo enormes miriñaques en el número de Versalles. Chicas que sudaban bajo las pieles en el número del invierno. Chicas que tiritaban con colas de sirena y la carne de gallina en el número subacuático. Chicas que trastabillaban bajo el peso de las falsas máscaras de marfil en el número chino y luego regresaban animosas con falditas y tirabuzones

en el número de la vieja plantación sureña, para la que habían traducido amablemente al francés un popurrí de espirituales negros. En fin, como he dicho, el Folies Bergère ofrecía mucho a los espectadores a cambio de su dinero.

—Vera —dijo la tía Mame, reprimiendo un bostezo durante el número de las aves del paraíso—, no estarás pensando en serio dedicar tu talento a una triste patochada como ésta.

—Calla —susurró Vera—. El gran número dramático viene ahora.

Y vaya si llegó.

En aquellos tiempos, la dirección del Folies Bergère siempre ofrecía a sus espectadores al menos un episodio dramático, por lo general acerca de una reina trágica, siempre con una gran estrella, al menos con media docena de cambios de vestuario y decorados, muchas chicas, y un chico o dos. Es una práctica casi abandonada desde el *boom* turístico de la posguerra. La reina trágica de esa edición del Folies era María de Escocia. Era trágica, desde luego, pero al menos no se quitaba la ropa. La tía Mame sintió un gran alivio al ver que lo único que tenía que hacer su amiga Vera era pasearse por el escenario proclamando sus desamores y sus desdichas, y cambiarse rápidamente un elaborado vestido por otro.

—Muy bien —dijo la tía Mame—. Ya lo he visto. Ahora salgamos de aquí.

Mientras salíamos, aparecieron más chicas con encajes sucios y tricornos a bordo de unas góndolas muy poco marineras para el gran número veneciano.

La tía Mame tildó el Folies Bergère de «chabacano». Pero comprendió que la única motivación de Vera era el ánimo de lucro, y que dos mil dólares a la semana era una cantidad desorbitada en el París de 1937. Además, y dicho sea de paso, Vera habría vendido a su madre al diablo por sólo dos dólares.

Después de esa primera noche, nuestra vida en París se convirtió en una especie de rutina. Por las mañanas, yo hacía pequeñas excursiones turísticas por mi cuenta mientras la tía Mame y Vera encargaban un montón de ropa nueva con atrevidos dobladillos de cuarenta centímetros en Vionnet, Alix, Maggy Rouf y Lucien Lelong. Las dos se presentaban a comer con nuevos modelos que ellas mismas describían como «muy glamurosos». Y no es cosa de risa. Las mujeres tenían mucha mejor pinta en 1937 que en nuestra época.

Por las tardes, Vera se excusaba para ir a ensayar su debut dramático como Catalina de Rusia en el Folies Bergère y la tía Mame me llevaba a dar una vuelta. Conocía a muchos franceses famosos y era bien recibida cuando se dejaba caer por casa de Colette, André Gide, Christian Bérard y otras personalidades artísticas por el estilo. La tía Mame tenía una especie de *salon* en Nueva York y le gustaba ver lo que hacía la competencia en el extranjero. Si alguna tarde ninguno de sus conocidos celebraba una velada, íbamos a ver algo interesante o a la Exposición Universal. La Exposición se extendía a lo largo del Sena desde la Place de la Concorde hasta más

allá del Trocadéro y, después de empaparnos de cultura, terminábamos en el Club des Oiseaux de madame Lanvin en lo alto del Pavillon de l'Élégance, donde la tía Mame descansaba los pies, se tomaba una copa y echaba un vistazo a un poco más de ropa.

Cada noche, la tía Mame y Vera se ponían un traje de fiesta nuevo muy glamuroso, me obligaban a ponerme el esmoquin y salíamos a cenar a algún sitio elegante como Maxim's o Les Ambassadeurs, donde la tía Mame y Albert, el *maître*, pedían la cena como si estuviesen planificando la creación del hombre. Luego íbamos al teatro, a ver algo que hubiese elegido la tía Mame, como la Comédie-Française, una lúgubre tragedia francesa o alguna obra más ligera y vaporosa como *Los tres vals*.

Luego íbamos a algún club nocturno como Bricktop's, el local de Suzy Solidor o Le Bœuf sur le Toit. Y por fin volvíamos al hotel, donde la tía Mame abría todas las ventanas, me llevaba al balcón a fumar un cigarrillo de buenas noches y me contaba toda clase de cosas interesantes sobre la historia de Francia..., como la vez que la detuvieron en un burdel, el ingenio que evidenciaba el modo de instalación de los bidets o que la línea Maginot había convertido a Francia en una fortaleza inexpugnable. No teníamos tiempo de aburrirnos.

Sea como fuere, nuestro idilio parisino llegó bruscamente a su fin en los jardines de Versalles cuando nos encontramos frente a frente con mi fideicomisario, Dwight D. Babcock, de la Knickerbocker Trust Company, armado con una guía, una cámara y un bastón de caza, y acompañado por su mujer, Eunice, y su hijo Dwight Junior.

Me quedé huérfano cuando tenía diez años, y mi tutora era la tía Mame. Pero, por los peculiares términos del testamento de mi difunto padre, el señor Babcock, en su calidad de fideicomisario, tenía un control total sobre mi educación y había podido ejercer su autoridad siempre que había considerado que la tía Mame estaba haciendo algo demasiado excéntrico. Los últimos siete años esa autoridad se había ejercitado como un caballo de carreras. El señor Babcock se dedicaba a la banca. Vivía en Scarsdale. Usaba gafas sin montura y cuellos de camisa Herbert Hoover. Sus opiniones eran una mezcla del *Literary Digest*, *Dun and Bradstreet Reports* y *The Wall Street Journal*.

La tía Mame fue la primera en recobrar el habla.

—¡Vaya, señor Babcock! Qué sorpresa tan agradable. Y qué alegría volver a verla, Alice.

—Eunice —dijo la señora Babcock corrigiéndola con gazmoñería.

—Por supuesto, Eunice. ¡Y Junior!

Junior y yo habíamos compartido habitación en la Academia San Bonifacio, y cuanto menos se diga de él, mejor. Era idéntico a su padre, pero con acné.

—Caramba, ejem, esto sí que es una sorpresa —farfulló el señor Babcock, dando a entender que antes habría esperado encontrarnos sufriendo convulsiones en un fumadero de opio de la Rue Mouffetard—. Sabía que Patrick y usted se habían escapado a Europa sin mi permiso, claro..., pero no que..., ejem...

La tía Mame sabía encandilar a cualquiera cuando se lo proponía. Ni siquiera el señor Babcock era enteramente inmune a su magnetismo, aunque le había dado razones más que sobradas para verlo con suspicacia.

—Querido señor Babcock —dijo mostrando coquetamente los hoyuelos—, ¿no pensará que iba a molestar a un ejecutivo tan ocupado como usted por una nadería como la de llevar a mi sobrino a hacer un viaje cultural por Europa antes de que empiece la universidad? No puedo ni imaginar cómo debe sentirse un mago de las finanzas en su despacho de Wall Street cuando está planeando una jugada maestra en el mercado de acciones y una vieja viuda medio histérica lo distrae haciéndole preguntas estúpidas sobre la cuenta de la verdulería. Debe ser para volverse loco.

—Bueno —concedió el señor Babcock con una sonrisa estreñida—, ejem, sí, ejem, a veces resulta irritante.

Noté que el encanto de la tía Mame empezaba a hacer efecto y di gracias por ello, porque todavía me faltaban unos meses para cumplir los dieciocho años y para librarme así del insidioso poder del señor Babcock.

—En cualquier caso, estoy segura de que necesitaba usted unas vacaciones, señor Babcock —dijo la tía Mame—. ¿No adora usted Francia? ¿Es la primera vez que la visita?

—Desde luego que no —respondió secamente el señor Babcock—. Estuve aquí en 1917 con las Fuerzas Expedicionarias estadounidenses. Y si hubiese sabido entonces lo que sé ahora de estos franceses decadentes, arrogantes y deshonestos, habría preferido acabar en el calabozo antes que mover un dedo para ayudarles. De todos los timadores, corruptos e indolentes que he conocido...

Vi que la tía Mame adoptaba un aire a lo Juana de Arco y comprendí que aquél no era el momento de enzarzarse con el señor Babcock en una discusión sobre grupos étnicos ni ninguna otra cosa.

—¿Dónde se aloja, señor Babcock? —pregunté precipitadamente y en voz alta para que la tía Mame no tuviera tiempo de iniciar uno de sus grandilocuentes discursos.

La señora Babcock me respondió.

—Estamos en casa de unos primos míos, Patrick. El doctor y la señora Gilbreath. Fueron misioneros en Saigón muchos años y ahora regentan una pensión cerca de Neuilly para jóvenes estudiantes de teología que están a punto de partir a Indochina.

La tía Mame se estremeció.

—¡Qué interesante! —dije atropelladamente.

—¿Interesante? —gruñó el señor Babcock—. Si vieses el estado de las tuberías en esa casa, no dirías...

—Lo es, Patrick —dijo en tono dubitativo la señora Babcock—. Llevan una vida muy sencilla. Sirven buena comida estadounidense..., nos hemos traído una caja entera de mantequilla de cacahuete Beech-nut; por lo visto, a los estudiantes les encanta. Y cada noche, después de cenar, hacen interesantes pases de diapositivas de

sus viajes.

—¡Qué interesante! —repetí, aunque sin mucha convicción.

—Sí —dijo melancólicamente la señora Babcock—, pero no sé por qué siempre había pensado que París sería..., no sé, más *alegre*..., y..., no sé... Cafés al aire libre, ropa bonita y... En fin, es muy tranquilo, y mis primos los Gilbreath son un encanto de pareja, pero...

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que el primer viaje al extranjero de la señora Babcock había sido una decepción. Incluso la tía Mame sintió lástima, porque de pronto dijo:

—Te diré lo que haremos, Eunice. Hay un restaurante precioso aquí mismo, en Versalles, con terraza, jardín y una magnífica bodega...

—¿Es que va a comer en un sótano? —preguntó sombrío el señor Babcock.

—Ellos no beben —le dije de tapadillo a la tía Mame.

—Bueno, es un sitio divino —prosiguió la tía Mame—, y me encantaría invitarles a comer allí. Hace tanto calor, y...

La señora Babcock pareció vagamente esperanzada y la tía Mame cerró el trato antes de que el señor Babcock pudiera abrir la boca para decir no.

—No soy más que una pobre viuda medio tonta de ésas con las que tiene usted que tratar, señor Babcock, y necesito a alguien con cabeza para los números que me ayude a contar los francos para pagar la cuenta y darle la propina al camarero. Y, bueno, usted ya sabe...

Era una llamada directa al patriotismo del señor Babcock, y sentí que habría estado dispuesto a ir al mismísimo infierno con tal de salvar a unos compatriotas estadounidenses de la rapacidad de los franceses. Fuimos al restaurante que había elegido la tía Mame bajo una especie de tregua armada.

Era un restaurante muy bueno —casi excelente—, y como el personal recordaba a la tía Mame de sus anteriores viajes, se esmeraron en hacer que nos sintiésemos cómodos. La tía Mame se comportó como una generosa anfitriona y sólo hubo uno o dos momentos difíciles.

El primero ocurrió cuando el *maître* preguntó:

—¿Madame desea un cóctel, un poco de vino?

—Creo que tomaré un... —empezó la tía Mame.

—¡No! —exclamó el señor Babcock zanjando por completo la cuestión.

La tía Mame hizo un gesto como si la hubieran apuñalado, pero se recuperó enseguida. Con una astuta mueca, dijo:

—Algo sin alcohol, por favor. Traiga una botella fresquita de Veuve Clicquot. Que sea una magnum.

—¿Y eso qué es? —preguntó el señor Babcock.

—Una especie de zumo de uva carbonatado, señor Babcock. Zumo de uva

catawba. Creo que le gustará. Muy refrescante en estos días tan calurosos.

—¡Qué bien! —dijo la señora Babcock.

Sirvieron el champán y a nadie pareció molestarle.

Cuando el señor Babcock preguntó qué habíamos visto en París, yo estaba deseando hablarle de la gente interesante, los restaurantes, los clubes nocturnos y las obras de teatro que me había llevado a ver la tía Mame, pero ella se me adelantó.

—¡Ah, ya sabe, señor Babcock! —dijo—. Las cosas que deben visitar los chicos de la edad de Junior y Patrick: museos, catedrales y cosas así.

—¿Catedrales *católicas*? —preguntó en voz alta el señor Babcock. Era una especie de Inquisición a la inversa.

—Bueno, no creo que por aquí haya muchas protestantes, señor Babcock. Además, se las enseñé a toda prisa. Vamos, deje que le llene la copa.

La comida fue deliciosa y el champán empezaba a causar su efecto tranquilizador. Mientras daba cuenta de su ensalada, la señora Babcock, que se había puesto muy colorada, se volvió vivazmente y dijo:

—Dígame, Mame, querida, ¿cómo está su buena amiga Vera Charles?

Era la primera vez que había llamado a la tía Mame de otro modo que no fuese señora Burnside o —cuando la tía Mame no estaba casada— señorita Dennis. La tía Mame estaba tan satisfecha con el efecto del champán que llamó con un gesto al camarero y, guiñándole un ojo, pidió otra botella de aquel excelente zumo de uva yanqui.

—Caramba, Eunice, la verdad es que Vera está en París, se aloja en el Ritz. Esta noche estrena una nueva obra.

—¡Oh! ¿Cuál? —gorjeó la señora Babcock—. ¿Sabe que he visto todas sus obras dos veces? Es tan refinada. Una auténtica señora. Me muero de ganas de contar a mis amigas de Scarsdale que he visto a Vera Charles en *París*.

—Vaya, señora Babcock —empecé—, Vera actúa en el Fo... ¡Ay!

La tía Mame me dio por debajo de la mesa una patada que casi me rompe el tobillo. Luego prosiguió ella:

—¿No le parece terrible, Eunice? Vera es mi mejor amiga y yo soy incapaz de recordar el nombre de la obra, ni el teatro, ni nada... ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Tú te acuerdas, Patrick? —preguntó en tono amenazador.

—No —respondí—. Qué raro, ¿verdad? Me he quedado totalmente en blanco.

Aparte de eso, la comida transcurrió espléndidamente. Tanto es así que Eunice y Junior acabaron dando cabezadas sobre el suflé de Grand Marnier, y el señor Babcock estaba tan achispado que no paraba de decir de ellos, en su francés macarrónico, que no tenían «Ni la menor *joi de vivre*».

La diversión concluyó cuando Eunice y Junior partieron *chez* Gilbreath en un taxi y el señor Babcock subió a trompicones en el coche de la tía Mame en dirección a París. Dijo que tenía que recoger unas cartas en la oficina de la American Express. A eso de las cuatro, nos despedimos calurosamente y volvimos al hotel.

—Lo que me hace falta ahora es un buen trago —dijo la tía Mame lanzando su sombrero al otro lado del salón—. Tanta dulzura y tanta ligereza me han agotado. Vamos, cariño, sé buen chico y sírvele a tu pobre tía Mame una copa llena hasta arriba de coñac y luego iré a alegrar a la pobre Vera. Ya sabes cómo son las actrices las noches de estreno.

Se oyó llamar débilmente a la puerta. Abrí y ahí estaba Vera. Iba ataviada de negro con un ancho sombrero de paja con un tupido velo negro.

—¿Quién ha muerto? —pregunté.

—Vera Charles —respondió Vera entrando en la *suite* y apoyándose melodramáticamente contra el quicio de la puerta—. Cierra la puerta y luego mírame. —Vera se levantó el velo y su rostro era digno de ver. Por el lado izquierdo no estaba mal, pero el derecho estaba amoratado e hinchado y casi le tocaba el hombro—. ¡Mírame! —repitió Vera arrancándole de las manos la copa de coñac a la tía Mame.

—¡Vera! —exclamó la tía Mame—. ¿Qué demonios te ha...?

—¡Ha sido ese hombre! —respondió Vera—. ¡Menudo animal! Me ha dejado hecha un auténtico guiñapo.

—Pero, Vera... ¿Cómo has podido dejar que un hombre te...?

—No tuve otro remedio. Sufría demasiado.

—Pero, Vera... Ni siquiera sabía que tuvieses un amante. No me habías dicho que lo tuvieras...

—¡Pero qué amante ni que niño muerto! Ha sido ese condenado dentista. Mira —dijo metiéndose el dedo en la boca—. La muela del juicio. Infectada. Casi me mata al arrancármela. No podré actuar esta noche. —Se bebió el coñac de un trago y fue hacia el teléfono—. Dos mil dólares a la semana que se van a la basura. —Cogió el teléfono y pidió que la pusieran con la dirección del Folies Bergère.

Fue una conversación digna de oír. Vera apenas sabía francés, y la tía Mame tuvo que ponerse varias veces al teléfono y completar las frases por ella. Duró casi una hora. Cuando terminó, las dos estaban tan agotadas que les llené las copas hasta el borde.

—Gracias, Patrick —dijo con aire ausente la tía Mame. Luego añadió—: En fin, no han podido ser más tajantes, ¿verdad?

Vera gimió, sorbió y volvió a quejarse.

—No estoy del todo segura de cómo se dice en francés «poner una demanda», pero he creído entender que la dirección del Folies tiene intención de emprender acciones legales.

—Vaya si lo han sido —gimoteó Vera—. Nunca debería haber dejado a los Shubert. Ahora tendré que pasar los años de mi decadencia en un asilo para actores jubilados.

—¿No podrías quejarte al sindicato de actores? —pregunté.

—Aquí ni pinchan ni cortan —respondió Vera.

—¿Y un poco de hielo? —sugerí—. Con unas compresas frías, tu cara podría...

—Es inútil —suspiró Vera—. He tenido la mandíbula forrada de hielo como un cóctel de gambas. Sólo ha servido para que se hinchase más. Tengo la cara como ese luchador tan bestia, el Ángel Sueco, y esos desgraciados insisten en que actúe esta noche... —Vera hizo una pausa, volvió a dar un sorbo a su copa, y contempló a la tía Mame con aire interrogante.

—¿Qué te pasa, Vera? —dijo la tía Mame echando un trago.

—Creo... que... se... me... ha... ocurrido... una... idea...

—¡No, Vera! —dijo la tía Mame apurando la bebida y alcanzándome la copa vacía.

—Podría ir esta noche al teatro y decir que tú eres mi doncella...

—¡No, Vera! Ni por un millón de dólares. No...

—Podría llevar este sombrero y el velo, firmar el registro y tú...

—Ni lo sueñes —dijo la tía Mame cogiendo la copa que yo acababa de rellenarle—. Ni siquiera nos parecemos. No podría...

—Siempre has querido dedicarte al teatro, Mame —dijo Vera con aire hipnótico.

—Ya no. No, Vera. Ni lo...

—En cuanto a lo del parecido, Mame, querida, eso carece de importancia. Tenemos casi la misma talla e interpretarías todo el papel con un antifaz y una peluca empolvada.

—No, Vera, ni en broma. Ni siquiera se me pasaría por la cabeza...

—Verás, querida, la emperatriz Catalina acude a un baile de máscaras en el Palacio de Invierno y conoce a un joven oficial (un marica francés que no sabe ni dónde tiene la mano derecha) que se enamora de ella sin saber que es la emperatriz de todos los rusos...

—Que les aproveche a los rusos, Vera. He dicho que no. ¡No, no y no!

—Y el joven oficial tiene un amorío con ella...

—¿En el escenario? Vera, es imposible...

—Desde luego que no, Mame. Todo está *sugerido*. Y el vestuario es divino. Llevarás un magnífico abrigo de marta cebellina que cuesta...

—Ya tengo uno, gracias —replicó la tía Mame—. Lo tengo guardado. No, Vera, lo siento mucho, pero...

—Sírvete otra copa a tu tía, Patrick —dijo Vera—. ¿Es que no tienes sentimientos? Y hablando de sentimientos, Mame, siempre he pensado que, después de todo lo que hemos pasado juntas estos últimos veinte años, tendrías la lealtad y la consideración de acudir en ayuda de tu amiga más antigua y sincera cuando se enfrenta a la ruina..., sí, a la ruina, a una horrible demanda judicial, a tener que pasar la vejez sin un centavo y a una temporada en la Bastilla.

—¡Oh, Vera!

—Siempre había pensado que eras la lealtad personificada, pero ahora veo lo equivocada que estaba.

—Vera —dijo en tono razonable la tía Mame—, ¿es que no te das cuenta de que

eso es imposible? Haría cualquier cosa por ayudarte, pero ni siquiera me sé el papel. No he visto el guión en mi vida. No...

—¿Papel? ¡Bah! —exclamó Vera—. Hablas francés *mucho* mejor que yo. —Era cierto. La tía Mame era capaz de entender la carta a la hora de la cena, mientras que Vera apenas sabía pedir la comida—. Además, es un papel muy corto. Lo único que hay que decir es «Ô, *mon amour!*» de vez en cuando. Ese marica francés hace todo lo demás. Y la función no empieza hasta las once en punto. Eso nos deja cinco..., casi seis horas para ensayar. Podría enseñarte...

—No, Vera —gimoteó la tía Mame.

—Veamos —prosiguió Vera—, la obra empieza en un baile de máscaras en el Palacio de Invierno. Los cortesanos están bailando un alegre minueto cuando Catalina la Grande baja por las escaleras disfrazada. Imagina que esto son las escaleras, aquí al lado de la puerta.

—¡Oh, Vera! —suspiró la tía Mame.

Al portero del Folies Bergère sólo le faltó hacer una genuflexión cuando Vera entró majestuosa y oculta tras su velo negro y firmó con displicencia el registro de artistas. Al fin y al cabo, una estrella es una estrella. Pero el espacio entre bastidores estaba tan abarrotado de tramoyistas, encargados de vestuario, bailarines, modelos, actores y estrellas con su correspondiente séquito que no se permitían visitas.

La tía Mame se detuvo y el portero le echó una mirada inquisitiva.

—*Ma femme* —dijo Vera señalando el improvisado uniforme de doncella que vestía la tía Mame.

El portero enarcó las cejas, pero al fin y al cabo una estrella es una estrella y el personal del teatro estaba acostumbrado a las pequeñas rarezas de los famosos. Luego me cortó el pasó y me echó otra mirada inquisitiva.

—*Mon amour* —dijo la tía Mame casi para sus adentros. El portero se rascó la cabeza, se encogió de hombros a la francesa y nos dejó pasar.

Entre bastidores reinaba un auténtico caos. Se oía a la orquesta tocando a todo volumen y una voz chillona de tenor que cantaba que amaba París tanto a *midi* como a *minuit*, tarará *avec* su *chérie*, tarará *c'est la vie*. Unos acróbatas de los Balcanes, vestidos sólo con pintura y taparrabos dorados, y con los dientes no menos dorados, discutían en una lengua que me pareció croata. Una bailarina de flamenco estaba insultando a su pareja en un español que jamás se había oído en Castilla. Y una mujer escultural sucintamente vestida con tres diamantes de imitación acunaba a un bebé y le canturreaba en alemán.

—Mi camerino está por aquí —dijo Vera abriéndose paso a codazos entre un grupo de figurantes disfrazados de príncipes de la Iglesia para lo que supuse que sería el gran número religioso. Estaban encantados de cantar el *Ave María* en el Folies Bergère. Vera tropezó con una foca amaestrada, le propinó un brutal puntapié y

arrastró a la tía Mame escaleras arriba. Había que ser una cabra montesa para ir y volver a los camerinos, y la escalera me recordó el metro en hora punta, excepto que allí casi todo el mundo iba desnudo. No obstante, sólo yo parecía darme cuenta.

—Éste es —jadeó Vera empujando a la tía Mame hacia una puerta.

La tía Mame la abrió, y en el acto la tiraron al suelo seis enormes lebreles rusos que no pararon de ladrar, menear la cola y lamerle la cara hasta que pude espantarlos y ayudarla a levantarse.

—Vera —balbució la tía Mame—, ¿qué es esto? ¿Un número de *bestialismo*?

—No, Mame —respondió Vera en tono de disculpa—, son parte del *atrezzo*. Saldrás con ellos en la gran escena amorosa.

—¡Vera! ¡Eso es *zoofilia*! No...

—No, querida, no tiene nada que ver con eso. ¿Has visto? Les has gustado.

—Pues a mí no me gustan ellos.

—No te preocupes, querida, ya los cuidará Patrick. ¿A que sí, Patrick? Mira, éste es *Sascha*, este otro es *Jascha*, el de ahí es *Vania*, y *Pável*, *Boris* y *Morris*.

—¿*Morris*? —pregunté.

—Bueno, no lo recuerdo —respondió Vera nerviosa—. A mí todos me suenan como los renos de Santa Claus. Vamos, Mame, siéntate e intentaré maquillarte para acentuar todo lo posible el parecido.

—Pero, Vera, si voy a llevar un antifaz durante toda esta pesadilla...

—No hagas tantas preguntas, querida. Tú siéntate y calla.

Salimos media hora después. La tía Mame abría la marcha muy guapa con un vestido dieciochesco de baile incrustado con tantos diamantes de imitación que pesaba más que ella, y un antifaz de diamantes. No obstante, las ballenas de la falda eran tan anchas y la peluca blanca tan alta que tuvo que desvestirse para pasar por la puerta.

—No te preocupes, querida —dijo Vera con aire muy incongruente con su vestido de doncella—. Los cambios de vestuario se hacen entre bastidores.

La tía Mame descendió tambaleándose las escaleras de los camerinos. Vera la siguió, llevando la cola del vestido, el abanico, los guantes, la capa y el manguito. Yo iba detrás con los lebreles rusos, que ladraban felices de salir del diminuto camerino y levantaban la pata extasiados en cada esquina.

Más abajo despejaron respetuosamente el camino para la gran estrella. «*Allez! Allez!*, señorita Charles», gritaban los tramoyistas.

Uno de los figurantes le puso un cuaderno de autógrafos y un bolígrafo delante de la cara a la tía Mame, que escribió a toda prisa «Anna Q. Nillson» y siguió avanzando a trompicones.

—*Ah, signorina Charles* —dijo—. *Grazie!*

—*Prego* —respondió la tía Mame.

—Ya lo ves, Mame —dijo Vera bajando discretamente la cabeza—, incluso los

demás actores creen que eres yo.

—Pero, Vera —dijo la tía Mame—, y ¿qué hay del hombre con quien tengo que actuar? Seguro que se dará cuenta.

—Tonterías, Mame. Estará tan preocupado contando el número de asistentes que no se daría cuenta ni aunque estuviese actuando con la mismísima Sybil Thorndike. Ahora sube esas escaleras y prepárate para hacer tu entrada. Eres la siguiente. Vamos, Patrick, trae los perros.

En el escenario, un tenor polaco cantaba en falsete algo sobre París y una chica llamada Marie que tarará tarará *et jolie*. La tía Mame se encaramó a lo alto de una especie de destartalada plataforma de madera y se salvó de ser decapitada por un decorado pintado del Palacio de Invierno en Petrogrado que estaban bajando.

—Vera, lo siento mucho, pero no puedo —jadeó.

—¡Oh, sí, claro que puedes! —respondió Vera—. Recuerda que sólo tienes que decir «Ô, *mon amour!*». Hazlo tal como te enseñé y actúa del modo más melodramático que puedas. Ya conoces esa escuela de interpretación francesa tan extravagante. Sobreactúa todo el rato. Piensa en algo entre Gertie Lawrence y Walter Hampden. Les encantará. Los franceses adoran a las grandes estrellas y...

Las notas de un minueto llegaron adonde estábamos. Al pie de una larga escalinata blanca vi a las coristas y a los figurantes empolvados y disfrazados dando vueltas por el salón de baile del palacio. El enamorado y joven oficial entró como si fuese Octaviano en *Der Rosenkavalier*. Se oyó una fanfarria de trompetas y la escalinata se inundó de luz.

—Vera —dijo la tía Mame con voz trémula—, yo...

—Llegó el momento, chica —dijo Vera dándole un empujón. Y así fue.

Vi a la tía Mame bajando por las escaleras con la peluca blanca tambaleándose en su cabeza con aire soñoliento. Los espectadores se pusieron a aplaudir.

—Ya ves cómo me adora el público, Patrick —dijo Vera. Luego bisbiseó—: ¡Psssst, Mame! Mándales un beso.

La tía Mame les envió un beso y el público enloqueció. Una voz ronca gritó desde las primeras filas: «¡Quítatelo!».

La emperatriz y el joven oficial se encontraron. Empezaron a bailar. Él no paraba de farfullar, y luego la tía Mame exclamó: «Ô, *mon amour!*». El aplauso fue tremendo. La misma voz chilló: «¡Quítatelo todo!», y el telón cayó. La tía Mame corrió hacia las bambalinas, donde Vera la despojó de toda la ropa menos la faja y el sujetador.

—¿Qué tal he estado? —preguntó la tía Mame.

—Magnífica —dijo Vera—. Casi tan bien como habría estado yo. Vamos. Ponte esta peluca y la capa de marta..., súbete la capucha, querida, y coge el manguito. Sube al trineo. Ahora es cuando os fugáis al refugio de casa para pasar una noche de perfecto...

—Pero, Vera, ¿y la falda? Tengo las piernas...

Uno de los perros, creo que fue *Morris*, lamió la rodilla desnuda de la tía Mame.

—No te hace falta la falda —dijo Vera empujándola al trineo y echándole una estola de armiño sobre el regazo—. Aquí es donde te corteja apasionadamente y...

—Vera, ese hombre ha comido... ¡Ay!

El trineo con la emperatriz y su enamorado se alzó del suelo y se inclinó en un ángulo descabellado en mitad del aire. Se oyó el sonido amortiguado de unos cascos y las campanillas del trineo y luego un aplauso extasiado. Dos aburridos tramoyistas arrojaron unos puñados de nieve artificial sobre el trineo desde el puente de luces. El joven oficial hundió la cara contra el cuello de la tía Mame, que graznó: «Ô, *mon amour!*».

—A los franceses les encantan los efectos aéreos —me dijo Vera cuando cayó el telón.

De vuelta en tierra firme, la tía Mame se acercó cojeando con los ojos desorbitados de terror.

—Ve..., Vera, por..., ¿por qué no me dijiste que tendría que hacer de equilibrista? Dios mío, casi me caigo de esa...

—Ahora no tenemos tiempo de hablar —dijo Vera, quitándole la capa, la peluca y varios puñados de pelo de la tía Mame—. ¿Y quién es ese patán de las primeras filas que no reconoce a una gran artista al verla?

—No..., no lo sé, Vera. Está tan oscuro y las candilejas deslumbran tanto que no...

El resto de las palabras de la tía Mame se perdieron entre el pellejo de una capa de zorro blanco que parecía una tienda de campaña que colgara de sus hombros y arrastrara tres metros por detrás.

—Esta escena ocurre en las almenas de tu refugio de invierno..., justo a la salida del dormitorio imperial. Te corteja apasionadamente y luego... Vamos, pasa la mano por la ranura para coger el abanico y... ¡Uf, ya te toca!

El decorado era tal y como lo había descrito Vera. Más allá de las murallas se veían las luces de un pueblo con torres en forma de cebolla. Las estrellas titilaban. Brillaba la luna llena. Las nubes pasaban. Nevaba a cántaros. El coro cantaba «Canción de cuna rusa» en francés. El público estaba extasiado ante aquel derroche de medios escénicos. Luego la tía Mame apareció entre la nieve abanicándose lánguidamente —vaya usted a saber por qué— con un enorme abanico de plumas escarlatas de *coq*. «Ô, *mon amour!*», gimoteó y cayó en los frágiles brazos de su amante, que la condujo al dormitorio imperial. El aplauso casi hizo que el teatro se viniera abajo, pero en medio del estruendo oí a alguien que gritaba: «¡Quítatelo todo!».

—¡Has estado soberbia, querida! —no paraba de decir Vera mientras le ponía a la tía Mame otra peluca y un *négligé* de lamé y plumas de avestruz—. Asegúrate de que no se te suelte el antifaz, porque en esta escena él intenta averiguar tu identidad justo antes de revolcarse en la paja con...

—¡Vera! No me dijiste que...

—¡Oh!, no te preocupes, querida, el telón cae justo a tiempo.

—Pero, Vera, ¿y qué digo?

—Tú di «Ô, *mon amour!*», por supuesto. ¿Es que no recuerdas tu papel?

Vera empujó al escenario a la tía Mame, quien se encontró en el dormitorio imperial que se parecía como dos gotas de agua al palacio de Versalles que habíamos visitado la semana pasada. No hace falta decir que al público la escena le pareció arrebatadora y que el grito de «¡Quítatelo todo!» se oyó más alto y con más frecuencia que antes. El joven y enamorado oficial cortejó con elocuencia a la emperatriz al borde de la cama imperial, pero cuando las cosas empezaban a ponerse mal para la tía Mame irrumpieron los guardias y se lo llevaron mientras ella sollozaba «Ô, *mon amour!*» con una voz ronca y trémula que habría envidiado la mismísima Sarah Bernhardt y se desmayó sobre la cama. El telón cayó justo a tiempo porque la cama se desmoronó inmediatamente después. El público aulló de admiración.

—Maravillosa, querida, sencillamente soberbia —dijo Vera mientras ponía a la tía Mame el último vestido: un atuendo cortesano de perlas de imitación y chinchilla, una peluca que se alzaba casi un metro y medio sobre su cabeza y un sombrero con plumas que se alzaban otro metro y medio sobre la peluca—. Vamos —añadió—, ahora es cuando vas a la mazmorra y condenas a muerte a tu amante.

—¿Por qué? —preguntó la tía Mame.

—Pues por tomarse libertades con la emperatriz, tonta.

—Bueno, en realidad no ha hecho nada tan terrible, excepto atiborrarse de salchichas de ajo las últimas cuarenta y ocho horas.

—No hagas preguntas tontas, Mame. Ya casi hemos terminado. En esta escena necesitas a los perros. ¡Vamos! ¡Venid, *Yascha, Sascha, Pável, Vania, Boris, Morris!*

Los seis lebreles ladraron encantados y subieron otro tramo de escaleras que conducía a una plataforma elevada. La tía Mame los siguió con paso vacilante, pero se detuvo al llegar al primer escalón.

—¿Qué ocurre? —susurró Vera—. Está a punto de alzarse el telón.

—No..., no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Vera, este vestido de emperatriz pesa tanto que no puedo subir las escaleras.

—¡Ah, eso es fácil! —dijo Vera. Le propinó una palmada en el anca a uno de los perros y los seis subieron arrastrando a la tía Mame.

Aquel decorado —una mazmorra por debajo de las aguas heladas del Neva— era uno de los mayores intentos del Folies Bergère para conseguir un sucio realismo. Unos actores musculosos vestidos con calzones torturaban con saña a unos figurantes también vestidos con calzones sobre el potro y la rueda. Los figurantes chillaban como cerdos en el matadero, y sobre las paredes se proyectaban unas sombras atormentadas. Al público le encantó. El joven oficial enamorado entró desnudo de cintura para arriba, cosa que me pareció un error porque estaba muy delgado y había

olvidado ponerse los músculos de pega en el pecho y los brazos. Luego se oyó otra fanfarria de trompetas y la tía Mame apareció en lo alto de las escaleras en mitad de un grupo de perros ladrando. El público no resistió en sus asientos al verla.

—*L'Impératrice!* —gritaron dos lacayos.

Luego la tía Mame empezó a bajar por las escaleras y, ayudada por los lebreles, descendió mucho más deprisa de lo que había subido, con el sombrero y la peluca balanceándose violentamente. Se las arregló para mantener como pudo el equilibrio, y el teatro rugió de admiración.

—*Ô, mon amour!* —sollozó.

—¡Quítatelo todo, guapa! —gritó aquella voz entre el público.

—Ahora es cuando lo condena a muerte —me explicó Vera con un susurro.

Me sentí tan aliviado al ver que aquello estaba a punto de terminar que empecé a fijarme un poco más en la *mise en scène*.

—No acabo de entender el argumento, Vera —dije—. Es como *Elizabeth y Essex*, pero...

—A los franceses les trae sin cuidado el argumento, querido —dijo Vera—, con tal de que haya mucho vestuario, decorados y efectos impresionantes.

Desde luego, de eso andaban sobrados.

De algún modo que no llegué a entender, la emperatriz indicó que quería que su inocente admirador fuese torturado en el potro, despellejado vivo y descuartizado gritando tan sólo «*Ô, mon amour!*». Se abrió una trampilla por la que asomaron unas llamas a las que arrojaron al pobre desdichado con un horrible chillido y un golpe escalofriantemente realista. Luego el coro entonó el antiguo himno ruso (en francés), la tía Mame gritó: «*Ô, mon amour!*» y cayó desmayada en el suelo justo cuando bajaron el telón.

El teatro casi se vino abajo entre gritos de «¡Bravo!» y «¡Bis! ¡Bis!».

Por fortuna, el Folies Bergère nunca concede bises, aunque el telón se alzó y bajó cuatro veces mientras la tía Mame seguía en el suelo, tratando débilmente de levantarse mientras los perros movían febrilmente la cola y olisqueaban su peluca.

—¡Vera, Patrick! —gritó penosamente—. No puedo levantarme. Este condenado vestido me ha aplastado.

La orquesta se puso a tocar a toda pastilla mientras Vera y yo, ayudados por dos tramoyistas, sacábamos a la tía Mame del vestido de perlas y la librábamos de los lebreles, pero incluso por encima de la música y del ruido del cambio de decorados oí al público gritar y jalear el nombre de Vera Charles. También oí la voz que gritaba: «¡Quítatelo todo!».

Entre bastidores no quedó un ojo seco. Cuando llevé a la tía Mame a su vestuario, todos los actores y los tramoyistas dejaron de hacer lo que estuvieran haciendo para felicitar a Vera Charles.

—*Ô, mes amours!* —gritó la tía Mame dejándose contagiar por el éxito, y toda la compañía volvió a felicitarla.

Una vez en el camerino, la tía Mame y Vera se abrazaron mientras los perros se dedicaban a rascarse y lamerse unos a otros.

—¡Mame —gritó Vera emocionada—, has estado magnífica! Sólo yo podría haberlo hecho mejor. Lo único que me hace falta ahora es un trago.

—Pues lo que yo necesito —respondió la tía Mame— es anestesia general. Vamos. Salgamos de aquí.

—¡Oh, pero Mame, querida! —dijo Vera—. Has olvidado el gran final.

—¿Qué gran final? —preguntó perpleja la tía Mame.

—Bueno, siempre hay un gran final, Mame.

—No vi ninguno la semana pasada.

—Porque no te quedaste hasta que acabó la función, querida. Bueno, el vestido que llevarás es...

—Vera, no me dijiste nada de ningún gran final. He pasado un infierno por ti y ahora...

—Es posible que lo olvidara, Mame, querida —repuso Vera—. Pero más vale que te cambies cuanto antes. Actúas justo después del número de *Las mil y una noches*.

—Mira, Vera —dijo enfadada la tía Mame encendiendo un cigarrillo—, como tenga que ponerme otro de esos monumentos públicos en los que apenas se puede respirar...

—Ni muchísimo menos, querida —dijo Vera quitándole la peluca de la cabeza y sustituyéndola por un altísimo tocado de cuentas de azabache y piel de mono—, este vestido es mucho más fresquito.

—¡Menos mal! —exclamó la tía Mame—. Y, dime, ¿qué tengo que hacer esta vez?

—En primer lugar —respondió Vera con aire despistado—, quítate el sujetador y ponte éste. Y en vez de las bragas ponte este pantaloncito. Bueno, simplemente espera a que oigas que el maestro de ceremonias llama a Vera Charles y...

—No necesito ropa interior limpia, Vera —empezó la tía Mame—, me cambié justo al...

—Deja ya de parlotear, Mame, y date prisa —la apremió Vera mientras le desabrochaba el sujetador—. Date la vuelta, Patrick. Luego tú y los perros bajaréis por ese tramo de escaleras... Y ahora los pantalones. Ponte éstos. Eso es... ¡Ah, también hay un paje! Un malabarista muy simpático de Lyon que se ha quedado en paro y que te llevará la cola del vestido. ¡Listo! Estás divina. Y ahora la cola. Luego recorre el pasillo que da la vuelta al foso de la orquesta, vuelve al escenario, sonríe, saluda y ya está. —Vera se arrodilló detrás de la tía Mame, enganchó una larga cola hecha de pelo de mono al asiento de sus pantalones, si es que aquella prenda podía llamarse así. Era una malla de color carne con una serie de cuentas de color negro allí donde eran más necesarias. El sujetador era más o menos similar—. Y ten en cuenta —añadió Vera levantándose— que llevas la cola más larga que cualquier otro actor

de la compañía. Ni siquiera las modelos o la *danseuse nue* llevan nada parecido. —Se oyó llamar a la puerta—. *Entrez* —dijo Vera. La puerta se abrió y entró un joven huraño vestido con pantalones bombachos dorados y un gran turbante dorado festoneado de piel de mono—. Estupendo —dijo Vera—. Aquí está tu paje. Buena suerte, cariño.

—Pero ¿dónde está la ropa que falta? —La tía Mame contempló su voluptuosa figura oculta tan sólo por unas pocas cuentas de azabache.

—¡Ah, menos mal que me lo has recordado! —dijo Vera—. Aquí tienes el abanico y los guantes.

Vera le alcanzó un par de guantes negros y un enorme abanico de piel de mono.

—¿Y? —dijo la tía Mame.

—¿Y qué, querida?

—¿Es que vas a quedarte ahí y decirme que esto es todo lo que voy a llevar? Mira, Vera, si crees que voy a salir con...

—Pero, Mame —exclamó Vera—, es el vestido más caro de todo el gran final. Auténtico azabache y genuina piel de mono. Es...

—Me da igual si está hecho con el eslabón perdido. No voy a salir prácticamente desnuda con un malabarista en paro sujetando mi...

—Bueno —respondió con despreocupación Vera—, si eso es lo que te preocupa, Patrick puede llevarte la cola. Tú —dijo dirigiéndose al paje—, *dis-robez*, desvístete. ¡Vamos, en pelota!

—Eh, oye —empecé. Pero Vera me había quitado la camisa, me estaba tirando del cinturón y el regidor estaba llamando a la puerta.

Hasta hoy no he logrado saber cómo ocurrió exactamente, pero cuando quise darme cuenta, los seis lebreles estaban tirando de la tía Mame, que maldecía y se quejaba por las escaleras de los camerinos. Yo la seguí ciegamente con mis bombachos dorados, aferrándome a la cola de piel de mono de la tía Mame con una mano y tratando de quitarme el turbante dorado de los ojos con la otra. Los perros nos arrastraron hasta lo alto de otro tramo de escaleras. Oí a la tía Mame que decía: «No saldré, que me aspen si...». Un tenor rumano estaba chillando algo sobre París, *les belles de nuit*, tarará tarará, *cher ami*...

Conseguí quitarme el turbante de los ojos justo cuando el maestro de ceremonias gritaba: «¡La señorita Vera Charles!». La orquesta se puso a tocar «My Miss American Beauty». Los perros saltaron hacia delante. Igual que la tía Mame. Y que yo.

Como he dicho, no recuerdo los detalles exactos. Las luces me cegaron y los aplausos me ensordecieron. Se ha dicho que desde que Josephine Baker actuara allí diez años antes nunca se había aplaudido así a una estrella estadounidense. Pero yo no estaba para ovaciones. Estaba intentado meter estómago y sacar pecho y no

caerme por las escaleras. Me parecieron más largas que las que suben a la torre Eiffel, pero por fin mis pies tocaron el suelo. Las estrellas menos conocidas habían salido ya a saludar y sólo faltaba que la falsa Vera Charles recorriera el pasillo en torno al foso de la orquesta para que concluyera la velada.

Los seis lebreles, que por lo visto eran actores curtidos, desfilaron de uno en uno por delante de las candilejas en dirección al pasillo. La tía Mame los siguió sujetando las seis correas con una mano mientras con la otra movía el enorme abanico de piel de mono tratando en vano de cubrirse lo más posible. Yo era, por así decirlo, el coche escoba, pues la cola de piel de mono dejaba un espacio de unos cinco metros entre nosotros.

La multitud se puso en pie, aplaudiendo, vitoreando y gritando su adoración. El aire estaba lleno de gritos de «¡Brava!» y «¡Vera!». Y desde la primera fila oí una voz que gritaba: «¡Vamos, guapa, quítatelo todo!».

Justo en ese momento vi que alguien tendía un bastón plegable en mitad del pasillo por delante de la tía Mame.

—¡Cuidado, tía Mame! —grité.

El aviso llegó demasiado tarde.

La tía Mame tropezó con el bastón. Se detuvo. Vaciló. Se tambaleó. Y luego cayó a plomo sobre la primera fila, arrastrando consigo a los lebreles, que se pusieron a ladrar y gimotear mientras el antifaz salía volando por los aires. Yo caí detrás, pues me cogió tan de sorpresa que no pude soltar la cola. Un segundo después estábamos todos forcejeando en la primera fila: la tía Mame, *Sascha*, *Jascha*, *Vania*, *Pável*, *Boris*, *Morris* y yo en mitad de una impenetrable maraña de pelos de perro y piel de mono. Oí a la tía Mame que gritaba: «¡Dios mío! ¡Es Dwight Babcock!». Luego se desmayó.

Me pareció una idea espléndida, así que fingí desmayarme yo también. La muchedumbre hizo el resto, pues los franceses son tremendamente fieles a sus estrellas. Al grito de «*Cochon!*», «*Brigand!*», «*Voleur!*» se abalanzaron sobre el señor Babcock y lo arrastraron por el teatro. Por el rabillo del ojo vi que lo abofeteaban y le daban de puñetazos en mitad del pasillo. Pese a lo mucho que odiaba al señor Babcock no me gustó la idea de que fuesen a lincharlo.

De regreso en el hotel, Veraapuró una copa de coñac, bostezó y anunció su intención de irse a la cama. Había sido un día digno de recordar, admitió.

—Un momento, Vera —dijo la tía Mame frotándose la moradura del muslo—. Antes necesito que me hagas un pequeño favor.

—Esta noche no, querida —dijo Vera—. Ya sabes lo agotadoras que son las noches de estreno para las estrellas.

—Siéntate, Vera —dijo la tía Mame—. Antes de irnos a dormir, vamos a averiguar en qué comisaría tienen al señor Babcock y vamos a ir a verlo.

—¿Es que te has vuelto loca, querida? —preguntó Vera en tono altanero—. Dame una buena razón por la que una gran estrella como yo tendría que ir a ver a un viejo verde que, al fin y al cabo, es problema tuyo y no mío.

—Puedo darte una razón excelente, Vera —dijo la tía Mame—. Se trata de lo siguiente: ignoro si el señor Babcock sabe o no que fui yo quien se ha hecho pasar por ti esta noche. Todavía puede quitarme a Patrick. Quiero que vayas a verlo y le asegures que fuiste tú quien cayó en su sucio regazo.

—¿Y si me niego? —preguntó Vera en tono todavía altanero pero mucho menos segura de sí misma.

—Si te niegas, Vera —respondió sin inmutarse la tía Mame—, el señor Babcock no será el único en saber quién era en realidad la gran estrella. Hablaré, Vera. Hablaré por los codos. Hablaré con las revistas *Time*, *Life*, *Paris Soir*, con las agencias Reuters, AP, UP, INS, hablaré con cualquiera que quiera escucharme, y no sólo te quedarás sin trabajo, sino que serás el hazmerreír de...

—¡Eso es chantaje!

—Prefiero llamarlo *quid pro quo*..., una expresión latina que significa que yo te he hecho un gran favor y ahora tú vas a venir a la trena conmigo, porque de lo contrario...

Instalado en un decorado no muy distinto de la mazmorra retratada en el Folies Bergère, el señor Babcock ofrecía un aspecto lamentable. Lo habían vapuleado de lo lindo y tenía la ropa hecha jirones. Corrió desesperado a la puerta, pero retrocedió al ver que su visitante era la tía Mame, muy recatada con un vestido negro de organdí sin el menor encanto.

—¡Ah, eres tú, Jezabel! —gimió el señor Babcock.

—La misma, señor Babcock —dijo la tía Mame—. He venido por pura misericordia después de convencer a mi querida amiga Vera Charles de que le perdonara su horrible desliz de esta noche. Y, hablando de la señorita Charles, señor Babcock —añadió zalamera—, siempre había pensado que era la señora Babcock quien admiraba mucho a Vera, no usted.

—Sabes perfectamente que eras tú la que dabas brincos por el escenario con menos ropa que un... Tú y ese huérfano delincuente tuyo.

Parecía un poco inseguro, casi podría decirse mareado.

—Es evidente que está borracho —le espetó Vera—. ¿Y quién más podría reemplazarme según usted, viejo verde?

—¡Ohhhh! —gimió—. Si estuve..., si esta noche no he sido yo mismo, ha sido porque tú, Mame Dennis Burnside, me echaste algo en el zumo de uva.

—Tonterías —dijo secamente Vera—. Apeataba a alcohol. Yo misma le olí el aliento cuando me arrastró por...

—Drogado —repitió débilmente y cada vez con menos convicción el señor

Babcock.

—Vamos, señor Babcock —dijo la tía Mame agitando coqueta el dedo a través del portillo—, los días de los Borgia hace mucho que quedaron atrás. Pero, ¡ay!, me temo que la rapiña, la lujuria y el bestialismo siguen vigentes entre nosotros... y en círculos de lo más sorprendentes. ¿Cómo puede pensar que una pobre viuda solitaria como yo iba a llevar a un joven inocente a un espectáculo tan carnal y concupiscente como al que asistió usted anoche?

—Caray, señor Babcock —solté yo—, pero si la tía Mame y yo estuvimos a punto de ir a Neuilly a comer un poco de mantequilla de cacahuete y ver algunas diapositivas.

—Vaya que sí —añadió la tía Mame—, y no sabe lo mucho que me angustia tener que contarle a la pobre Eunice la deshonra que se ha abatido sobre ella y su hijo..., sí, y también sobre esa pareja tan encantadora de los Gilbreath, y todo por culpa de su comportamiento...

Los balbuceos histéricos del señor Babcock ahogaron el resto de sus palabras. La tía Mame aguardó con sadismo a que se acallaran sus sollozos antes de proseguir.

—Pero, aunque no sea usted capaz de agradecer mi disposición a apoyar a su pobre mujer engañada, sí debería darme las gracias por rogarle a la señorita Charles que le perdone. Y también que no presente cargos.

—Pe... pero... —tartajeó el señor Babcock.

—Por suerte —continuó la tía Mame—, Vera Charles es una auténtica artista con un corazón de oro. ¿Qué otra mujer le perdonaría que la maltratara, la deshonrara en público y le hiciese esto? —La tía Mame apartó teatralmente el velo del sombrero de Vera y señaló la mandíbula hinchada y descolorida. El señor Babcock se atragantó—. Que le hiciese esto, señor Babcock, a un rostro que los amantes del teatro adoran desde hace ya un cuarto de siglo...

Vera se ofendió, pero no pudo decir nada.

—Cu... cuando esta tarde me despedí de ustedes en las oficinas de la American Express —dijo con voz entrecortada—, me sentía... muy raro. Me detuve en un..., en un bar de mala nota y pedí una copa, y luego..., luego... Perdí la conciencia de lo que hacía y...

—Es una historia muy triste, señor Babcock —dijo la tía Mame tendiéndole una mano piadosa—, aunque resulta un tanto vil y preferiría que no la contase en presencia de mi joven e inocente pupilo. Ya es bastante malo que un hombre como usted, con una personalidad digna del doctor Jekyll y el señor Hyde, controle por completo la herencia de este pobre huérfano, y probablemente esté malgastando sus rentas en vicios tan viles que me resisto a mencionarlos. Así que le agradeceré que tenga presente que la salud espiritual de Patrick está totalmente en mis manos y que no querría que su imaginación juvenil se contaminase con el relato de su repugnante caída de...

—Por favor, por favor —dijo quebrantado el señor Babcock—. Haré lo que usted

diga.

—¡Ah!, pero se equivoca, señor Babcock —dijo la tía Mame—. No es usted quien va a ayudarme a mí, sino que soy yo quien ha venido a esta cloaca llena de borrachos y criminales para ayudarle a usted. Dígame —añadió con melifluo veneno—, ¿no quiere que telefonee a la señora Babcock? Eunice debe de estar preguntándose qué le habrá ocu...

—¡Oh, no! ¡Por favor, no!

—De acuerdo —dijo la tía Mame—. Vera no sólo está dispuesta a perdonarle, sino también a pagar la multa. ¿Verdad, Vera?

Vera hizo un gesto como si le hubiese golpeado un rayo ante la idea de tener que desembolsar un solo céntimo, pero dijo «Sí» con gélida grandeza.

—Lo liberarán a usted casi de inmediato, sin antecedentes policiales que puedan amargarle el resto de sus vacaciones con sus amigos franceses. He alquilado una limusina que le llevará al hospital estadounidense de Neuilly. Dentro de una hora telefonaré a la pobre Eunice y le diré que ha tenido usted un accidente en mi coche y que se encuentra en el hospital. Así podrá usted explicar su deplorable aspecto físico. Patrick y yo nos vamos mañana de París y nadie tiene por qué enterarse de nada.

—Nu... nunca podré agradecersele —balbució el señor Babcock. Yo solté una risita. Ver a aquel gallo de pelea santurrón arrastrándose a los pies de la tía Mame fue demasiado para mí.

—Por favor, no te dejes impresionar por esta sencilla demostración de ternura, Patrick —dijo la tía Mame dándome unas palmaditas en el hombro y propinándome un sonoro pescozón en el cuello—. La vida nos enseña muchas lecciones. ¡Muchas! ¡Ah!, ahí llega el carcelero a devolverle su mal ganada libertad. ¡Vamos, señor Babcock!

En el Folies Bergère la muchedumbre se había ensañado con el señor Babcock más de lo que yo había imaginado. Sólo le habían dejado intactos los calcetines, los zapatos y parte de la ropa interior, pero poca cosa más. Cuando salimos a la calle, tenía una pinta ridícula. Había refrescado y temblaba como un azogado.

—Puede usted acompañarme a mi coche, señor Babcock —dijo majestuosamente la tía Mame—. Recuerde que éste es el automóvil en el que supuestamente sufrió usted el accidente. Un sedán Panhard plateado. Así fue como me localizaron y por eso fui la primera en enterarme. Subid, Vera, Patrick. ¿Te importaría alcanzarme esa manta de viaje, cariño? Gracias. —Se volvió hacia el señor Babcock y le echó la manta por encima—. Vamos, señor Babcock —dijo—, cúbrase las..., ejem, vergüenzas. Su limusina está justo detrás.

Subió al coche y arrancó el motor. Cubierto con la manta de viaje de la tía Mame, el señor Babcock parecía una especie de Toro Sentado en miniatura. Volví a soltar una risita.

—¿De modo, señor Babcock —dijo la tía Mame—, que todo está perdonado?
¿Perdonado... y... olvidado?

—¡Oh, sí! —dijo el señor Babcock castañeteando los dientes—. Sólo una cosa más...

—¿Sí, señor Babcock? —respondió con dulzura la tía Mame.

—¿Qué... qué hago con la manta cuando llegue al hospital?

—¡Quítesela! —gritó la tía Mame.

El motor rugió y el coche salió disparado por la calle silenciosa.

LA TÍA MAME EN LOS CÍRCULOS DE LA CORTE

—Y después de visitar todos los museos y galerías y de llevarte al Teatro Nacional de Francia, ¿qué hizo esa vieja chiflada? —preguntó Pegeen.

—Bueno —respondí con sospechosa desenvoltura—, la tía Mame opinaba que en París hacía demasiado calor. Quiero decir que, incluso a principios de primavera, hay días muy calurosos. No es tanto la temperatura, sino que...

—Continúa —dijo Pegeen.

—En fin, el caso es que fuimos a Londres.

—¿A qué?

—A ver a la reina. Literalmente. Aunque en aquella época eran el rey y la reina.

—Ahórrate las bromas.

—Lo digo en serio. ¿Cómo va a meterse uno en líos en una ciudad tan aburrida como Londres? Además —añadí—, la tía Mame siempre se ha movido en los círculos de la Corte.

Incapaz de enfrentarme a la madre angustiada, fui a la alacena a rellenarme la copa. La bebida necesitaba que la animaran un poco, y yo también.



Londres todavía estaba recuperándose de la Coronación y del asunto de la señora Wallis Simpson cuando la señora Burnside y su séquito se registraron en una *suite* del hotel Claridge's. El séquito consistía a la sazón en Vera Charles —la mejor amiga de la tía Mame y primera dama del teatro estadounidense, que había ganado tanto dinero a cambio de sufrir una serie de indignidades en el Folies Bergère que podía permitirse no trabajar en todo el verano— y, por supuesto, yo mismo.

La tía Mame había estado en Londres muchas veces y conocía a mucha gente desde los años veinte. En esa temprana época de la historia, los había considerado jóvenes brillantes y prometedores. Pero después de un par de fiestas y veladas —y de una severa reprimenda por parte de la dirección del hotel—, tuvo que admitir que sus compañeros del pasado no habían sabido adaptarse al paso del tiempo. Eran sólo unos fracasados de mediana edad.

—¡Ay, cariño! —se quejó la tía Mame debajo de una bolsa de hielo la mañana siguiente a su tercera velada—, me temo que no estoy frecuentando a las personas adecuadas. Mis antiguos amigos ya no son jóvenes ni brillantes.

—Bueno, al menos se esforzaban mucho en aparentarlo —respondí.

—¿Que se esforzaban? ¡Son unos impresentables! Parecen sacados de una

parodia de Evelyn Waugh. No, Patrick, he llegado a una edad en que debería haber belleza y dignidad en mi vida. Ya no soy la loca de Mame, sino la señora de Beauregard Jackson Pickett Burnside, una viuda, todavía joven y atractiva, y con una elevada posición tanto social como económica. También tengo la aplastante responsabilidad de guiar a un joven sobrino por la vida y...

—No te preocupes por mí, tía Mame —dije—. Este otoño ingresaré en la universidad y luego podrás seguir haciendo lo que...

—¡No me interrumpas! —me espetó, quitándose la bolsa de hielo de la cabeza con un sonido repiqueteante—. Como te iba diciendo, estos ancianos, antaño brillantes y prometedores jóvenes, ya no me convienen. ¡No me convienen en absoluto! Hace diez años lo pasamos muy bien haciendo locuras, pero hoy, a la luz fría y gris de 1937, todos esos compañeros de otro tiempo, inmaduros, alcoholizados y hedonistas, se han convertido en una pandilla de inútiles que desafía cualquier descripción. ¡Mira cómo han dejado esta preciosa habitación! ¡Colillas! ¡Vasos volcados! ¡La lámpara colgando de un hilo! No, Patrick, cariño, para mí Inglaterra significa belleza, dignidad, serenidad, un sentido del pasado...

Vera, que llevaba un rato dormitando en el sofá, se levantó y se encaminó a su dormitorio arrastrando tras ella el vestido de fiesta que había llevado la noche anterior. Dijo una palabra breve e impublicable y cerró de un portazo.

—A eso —dijo la tía Mame— es exactamente a lo que me refería. No es la sociedad londinense que quiero mostrarle a un joven impresionable como tú. Me gustaría que conocieras una Inglaterra más elegante..., una nación soberana de ricas tradiciones, de pompa y ceremonia. Y por ese motivo, cariño... —La tía Mame hizo una pausa teatral y volvió a ponerse la bolsa de hielo en la cabeza.

—¿Sí, tía Mame?

—Por esa razón, Patrick, voy a ser presentada en la Corte.

Siempre que la tía Mame decidía hacer alguna cosa, procuraba hacerla sin la menor dilación, así que no perdió el tiempo en introducirse en los círculos de la Corte. Lo primero que hizo fue poner un cable a Nueva York para que le enviaran el Rolls-Royce y a Ito, su mayordomo japonés, en el *Queen Mary*. Pedir que te envíen un Rolls-Royce a Inglaterra desde Estados Unidos me pareció como llevar leña al monte, y además Ito conducía tan mal que me preocupó imaginarlo en el tráfico londinense. Pero la tía Mame insistió en que Ito y el Rolls eran una tradición familiar y en que, puesto que Ito siempre había conducido por la izquierda, lo más probable era que Londres le pareciera su hogar espiritual.

Acto seguido la tía Mame se puso en contacto con lady Gravell-Pitt, y entonces empezó todo.

Desconozco, y no quiero pararme a pensar en ello, de dónde sacaría la tía Mame a Hermione Gravell-Pitt. Lo único que sé es que cuando, al día siguiente de la gran

declaración de intenciones de la tía Mame, volví de visitar la abadía y encontré a la tía Mame y a lady Gravell-Pitt comportándose como grandes señoras y tomando el té, supe que la tía Mame había entrado en una nueva fase.

—Las joyas —estaba diciendo— no serán problema, lady Gravell-Pitt.

Le mostró la enorme esmeralda sin tallar de su anillo y sus orejas, donde centelleaban discretamente unos diamantes.

—Por supuesto —dijo lady Gravell-Pitt, clavando sus brillantes ojillos en las joyas de la tía Mame. Luego esbozó una amplia sonrisa y me sorprendió el esplendor azafranado de su dentadura. Debía de tener unos sesenta dientes. Muy grandes y falsos, del color del marfil viejo y engarzados en unas brillantes encías dignas de Tiziano, aunque por un instante sólo pude pensar en el teclado doble de un clavecín antiguo—. Y puesto que vamos a ser grandes amigas, querida, debes llamarme Hermione..., o incluso Hermie.

—Desde luego, Hermione —respondió la tía Mame—, y tú llámame Mame.

—Por supuesto, Mame —dijo Hermione con otra sonrisa—. Pero ¿tienes una tiara?

—Dos —repuso la tía Mame.

—Qué lástima —dijo Hermione con una melancólica sonrisa—. Tengo una preciosa. Heredada, por supuesto, pero te la habría dejado baratísima. Sea como fuere —prosiguió, retocándose la larga melena teñida de metálico color dorado—, tendremos que hacer algo con tu alojamiento. Quiero decir que si voy a ser tu madrina en sociedad no puedo permitir que vivas en un hotel. —Contempló la *suite* de la tía Mame en el Claridge's como si fuese el hospicio del condado—. Por suerte, conozco una casita preciosa justo aquí, en Mayfair, que podemos alquilar por esta temporada y...

—¿Podemos? —preguntó la tía Mame.

—Sí —respondió Hermione mostrando sus dientes sin lustre—. Tú, la señorita Charles, tu sobrino y yo..., todos juntos. En fin, lady Styllbourne es amiga mía y creo que podré convencerla de que te la alquile por mil guineas al mes. Aparte, claro, del sueldo de los criados.

Fui de puntillas a mi habitación y oí a lady Gravell-Pitt que decía:

—Si quieres, puedes darme ya el cheque, o como lo llaméis en Estados Unidos.

Creo que la palabra que mejor define la preciosa casita que la tía Mame alquiló gracias a lady Gravell-Pitt es *majestuosa*. Era una enorme mansión de mármol en Grosvenor Square, tan cerca de la embajada estadounidense que la tía Mame podía ir a importunar a sus compatriotas siempre que quisiera, aunque lo bastante alejada para que ellos no pudieran vigilarla demasiado. La tía Mame decidió que la casa era «divina», y su ubicación, «ideal».

Lady Gravell-Pitt, en calidad de anfitriona, nos recibió en la puerta rodeada de un

pelotón de lacayos.

—¡Bienvenida, bienvenida, querida Mame! ¡Patrick, cariño! Señorita Charles. — Vera no le caía demasiado simpática—. Permite que te enseñe nuestro precioso nuevo hogar. Tu, ejem, nuevo marco, por así decirlo. —Sonrió mostrando sus dientes de loza, y añadió—: Un marco perfecto para una preciosa joya estadounidense.

Vera reprimió una arcada.

Hermione nos condujo entre la hilera de lacayos y luego nos guió por una serie de salones de mármol en los que colgaban lámparas de Waterford, polvorientos tapices franceses y retratos de personas ya fallecidas. Era un sitio digno de ver. Salones estilo Adam daban paso a salones estilo Chippendale, que a su vez daban paso a salones estilo Heppelwhite y salones estilo Grinling Gibbons y salones estilo Regencia y estilo Luis XV, y así sucesivamente.

No resultaba muy acogedor y ni siquiera estaba muy limpio, pero a la tía Mame le encantó. Por fin Hermione remató su visita guiada en lo que llamó «un saloncito estilo Directorio que sirve de galería», perfecto para tomar el té. Era la habitación más alegre de la casa, aunque eso no quiere decir mucho, y daba a un pequeño jardín cubierto de hollín en el centro del cual un Apolo de mármol exhibía con injustificado orgullo una penosa serie de miembros amputados.

—Bueno, Mame, querida —dijo por fin lady Gravell-Pitt con un vivaz castañeteo de dientes—, en cuanto a tu presentación, es evidente que cualquiera con mis contactos podría haberte presentado inmediatamente...

—¿Y por qué no lo hace? —preguntó Vera.

—Pero... —la interrumpió lady Gravell-Pitt con un gesto imperioso—, es mejor ir poco a poco. Empezaremos con una pequeña serie de cócteles, almuerzos y cenas. Así podrás familiarizarte con la flor y nata de los círculos de la Corte. Luego lo arreglaré para que te inviten a una recepción en los jardines reales. Y por fin a una presentación en Saint James.

—¿Cuánto crees que tardará todo eso? —preguntó la tía Mame.

—¿Y cuánto costará? —añadió Vera.

La temporada para la tía Mame empezó al día siguiente a la hora del almuerzo, cuando una pandilla de aristócratas trasnochados se presentaron en su casa a las doce en punto, se abalanzaron sobre la mesa como una bandada de cuervos y se marcharon a las tres en punto. Una hora y media más tarde aparecieron seis más para devorar tres grandes pasteles, cinco bandejas de sándwiches y trasegar no sé cuánto té. A las ocho en punto se presentó otra docena con ropa de fiesta un poco raída y engulleron una copiosa cena, como si no hubiesen probado bocado desde el Jubileo de la reina Victoria. El resto de la semana siguió más o menos igual, salvo por las dos veces en que permitieron a la tía Mame llevar a los amigos de Hermione al teatro y luego a bailar y a cenar a un club, en el que luego descubrí que Hermione tenía cierta

participación económica.

Debo decir que ninguno de los cientos de invitados de la tía Mame me pareció demasiado atractivo. En su mayor parte eran ingleses provincianos o anticuados rusos blancos con títulos que ahora me consta que eran dudosos o menores. Ninguno de ellos tenía menos de sesenta años y todos estaban emparentados con lady Gravell-Pitt. Las mujeres tenían cierta tendencia a tener vello encima del labio y los hombres una clara propensión al reumatismo. Todos vestían como si hubieran comprado la ropa en una subasta benéfica y, si de verdad eran la flor y nata de los círculos de la Corte, era como para sentir lástima por el rey Jorge y la reina Isabel («Bertie y Bessie», como los llamaba lady Gravell-Pitt en presencia de la tía Mame).

Tampoco me dio la impresión de que ninguno de ellos tuviese mucha prisa en corresponder a la generosa hospitalidad de la tía Mame con algo más que una taza de té. Vera también lo notó. Pero la tía Mame estaba tan ocupada con sus obligaciones de anfitriona, mientras Hermione pululaba en torno a ella haciendo entrechocar los dientes como castañuelas, que supongo que no tuvo tiempo de pararse a pensarlo. Por las mañanas, Hermione la entretenía enseñándole las reverencias cortesananas, que ejecutaba ante ella con una horrorosa exhibición de crujidos de las articulaciones que me recordaban a alguien comiendo cacahuetes. Después de la primera lección, la tía Mame aprendió a hacer reverencias como una *prima ballerina*, así que a lady Gravell-Pitt no le quedó otra cosa que hacer que seguir invitando a sus parientes para que se alimentaran de las exquisiteces fuera de temporada que servía la tía Mame e intentar venderle cosas. Entre otras, un viejo Daimler, un descascarillado servicio de té estilo reina Ana, libreas casi nuevas para los lacayos, una apolillada capa de armiño que según afirmó —y no había motivo para dudar de sus palabras— había pertenecido a la reina Carlota, una vajilla desportillada de Limoges para treinta y seis personas, un camisolín de esmeraldas talla cuarenta y dos, un caballo alazán de carreras, una abadía galesa en ruinas y un cachorro de San Bernardo.

Al cabo de una semana de vivir bajo el mismo techo que lady Gravell-Pitt, Vera empezó a crisparse de manera casi visible.

—Ven aquí —me dijo con acento puro de Pittsburgh, sin el menor rastro del ininteligible deje de Mayfair que utilizaba en el escenario.

Entré en su dormitorio y cerró la puerta.

No hacía falta una bola de cristal para notar que lady Gravell-Pitt no tenía muy buena opinión de Vera, por mucho que fuese una gran estrella e, incluso en Londres, estuviese más o menos al mismo nivel que la gran Gertrude Lawrence. «Ya se sabe cómo es la gente del teatro», decía siempre Hermione despreciándola al tiempo que entrechocaba los dientes, como si la hubieran condenado por dedicarse al exhibicionismo en Park Lane. Y demostraba su desdén con pequeños detalles como excluirla por completo de la conversación, olvidar presentarla a la flor y nata de los círculos de la Corte, sentarla en el peor sitio en la mesa e instalarla en el dormitorio más pequeño y lóbrego de la casa a pesar de que había otros mejores que estaban

vacíos.

—¿Y bien? —preguntó elocuentemente mientras cogía uno de mis cigarrillos.

—¿Y bien qué, Vera? —respondí.

—Ya sabes a lo que me refiero, Patrick. A esa subasta permanente en la que vive. A ese fenómeno desdentado. A todos esos rancios farsantes que se presentan sólo a la hora de comer.

—¡Ah!, bueno, ya conoces a la tía Mame y sus fases, Vera —dije—. Se le pasará con el tiempo. Lo único que quiere es que la presenten en la Corte. Luego se hartará de todo esto y se dedicará a alguna otra cosa.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Vera—. Si lo único que quiere es ponerse tres plumas en la cabeza y hacer una reverencia, seguro que hay modos más sencillos. Al fin y al cabo, Mame es una mujer muy atractiva, ocupa una elevada posición social y *es rica*. La mujer del embajador estadounidense podría haberla presentado en cualquier momento. —Vera me miró con sus ojos verdes y fríos—. No irás a decirme que crees que esa lady *Hormona* no sabe que Mame es la novena viuda más rica de Nueva York. Se está aprovechando de la pobre Mame y...

—Bueno, la tía Mame lo está pasando bien —respondí—. Si no se le hubiera metido la cabeza frecuentar los círculos de la Corte, se habría dedicado al yoga, al Movimiento de Oxford o al baile moderno.

—¡Círculos de la Corte, y un cuerno! —exclamó Vera con elocuencia—. Llevo más de quince años interpretando a la realeza en el escenario y, si esos viejos espantajos no son más que un hatajo de gorriones sin un céntimo, entonces yo soy la reina madre. Además, no sólo son los principios, es el dinero. Esa furcia va a sangrar a la pobre Mame hasta el último penique. Qué demonios, pero si con lo que paga por este mausoleo podría alquilar el palacio de Windsor, por no hablar de los criados y de todas las verduras con que agasaja a los parientes pobres de lady Gravell-Pitt.

—Es muy generosa —dije—. Y extravagante.

—Sin embargo —objetó Vera—, cuando hace un par de días le pregunté si no querría invertir unos cuantos miles de libras en la nueva obra de teatro que he pensado para Cochran (es una obra preciosa, Patrick, preciosa, tendrías que ver el vestuario), Mame me respondió que no creía que pudiera permitírselo, a mí, que soy su mejor amiga. Imagínatelo si puedes. Jamás ha invertido un céntimo en ninguna de mis obras y ahora...

—Debía de estar bromeando.

—De eso nada. Hermione la está exprimiendo a base de bien. Yo tengo que deslomarme actuando en ocho funciones a la semana mientras esa vaga de Hermione..., una completa desconocida, por mucho que digas, se pasea en el Rolls de Mame, da órdenes a los criados, invita a sus horribles amigos y me encierra en la habitación de la doncella. Te digo, Patrick, que esa mujer es siniestra.

Estaba tan acostumbrado a los berrinches de Vera contra otras mujeres que al principio atribuí su aversión a los celos y no le di mayor importancia. Pero apenas

uno o dos días después empecé a comprobar de primera mano que, a la hora de hacer negocios, Hermione no tenía igual.

Todo empezó con una discusión sobre mi vestuario, que a mí siempre me había parecido elegante aunque discreto.

—La verdad, Mame, querida —dijo Hermione mirándome como si fuese un pordiosero—, no sé cómo esperas que Patrick asista a las grandes cenas y bailes yendo tan mal vestido.

Yo bajé la mirada para ver si llevaba algo roto, pero mi ropa estaba intacta.

—¿Qué quieres decir, Hermie? —preguntó la tía Mame con aire ausente.

—Pues no sé, Mame, el esmoquin está muy bien, pero para las verdaderas veladas de gala el frac, la corbata blanca, el sombrero de copa y la capa son *de rigueur*.

—¿La capa? —se rió la tía Mame—. Tonterías, querida. Patrick sólo tiene diecisiete años.

—Y, por supuesto, para la recepción en los jardines reales, unos pantalones grises de rayas, un chaqué, un sombrero de copa gris...

—Mmmmm. Es cierto —dijo la tía Mame.

—Bueno, supongo que si de verdad no puedo asistir a esos sitios vestido así —dije—, siempre puedo alquilar la ropa en Moss Brothers. ¿Para qué quiero un sombrero de...? —Las palabras murieron en mis labios. Si hubiese sugerido ir desnudo, lady Gravell-Pitt no habría parecido más horrorizada.

—¡En Moss Brothers! —escupió—. Caramba, Mame, ya me cuesta bastante presentar a unos estadounidenses en la mejor sociedad londinense, pero considerar siquiera la posibilidad de llevar ropa de alquiler...

—Bueno —dijo la tía Mame en tono razonable—. Siempre podrá usar la ropa de etiqueta en los bailes de la universidad, y en cuanto al atuendo para la recepción en los jardines, supongo que alguna vez será padrino de alguien en alguna boda. Podías pasarte por Dover Street, cariño. Conozco a muchos hombres elegantes que se hacen la ropa en Kilgour, French and...

—Sin embargo —dijo lady Gravell-Pitt mirándome de reojo—, conozco a un joven duque, de hecho se trata de mi primo, que es justo de la talla de Patrick. Sus trajes le quedarían de maravilla, y creo que podría convencerlo de que se lo dejara todo por..., ejem, cien guineas.

Eso zanjó la cuestión.

Lady Gravell-Pitt era de esas mujeres que al principio caen mal y a las que uno acaba detestando cuando llega a conocerlas. Acabé conociendo muy bien a Hermione, aunque nunca llegué a superar la sensación de sorpresa ante su constitución huesuda, el esplendor sintético de su cabello y sus dientes amarillos. En algún momento entre la cincuentena y la muerte, Hermie parecía haber sufrido una excesiva influencia de las fotografías de lady Sylvia Ashley y algún artículo de una revista de autoayuda que animara a los lectores a subrayar sus peores defectos. El resultado final era el vivo retrato del cómico Douglas Byng.

Podría haber perdonado a lady Gravell-Pitt su pinta espantosa si hubiese poseído un ápice de amabilidad o generosidad. Pero no lo tenía. Hermione era una de esas mujeres horribles para las que ser una dama es una profesión. Si no posaba para anuncios de cosméticos y cremas de belleza era porque no había ningún fabricante que estuviera lo bastante loco para pedírselo. Pero no vi a Hermione una sola vez que no estuviera metida hasta las cejas en una docena de zarandajas vagamente relacionadas con poseer un título nobiliario. Previo pago, presentaba en la Corte a canadienses, australianos o estadounidenses ricos. Y, a cambio de una módica comisión, podía conseguirte un pisito en el West End, una casa monísima junto al mar o un castillo en Escocia. Hermie trataba en joyas y plata de segunda mano, abrigos de pieles usados, vestidos de baile casi limpios, antigüedades, decoración, personal de servicio, secretarías, cruceros por el mundo y visitas guiadas a casas señoriales. Le encantaba prestar, o alquilar, su nombre a clubes nocturnos y restaurantes, tiendas de ropa y galerías de arte, a cualquiera, en suma, que estuviera dispuesto a pagar por el uso temporal de su título. No creo que traficara con drogas ni que se dedicara a la trata de blancas, pero estoy convencido de que si le hubiera pedido una dosis de cocaína o una concubina mestiza habría corrido al teléfono. «Servicio» era sinónimo de Hermie, y con sus sedas ligeramente sucias, sus birriosas pieles y sus diamantes turbios daba la impresión de haberse consagrado a él en cuerpo y alma.

Jamás llegué a entender qué había visto la tía Mame en Hermione, aunque, por otro lado, nunca dejaron de sorprenderme sus caprichos y las personas con las que se relacionaba. A la tía Mame, que podía ser sorprendentemente perspicaz con unas personas e igualmente crédula con otras, estuvo a punto de caérsele la venda de los ojos durante la semana de Ascot, cuando se enteró de que no la habían invitado —y al parecer tampoco a Hermione— a la tribuna real. Y aún le hizo menos gracia que Vera, con más pieles de zorro que la propia reina, se paseara por Ascot del brazo de un viejo duque depravado.

—La verdadera gente bien no va a Ascot, Mame, querida —trató de excusarse patéticamente Hermione.

—¡Oh, claro que no! —gruñó la tía Mame—. ¡Sólo el rey y la reina, y la reina María, y el duque y la duquesa de Kent y otra gentuza parecida!

—Además, Mame —dijo empalagosa Hermione—, hoy vas a recibir a la flor y nata de los círculos de la Corte a la hora del almuerzo.

—Si pertenecen a los círculos de la Corte —replicó la tía Mame—, ¿cómo es que no están en la tribuna real con la Corte? ¿Cómo es que no estamos Patrick y yo? Y, ya puestos, ¿por qué no estás tú? —dijo marchándose a su habitación.

Luego oí a lady Gravell-Pitt haciendo con disimulo varias llamadas desesperadas. De hecho, todo el día, mientras la tía Mame derrochaba encanto y caviar con los viejos gorriones de siempre, Hermione no dejó de excusarse porque tenía que hacer una llamada urgente.

Las tensiones domésticas no se aliviaron cuando Vera volvió con su duque, sus

ganancias y un impresionante catálogo de nombres de personas con quienes había comido al aire libre, tomado el té o simplemente cotilleado. Vera no dejaba de darse humos, y repitió: «Por supuesto, no soy más que una simple actriz» tres o cuatro veces. Y cuando Hermione entró en la habitación después de hablar al menos cien veces por teléfono, Vera señaló al duque y dijo:

—Seguro que sois viejos amigos y no será necesario presentarnos.

El duque se quedó totalmente perplejo, y Hermione dio la impresión de querer reptar debajo de la alfombra.

—Ejem, no..., no creo que... —dijo el duque.

—Por supuesto —le interrumpió Hermione entrechocando los dientes y excusándose para ir a llamar por teléfono.

El título del duque era muy reciente, nos explicó luego Hermione. En realidad no era más que un don nadie.

Pero esa noche lady Gravell-Pitt se las arregló de algún modo para conseguirnos a la tía Mame y a mí una invitación para asistir a la siguiente recepción en los jardines reales. Atravesó el salón blandiendo los sobros y graznando de orgullo y alivio. A la tía Mame le encantó ver que por fin se despejaba el camino a los círculos de la Corte.

—Sólo tengo tres —dijo con voz odiosa Hermione—. Lo siento muchísimo, pero no he conseguido ninguna para la señorita Charles.

—No importa —respondió Vera con acento teatral—. Hace días que tengo la mía.

El día de la recepción en los jardines reales amaneció inusualmente caluroso y húmedo. La casa bullía de agitación. Las criadas iban y venían a toda prisa por los pasillos, cargadas de vestidos recién planchados. Delante de la casa, Ito sacó brillo primero a los botones de su uniforme y luego al Rolls, después otra vez a los botones y de nuevo al Rolls. Incluso yo me sentí levemente emocionado con la llegada de mi ropa ducal casi sin usar.

Pero, cuando traté de ponérmela, empecé a albergar serias dudas sobre la superioridad de aquel sastre sobre Rogers Peet. Los pantalones me quedaban demasiado grandes y demasiado cortos. Sujetos con tirantes, que es como había que llevarlos, dejaban los tobillos varios centímetros al descubierto. Si me los bajaba para que llegaran a los zapatos, quedaba al descubierto la camisa entre los pantalones y el chaleco gris, que me iba tan apretado que los botones tiraban cada vez que respiraba. La chaqueta me venía corta de mangas y estrecha de hombros, pero tan ancha en el estómago que casi podía envolverme en ella. La corbata, no obstante, me quedaba perfecta. Todavía estaba intentando averiguar qué postura adoptar para que mi nuevo atuendo no resultara tan grotesco cuando la tía Mame me llamó desde el jardín.

—Patrick, cariño, baja un momento. Estamos tomando un aperitivo antes de irnos. No quisiera llegar tarde.

—Enseguida bajo, tía Mame —dije—. Es que no consigo que me quede bien el

chaqué.

—No te preocupes, cariño —gritó—. Baja, y Vera y yo te ayudaremos.

La tía Mame, Vera y lady Gravell-Pitt estaban atildándose al sol. La tía Mame tenía un aspecto muy a lo Gainsborough con sus perlas, un vaporoso vestido color marfil con una sombrilla a juego y, en la cabeza, una pamelita llena de plumas de color guisante de olor. Vera también estaba deslumbrante, de un modo mucho más teatral, vestida de encaje malva y cubierta con varias docenas de pieles de zorro para no ser menos que la reina de Inglaterra. El vestido de lady Gravell-Pitt tenía muchas arrugas y algunas manchas indelebles insuficientemente disimuladas con camafeos.

—Vaya —dije dando valientemente un paso adelante—, estáis verdaderamente... —no pude seguir. Me quedé petrificado al ver la mirada de espanto de Vera y la tía Mame.

Vera fue la primera en hablar.

—¡Dios! —dijo sencilla y sucintamente.

—Patrick —balbució la tía Mame—, ¿de qué te has disfrazado? Si crees que esto es una broma, te has...

—Es mi chaqué nuevo —dije—. Para la recepción en los jardines. Acaba de llegar.

—¿Nuevo? —dijo Vera—. Las cosas que llega a oír una. Pero si está manchado de verde de...

—La verdad, Hermione —dijo la tía Mame—. Entiendo algo de ropa, y este ridículo disfraz es sencillamente...

—Es lo que llevan los hombres más elegantes de Londres... —empezó Hermione, pero ni siquiera ella fue capaz de fingir. Una mirada de la tía Mame bastó para hacerla divagar e interrumpirse con un horrible castañeteo de dientes.

—Sin duda debe tratarse de un error —dijo la tía Mame—. Es evidente que alguien se ha confundido y Patrick ha recibido un paquete equivocado. Nadie pagaría cien guineas por esos harapos desaliñados.

—¡Cien guineas! —exclamó Vera con un silbido.

Lady Gravell-Pitt parecía tan cariacontecida de que la hubiesen pillado que casi sentí lástima por ella. Pero se recompuso y dijo:

—Por supuesto. Mañana lo arreglaremos. Pero ahora es mejor que nos vayamos. No querría hacer esperar a Bertie y a Bessie.

—De acuerdo —dijo la tía Mame—. Patrick, cariño, tendrás que ir así. A lo mejor nadie se da cuenta.

—Es posible —respondí dubitativo. Y me calé el sombrero de copa gris, que se hundió hasta la punta de mi nariz.

El tráfico de Londres siempre ha sido complicado, pero el día de la recepción era tan lento que tardamos casi una hora en recorrer las dos últimas manzanas hasta llegar a las puertas del palacio de Buckingham. Y la cosa no mejoró cuando Ito chocó con una vieja limusina Daimler y abolló el parachoques del Packard del embajador

del Perú. Cuando por fin llegamos, la temperatura en el coche superaba los treinta grados y la humedad era insoportable.

Como nunca había estado en una recepción en los jardines reales, y tampoco he vuelto a estar en ninguna, no tengo nada con lo que compararla. Pero la única diferencia que vi entre la recepción y un mitin en el Yankee Stadium es que en el Yankee Stadium hay baños y resulta más fácil conseguir un poco de comida. Nos pusimos en la cola de la entrada detrás de varios cientos de personas exageradamente vestidas y empezamos a avanzar centímetro a centímetro en una larga cola en forma de serpentín hacia la carpa donde recibía la familia real. Pasó más de una hora y todavía seguíamos allí. Vera fue la primera en rendirse. «Al demonio», dijo, y fue a saludar a unos conocidos. De hecho, me dio la impresión de que Vera conocía a muchas más personas en los círculos de la Corte que lady Gravell-Pitt. Cada dos o tres minutos, alguien con un título impresionante veía a Vera en la cola, se acercaba a saludarla y ella aprovechaba la ocasión para presentarnos.

En cambio, lady Gravell-Pitt se limitaba a graznar: «¡Oh, ahí está la marquesa de tal o la duquesa de cual!» y a saludar frenéticamente con la mano, para recibir sólo una mirada inexpresiva como respuesta. Pero la tía Mame se sentía demasiado feliz de estar allí charlando con los simpáticos amigos de Vera para darse cuenta.

Pasó otra hora sin que nos acercáramos lo más mínimo a nuestro objetivo. Entretanto el sol se había ocultado detrás de una nube y se había levantado una ligera brisa.

—Gracias a Dios que ha aflojado un poco el calor —dijo la tía Mame. Yo asentí de todo corazón, aunque noté que había personas que empezaban a mirar nerviosas al cielo.

La cola siguió avanzando. La brisa se convirtió en viento. Los largos y vaporosos vestidos de las mujeres empezaron a aletear nerviosamente y más de un sombrero de fantasía voló dando tumbos por el césped.

—Dios mío —empezó lady Gravell-Pitt—, espero que no vaya a...

El estruendo de un enorme trueno acalló sus palabras. El viento se convirtió en un vendaval y noté cómo los faldones de mi chaqueta aleteaban a mi espalda. Una racha le levantó a lady Gravell-Pitt hasta la cintura la trasnochada falda floreada de crepé transparente y proporcionó así a todo Londres la horripilante visión de los pies más grandes y las piernas más delgadas de todo el Imperio británico.

Luego empezó a llover. Al principio despacio, con gotas grandes que chocaban contra el suelo y luego con más violencia, como una especie de espuma movida por el viento. Varios caballeros que habían sido lo bastante previsores para llevar paraguas los abrieron para proteger a las damas, pero aquellos que no acabaron del revés se los arrancó el viento de las manos a sus propietarios y los envió dando tumbos y saltos por el césped. La carpa que protegía a sus británicas majestades batía con violencia, y entre los invitados empezó a extenderse una clara sensación de éxodo.

Una procesión de chillonas debutantes pasó corriendo a nuestro lado con el pelo apelmazado contra el cráneo y los vestidos blancos pegados al cuerpo como sábanas enredadas. El césped se convirtió en un amasijo de sombreros y paraguas con personas que iban y venían de aquí para allá, tropezando, resbalando, cayendo y chocando unos con otros. Yo quité la mano de mi propio sombrero justo el tiempo suficiente para que un monzón en miniatura lo lanzara volando por el aire. Aterrizó exactamente a los pies de un obispo que parecía dispuesto a condenarse con tal de ponerse a cubierto.

Entonces ocurrió. Se oyó un prolongado fragor, luego un destello, un estallido, y un no sé qué cegador golpeó el suelo cerca de donde estábamos con la fuerza de una bomba. Oí que alguien gritaba: «¡Oh, Dios mío! ¡Le ha dado a sir Hubert!». Después la muchedumbre se dispersó en todas las direcciones sin el menor rastro de flema británica. Fue una desbandada general y sálvese quien pueda.

Hermione dio un salto como un novillo salvaje. Yo grité: «¡Tía Mame!» y traté de cogerla del brazo, pero me derribó la marquesa viuda de no sé dónde. En el suelo me encontré con una mujer vestida de azul que me aseguró que esas cosas no pasaban en Ciudad del Cabo. Estuvimos un rato revolcándonos indefensos en el césped embarrado, y cuando pudimos volver a levantarnos no había ni rastro de la tía Mame. Llovía tanto que era imposible ver a nadie.

El vistoso Rolls-Royce de la tía Mame solía llamar la atención allí donde estuviera, con su brillante pintura negra, sus remaches bruñidos, sus tapacubos plateados y los pronunciados ángulos de su silueta. Pero en una recepción en los jardines reales era sólo uno más entre cientos de coches negros. Los chóferes tampoco lo estaban pasando bien. Los motores, anegados por aquel diluvio, se negaban a arrancar; *grandes dames* con la ropa empapada chillaban como pescaderas pidiendo en vano que les llevaran el coche. Los pocos automóviles que estaban en marcha patinaban y resbalaban sobre la acera y lo salpicaban todo de barro. Poco faltó para que se colapsara el Eje cuando el parachoques del enorme Mercedes-Benz de la embajada alemana se enganchó con el del Isotta-Fraschini de la embajada italiana.

Sencillamente, aquél no era el elemento de Ito. De hecho, no se le veía por ninguna parte. Cayó otro rayo en los terrenos del palacio y el pánico alcanzó niveles demenciales. En ese momento decidí confiar en la suerte y en el transporte público. Corrí a la calle y subí al primer autobús que pasó. Hasta que hubo recorrido varios kilómetros no reparé en que iba a Putney.

Unas dos horas más tarde llegué a casa de la tía Mame después de coger el autobús, el metro y un taxi. Aunque había dejado de llover, Grosvenor Square estaba sumergida bajo un palmo de agua. Delante de la puerta de la tía Mame había aparcado un deportivo descapotable.

Entré en la casa con los zapatos chorreando a cada paso y chapoteé sobre el suelo de pórvido. El vasto recibidor de mármol estaba oscuro y vacío, y ninguno de los lacayos contratados por la tía Mame ocupaba su puesto habitual. Con la sensación de ser el único que se había deshonrado ante la familia real, grité: «¿Hay alguien en casa?», aunque sin demasiadas esperanzas.

Luego oí a la tía Mame que decía con voz particularmente alegre:

—¿Eres tú, cariño? Estoy en la galería.

Retrocedí chapoteando hasta la galería y, en la penumbra, distinguí la silueta de la tía Mame. Estaba acurrucada en el suelo delante de la chimenea con una copa en la mano.

—Menudo pícnic —dije.

—¿Verdad que sí, cariño? —respondió—. Hacía siglos que no lo pasaba tan bien.

—¿Tan bien? —repetí.

—¡Ah!, cariño, deja que te presente al capitán Fitz-Hugh. Basil, éste es Patrick Dennis, mi sobrino, mi pupilo, mi vida. Patrick, éste es el capitán Fitz-Hugh.

—¿Hay alguien más en casa? —pregunté—. Esto está oscuro como la...

—¡Oh, claro, cariño! Ni me había dado cuenta. Enciende la luz.

Encendí una lámpara y me encontré delante de un miembro de los Coldstream Guards de casi dos metros.

—Encantado de conocerte —dijo estrechándome la mano con firmeza.

Como he dicho, el capitán Fitz-Hugh era muy alto. Tenía la piel cobriza, el cabello cobrizo, los ojos cobrizos y el bigote cobrizo. Era más que evidente que era un hombre fornido, pues sólo llevaba puesto mi antiguo batín azul con las palabras «Academia San Bonifacio, Apathy, Mass.» bordadas sobre el corazón. El batín me quedaba pequeño incluso a mí, y desde varios metros de distancia se veían, casi más de la cuenta, las piernas bien torneadas del capitán Fitz-Hugh, sus espléndidos antebrazos y su tórax musculoso. Excepto por el bigote y el acento inglés, el capitán Fitz-Hugh me recordó a Beauregard Burnside, el difunto marido de la tía Mame, y con una rara intuición comprendí que ahí pasaba algo.

—El capitán Fitz-Hugh me ha rescatado valientemente de la recepción en los jardines esta tarde. No os veía a Vera, ni a Hermione, ni a Ito, ni a ti, ni al coche por ninguna parte. De hecho —añadió con una risita argentina—, si no llega a ser por el capitán y su precioso descapotable, probablemente seguiría chapoteando en el palacio de Buckingham. —Se recogió recatada la falda y por primera vez vi que llevaba puesto un *négligé* muy especial de terciopelo que Molyneux había diseñado especialmente para ella. La tía Mame siempre decía que era la prenda con más encanto que tenía. La tía Mame se puso en pie y dio una pequeña vuelta para mostrar aún mejor sus finos tobillos y el esplendor del Molyneux. El capitán Fitz-Hugh la miró con admiración—. Y ahora, cariño, será mejor que subas a ponerte ropa seca. Encontrarás la ropa del capitán Fitz-Hugh secándose delante de la chimenea de tu cuarto. Sabía que no te importaría. ¡Ah!, por cierto, pásate por la cocina y pide que

nos traigan un poco más de agua hirviendo. El capitán Fitz-Hugh y yo nos estamos protegiendo de la neumonía con ponches calientes y te sugiero que hagas lo mismo. No tardes, cariño.

Mientras me dirigía al cuarto de la servidumbre oí la tintineante risa de la tía Mame y la carcajada cordial del capitán Fitz-Hugh, y tuve la clara sensación de que la temporada de la tía Mame empezaba a mejorar.

Cuando volví a la galería, encontré a la tía Mame acurrucada en el sofá con un vaso lleno en la mano y entreteniendo al capitán con anécdotas cuidadosamente escogidas de su movido pasado, mientras el capitán se reía en voz baja desde una distancia cercana pero discreta. El capitán Fitz-Hugh había estado en Estados Unidos, que describía como «maravilloso», conocía a algunos de los amigos de la tía Mame a quienes calificaba de «estupendos» y admiraba su *négligé* tildándolo de «inmejorable». Parecía una de esas situaciones en las que tres pueden ser una multitud, y estaba a punto de marcharme de puntillas cuando la multitud creció con la entrada de lady Gravell-Pitt.

Si antes de la recepción Hermione tenía una pinta horrible, ahora desafiaba toda descripción. Se le había empapado el vestido y los colores se habían mezclado espantosamente unos con otros. Además, estaba desgarrado y salpicado de barro y había encogido tanto que el dobladillo apenas le cubría las huesudas rodillas. Su rancio boa de plumas de avestruz colgaba como algas mojadas. Había perdido el sombrero, y su deslustrado cabello teñido le pendía como cuerdas empapadas sobre los hombros.

—¡Vaya! —rugió Hermione muy enfadada y entrechocando los dientes—. Veo que te las has arreglado para volver a casa sana y salva y...

—¡Hermie! —exclamó la tía Mame con cordialidad—. Espero que pudieras encontrar a Ito y el coche. Lady Gravell-Pitt, el capitán Fitz-Hugh.

El capitán saludó a Hermione, que apenas se dignó mirarlo. Luego contempló sus piernas desnudas y dijo que iría a ver si su ropa estaba seca, si le mostraba el camino a mi habitación.

Cuando volví, lady Gravell-Pitt estaba riñendo furiosa a la tía Mame.

—... mal que me dejes tirada en una importante recepción real! —gritaba—. ¡Pero volver a casa con un desconocido...!

—¿No te parece divino, Hermione? —respondió la tía Mame—. Y tiene una voz tan celestial...

—Lo más probable es que sea un don nadie del regimiento colonial —chilló Hermione.

—No, es miembro de los Coldstream Guards —replicó la tía Mame como en sueños—. Pero lo han licenciado o le han concedido un año sabático o como se diga. Y unos hombros maravillosos...

Eso hizo que Hermione se interrumpiera un momento, aunque tomó aliento y volvió a la carga.

—Bueno, pues líbrate de él antes de que vengan a cenar mis parientes. En los círculos de la Corte no...

—¡Oh, Hermie! Lo siento mucho, pero he cancelado la cena por el mal tiempo. De hecho, el capitán Fitz-Hugh me ha pedido que cene con él..., los dos solos.

—¡Mame! ¿Me estás diciendo que vas a dejarnos por un don nadie que...?

El regreso del capitán Fitz-Hugh con aspecto de ser un don alguien interrumpió las palabras de Hermione. Y todavía se desanimó más cuando llegó Vera con otro duque que se abrazó al capitán Fitz-Hugh como si fuesen hermanos y llevasen siglos sin verse. Sencillamente, no era el día de lady Gravell-Pitt.

La tía Mame salió hasta muy tarde con el capitán Fitz-Hugh. Lo sé porque a las tres y media de la mañana oí un terrible estrépito en la calle, me asomé a la ventana y vi que Ito había chocado contra el deportivo inundado del capitán Fitz-Hugh al llevarlos a casa. Pero oí que la tía Mame decía: «No te preocupes, Ito», y luego la vi despedirse largamente del capitán.

A la mañana siguiente estuvo a punto de producirse una escena en el enorme vestíbulo de mármol. Eran cerca de las once, y yo estaba en mi habitación escribiendo postales del Parlamento y el cambio de la guardia para enviar a casa cuando oí llamar al timbre. Me asomé a la ventana y vi al capitán Fitz-Hugh vestido de punta en blanco con su uniforme y con unas doce docenas de rosas blancas. Como es natural, la tía Mame estaba durmiendo, así que bajé corriendo las escaleras para procurar que el capitán se sintiera lo más cómodo posible, suponiendo que eso fuese posible en aquel mausoleo. Por desgracia, lady Gravell-Pitt se me adelantó.

No había llegado al primer rellano cuando oí su tono de voz más desagradable en el vestíbulo.

—Buenos días, teniente —dijo antipática—. Siento mucho decirle que la señora Burnside no está en casa.

—¡Ah! —dijo decepcionado el capitán Fitz-Hugh—. Dijo que podía pasar a...

—Por supuesto —continuó lady Gravell-Pitt. Me asomé a la barandilla y la vi flanqueada por dos lacayos como si fuesen los defensas de un equipo de fútbol americano—. Ha tenido que ir a Colchester. Y me temo que no volverá hasta tarde esta...

Yo sabía que la tía Mame sentía algo especial por el capitán, y estuve a punto de bajar y decir que lady Gravell-Pitt estaba mintiendo como una bellaca. Por suerte, Ito lo hizo por mí.

—¡Oh, no, comandante! —dijo—. Pase. Siéntese. Señorita Burnside vuelto ya. Conducir muy deprisa.

—¡Genial! —dijo el capitán.

No me quedé a oír más a Hermione. En lugar de eso, corrí a la habitación de la tía Mame y le arranqué el antifaz de los ojos.

—Despierta, tía Mame —dije—. Despierta. Ha venido.

—¿Qui... quién ha venido? —preguntó pestañeando como un búho bajo la luz de la mañana.

—Él —respondí—. ¡Él!

—Hablas como si fuese el Mesías —soltó—. Además, me da igual. ¿Cómo se te ocurre irrumpir en mi habitación en plena noche, despertarme de un sueño profundo y...?

—¡Pero es el capitán Fitz-Hugh!

—Ay, Dios, ¿por qué no lo has dicho antes, cariño? —dijo levantándose de un salto de la cama—. Baja y ve a hacerle compañía mientras me visto.

Sentado en el más lóbrego de los cuartos estilo Chippendale, bajo la vidriosa mirada de lady Gravell-Pitt, el capitán pareció alegrarse mucho de verme.

—La señora Burnside bajará enseguida —dije con mucha educación—. ¿Le apetece un cigarrillo, señor? —añadí para demostrarle lo mundano que era.

Luego el capitán Fitz-Hugh y yo tuvimos una conversación muy apropiada para un muchacho como yo. Hablamos de internados (él había ido a Eton) y universidades (Oxford). A Hermione aquello no pareció gustarle mucho. Luego la tía Mame, que sabía vestirse más deprisa que un bombero cuando el tiempo apremiaba, entró en la sala en medio de un cumulonimbo de gasa.

—Basil, querido, qué amable por venir a tomar el aperitivo. Patrick, sé bueno y llama a Ito.

—Espero que tengas tiempo de comer conmigo —dijo el capitán.

—¡Oh, me encantaría...!

—Qué lastima, Mame, querida —dijo Hermione—, pero, por supuesto, tienes que comer aquí con...

—¡Oh, no! —terció Ito desde la puerta—. Yo telefono a todo el mundo y digo no comida hoy. Señorita Burnside tiene ir Colchester. No té, no cóctel, no cena tampoco. Muy lejos Colchester.

Hermione dijo algo que sonó como «¡Aj!» y salió dando grandes zancadas de la sala. Poco después, la tía Mame volvió a cambiarse a toda prisa y se marchó a comer fuera, y luego se cambió otra vez antes de que el capitán se presentara con un impresionante esmoquin para sacarla a cenar. Y al ver a la tía Mame bajar por las escaleras deslumbrante con sus diamantes, supe que había vuelto a ser víctima de Cupido.

Me estaba vistiendo para cenar, como era costumbre en la casa, cuando Vera entró de pronto en mi habitación.

—Caramba, Patrick, qué piernas tan bonitas —dijo alcanzándome una copa de coñac.

—¿Acostumbras a irrumpir así en las habitaciones de los hombres? —pregunté mientras me ponía unos pantalones.

—Pues la verdad es que sí —respondió Vera—. Además, éste es el único sitio de

la casa donde podemos hablar sin que nos espíe esa vieja yegua. A tu salud.

—A la tuya —respondí.

—Bueno, ¿no te parece divino?

—¿Que es lo que es divino, Vera?

—Pues eso, tonto. Lo de Mame y Basil. Escucha, Patrick, lo he estado investigando estas últimas veinticuatro horas y el resultado no puede ser mejor. Es tan rico como el banco de Inglaterra..., de hecho incluso más. Tiene cuarenta y un años. Soltero. No es homosexual. Conoce a todo el mundo. Está emparentado con medio Debrett. ¡Y tiene el título de H., querido!

—¿El título de qué?

—De «honorable», querido. En su familia han sido condes de Upshot desde la época de Etelredo o algo por el estilo. Y Basil es hijo único. Lo que quiere decir que heredará el título en cuanto las espiche su padre, y no tendrá que esperar mucho porque el viejo carcamal tiene casi noventa años y no vivirá eternamente, así que Mame será una dama, quién nos lo iba a decir: nuestra Mame toda una condesa.

—No vayas tan deprisa, Vera —dije—. Todavía no la ha pedido en matrimonio.

—¡Oh, pero lo hará! Ya están cruzando apuestas en su club. Y por lo que se refiere a Mame, no la había visto así desde que el pobre Beauregard estaba con vida.

En lugar de quedarme a charlar con lady Gravell-Pitt, esa noche me fui pronto a la cama con un ejemplar de *Lo que el viento se llevó*, y me gustó tanto que Atlanta estaba reducida a cenizas cuando me percaté de que eran casi las cuatro de la madrugada. Apagué las luces, y estaba cerrando la ventana cuando vi un coche que venía en dirección contraria por South Audley Street y supe que sólo podía ser Ito. Efectivamente. El coche se detuvo delante de nuestra puerta y el capitán Fitz-Hugh y la tía Mame se apearon de él. Los dos se rieron y luego él la besó un buen rato antes de que entrara alegremente en la casa.

Pensé que, ya que estaba despierto, podíamos tener una de nuestras pequeñas charlas matutinas para contarle a la tía Mame todas las cosas interesantes que Vera había averiguado sobre el capitán. Abrí la puerta justo a tiempo de oír la voz de Hermione que resonaba en el vestíbulo.

—Necesito hablar contigo —dijo.

—¡Oh, Hermione, es muy tarde! —canturreó la tía Mame—. ¿No puedes esperar?

—No —respondió irritada—. Ven a la biblioteca, donde no nos molesten.

—¿Y a estas horas quién iba a...?

Pero la puerta se cerró y no oí lo que decía la tía Mame.

Me puse el batín y esperé. Luego me cansé de esperar y volví a coger *Lo que el viento se llevó*. Hermione debió de hablar un buen rato con la tía Mame porque Escarlata estaba diciendo que no volvería a pasar hambre cuando la oí subir por las escaleras.

Abrí la puerta y salí al pasillo. La tía Mame estaba subiendo las escaleras, pero no era la misma que había bajado por ellas grácilmente un poco antes. Parecía cansada, demacrada y envejecida, y noté que estaba haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Tía Mame... —empecé.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —me espetó—. No te quiero merodeando por ahí toda la noche, ¿me oyes? ¡Vete ahora mismo a la cama! —Y cerró la puerta de su habitación de un portazo.

Al día siguiente, Hermione Gravell-Pitt volvía a tener la sartén por el mango. Había invitado a sus amigos a comer, a tomar el té y a cenar, y se pasó la mañana gorjeando lúgubre y atosigando a los criados con los preparativos.

La tía Mame no bajó hasta cerca de la hora de comer. Estaba pálida y triste, como si apenas hubiera dormido en toda la noche. Casi como si lo hubiese preparado de antemano, Hermione convocó a todos los criados al vestíbulo. Y luego la tía Mame les habló.

—Sólo quería decirles que si un tal capitán Fitz-Hugh pregunta por mí, sea en persona o por teléfono, o si quiere hablar conmigo, deben decirle que he salido.

—Y... —añadió Hermione.

—Y si alguno de ustedes —prosiguió muy triste la tía Mame— le da alguna otra información, será..., será despedido en el acto.

Justo en ese momento sonó el timbre y la tía Mame se llevó la mano al corazón. Tres lacayos se dirigieron hacia la puerta, pero abrió el mayordomo. «La señora Burnside ha salido», le oí decir, y la puerta se cerró con un impresionante golpetazo. La tía Mame fue a la ventana, pero lady Gravell-Pitt dijo en tono imperioso:

—Ya está. Pueden marcharse —y luego añadió—: Vamos, Mame. Esperaremos a los invitados en la habitación Adam.

Todo ese día y el siguiente la tía Mame se movió como una autómatas entre los mismos viejos gorriones a quienes Hermione invitaba siempre. No parecía verlos ni oírlos, cosa que, por otra parte, era de envidiar.

El pobre capitán Fitz-Hugh continuó yendo a la casa y telefoneando nueve o diez veces al día. Sabiendo que la tía Mame no podía despedirme, traté de abrir yo la puerta o de contestar al teléfono, pero siempre se me adelantaba alguno de los criados. La tía Mame iba por ahí con la cara mustia. Vera también. Yo también. Ito también. Sólo lady Gravell-Pitt parecía estar pasándolo en grande.

Al cuarto día me encontré con la tía Mame sola en el jardín y la abordé.

—Tía Mame —le dije—, ¿por qué no puede volver el capitán Fitz-Hugh?

—¡Ay, cariño! —suspiró—. Es una larga historia.

—Tengo tiempo de sobra.

—¡Ah!, pero no lo entenderías.

—A lo mejor sí. Al menos podría intentarlo.

—Bueno. Es sólo esto. Al parecer he escogido a un sinvergüenza..., un auténtico caradura. ¿Te basta con eso?

—Pero, tía Mame —respondí—, muchos de tus mejores amigos son sinvergüenzas y auténticos caraduras. Además, no me lo creo. ¿Quién te lo ha contado?

—He... Hermione. Dijo que si la gente de los círculos de la Corte descubría que estaba... viéndome con él, jamás llegaría a ser presentada. Dijo que tenía que escoger entre mi... presentación y Basil.

—Pero, tía Mame —objeté—, ¿qué más te da a ti esa rancia y estúpida presentación? Además, me da la impresión de que el capitán es mucho más aristocrático que esa vieja lady Gr...

—Pequeño ingrato —dijo la tía Mame con los ojos centelleantes e inundados en lágrimas—. Me estoy sacrificando por ti y así me lo pagas. ¡No vuelvas a dirigirme la palabra!

Y acto seguido volvió a entrar en la casa.

Me quedé tan perplejo por el comportamiento de la tía Mame que pensé que lo mejor sería marcharme de aquel manicomio. Salí por la parte de atrás. Al llegar a la calle, la primera persona que vi fue el honorable capitán Basil Fitz-Hugh cargado de rosas blancas y con pinta de ir a pegarse un tiro. Fue un encuentro un tanto embarazoso.

—Bu... buenos días, capitán Fitz-Hugh —dije.

Soltó las rosas y se aferró a mis brazos como si se estuviese ahogando.

—Patrick —dijo con voz entrecortada—, tengo que saberlo. ¿Por qué? ¿Por qué no quiere verme tu tía? ¿Qué he hecho? No puedo comer ni dormir.

Un minuto después me había metido en un taxi y los dos íbamos de camino a su club para comer y hablar de hombre a hombre. El club era muy elegante, pero la comida bastante mala.

No obstante, animado por una buena cantidad de ginebra con lima y sintiéndome muy triste por el capitán, que ahogaba sus penas en whisky, me volví menos evasivo en mis respuestas y por fin se lo conté todo.

—Usted le gusta, capitán Fitz-Hugh —dije—. Le gusta mucho. Pero, verás, la tía Mame tiene muchas ganas de ser presentada en sociedad.

—¿Presentada en sociedad? —preguntó.

—Bueno, no exactamente. Ya lo fue en..., en fin, hace muchos años. En realidad, lo hace por mí. Quiere que conozca a la alta sociedad londinense.

—Qué espectáculo tan horrible —dijo el capitán.

—Desde luego —asentí—. Pero lady Gravell-Pitt...

—¿Quién es esa vieja bruja de lady Gravell-Pitt?

—Nadie parece saberlo. Pero a la tía Mame se le ha metido en la cabeza que la presenten en la Corte de Saint James y...

—Pero, muchacho —dijo el capitán—, si eso es sencillísimo. Mi tía podría hacerlo. O mi hermana. O la mujer del embajador estadounidense. O una docena de...

—Lo sé —dije. Por una vez sentí vergüenza ajena por la tía Mame—. Pero al parecer esa lady Gravell-Pitt se ha..., ejem, comprometido a presentar a la tía Mame en la próxima...

—¡Pero eso es imposible!

—¿Por... por qué? —exclamé—. La tía Mame es muy educada la mayor parte del tiempo, nunca se ha divorciado y no se ha visto implicada en demasiados escándalos. La verdad es que en nuestro país tiene mucha vida social.

—Me refiero a que ni siquiera está en la lista.

—¿La lista?

—Verás —dijo el capitán Fitz-Hugh—, resulta que soy caballero real, aunque uno de los más jóvenes...

—¿Caballero? —pregunté.

—Sí —respondió—. Es un cargo un poco absurdo, pero nos enteramos de todo lo que ocurre en palacio. De hecho, mi función consiste en sacar el rebaño de viejas gordas, si me permites la expresión, justo después de la presentación. La lista está completa. —Eché mano al bolsillo y leyó en voz alta y por orden alfabético una lista de nombres con aire muy oficial.

Di un rápido vistazo a la lista. Decía más o menos: «Aponyi, condesa Lászlo; Argenta, señora de Juan Carlos, María Jesús; Atterbury, señora Edward; Bechstein, señora de Julio; Bliss, señora de Erskine; Caphart, señora de Farnsworth...». La señora Burnside no aparecía por ninguna parte, y en la lista de las señoras que ejercían de madrinas tampoco figuraba lady Gravell-Pitt.

—¡Uf! —exclamé—, la tía Mame se va a llevar un buen disgusto. Cuando se le mete una cosa en la cabeza... —De pronto se me ocurrió una idea brillante—. Aunque seguro que usted podría arreglarlo, ¿verdad? —pregunté.

—Sería de lo más irregular —dijo con gazmoñería el capitán.

—Pero seguro que puede, ¿no? Sobre todo si quiere volver a ver a la tía Mame.

—Bueno, no sé cómo...

—Y además está esa tía suya de la que me ha hablado..., o su hermana...

Quince minutos después estábamos en el salón de una gigantesca mansión en Belgrave Square, y Griselda, lady Spavin, la tía del honorable Basil, estaba diciendo:

—¿Gravell-Pitt..., Gravell-Pitt? Creo recordar una sórdida historia sobre ella, pero...

—Mi tía tiene una memoria prodigiosa para estas cosas —me explicó el capitán.

—De poco me servirá si no dejas de interrumpirme, Basil —le regañó lady Spavin, que ya había consultado sin éxito el catálogo nobiliario de Burke. No es que

tuviese mayor importancia, porque estaba claro que el capitán era su sobrino favorito y lady Spavin había aceptado poner a la tía Mame bajo su protección incluso antes de verla. Pero era tan anciana que me daba miedo que no durase lo bastante para que la tía Mame hiciese su reverencia, y eso que la ceremonia iba a celebrarse esa misma noche.

Griselda, lady Spavin, se había escandalizado mucho ante la irregularidad de colar un nombre de más en la lista, pero mientras refunfuñaba y protestaba y afirmaba que eso no hubiera ocurrido jamás en el reinado de su amada reina Victoria, el capitán Fitz-Hugh había telefoneado a palacio para anunciar que habían cometido un terrible error al pasar por alto a una tal Burnside, la señora de Beauregard Jackson Pickett, de la ciudad de Nueva York, y a su madrina, lady Griselda Spavin. Puesto que dicha señora parecía tener muchas influencias en las altas esferas, habían corregido la lista sin hacer más preguntas.

—Gravell-Pitt —dijo lady Spavin clavando la aguja en el bordado que tenía en el bastidor—. Creo recordar un sórdido asunto que se produjo el año del Jubileo... No, no fue en el Jubileo, porque ése fue el año en que el pobre Spavin enfermó y murió en Heaves.

—Su marido, mi tío Allister —me explicó el capitán con un susurro—. En Heaves hay muchas corrientes de aire.

—¿O sería el año en que la reina, y me refiero, claro, a la reina María, empezó su alfombra de *gros point*? ¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! Yo había vuelto a Londres desde Heaves a buscar un poco de lana a juego, pues estaba terminando los asientos bordados de las sillas del comedor de Heaves. Basil, lleva a este joven al comedor y muéstrale los asientos de las sillas. La casa de Heaves es tan húmeda que las he mandado traer aquí.

—Por favor, tía Griselda —dijo el capitán—, intenta recordar.

—Pero si lo recuerdo perfectamente, Basil. No seas tan majadero. Había treinta y seis sillas estilo William y Mary, y llegué al último asiento con aves del paraíso y un fondo blanco cuando descubrí con gran irritación que no me quedaba nada de azul. Y no pude encontrar el tono adecuado en la mercería del priorato de Heaves. Una tienda preciosa. Pura lana Cotswold, aunque por desdicha está muy mal surtida. Así que, como tenía que ir a Londres, decidí coger el tren de las nueve en punto en el priorato de Heaves, que llega a Charing Cross a las...

—Tía Griselda, *por favor*. Lady Gravell-Pitt. Hermione Gravell-Pitt.

—Basil, muchacho, deja ya de interrumpir. El caso es que encontré la lana azul que quería en una tiendecita de Oxford Street que vende lana mucho mejor y más barata que...

—¡*Grrravell-Pitt!* —insistió el capitán.

—Exacto, Basil. Pero cuando salí de la tienda de Oxford Street había empezado a llover y, aunque llevaba el paraguas, temí que la lluvia emparara la bolsa de papel y estropeará la lana, pues ya sabes que el azul tiene tendencia a...

—Tía Griselda, por favor...

—De modo —continuó ella interrumpiéndolo con un gesto imperioso— que compré el primer periódico que encontré..., ¡oh!, uno de esos horribles periodicuchos sensacionalistas para envolver la lana en él. Luego tuve la suerte de que un hombre se apeara de un taxi justo delante de donde yo estaba, así que me subí y volví a casa. Pero no pude dejar de reparar en el escándalo de la primera página del periódico.

—¿Sobre Gravell-Pitt?

—Pues claro, muchacho. Había quedado para almorzar con Maude Brockway-Teal en Gunter's, de manera que guardé la lana, el periódico y todo lo demás. Estuvimos hablando tanto tiempo que me dio miedo perder el tren y fui directa a la estación y dejé la lana aquí; cuando llegué a Heaves, descubrí que en realidad tenía lana azul de sobra y que la había olvidado en el saloncito del desayuno. (El saloncito da al norte y está siempre muy oscuro). Así que no tuve que volver a Londres.

—Pero ¿qué decía el periódico? —preguntó Basil haciendo expresivas muecas.

—¿Y cómo quieres que lo sepa, muchacho? No me interesan esos cotilleos. De todos modos, el periódico y la lana azul siguen encima del costurero.

—¿Quieres decir que conservas el periódico?

—Pues claro, muchacho. Quien ahorra... ¡Basil! ¡Cuidado con mi costurero, me vas a mezclar todos los colores!

Basil cogió un viejo tabloide londinense que estaba tan amarillento como los dientes de lady Gravell-Pitt y un poco de lana azul, que, como había dicho lady Spavin, se había descolorido. Justo en la portada había una fotografía de Hermione mostrando los dientes en una espeluznante sonrisa debajo de un sombrero *cloche* y un artículo con el siguiente titular:

ACUSADA DE ESTAFA UNA SUPUESTA «DAMA» DE PARK LANE

«Lady» Hermione Gravell-Pitt, de soltera Beryl Green, residente en el 25 de Park Lane, fue acusada formalmente hoy de estafa...

El artículo seguía explicando que lady Gravell-Pitt había estafado veinticinco mil libras esterlinas a una tal señora Schwarz, de Durban, Sudáfrica, con la promesa de presentarla en la Corte. Continuaba (en la página seis) explicando que lady Gravell-Pitt tenía una trayectoria muy poco recomendable y describía algunas de sus oscuras actividades tanto en sociedad como en el mundo de los negocios, y añadía que ni siquiera era una «lady», pues se había divorciado del señor Nigel Gravell-Pitt unos años antes de que le concedieran un título nobiliario por su labor arqueológica en las ruinas de Kush. (Eso aclaraba dónde había encontrado sus dientes Hermione).

—Si me presta este periódico y su lista —le dije al capitán Fitz-Hugh—, creo que podrá ver muy pronto a la tía Mame. De hecho, dentro de una hora.

Corrí a la casa de Grosvenor Square justo cuando los últimos gorriones invitados por Hermione salían ahitos de sándwiches y *éclairs* de chocolate.

—¿Dónde está la tía Mame? —le pregunté a Hermione.

—Está descansando en su habitación y no quiere que la molesten —respondió con su ocre e insincera sonrisa—. ¿Dónde has estado todo el día?

—En los círculos de la Corte, Beryl —dije subiendo a grandes zancadas las escaleras.

—Creía haberte dicho que no volvieras a dirigirme la palabra —dijo llorosa la tía Mame desde su enorme cama con dosel.

—Levántate —respondí—. Ponte el vestido blanco de fiesta y las plumas..., tu presentación es esta noche.

—¿Por fin lo ha arreglado todo Hermione? —preguntó la tía Mame incorporándose como un resorte.

—Hermione no ha tenido nada que ver —dije—. Sécate los ojos y échale un vistazo a esto. Luego dame la lista de invitados de Beryl, quiero decir Hermione, para esta noche y ahuyentaré a esa pandilla de lobos.

Media hora más tarde la tía Mame bajó majestuosa y serena las escaleras con su vestido de brocado blanco y sus diamantes centelleando. Al llegar al último escalón sonó el timbre de la puerta.

—Ése debe de ser Basil —dije mirando el reloj.

Uno de los lacayos fue a abrir, pero la tía Mame dijo:

—Ya lo haré yo, gracias.

Lo hizo, y el honorable capitán Fitz-Hugh entró con todas sus medallas puestas. No dijo nada. Se limitó a abrazar a la tía Mame. Y así fue como los encontró lady Gravell-Pitt.

—Qué estampa tan edificante —dijo Hermione.

—Una de las más edificantes del mundo —respondió fríamente la tía Mame.

—Pero tus invitados... ¿Qué hay de la fiesta?

—La fiesta se ha cancelado, Beryl. Esta noche es mi presentación.

—¿Qué?

—Digo que esta noche es mi presentación en la Corte de Saint James.

—Pe... pero, Mame —balbució con todos los dientes temblando—. Aún no he podido arreglarlo. Estas cosas llevan su...

—Estoy segura de que no has podido arreglarlo, Beryl. Y lo que es más, tampoco vas a tener ocasión de hacerlo. Aquí tienes la invitación —dijo alcanzándole a lady Gravell-Pitt el periódico amarillento—. Creo que la única Corte que conoces son los tribunales de justicia.

—¡Muy aguda, tía Mame! —exclamé. Basil rió un tanto cohibido.

—Pe... pero, Mame, puedo...

—Puedes ir arriba, coger tus cosas y marcharte esta misma noche —dijo la tía Mame—. Haré que te envíen el resto del equipaje. Lo único que quiero es perderte de vista cuanto antes.

Lady Gravell-Pitt no pudo hacer nada.

La tía Mame nos tomó del brazo y nos condujo a la galería, donde nos sirvió una copa de proporciones homéricas.

—Gracias, querida —dijo Basil—, bebe. Necesitarás todas tus fuerzas para soportar la ordalía de esta noche.

—¡Oh, Basil! —dijo la tía Mame acariciándolo con la mirada—, pensarás que soy una vanidosa, tonta, cabeza hueca e ingenua...

—Desde luego, querida —respondió—, y esta noche tendrás que pagar por tu estupidez. Primero, pasando horas sentada en el coche en un atasco de tráfico; luego, esperando horas en salones demasiado fríos o demasiado calurosos con un montón de mujeres vestidas de blanco con diamantes; y por fin, desfilando como un caballo en el circo para hacer tu reverencia. Pero cuando hayas terminado, podrás volver a la tierra y quedarte conmigo.

—¡Oh, Basil! —dijo la tía Mame.

—Y ahora será mejor que nos vayamos. Ya sabes cómo está el tráfico.

—¿Tan pronto, cariño? Ni siquiera hemos comido.

—Ni lo harás durante muchísimas horas. Mi tía Griselda siempre tiene la precaución de meter unos bocadillos en un bolsillo secreto que se ha cosido en la cola del vestido para estas ocasiones en la Corte. Tal vez se apiade y comparta uno contigo. Vamos, mi ángel cabeza hueca, tenemos que irnos.

—Patrick, cariño —dijo la tía Mame—, ¿te importaría subir a por mi estola? Y si miras en el armario de tu habitación, encontrarás una sorpresa..., un regalo que te he comprado para compensar los horribles harapos que trató de venderte Hermione.

—¿Qué es? —pregunté mientras iba hacia las escaleras.

—Una capa, cariño. Y un sombrero de copa.

—Justo lo que siempre he querido —mentí.

Efectivamente, ahí estaban y los dos eran de mi talla. Me dio la impresión de que me sentaban de maravilla, aunque parecía una especie de mago que acabara de quedarse en paro.

La habitación de la tía Mame estaba a oscuras, pero me las arreglé para encontrar su estola de armiño. Al salir, tropecé con algo que había tirado en el suelo. Encendí la luz y vi que era su joyero... vacío. Yo sabía que la tía Mame llevaba puestas muchas de sus joyas, pero había muchas más en el joyero. Cogí la estola y corrí a avisarla de que le habían robado. Pero justo al salir al pasillo vi a lady Gravell-Pitt que se

escabullía silenciosa por las escaleras.

—¡Eh! —grité—. Alguien ha robado las joyas de la tía Mame...

Lady Gravell-Pitt se volvió y me echó una mirada terrible, luego tropezó en las escaleras y cayó dando tumbos hasta aterrizar a los pies de la tía Mame. Pero no fue ella lo único que aterrizó. De sus manos cayeron anillos, collares, broches, brazaletes y la segunda tiara de la tía Mame.

Bajé corriendo las escaleras y recogí el botín en mi capa recién estrenada.

—Muy bien, Hermione —dijo la tía Mame—. Vete de aquí ahora mismo. Lárgate antes de que avise a la policía.

Lady Gravell-Pitt se puso como pudo en pie y salió corriendo, y no volvimos a verla jamás.

Sentada en el coche, en mitad de un atasco de tráfico, camino de casa de la tía de Basil, la tía Mame volvió a reprocharse haber sido tan tonta.

—No pasa nada, querida —dijo Basil, besándola con cuidado de no estropearle el maquillaje.

—Además, lady Gravell-Pitt no se llevó nada, tía Mame —dije—. Mira. Tengo el resto de las joyas en la capa.

Cogí la capa, que había convertido una bolsa muy cómoda, y la vacié en el regazo de la tía Mame. Anillos, pulseras y collares cayeron sobre el brocado blanco. Y justo en el centro, sonriendo entre los zafiros, los rubíes, las perlas y las esmeraldas, estaban los dientes de lady Gravell-Pitt.

LA TÍA MAME Y EL CAZADOTES

Al volver al salón, encontré a Pegeen esperando pacientemente. Es la primera persona que he conocido que parecía verdaderamente interesada por el viaje de alguien al extranjero.

—Pues a mí me parece criminal llevarse a un niño de vacaciones y no dejarle respirar un poco de aire fresco ni tomar el sol. Eso de tenerlo siempre en casas y hoteles...

—Nada más alejado de la verdad, cariño —respondí—. La tía Mame siempre estuvo preocupadísima por mi bienestar. Pasamos unas vacaciones deliciosas y fuimos a nadar, a navegar y cosas así.

—¿Dónde? ¿En la fuente de Trafalgar Square?

—Ni mucho menos. En Biarritz..., o muy cerca de allí. La tía Mame alquiló una villa preciosa e invitó a Vera Charles y a lady Spavin y..., bueno, a muchos amigos a pasar unos días bucólicos. Además, fue muy generosa en sus contribuciones a la República durante la guerra civil española.

Miré a Pegeen sentada llorosa en el sofá, luego miré mi bebida y la dejé sobre la mesa. Hay momentos en que el alcohol hace más mal que bien. *In vino veritas*, y esa noche no estábamos demasiado necesitados de *veritas*.



Supongo que la tía Mame podría haber seguido siendo la sensación de Londres por ser la amiga del honorable capitán Basil Fitz-Hugh y la protegida de lady Spavin, a quien ella llamaba siempre Griselda. Pero una vez la tía Mame conseguía lo que quería, por lo general acababa aburriéndose. Y después de unas semanas de constante vida social en los círculos de la Corte, la tía Mame decidió que le apetecía ir a algún sitio más soleado, y además, según decía, la comida inglesa la ponía de los nervios. Cuando me quise dar cuenta había alquilado una villa cerca de Biarritz.

Entonces acordamos dividirnos el trabajo: yo me quedé en Londres encargado de cerrar temporalmente la casa, mientras la tía Mame y Vera iban a abrir temporalmente la villa de Biarritz.

Tardé una semana en dar el visto bueno a las listas de inventario y demás —una semana fría y húmeda—, así que me alegró ver el sol de Biarritz. La tía Mame fue a buscarme a la estación, morena como una india y muy garbosa con unos pantalones de color rosa y unas alpargatas. Me besó un montón de veces, metió mi equipaje en el maletero del deportivo del honorable Basil Fitz-Hugh y se puso al volante.

—Ah, cariño —dijo dándome golpecitos en la mano al pasar por delante del casino—, bienvenido a los Pirineos. Te va a encantar esto. Es un poco rural, pero muy pintoresco y agreste. El mar es delicioso y los lugareños son muy amables y acogedores, ni franceses ni españoles, sino vascos, lo mejor de ambas culturas. —Estuvo a punto de chocar con un autobús turístico y el conductor le gritó amenazándola con el puño—. ¿Ves lo que te decía, cariño? Auténtica camaradería vasca. A Basil y a mí nos encanta.

—¿Qué tal está Basil? —pregunté.

—¡Oh, cariño, somos tan felices...!

—¿Estás prometida?

—No, cariño. Eso de estar prometidos suena un poco tonto a nuestra edad. Basil quiere casarse conmigo y yo con él, y en otoño haremos algo al respecto. Es todo un poco vago y nada oficial. Basil y yo sencillamente tenemos un acuerdo tácito.

—Qué bien —respondí—. ¿Y qué tal está Vera?

—¡Oh! —dijo la tía Mame con un gesto que estuvo a punto de enviar el coche del honorable Basil al precipicio y al océano Atlántico—, pobre, pobre Vera. Ha perdido la cabeza por completo. Se ha vuelto completamente loca. Y todo por culpa de un hombre.

—¡Qué me dices! —exclamé.

Vera Charles había tenido una sucesión de parejas masculinas en sus muchos años en el estrellato, pero todas habían sido tan sólo «excelentes amigos» que, tras regalarle en prueba de su amistad alguna cosa, como una pulsera de diamantes o un abrigo de visón, por lo general habían vuelto con sus mujeres nada más descubrir que Vera era demasiado egoísta para compartir nada con nadie.

—Y eso suponiendo que sea un hombre —escupió la tía Mame—. A mí me parece más bien un reptil. Y Basil es de mi misma opinión.

—Bueno, si Vera lo quiere tanto, debe de ser muy rico.

—¿Rico? ¡Bah! ¡Ésta si que es buena! Amadeo no tiene más que lo que lleva puesto y lo que ha podido sacarnos a Vera y a mí. Se llama Amadeo Armadillo. Es un hispano escurridizo de algún absurdo país sudamericano del que nadie había oído hablar hasta que Amadeo se casó con las suficientes mujeres ricas para ponerlo en el mapa. Parece ser el principal producto de exportación y tienen suerte de haberse librado de él.

—Pero ¿cómo lo conoció Vera? —pregunté.

—¡Oh! Fue uno de esos estúpidos encuentros inevitables como los que uno lee en las revistas. Una noche Vera fue al casino a probar suerte en la ruleta y volvió a casa con diez mil francos y con Amadeo. Ha estado con nosotros desde entonces. Según lo cuenta ella, miró al otro lado de la mesa, vio los repugnantes ojos reptilianos de Amadeo y fue amor y nada más que amor a primera vista. Mi versión es que Amadeo vio sus pulseras y el montón de fichas que tenía Vera delante y decidió convertirla en su objetivo de esa noche.

—No parece típico de Vera —respondí—. Por lo general suele ser al revés.

—Cierto, cariño —dijo la tía Mame—, pero no olvides que Vera se va haciendo mayor. Tiene muchos más años que yo y ha alcanzado una edad peligrosa. Aunque no sé por qué no puede alcanzarla con un viejo y amable banquero o con uno de sus duques. El caso es que Amadeo se ha mudado a mi villa..., a *mi* villa, imagínate. Y se dedica a dar órdenes a los criados, llegar tarde a las comidas, pedir dinero prestado y coquetear desvergonzadamente con todas las mujeres, excepto tal vez con Griselda Spavin, no tiene un céntimo y a Vera le parece un cielo. No me preguntes qué es lo que ha visto en él.

—¿Es guapo? —aventuré.

—¿Guapo? ¡Espera a verlo! Es feo. Es idiota. Es un maleducado. Y un aburrido. Ha vivido siempre de las mujeres, no me preguntes cómo. Pero Vera no es tan rica, por muy ahorradora que haya sido. ¡Ay, Patrick, cariño, tengo que hacer que Vera vea la luz! ¡Y tú debes ayudarme!

La tía Mame giró bruscamente a la derecha, y después de pasar una barroca verja de hierro forjado fuimos dando tumbos por un camino lleno de baches y nos detuvimos enfrente de un enorme caserón de color rosa pomelo y de estilo español.

—Pues ya estamos en Villa Dolorosa, cariño. ¿No te parece divina?

Era horrible. La había construido en los años veinte una antigua estrella de cine mudo que se las había arreglado para combinar lo peor de Granada, la Bauhaus y el estilo hollywoodiense y así edificar aquella monstruosidad sobre un precioso promontorio natural entre Biarritz y San Juan de Luz. El rosa insufrible del estuco contrastaba con las tejas rojas, las rejas y los balcones, las columnas salomónicas y las ventanas hechas con cristal de culo de botella. Por dentro era aún peor: arcos, columnas, hornacinas y bóvedas, rejas en lugar de puertas y puertas en lugar de ventanas. El mármol era en realidad madera pintada; la madera, escayola pintada; la escayola, cartón piedra pintado. Estaba amueblada vagamente al estilo de la Inquisición española con unos toques de cromo e imitación de piel de leopardo. Por suerte, la tía Mame la había alquilado por muy poco tiempo.

—Te voy a instalar en la habitación Velázquez, cariño, justo al lado de Vera. Ponte el bañador y baja enseguida. Están todos en la playa.

Cuando terminé de deshacer las maletas, encontré a la tía Mame esperándome en el patio con un elegante traje de baño; insistió en que desayunara un poco:

—Come, cariño —dijo—, no te recomiendo ver a Amadeo con el estómago vacío.

Después atravesamos unos jardines muy exuberantes y bajamos por unas interminables escaleras de piedra a la playa, donde nos esperaban los invitados de la tía Mame. A excepción del enamorado de Vera, todos eran viejos conocidos.

El honorable Basil Fitz-Hugh se acercó corriendo, muy metido en su papel de caballero británico de vacaciones con su bañador y algo que llamaba «*bonabasc*», y que luego comprendí que era una boina vasca. Afirmó que yo tenía muy buen aspecto y que era estupendo que hubiera un poco de sangre joven por allí.

Vera, bajo el hechizo de Amadeo Armadillo, era todo dulzura y feminidad. Me saludó con un encanto ingenuo y un tanto cargante e incluso me besó.

Luego vi a la anciana tía de Basil, Griselda, lady Spavin, que estaba bordando protegida por un sombrero de paja, un velo, un parasol y una sombrilla Deauville. Comprendí que su función era hacer de carabina de aquellos dos enamorados de mediana edad.

Por último, reparé en el cazadotes sudamericano de Vera, Amadeo Armadillo. Enseguida comprendí a qué se refería la tía Mame. Tenía pinta de gigoló y hablaba como un comediante. A pesar de las alzas, era más bajito que Vera. Al parecer, sentía inclinación por los trajes de color azul pálido, amarillo maíz y beige rosado con hombreras tan anchas que para pasar por las puertas tenía que ponerse de lado. Y creo que llevaba faja. Le gustaban las camisas de seda de color azul marino y las pajaritas de satén pálido, y todos sus zapatos eran de gamuza, de piel de lagarto, o de ambas cosas.

El cabello de Amadeo era negro y brillante, y lo llevaba más largo de la cuenta. Partía de la frente estrecha formando ondas bituminosas que casi parecían esculpidas y se alejaban hasta su destino final en la larga y profunda uve de la base de su nuca. Las cejas se juntaban en el centro y parecían arrastrarse sobre la nariz afilada, excepto cuando se las depilaba los jueves. Tenía los ojos bonitos y oscuros, aunque demasiado juntos y con cierta tendencia a la protrusión. Supongo que debía de haber nacido sin músculos faciales, pues su única expresión era de una hosca petulancia. «Un tipo espantoso», decía de él el honorable Basil; yo no podía estar más de acuerdo.

—Señor Armadillo —dijo la tía Mame con voz de generosa anfitriona—, le presento a mi sobrino Patrick.

Amadeo extendió una mano peluda con las uñas brillantes y un anillo de diamantes falsos y soltó un gruñido. Imagino que los hombres no debían de resultarle muy simpáticos. Y él tampoco a ellos.

La vida en Villa Dolorosa era muy tranquila. Durante el día nos dedicábamos a nadar y a hacer el vago en la playa. Íbamos de excursión a Biarritz o a San Juan de Luz, o incluso hasta la propia frontera española para que la tía Mame pudiera enterarse de los últimos cotilleos sobre el curso de la guerra civil. De vez en cuando invitaba a personas a una cena informal y en raras ocasiones ella y el honorable Basil se ponían elegantes para ir a cenar a Biarritz y pasar la noche tranquilamente en el casino.

La tía Mame no hablaba mucho de su acuerdo tácito con el honorable Basil, pero casi nunca se separaban y parecía relajada, enamorada y feliz. A mí Basil me caía muy bien, y me alegraba de que mi tía hubiera encontrado un nuevo marido.

Todos los planes de Vera se centraban en el repulsivo Amadeo Armadillo y él se dejaba querer con cierta hosquedad latina. Lo cual me convertía en la pareja de lady Spavin.

Nos llevábamos más de medio siglo, pero lady Spavin era una compañera muy

estimulante. Aparte de bordar, lady Spavin tenía otros muchos intereses. Era una lectora voraz y una inveterada jugadora de cartas. Mantenía una voluminosa correspondencia con la mitad de la aristocracia británica y, a su tortuosa manera, me proporcionó mucha información sobre los escándalos más sonados ocurridos durante el reinado de Eduardo y Alejandra. Sentía un apasionado interés por la guerra civil española y decía que habría enviado al honorable Basil a combatir en ella si hubiese sido diez años más joven y no hubiese tenido un acuerdo tácito con la tía Mame. A lady Spavin le caía muy bien la tía Mame, y más de una vez me dijo lo mucho que la alegraba que su sobrino Basil fuese a casarse con una alegre viuda estadounidense y no con una chica de campo con cara de caballo. Debía de ser sincera, porque un día se llevó a Ito con el Rolls y compró la lana de todas las mercerías de Biarritz. Esa misma tarde empezó una colcha de *petit-point* con el escudo familiar y las iniciales de Basil y la tía Mame entrelazadas en un campo de blanco esmaltado de rosas.

Técnicamente, lady Spavin era la carabina del honorable Basil y la tía Mame, pero mientras ellos se comportaban con cierto desenfadado decoro, ocurrían otras muchas cosas en Villa Dolorosa que pasaban desapercibidas para lady Spavin.

Lo que ella no veía lo veía yo.

Sabía, por ejemplo, que Amadeo Armadillo se colaba cada noche en la habitación de Vera, porque las paredes eran tan finas que era imposible no oírles. Sabía también que cuando Vera iba a Biarritz a teñirse el pelo con alheña, Amadeo se entendía con una de las criadas (una relación que terminó ruidosamente cuando trató de darle un sablazo de quinientos francos). También sabía que estaba sin un céntimo, pues una mañana llegó volando hasta mi balcón un papel desde la ventana de Amadeo: era una carta del hotel Excelsior de Roma amenazando con demandarle si no saldaba una pequeña deuda de cuatro mil dólares que había dejado allí hacía unos años.

Aunque llegara a vivir mil años, no podría explicar qué podía ver ninguna mujer, y no digamos Vera, en Amadeo Armadillo. Tal como me había contado la tía Mame, carecía totalmente de belleza, encanto, inteligencia o ingenio. Griselda, lady Spavin, como corresponde a la más elegante de las *grandes dames*, era educada con él, pero nada más. La tía Mame hacía lo que podía, pero no llegaba a tanto. El honorable Basil era gélidamente correcto con Amadeo, aunque cuando se quedaba a solas con la tía Mame y conmigo decía que el *señor* Armadillo era un sinvergüenza y un aprovechado a quien nunca habrían tolerado en el cuarto de oficiales. Aunque el honorable Basil sólo tenía ojos para la tía Mame, compartía el pasmo reverencial de los caballeros británicos por las actrices y decía que Vera era estupenda. Amadeo, que no era muy cordial con los adultos, me trataba como si fuese algo que el Ministerio de Sanidad acabara de descubrir oculto detrás del cubo de la basura. En realidad, no me importaba. Me parecía un tipo odioso, y cuanto menos tuviera que verlo, tanto mejor.

Vera, en cambio, estaba totalmente en sus manos. Se le caía la baba con Amadeo, suspiraba al ver sus hombreras y su cintura como si estuviese ante el David de Miguel

Ángel. La tía Mame decía a menudo que si Vera viese alguna vez a Amadeo en traje de baño —una imagen que ninguno habíamos tenido que padecer jamás— recobraría la cordura y lo echaría a la calle. Por los ruidos que oía cada noche a través de las paredes, estaba casi seguro de que Vera lo había visto incluso con menos ropa, pero sabía que eso incomodaría e intranquilizaría a la tía Mame y no le dije nada. A pesar de lo feliz que era la tía Mame en Villa Dolorosa, su preocupación por Vera y Amadeo Armadillo echó a perder su estancia en la costa vasca.

Tras hacer algunas averiguaciones, la tía Mame nos contó a Basil y a mí que Amadeo era el hijo de un comandante de una pequeña república sudamericana. Su primer paso en la escala matrimonial lo había dado al casarse con la hija del dictador local. Pero al dictador lo había fusilado la Junta izquierdista —fuera lo que fuese ésta—, y Amadeo se había divorciado e ido en busca pastos más verdes. En Europa, Amadeo se había casado con Amélie Amoureux, la famosa artista de cine francesa. Después de divorciarse, se había vuelto a casar con Gloria Glockenspiel, la heredera de un empresario tabaquero. Tras un nuevo divorcio, Amadeo había aparecido como tercera parte implicada en otros tres famosos casos de divorcio. Luego se había dedicado a cortejar a una guapa reina de la pantalla rumana, y había estado casado, aunque brevemente, con Babs Bourbon, la heredera de la cadena de grandes almacenes. También eso acabó en los tribunales y ahora, decía la tía Mame con aire sombrío, le había tocado el turno a Vera.

El golpe final se produjo una tarde cuando lady Spavin y yo volvimos a Villa Dolorosa después de tomar el té en el hotel Palais. La tía Mame estaba sola en el patio, yendo y viniendo como un leopardo enjaulado.

—Cuánto me alegro de que hayáis vuelto —dijo—. Me ha echado a perder el día.

—¿Qué ocurre, tía Mame?

—Vera. Ha entrado en mi habitación haciendo remilgos como una idiota, igual que un personaje de J. M. Barrie, y me ha contado que va a casarse con esa serpiente. No he podido hacer nada por disuadirla. Acaba de salir a encargarse del vestido mientras él iba a encargarse su traje.

—Qué pena más grande —dijo lady Spavin—. Me trae a la memoria el caso de la pobre Mollie Petherbridge-Bouverie y ese horrible bailarín de tangos. Recuerdo que fue en el verano de 1911..., no, 1912, porque fue cuando instalamos la electricidad en la casa de Heaves. Yo estaba bordando un chaleco en *petit-point* para...

—¿No os parece —dijo la tía Mame interrumpiendo en seco los recuerdos de bordado y nobleza de lady Spavin— que una mujer tan inteligente y de la edad de Vera tendría que ver venir a ese insignificante cazadotes? He hablado con ella hasta desgañitarme, y lo único que me ha respondido es que quiere que yo sea la dama de honor. Si pudiera...

—A lo que te refieres, Mame —dijo lady Spavin—, es a que si encontraras otra mujer con más dinero que Vera, el *señor Armadillo* concentraría en ella sus más bien volátiles afectos. ¿No es eso, Mame?

—Sabes de sobra que sí, Griselda —le espetó la tía Mame—. Lo único que le interesa es encontrar una mujer con el riñón bien forrado que le pague para que se vaya cuando se harte de él.

—No será tan difícil encontrarla, querida Mame —dijo lady Spavin—. En esta época del año, Biarritz está llena de ellas. Sin ir más lejos, esta misma tarde Patrick y yo hemos visto a una mujer húngara de lo más vulgar, con pantalones y pulseras de diamantes hasta el codo. Me recuerda mucho al año de la coronación..., la de Jorge y María, claro..., cuando ese...

—Sí, sí, sí —dijo con impaciencia la tía Mame—, pero para eso tendría que apartarlo de Vera el tiempo suficiente para llevarlo a Biarritz, y eso no será fácil ahora que no hace más que pensar en el satén blanco y en las flores de azahar. Si encontrase aquí mismo una mujer rica que pudiera atraerlo lo bastante para que Vera recobrarla la cabeza... —Hizo una pausa y los ojos se le iluminaron de forma sobrenatural—. ¡Pues claro! ¡Yo!

—¡Tía Mame!

—¿Se te ocurre un modo más sencillo? Tengo mucho más dinero que Vera. Lo único que tengo que hacer es ponerme guapa. Coquetear con Amadeo. Fingir que estoy loca por él. Y demostrarle a Vera lo tonta que ha sido. Es un sacrificio terrible, pero por la pobre Vera estoy dispuesta a...

—¿Y qué dirá Basil? —preguntó secamente lady Spavin.

—Basil lo entenderá —dijo la tía Mame muy segura de sí misma.

—Si lo hace, será el primer hombre de la historia —dijo lady Spavin—. No, Mame, Basil es un muchacho muy dulce y cariñoso, pero no es un santo. Esto sólo puede conducir...

—Sólo puede conducir a la felicidad de Vera —dijo la tía Mame.

Mientras elaboraba sus planes para hacer feliz a Vera, me marché discretamente de puntillas.

La tía Mame estuvo incomparable en su papel de sirena. No estaba hecha para el papel de vampiresa, pero lo interpretó con el fervor de una *Madame X* de teatro. La tarde siguiente se presentó en la playa con un traje de baño de satén negro alarmantemente pequeño, mucha sombra de ojos y un brazalete de diamantes en el tobillo. Me quedé tan atónito al verla que estuve a punto de ahogarme. Lady Spavin alzó la mirada al cielo, cerró los ojos un momento y luego volvió a su labor. Vera soltó una risita nerviosa y dijo:

—¿Es que estamos en carnaval, querida?

Pero dejó de reírse en cuanto vio la expresión en el rostro de Amadeo.

La tía Mame era tan rica como seductora y, aunque vestida de esa guisa parecía un ama de casa de Park Avenue echada a perder, el efecto final no era del todo desagradable. Se acercó contoneándose a Amadeo y le dijo:

—Sé bueno y ponme un poco de bronceador, anda.

Mientras el otro la embadurnaba, ella se retorció como una anguila. Sentí tanta

vergüenza que tuve que mirar hacia otra parte, pero Vera no les quitó la vista de encima.

Esa noche la tía Mame había invitado a una condesa a cenar y tardó mucho en bajar. Cuando entró en el comedor supe por qué. Hasta entonces había limitado su vestuario a blusas y pantalones, pero en esa ocasión se había puesto un vestido de encaje negro tan ceñido que apenas podía comer y pulseras de diamantes hasta los sobacos. Llevaba pestañas artificiales y un libertino lunar en la mejilla. Se produjo un audible silencio de admiración, y los ojos verdes de Vera se nublaron como un cielo de febrero al verla entrar en la sala como una bailarina hindú. Yo me quedé mudo de admiración y lo mismo le ocurrió a Amadeo, que estuvo toda la noche sentado al lado de la tía Mame y no habría podido ser más atento, aunque parecía más interesado en sus diamantes que en sus ingeniosidades.

Después de cenar, cuando Vera invitó a Amadeo a salir al jardín a «disfrutar del aroma de los limoneros», él se quedó dudando en la puerta y contempló con ternura a la tía Mame y sus diamantes. No tardaron mucho en volver, y cuando lo hicieron Vera parecía enfadada y ofendida.

—¡Qué hombre tan horrible! —exclamó la tía Mame mientras yo le ayudaba a meter todos aquellos pedruscos en el joyero—. Es un palurdo y un aburrido y... ¡calla! —Se oyeron unos pasos en el vestíbulo y luego un sobre se deslizó silencioso por debajo de la puerta. La tía Mame lo cogió y lo abrió—. ¡Uf! ¡Apesta a perfume barato! —Luego empezó a leer—: «*Señora deliciosa...*».

Una serie de petardeos en el camino de entrada a la casa desgarraron el silencio matutino. Corrí a la ventana justo a tiempo de ver pasar el Rolls por delante de la verja. Por la ventanilla trasera vi dos cabezas: una, morena, era la de Amadeo; la otra llevaba un enorme sombrero de paja con un velo de color malva que aleteaba por la ventanilla lateral. Supe que sólo podía ser la tía Mame disfrazada de mujer fatal y mientras el velo ondeaba al viento, traté de no pensar en el atroz destino de Isadora Duncan.

Al volver a la cama vi sobre mi escritorio una nota escrita con la elegante letra de la tía Mame:

Mi niño querido:

Ese sujeto repugnante me ha pedido que vayamos de excursión..., los dos solos con unos huevos duros. ¡Puaj! No creas que me he vuelto loca. Lo hago por el bien de Vera. Asegúrate de que repara en todo momento en nuestra ausencia. He planeado fingir una avería en el motor, por lo que volveremos tarde. Que no se te escape que sabes dónde hemos ido.

Un beso muy, muy, muy grande,

TÍA MAME

Cuando bajé, Vera parecía haber reparado en su ausencia y en ninguna otra cosa. Le di los buenos días y casi me saca los ojos. El honorable Basil estaba en la playa mirando fijamente el agua con aire melancólico. Lady Spavin alzaba los ojos de su labor y suspiraba de forma enigmática.

La comida fue como un funeral. Vera no probó bocado y Basil tampoco tocó el plato. Yo comí con buen apetito y traté de animar la conversación con diversas especulaciones sobre el paradero de la tía Mame, aunque sin mucho éxito. Por la tarde, lady Spavin organizó una partida de bridge, pero Vera y el honorable Basil estaban tan abstraídos que les hice un *slam* de corazones con el as y la reina en mi contra, tras lo cual Vera se echó a llorar y se marchó.

A la hora de la cena Vera estaba para que la encerraran. No hacía más que ir y venir con los zapatos de tacón por el camino de entrada en busca de los excursionistas, pero no había ni rastro de ellos. La cena se retrasó varias veces hasta cerca de las diez, cuando ya casi no era comestible. Sólo le dirigí una vez la palabra a Vera y chilló: «Por el amor de Dios, ¡calla de una vez!». Terminamos la cena en silencio.

Luego Vera y Basil se pusieron a darle a la botella de coñac mientras lady Spavin me enseñaba a jugar al *pinacle*. Cerca ya de medianoche, el Rolls llegó lentamente por el camino de entrada.

—¡Queridos! ¿Pensabais que nos habíamos matado en la carretera? —gorjeó la tía Mame.

—¿Cómo te atreves? —exclamó Vera enfrentándose furiosa a la tía Mame.

—¿A qué te refieres, Vera, querida?

—Digo que cómo te atreves. ¿Cómo te atreves a marcharte sin decir nada a nadie? ¿Dónde habéis estado?

—Pero, Vera, *querida* —respondió la tía Mame haciéndose la ingenua—, ¿cómo que dónde hemos estado? Sabías que Amadeo había planeado esta pequeña excursión. Me dijo que tú no querías venir, ¿verdad, Amadeo? —La tía Mame se volvió con aire perplejo, pero Amadeo no estaba por ninguna parte—. Oh, Vera, tendrías que haber venido. No quería irme sin ti, pero Amadeo prácticamente me secuestró. ¡Ha sido muy divertido! Hemos estado en el campo, merendado en las montañas, cogido flores silvestres y qué se yo qué más...

—¡Ajá! —exclamó Vera en tono amenazador.

—Por supuesto habríamos vuelto hace horas, pero Ito tuvo problemas con el motor y cuando por fin consiguió arreglarlo era tan tarde..., y teníamos un hambre canina..., así que paramos en ese sitio tan pintoresco. Tan primitivo que ni siquiera tienen teléfono. Así que, ¿qué íbamos a hacer sino...?

—¡Oh! —gritó Vera y se marchó del salón de estampida.

El honorable Basil miró destrozado a Mame y la siguió.

—Ba... Basil...

—Recuerda lo que te digo, Mame —dijo lady Spavin—, esta absurda pantomima

sólo te traerá problemas.

Y siguió jugando una mano de *pinacle*.

Subí a la habitación de la tía Mame y le ayudé a quitarse las pinturas de guerra. Se hallaba en un estado terrible. Se le había corrido la sombra de ojos, el velo malva estaba hecho jirones y el lunar se había despegado por un lado.

—He pasado un día horrible, cariño. Ha sido vomitivo. Cada vez que estoy cerca de ese hombre me entran ganas de darme un baño, lavarme la cabeza con champú y ponerme un enema. Pero ha funcionado. Vera se ha puesto celosa.

El resto de la semana la tía Mame siguió dedicando sus atenciones a Amadeo. Se las arregló para encerrarlo en su dormitorio la noche siguiente y organizó tal escándalo llamando a la puerta que despertó a toda la casa. Vera oyó con frialdad la torpe excusa de la tía Mame de que había ido a prestarle un libro. La tía Mame estaba deliciosamente despeinada y llevaba un camisón negro. Me pareció oír un sollozo en la habitación del honorable Basil, pero no estoy seguro.

Al día siguiente la tía Mame se las arregló para que la atrapara una calma en un velero con Amadeo, y cuando volvieron hacía mucho que había salido la luna. Otro día fueron en coche a Biarritz a recoger a Vera en el peluquero, pero Vera regresó furiosa y sola en un taxi tres horas más tarde. En lugar de ir a buscar a su enamorada, Amadeo se había dejado convencer para ir a Miramar, donde él y la tía Mame habían estado bailando hasta las dos de la madrugada. Cuando la tía Mame volvió a casa, Vera se había metido en su habitación y el honorable Basil no les dirigió la palabra.

Acicateada por su triunfo, la tía Mame decidió seguir haciendo de vampiresa otra semana. Iba y venía por la casa entre gasas y satenes, lentejuelas, plumas y diamantes. Pero Amadeo y ella debieron de ser los únicos que disfrutaron con la función, pues Vera casi estaba al borde del suicidio y Basil parecía malhumorado y tenía los ojos enrojecidos. Los dos pasaban horas en silencio en la biblioteca o iban a dar largos y sombríos paseos.

Sin embargo, cuando la tía Mame le regaló a Amadeo un juego de gemelos de diamantes tan grandes que parecían bombillas de faro, pensé que estaba yendo demasiado lejos. Enfadado, fui a verla a su habitación y me enfrenté a ella.

—Oye, tía Mame —dije—, una cosa es hacer de vampiresa con ese tipo despreciable por el bien de Vera...

—¡Vera! ¡Bah! ¡Menuda idiota! Y te agradeceré que cuides tu lenguaje. Recuerda que sigo siendo...

—... pero de ahí a hacerle un regalo que te habría costado miles de dólares, cuando estamos en plena Depresión y hay personas que...

—¡Ah, así que el joven economista me va a dar una charla de cómo gastar mi dinero! Mira, es muy importante para mí que Amadeo sea feliz...

—¿Y qué hay de Basil y vuestro famoso acuerdo tácito? Lo único que podemos

acordar es cómo impedir que no termines en un hogar para mujeres descarriadas...

—¡Ah, mi pobre niño! —dijo en tono misterioso—, ¿qué sabrás tú del amor? — Luego fue dando saltitos hasta el pasillo y canturreó—: Amadeo, *chéri!* Ven a ayudarme a repasar mis extractos financieros.

Amadeo no era ningún intelectual, pero tratándose de números habría podido competir con la IBM. Tras seducirle con la figura, la ropa y las joyas, la tía Mame puso las cartas sobre la mesa y le dejó ver cuánta pasta le había dejado Beau. Amadeo se iluminó como una máquina tragaperras y pasaron la tarde en la biblioteca calculando la fortuna de la tía Mame. Era el único hombre que he conocido capaz de sumar millones sobre la mesa y manosear la rodilla de una mujer por debajo. Me asqueó tanto que me fui de la biblioteca.

Esa noche me encontré a solas con Amadeo antes de cenar, e hizo gala de una cordialidad desacostumbrada que me hizo sentir incómodo. Me pasó el brazo por el hombro y me llamó «hijo» dos veces.

La cena fue horrible. Nadie dijo ni palabra, excepto Amadeo y la tía Mame, que de vez en cuando gritaba: «¡Oh, quita!» y «¡No seas malo!». Vera fue la primera en venirse abajo. Soltó la servilleta —durante la ensalada— y salió de la habitación dando un portazo. El honorable Basil la siguió poco después, y lo mismo hizo lady Spavin. Yo también estaba a punto de irme cuando la tía Mame me miró muy seria y dijo:

—Por favor, cariño, espérame en mi cuarto. Tengo algo importante que decirte.

Perplejo, subí a su habitación y esperé. Al cabo de un buen rato entró. Hizo una pausa melodramática en la puerta abierta y dijo:

—¡Amadeo quiere que nos casemos!

—¡Tía Mame! —susurré—. ¡Estarás bromeando!

—¿Bromeando? —dijo entrando en la habitación—. ¿Por qué iba a bromear? Me encuentra extremadamente atractiva..., sin duda ya lo habrás notado. Me lo ha pedido esta tarde en la biblioteca y yo...

—Pero Vera... —empecé.

—Vera tendrá que...

—¿Qué tendrá que hacer Vera? —preguntó una voz. Los dos alzamos la mirada y vimos a Vera en la puerta. Estaba pálida y tensa, y tenía un aspecto espantoso—. ¿Qué tendrá que hacer Vera? —repitió, avanzando con gesto amenazador hacia la tía Mame.

—Pu... pues, Vera, resulta que Amadeo y yo hemos...

—Escucha —bisbiseó Vera. Había dejado de lado su elegante teatralidad—. Amadeo es mío. Yo lo encontré y lo traje aquí. Él...

—Vera —dijo la tía Mame—, ¿es que no ves que le traes sin cuidado? Él...

—Se ha dejado engatusar por ti y tus sucios trucos. Lo han cegado tus diamantes y tu dinero. Lo has comprado, pero no te quiere. Me quiere a...

—¡Vera! ¿Cómo vas a comprar a un hombre con...?

—¡Cierra el pico! —le espetó Vera—. Le has destrozado el corazón al pobre Basil y has intentado destrozármelo a mí. Pero no lo conseguirás. Amadeo es mío. Me casaré con él a primera hora de la mañana. Y lo que es más, me las pagarás aunque sea lo último que haga en la vida. —Dio media vuelta, bajó a su habitación, dio un portazo y cerró con llave.

—¡Vera! —gritó la tía Mame corriendo tras ella. Luego regresó a su cuarto y cerró la puerta—. ¡No se casará con Amadeo aunque tenga que quitarme la vida! —Se volvió hacia mí—. Espera aquí y no permitas que Vera salga de su habitación. Utiliza la fuerza si es necesario. Tengo que ver a Amadeo antes que ella. —Cogió el bolso y el abrigo y corrió escaleras abajo en dirección a la biblioteca.

—¡Eh! —la llamé. Pero no me oyó. Unos minutos más tarde oí la puerta principal, unos cuantos petardeos y el motor de un coche que se alejaba por el camino de entrada. Después se hizo el silencio. Estuve vigilando la puerta de Vera hasta la medianoche. No se oía un ruido en toda la casa y me fui a dormir.

A la mañana siguiente me despertó lo que al principio tomé por el fin del mundo. Se oyeron muchos gritos y chillidos en el piso bajo de la casa, y luego oí los tacones de Vera que resonaban en las baldosas del suelo del vestíbulo. Irrumpió en mi habitación y empezó a insultarme a voz en grito. Estaba tan histérica que casi no pude entender lo que me decía, sólo la palabra *ido*, que repitió veinte o treinta veces. No dejó de agitar una hoja de papel delante de mi cara y de gritar improperios hasta que lady Spavin entró en la habitación a poner un poco de orden. Le arrancó el papel de la mano a Vera y lo leyó:

—Bueno —dijo sin más—, ha ocurrido lo que me temía. Se han fugado.

—¿Quiénes? —pregunté. Luego comprendí que era una pregunta estúpida.

—¿Quiénes? —chilló Vera—. ¿Quién va a ser sino esa sucia traidora y...?

—Sal de este cuarto, Vera —le ordenó lady Spavin empujándola hacia la puerta—. Me temo, chico, que la loca de tu tía y Amadeo Armadillo se han ido de bodorrio a Gretna Green.

—¿Greta qué? —dije frotándome soñoliento los ojos.

—Es sólo una manera de hablar, chico. Y ahora sal de la cama y vístete.

El piso de abajo parecía el muro de las lamentaciones. Vera había logrado dominarse y se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de encaje. El honorable Basil iba y venía apretando la mandíbula y haciendo crujir los nudillos. Lady Spavin hacía solitarios. No cabía la menor duda: la tía Mame y Amadeo se habían fugado durante la noche dejando sólo una nota incoherente escrita por Amadeo —siempre sospeché que era analfabeto— y ninguna dirección conocida.

Me asqueó y deprimió tanto que la tía Mame hubiese caído en su propia trampa que fui arriba e hice las maletas. Yo también estaba casi arruinado y no tenía muchos sitios donde ir aparte del caserón vacío de la tía Mame en Londres. Empeñando mi

reloj de pulsera, saqué lo justo para pagarme un billete de tercera de vuelta a Inglaterra. En el compartimento del tren hacía un calor sofocante y tuve que viajar entre dos refugiadas españolas, cada una con un bebé en brazos. No tenía dinero para comprar comida, y al hacer transbordo en París me sentía un poco mareado. Un vistazo a los titulares de los periódicos ingleses bastó para hacer que me sintiera incluso peor. El *Continental Daily Mail* decía: «CAZADOTES SE FUGA CON VIUDA RICA».

El *Herald* parisino escribía en tono no tan serio: «LA ALOCADA MILLONARIA MAME DESAPARECIDA. RUMORES DE SECUESTRO».

Después fui al baño a vomitar y seguí mareado toda la travesía del canal de la Mancha.

Llegué a Grosvenor Square por la mañana. La casa parecía oscura y vacía, y había muchos periodistas en la puerta. Así que di la vuelta y entré por el jardín. La casa estaba oficialmente cerrada y los criados se habían ido, las arañas colgaban envueltas en grandes fundas de tapete verde y todos los muebles estaban tapados con fantasmales sábanas blancas para protegerlos del polvo. Llevaba dos días sin comer, y tenía la esperanza —aunque no estaba muy convencido— de que hubiese algo en la cocina que me permitiera no morir de hambre.

Bajé a oscuras las escaleras y busqué a tientas el interruptor de la luz. Una voz trémula dijo:

—Ma... manos arriba o disparo.

—Tía Mame —respondí—, soy Patrick.

—¡Oh, gracias a Dios que has venido, cariño! —exclamó. Las luces se encendieron y la vi acurrucada detrás de la mesa de la cocina. Llevaba un batín de lana y, por algún motivo, una capa de chinchilla—. Toma una taza de café —dijo con voz lúgubre—. Está pasado y no vale nada. Lo he preparado yo misma. Tengo que hacerlo todo. Los criados se han ido y todos esos periodistas no hacen más que llamar a la puerta y telefonar. ¡Oh! —Una lágrima cayó por su mejilla.

—¿Y no puede echarlos tu marido? —pregunté.

—¿Mi qué?

—Tu marido —respondí en voz más alta de lo necesario, como si fuese idiota.

—Beauregard lleva años muerto —dijo con frialdad—. ¿Es que has perdido la cabeza, chico?

—Entonces ¿no te has casado con Amadeo Armadillo?

—¡Por supuesto que no! —soltó.

—Bueno, pero estáis, ejem, viviendo en... pecado, ¿no? —pregunté.

—Sólo faltaría. Te agradeceré que seas más educado. Si crees que...

—Pero ¿dónde está Amadeo? —pregunté desesperado.

—No sabría decirte —dijo con voz altiva—, pero si mis cálculos son correctos,

ahora mismo debería estar en su segundo día de instrucción con las fuerzas de la España republicana.

—¿Dónde lo dejaste, tía Mame?

—La última vez que lo vi, Amadeo estaba encerrado en el lavabo de un avión privado. —Miró su reloj de pulsera—. Supongo que estará aprendiendo a dar media vuelta y esas cosas. Si todavía lleva esos zapatos de gamuza, debe de tener los pies destrozados.

—Pero ¿quién encerró a Amadeo en el lavabo? ¿Qué estás...?

—Yo —respondió con sencilla elocuencia.

—Pero ¿por qué iba Amadeo a querer alistarse en el ejército republicano? —pregunté.

—¡Amadeo! ¡Amadeo! ¡Amadeo! ¿Es que no sabes hablar de otra cosa? ¿Es que no te preocupa lo que me ha ocurrido a mí? ¿Las privaciones por las que he tenido que pasar?

—Bueno, claro, pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que pensaba que Amadeo y tú os habías fugado.

—Y así fue. ¿No leíste su nota?

—Pero pensaba que ibais a casaros.

—¿Casarme yo con una bola de grasa como Amadeo cuando tengo a un hombre como Basil que está loco por mis huesos? ¡No seas ridículo!

—Tía Mame, es que no lo entiendo.

—Bueno, si dejas de interrumpirme te lo explicaré. ¡Qué poco sabes de las dificultades y las tribulaciones de las mujeres pioneras, acostumbrado como estás a viajar siempre en primera clase!

—Empieza —le dije.

—Pues bien —dijo la tía Mame—, sencillamente comprendí que no serviría de nada demostrarle a Vera que Amadeo es una sabandija y que, mientras siguiera teniéndolo cerca, la pobre continuaría cayendo en sus redes. Así que decidí que lo único que podía hacer era fugarme con él y llevármelo lejos de Biarritz. No quería hacerlo, pero cuando Vera amenazó con echarse a sus pies supe que no había otro remedio. Y me costó un riñón, dicho sea de paso.

—Incluidos los gemelos de diamantes —respondí acaloradamente.

—¡Oh, eso! Eran un par de cristales que arranqué de un viejo vestido y metí en una caja de Cartier. No lo descubrirá hasta que trate de empeñarlos, cosa que no tardará en hacer.

—Continúa —dije.

—Es lo que trato de hacer. El caso es que, cuando Vera anunció que iba a casarse con Amadeo a la mañana siguiente, fui a ver a ese pegajoso... ¡Ay, Patrick, cariño, el tal Amadeo es un sobón, un auténtico peligro! Y le dije: «¡Escápate conmigo!», y le entregué un cheque por valor de cien mil dólares...

—Cien mil dóla...

—Que firmaría cuando pronunciase el «sí, quiero». Luego pedí a Ito que nos llevara al aeropuerto y me dediqué a emborrachar a Amadeo con coñac. Oh, Patrick, no sólo es un sobón, sino también un borracho. Bebió coñac suficiente para llenar una piscina, y todo el rato siguió intentando meterme mano. Bueno, el único avión que había era un avión privado perteneciente a un piloto danés muy simpático. Así que lo alquilé. Le pregunté al piloto: «¿Cuál es el sitio más remoto que conoce?», y me respondió: «Brønderslev, en Dinamarca, señora. De donde yo soy». Y le dije: «¿Y no querría volver de visita?», a lo que él replicó: «Por nada del mundo, señora». Pero le ofrecí un montón de dinero y se volvió aún más encantador.

—Apuesto a que sí —respondí.

—Por supuesto, Amadeo pensaba que íbamos a París, y entonces estaba bastante borracho. En fin, fue un vuelo terrible. Hacía un tiempo malísimo, y acabé desquiciada de tanto ir de nube en nube con ese hombre tan repulsivo manoseándome todo el tiempo. El caso es que había planeado desembarcar en París y dejar que Amadeo siguiera su viaje hacia el norte. Pero ese sujeto despreciable no se quedaba dormido. Ya imaginarás cómo me sentí cuando oí que estábamos sobrevolando Alemania y Amadeo seguía consciente. Y para colmo de males, se había acabado el coñac y no hacía más que pedir más.

—¿Y qué hiciste, tía Mame?

—Bueno, por suerte tenía una botella de Nuit de Noël en el bolso..., treinta dólares la onza, imagínate... El caso es que lo vertí en un vaso de cartón y se lo di a Amadeo.

—¿Y se lo bebió?

—Como un pez. Y el perfume pareció causar efecto. Se puso mortalmente pálido y corrió al lavabo.

—¿Y luego?

—Lo encerré allí.

—Pero ¿cómo...?

—Deja ya de interrumpir. El caso es que fui a la cabina con el piloto, le expliqué que Amadeo estaba mareado y le pregunté si no podría hacer algunas piruetas para que se pusiera peor. Ya sabes, para ponerle los jugos gástricos de punta. Bueno, ese danés tan adorable hizo con el avión cosas que no creía posibles. Primero escribió mi nombre y luego el suyo. Por cierto, se llamaba Jørgen Årup Hansen, e incluso volvió atrás para poner esas diagonales y esas tildes tan raras que usan los daneses. Luego me invitó a un bocadillo de salchicha de hígado.

—¿Y Amadeo?

—¡Oh! Entonces ya estaba fuera de combate. Pero luego ocurrió lo peor.

—¿Qué pasó?

—Pues que oímos por la radio que hacía tan mal tiempo que teníamos que regresar. Estábamos justo sobre Múnich y la niebla era tan espesa que aterrizar era

imposible. Así que Jørgen propuso: «¿Por qué no volvemos a París?», y añadió que siempre había querido ver París con una mujer hermosa. ¿No te parece adorable? ¡Oh, no te preocupes, cariño, no significa nada para mí! Es mucho más joven que yo, aunque muy guapo. La oferta era tentadora, pero sabía que si Amadeo estaba en un sitio cómodo y grande como París con un montón de aviones, trenes y teléfonos podría volver con Vera en un santiamén. Así que dije que no. Entonces Jørgen me explicó que tendría que decidirme deprisa porque el único motivo por el que había ido a Biarritz era porque pensaba alistarse en el ejército republicano español aunque no hablaba una palabra de español.

—Tía Mame —dije—, no me digas que...

—Sí —respondió—. Le dije a Jørgen: «Qué casualidad, querido. Resulta que el caballero que está encerrado en el lavabo habla español y no veo por qué no ibais a ser camaradas toda la guerra. Tú podrías dedicarte a pilotar y Amadeo se encargaría de traducir».

—¿Quieres decir que emborrachaste a Amadeo y lo alistaste en el ejército republicano español?

—En una palabra, sí. Jørgen dijo que sólo le quedaba combustible para llegar a Barcelona. Y le pregunté si podría garantizarme que Amadeo estuviera en el meollo de todo cuando llegaran allí. Jørgen se comprometió a hacerlo. Así que le dije que era divino y que le enviaría un paquete de comida cada semana. Y luego añadí: «¿Y yo qué?», y Jørgen dijo que podía acompañarles a Barcelona o saltar.

—¿Y qué hiciste?

—Saltar.

—¿Saltaste en paracaídas, tía Mame?

—No querrías que saltara sin él —dijo con frialdad—. Jørgen me puso el paracaídas y me dijo que contara hasta diez y luego tirara de la anilla. Y eso es lo que hice.

—¡Dios! ¿Y dónde aterrizaste?

—Sobre mi trasero, para mi desgracia.

—No, quiero decir en qué país.

—¡Oh! En Alemania, justo al sur de Múnich, y eso que había jurado que no iría allí mientras Hitler esté...

—¡Caray! Apuesto a que luego todo fue más fácil —dije admirado.

—¿Fácil? Estuve arrastrando ese maldito paracaídas casi hasta llegar a Austria. Después he viajado en carro de bueyes, remolque con paja, motocicleta, coche, camión, furgoneta de la leche, tren, avión y autobús. Y todo el tiempo con un vestido de fiesta de seda muy poco apropiado para viajar. Aunque tienes que admitir que me he librado de Amadeo Armadillo. Quisiera saber si el ejército podrá convertirlo en un hombre. No lo creo. ¿Y tú?

—¿Dónde está Ito?

—Conduciendo el coche de vuelta. Le dije que siguiera el océano Atlántico hasta

llegar a Calais. Llegará uno de estos días, a menos que se haya equivocado de camino y acabe también en España.

—En fin, tía Mame —dije—, ahora han terminado todos tus problemas.

—Todos menos uno —dijo—. Basil. Dime, cariño, ¿cómo está el pobre Basil?

—Bueno, parecía un poco dolido —dije, pues no quería que la tía Mame supiera el daño que le había hecho.

—¡Ah, cariño, aun así sé que volverá conmigo! Lo sé. Le he llamado una docena de veces a Villa Dolorosa. No está allí. Todos se han ido. Pero me encontrará. Le he dejado pistas de sobra.

—No me cabe duda —dije.

—Sí, he enviado telegramas a todos sus clubes, a Birdcage Walk, a palacio. No te preocupes, me encontrará.

—Pero ¿tú crees que querrá? Me refiero a que piensa que te has fugado con Amadeo Armadillo y...

—Basil y yo tenemos un acuerdo tácito —dijo la tía Mame—. En cuanto a la pobre Vera, apuesto a que ahora mismo estará dándome las gracias por lo que he hecho por ella.

Pasamos al salón y empecé a retirar las sábanas de los muebles.

La tía Mame se asomó entre las cortinas y dijo:

—Gracias a Dios, esos reporteros empiezan a marcharse.

Y así era. La casa parecía tan vacía que supongo que abandonaron toda esperanza de dar con la tía Mame.

Sonó el teléfono y la tía Mame se apresuró a responder.

—¡Hola! —dijo con voz alegre—. No, no soy la señora de la limpieza... ¡Oh, váyase al demonio! —Colgó el auricular y empezó a quejarse de los bromistas—. Tenía tantas esperanzas de que fuese Basil —suspiró. Se sentó y encendió un cigarrillo; noté que la mano le temblaba. El teléfono volvió a sonar—. Lleva así desde que volví —dijo—, y nunca es él. —Se puso en pie y respondió rugiendo—: ¡No, no quiero hacer declaraciones para el *Daily Worker* londinense! —Se desplomó muy enfadada en el sofá y murmuró—: ¡Comunistas!

Luego sonó el timbre de la puerta.

—¡No abras! —me advirtió la tía Mame—. Asómate antes y asegúrate de que no sea un periodista. Si lo es...

—¡Dios mío! —dije soltando la cortina.

—¿Es Basil?

—Sí, tía Mame —dije—. Son Basil... y Vera.

—¡Oh, cariño! —Corrió a la puerta y la abrió de par en par—. ¡Querido, querido, Basil! —gritó la tía Mame—. ¡Sabía que vendrías!

—¡Mame! —gritó Vera—. ¡Querida! —Abrazó a la tía Mame y la besó.

Tuve la sensación de que la tía habría preferido estar entre los brazos del honorable Basil, pero seguía sintiéndose culpable por lo que le había hecho a su

amiga.

—¡Oh, Vera! ¿Has podido perdonarme?

—¡Sí, Mame, sí! Amadeo no me convenía. Y fuiste tú quien me lo hizo comprender. Ahora te estoy eternamente agradecida.

—Muy bien, Vera —dijo cordialmente la tía Mame—. Sabía que acabarías viendo la luz.

—Y la he visto —dijo Vera mirando encantada a Basil—. Quiero que los dos seáis muy felices.

—Seguro que lo seremos —dijo la tía Mame sonriendo también a Basil.

Basil se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—Ah, Mame —dijo Vera con un gesto teatral—, dale un beso a Basil, aunque sólo sea para complacerme. —La tía Mame la complació con mucho ardor y el honorable Basil se ruborizó aún más—. Querida —prosiguió Vera—, cuando Basil y yo encontramos la nota, pensé que se me rompería el corazón. Y el suyo también. Pero Basil lo entendió todo.

—Claro —dijo la tía Mame.

—Y ya sabes lo que dice el refrán, querida: «Dos corazones solitarios laten como uno solo...», así que Basil y yo fuimos a París y nos casamos en una encantadora ceremonia civil en el hotel George V. Tía Griselda fue mi dama de honor. —La tía Mame se quedó boquiabierta—. Pero —prosiguió Vera—, cuando empezaron a llegar todos esos telegramas, supimos que querías que asistiéramos a tu baile nupcial. Y aquí nos tienes, un matrimonio anciano: el capitán y la señora de Basil Fitz-Hugh.

—No empieces a bailar todavía —dijo la tía Mame muy despacio.

—Íbamos a ir a Bad Gastein de luna de miel —dijo Vera—, pero tú eres mi mejor y más antigua amiga. Además, quería darte la oportunidad de ser una de las inversoras en esa obra tan divina que voy a hacer para Freddie Lonsdale el otoño que viene. Así que le dije a Basil... Mame, estás muy pálida. ¿Quieres que te traiga alguna cosa? ¿Dónde está Amadeo?

—En España —respondí.

—¿En España? —exclamó Vera—. Pero, Mame, querida, ¿cuándo se celebrará la boda?

—La boda se celebrará —dijo la tía Mame— en cuanto Amadeo encuentre a otra mujer rica..., una mujer con más dólares de la cuenta, poco sentido común y ninguna amiga que la salve.

LA TÍA MAME Y UN ASUNTO DE FAMILIA

—¿Y qué hicisteis, después de nadar y tomar el sol en la costa vasca? —preguntó Pegeen mirándome con suspicacia.

—Pues no mucho. Fuimos a Italia.

—¿A qué parte?

—Sobre todo a Venecia.

—¡Cómo no! Ya me imagino a esa vieja loca animando la vida de todos los duques y condesas arruinados de la alta sociedad internacional.

—Pegeen, ¿cómo puedes hablar así? No hicimos nada de eso. La tía Mame alquiló una casa en Venecia y llevamos una vida muy tranquila dedicados a actividades culturales con la familia.

—¿Con la familia?

—Sí. Con la familia. Fue a visitarnos un viejo primo del sur de Estados Unidos. De hecho, cariño, era un tipo tan aburrido que ni siquiera voy a molestarte en contártelo.



Desafortunada en amores, la tía Mame desarrolló cierta piedad dulce y amable. Hablaba mucho de Dios y del más allá e incluso fue a Berkeley Square, donde tuvo un breve flirteo con el llamado Movimiento de Oxford. El Grupo de Oxford adoraba a la tía Mame, pero la tía Mame no les correspondía. Sus actividades le parecieron «demasiado modernas e intelectuales» y «totalmente carentes del misterio y el boato de las sectas más antiguas». Así que decidió marcharse de Inglaterra e ir directamente a la fuente —Italia— con toda la afectación *d'âme perdue* y armada de su *Libro de Oración Común*, aunque al pasar por Roma lamentó no encontrar ninguna Biblia de Dovay.

Venecia poseía un esplendor eclesiástico que a la tía Mame le resultaba muy atractivo, y no tardó en instalarse como si ella misma fuese la perla del Adriático. Alquiló un *palazzo* rosado al estilo de Palladio en el Gran Canal (muy bonito si uno estaba dispuesto a pasar por alto la terrible humedad y el leve olor a basura que emanaba de las acariciadoras aguas). La casa tenía unos frescos imitación de Veronese, un auténtico retrato de Bronzino, unos cuantos Canalettos mediocres y un montón de muebles rococó.

La tía Mame también contrató una góndola privada y los servicios de cuatro fornidos venecianos para manejarla, pero se llevó una decepción al enterarse de que

todas las góndolas de Venecia tenían que ser negras. No obstante, lo compensó diseñando ella misma el disfraz —y uso conscientemente la palabra— de los gondoleros. Era negro y rosa con largas y ondulantes cintas rosadas en el sombrero, y causaba un sinfín de desazonadores silbidos vulgares y lascivos cada vez que los gondoleros de la tía Mame se cruzaban con otros. De hecho, se involucraron en tantas peleas a puñetazos para demostrarles su virilidad a otras tripulaciones vestidas con más sencillez que la góndola de la tía Mame parecía más la sala de urgencias del hospital Bellevue que la barcaza real que pretendía ser. En cualquier caso, la tía Mame aplicó alegremente linimento a las mandíbulas amoratadas y filetes de ternera a los ojos morados, dobló sus salarios y creó una especie de fondo de compensación para trabajadores con tal de mantener su embarcación a flote.

Una vez creado el ambiente adecuado, la tía Mame se dispuso a buscar compañía apropiada con la que divertirse durante su estancia indefinida en Venecia. Y la encontró una húmeda tarde cuando sus gondoleros, vestidos de rosa y cubiertos de tiritas, se abrían paso por un estrecho canal. Yo no prestaba demasiada atención a nada que no fueran las macetas vacías y las peladuras de naranja que flotaban en las oscuras aguas cuando unos gritos de «*Stae!*» y «*Po'pe!*» me sacaron de mi ensoñación.

—Mira esa góndola tan enorme y ostentosa justo en medio de... —gritó la tía Mame poniéndose en pie.

Sólo acerté a ver una embarcación gigantesca tripulada nada menos que por seis gondoleros vestidos de azul que se dirigía directamente hacia nosotros. Luego se produjo un sonoro impacto que hizo que la tía Mame cayera sobre mi regazo. Cuando logramos ponernos en pie, volaban los puños y una oronda rubia —con un vestido del mismo tono que el de los gondoleros— gritaba algo en italiano que sonaba como «¡Dadles una buena tunda!».

La tía Mame se incorporó y gritó:

—¡Chicos! ¡Vamos, chicos, parad ahora mismo! —Nadie le hizo el menor caso. La tía Mame amenazó con el puño a la mujer de azul y chilló—: ¡Dícales a sus gondoleros que vayan por el centro de...! ¡Caramba, Bella!

—¡Mame! —gritó la mujer. Y saltó a nuestra embarcación entre un revuelo de faldas azules y abrazó a la tía Mame. Se besaron calurosamente, y luego la rubia chilló algo tan electrizante en italiano que hizo que los gondoleros dejaran de pelear y se santiguaran.

—Patrick, cariño —dijo la tía Mame—, es una de mis amigas más antiguas..., una de mis compañeras de juegos en Buffalo. ¡Bella Shuttleworth!

Quince minutos después estábamos tomando cócteles en el *palazzo* de Bella, un poco más arriba en el canal que el de la tía Mame, mientras los gondoleros rosa y los gondoleros azules, aparcados, por así decirlo, enfrente, charlaban cordialmente sobre las excentricidades de sus patronas estadounidenses.

Bella Shuttleworth era una de esas chicas de Buffalo —yo había oído hablar

muchas veces de ella a la tía Mame cuando recordaba su infancia en Delawere Avenue— que opinaba que tenía muchas más cosas que ofrecer a Buffalo de las que la ciudad podía asimilar. Por lo que, al igual que la tía Mame, se había apresurado a marcharse de allí lo antes posible para llevar una vida mejor en sitios como Nueva York, París, Cannes y Venecia. Bella se había casado con un marqués italiano cuyo título era casi tan atractivo para ella como su fortuna lo había sido para él. Pero, ¡ay!, no había podido seguir el ritmo de vida de Bella y había fallecido antes de que ni siquiera una pitillera de platino cambiara de manos, dejando a Bella convertida en *marchesa*, la señora de aquel húmedo *palazzo* y más rica incluso que cuando se marchó de Buffalo. A esas alturas, Bella Shuttleworth era más veneciana que los dux. Hablaba tanto italiano como veneciano con una procaz fluidez que habría horrorizado a la directora del colegio de la señorita Rushaway. Más bien rolliza y vulgar, se había convertido en una mofletuda mujer de mediana edad con el pelo del color y la consistencia del algodón de azúcar, y todos sus vestidos eran de un color azul que oscilaba entre el de un huevo de petirrojo y un gorrito de bebé. Aunque a primera vista —e incluso a segunda— Bella parecía una especie de cocinera preparada para emprender una expedición a Irlanda, era alegre e ingeniosa y causaba sensación en la sociedad veneciana. La tía Mame no podría haber encontrado una madrina mejor para guiarla por los oscuros canales de Venecia.

Y así la tía Mame se instaló felizmente en el torbellino social un tanto alocado que giraba en torno a Bella. Cada mañana los gondoleros rosa y los azules partían como una vistosa flotilla a buscar vestidos nuevos en Capellini o a almorzar en la taberna La Fenice o incluso al Lido, donde Bella exhibía sin complejos su oronda figura embutida en un bañador azul con flecos y muchas perlas y diamantes. Al cabo de una semana, la tía Mame era el alma de una especie de alta sociedad internacional compuesta por nobles, artistas, escritores y diletantes ricos, a quienes les encantaba ser agasajados en el húmedo comedor de la tía Mame y corresponder en sus no menos húmedas casas y apartamentos.

Y lo mejor fue que la tía Mame encontró no uno sino dos pretendientes interesantes. Ambos eran altos, apuestos, solteros y ricos. Como es natural, la tía Mame temía dar con otro cazadotes, pero Bella, que conocía hasta la última lira los ingresos de todos y cada uno de los venecianos, pudo tranquilizarla sobre los dos. Uno era un príncipe italiano, guapo y moreno, llamado Marcantonio della Cetera. El otro contendiente por la mano de nuestra chica era un rubio vikingo sueco llamado Alex Falk. Entre los dos, la tía Mame apenas tenía un minuto libre, aunque tampoco quería tenerlo. Yo noté que el corazón roto de la tía Mame empezaba a recomponerse. De hecho, estaba tan poco apesadumbrada que se volcó en cuerpo y alma en la preparación de una gran fiesta que pensaba celebrar en plena temporada.

La tía Mame y Bella acordaron dar la fiesta juntas y se dispusieron a resolver problemas tan peliagudos como: 1) qué tipo de fiesta darían; 2) quiénes serían los quinientos afortunados a quienes invitarían; y 3) en qué casa se celebraría.

Los planes definitivos se gestaron en el balcón de Bella una tarde calurosa mientras las personas con más sentido común dormían la siesta con las persianas echadas. Yo me despecé sudoroso en mi silla y traté de leer *La muerte en Venecia* mientras la tía Mame y su antigua compañera de colegio concretaban los últimos detalles y bebían mucha más ginebra de lo que parecía sensato. Con aquel calor tan sofocante y las discusiones de las dos damas resonando en mis oídos, apenas me enteré de lo que leía. De lo que sí me enteré, aunque sufrí un leve golpe de calor, fue de que iban a celebrar un baile de época y de que, después de muchas discusiones, habían decidido que la época en cuestión fuese el Renacimiento. Los disfraces no serían ni del color rosa de Mame ni del azul de Bella, sino blanco y negro. Bella afirmó que así se facilitarían la tarea de los fotógrafos de *Life*, porque sin duda *Life* querría cubrir la fiesta. Habría fuegos artificiales en tonos rosa y azul, y echaron a suertes en qué casa celebrarían el baile. Ganó la tía Mame.

La lista de invitados fue un problema considerable. La tía Mame dijo:

—Nada de fascistas, querida, ni uno solo.

Y Bella respondió:

—Por el amor de Dios, querida, ¡éste es un país fascista!

A lo que la tía Mame replicó que si Bella invitaba a un montón de fascistas ella invitaría a unos cuantos etíopes.

Bella dijo:

—Eso fue el año pasado, querida. Pero adelante, invita a todos los etíopes que quieras.

La tía Mame no conocía a ninguno. Después elaboraron la lista con un espíritu de compromiso amistoso. La tía Mame dijo que no podía invitar al conde y la condesa Ciano por motivos políticos. Sin embargo, decidió que no había nada malo en invitar a la anciana pelirroja que había sido amante del depuesto káiser Guillermo, porque el káiser estaba medio muerto —igual que la amante— y no suponía ninguna amenaza internacional inmediata. No es de extrañar que no pudiera concentrarme para leer.

Cuando las chicas consiguieron resolver sus problemas, el sol se había convertido en una enorme bola roja en el horizonte y la ginebra en una triste gotita en el fondo de la botella. El crepúsculo nos sorprendió mientras ayudaba a Bella a ir a su dormitorio y a la tía Mame a subir a su góndola.

Pero ese día todavía iban a pasar muchas cosas. La góndola apenas había rozado los musgosos escalones de la casa cuando un criado corrió nervioso a nuestro encuentro gritando:

—¡*Signora* Burnside, venga deprisa, ha venido el señor Burnside!

La tía Mame se llevó la mano al corazón y dijo:

—¿El... el señor Burnside? —Luego se dominó y añadió—: Es imposible.

Aun así, se quedó tan pálida e impresionada que tuve que ayudarla a bajar de la góndola.

El marido de la tía Mame, Beauregard Jackson Pickett Burnside, llevaba muerto

tres años y, puesto que yo había visto sus restos mortales —si ésa es la expresión correcta—, y presenciado cómo enterraban el enorme ataúd del tío Beau en la tierra roja de Peckerwood, su plantación de Georgia, no tenía la menor duda de que estaba tan muerto como mi abuela. No obstante, cuando entramos en la casa no estuve tan seguro.

En el interior, la *loggia* estaba oscura y vacía.

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó la tía Mame.

Y una voz, idéntica a la del tío Beau, respondió:

—¿Mame? Mame, querida, estoy aquí.

Alcé la vista hacia los falsos frescos del Veronese llenos de trampantojos que representaban a personas apoyadas en balaustradas tanto genuinas como pintadas y vi a un tío Beau de carne y hueso. La tía Mame también lo vio.

—¿Be... Beau? —dijo.

Las rodillas le temblaban y se había puesto del color del alabastro.

—Pues claro que no soy Beau, Mame, querida —dijo el hombre que se parecía al tío Beau—. Beau está muerto. Soy el primo Elmore.

—¡Ah! —exclamó la tía Mame recobrando en parte el dominio de sí misma—. Baja, por favor.

Pasamos a uno de los salones que había al lado de la *loggia*, y la tía Mame se sirvió una copa llena hasta el borde y casi la apuró antes de que Elmore Burnside hiciera su entrada. El parecido entre Elmore Jefferson Davis Burnside y Beauregard Jackson Pickett Burnside era sorprendente, pero sólo desde la distancia. De cerca, las diferencias eran igual de notables y siempre me dio la sensación de que, por desasosegante que pudiera ser el parecido, el primo Elmore era sólo una imitación barata del tío Beau producida para complacer a un público menos exigente.

El tío Beau había sido el mejor de los Burnside. Sé que eso no es decir demasiado, teniendo en cuenta cómo era el resto de su horrible familia y lo mal que se habían portado con la tía Mame cuando el tío Beau se casó con ella. Pero ahora, con el tío Beau muerto y enterrado, todos debían a la tía Mame hasta el último centavo que tenían. Una persona menos generosa y compasiva —la palabra *piadosa* acude a mi imaginación, pero la descarto— habría dejado que se pudrieran en el hospicio del condado, que era demasiado bueno para casi todos los Burnside. Pero la tía Mame no. Como única heredera del tío Beau, había hecho generosas donaciones a todos los miembros de la familia e incluso mantenía a esa arpía flatulenta de su madre mientras nadaba en laxantes y lujos en Peckerwood. Por un acuerdo tácito, la tía Mame y su familia política se mantenían cada uno a un lado de la famosa línea Mason-Dixon, y sólo se relacionaban en Navidad, cuando les escribía a todos ellos una chabacana felicitación y les enviaba un abultado cheque. Sin embargo, el primo Elmore era uno de los Burnside a quien todavía no conocíamos y ocupaba una posición única en tan distinguida familia, pues era el único de los cien miembros de ésta que se ganaba la vida trabajando y no estaba en la nómina familiar.

Yo sabía que en realidad la tía Mame no había superado la muerte del tío Beau a pesar de todos sus flirteos desde que se quedó viuda, y también que, si el parecido entre Beauregard Burnside y Elmore Burnside me había sorprendido incluso a mí, a ella, que hasta cuando estaba sobria era corta de vista y demasiado coqueta para llevar gafas a menos que hubiese algo interesante que ver, debía de haberla dejado sin habla.

Sin embargo, pasada la sorpresa inicial, las diferencias se hicieron cada vez más evidentes, al menos para mí. El primo Elmore era casi tan alto como el tío Beau, pero Beau era lo que suele llamarse un hombre fuerte, mientras que Elmore era gordo y en él la grasa sustituía al músculo. Como es natural, Beauregard hablaba con un leve acento sureño, pero se las arreglaba para disimularlo. En cambio, el primo Elmore tenía un acento tan marcado que parecía una parodia de los negros del Sur. El tío Beau había sido un genio de las finanzas, pero jamás hablaba de dinero ni de negocios. El primo Elmore rara vez hablaba de otra cosa que de sexo. Lo primero que dijo después de besar sonoramente a la tía Mame fue: «Soy viajante de ropa interior femenina», una desasosegante observación que hizo que en el acto me fijara en el cuello abierto de su camisa deportiva para ver si distinguía una camisola de encaje asomando entre el vello, y las piñas y las bailarinas hawaianas de su camisa.

Y eso me lleva a la cuestión de la vestimenta. El tío Beau siempre iba de punta en blanco, no porque fuera millonario, sino porque era multimillonario en cuestión de gusto. Era uno de esos hombres que parecería impecablemente vestido incluso con una hoja de parra. No ocurría lo mismo con el primo Elmore. A Elmore Burnside le gustaba la ropa arrugada, le apasionaban los estampados y le enloquecían los colores chillones. Le encantaban el color verde esmeralda, el tweed azul eléctrico, el marrón chocolate, el ciruela damascena y el gris perla. Sus camisas tenían marcas con nombres muy viriles, como Cowboy Casual, Rogue, Buccaneer, He-Man, Haberdashery y Sir Sportsman, pero eran de tonos amariconados —cuantos más mejor— y con espantosos y llamativos estampados, y por si fuera poco las llevaba por fuera de los pantalones como si ocultase un incipiente embarazo.

Algunas noches, cuando me cuesta trabajo dormir, me sorprende a mí mismo recordando el numeroso guardarropa del primo Elmore e intentando escoger qué prenda me impresionó —o deprimió— más. Por ejemplo, los zapatos. Tenía docenas, pues a menudo confesaba —sin que nadie le presionara lo más mínimo— tener problemas de pies. Los zapatos también tenían nombres muy masculinos, como Lothario Loafer, Bronco Brogue, Robin Hood, Kadet Kasual y Señor Metatarso, pero luego todos chirriaban como *castrati*. Elmore tenía preferencia por dos —o incluso tres— tonos de gamuza gris, rejilla y paja trenzada, con la punta redondeada o puntiaguda y más agujeros y perforaciones por centímetro cuadrado de lo que parecía posible. No obstante, sus calcetines siempre eran blancos.

¿O serían sus joyas? Le apasionaban los gemelos con rubíes y zafiros de imitación —de «irritación», los llamaba él haciendo gala de su chispeante ingenio—,

pedazos de oro falso grabados a máquina, plata labrada e intrincado cristal. En sus dedos y sus solapas siempre brillaba un impresionante surtido de anillos y emblemas, todos intercambiables, porque Elmore se apuntaba a cualquier cosa y no tenía dedos suficientes para exhibir el botín de las diversas asociaciones a las que pertenecía. Ninguna de sus corbatas estaba completa sin un palo de golf, una bola número ocho, una calavera con dos tibias cruzadas o un terrier escocés brutalmente colgado de una cadena con eslabones de plata que la sostuvieran en su sitio. Como es natural, también estaba a la última en cuestión de llaveros, encendedores, pitilleras de recuerdo, plumas estilográficas y lápices automáticos.

Otras veces creo que debieron de ser sus sombreros. Era una de esas personas incapaces de invadir un territorio extranjero sin adoptar en el acto los tocados nativos. Por ese motivo tenía —y llevaba— un sombrero Stetson de ala ancha, una boina azul, un salacot de corcho, una gorra de cricket, un sombrero de gondolero, un sombrero verde de tirolés con pluma incluida, un enorme sombrero panamá, supuestamente fabricado bajo el agua (donde, desde luego, debería haberse quedado) y toda una colección de sombreros menos llamativos de fieltro para combinar —o contrastar— con sus coloridos trajes.

En fin, no sé qué podría decir sobre la ropa del primo Elmore para hacerle verdadera justicia. En pocas palabras: era posible venderle cualquier prenda con sólo decirle que nadie en la ciudad tenía nada parecido.

Pero el primo Elmore, por más que se regodeara en su esplendor sartorial, no se tenía tanto por un Beau Brummel como por un nuevo Samuel Johnson. Su característica más insufrible era su sentido del humor. Y con eso no quiero decir que lo tuviera. Carecía totalmente de él, por más que creyera ser desternillante y estuviese dispuesto a batirse en duelo con cualquiera que se atreviera a sugerir lo contrario. Lo cierto era que el primo Elmore recordaba a la perfección todos los chistes que había oído en el programa de radio de Joe Penner, en las despedidas de soltero de la universidad, en los compartimentos de fumadores de los trenes o en la Primera Guerra Mundial. Lo que no parecía tener en cuenta era que todo el mundo los recordaba y que muy pocos de ellos eran verdaderamente graciosos.

El retruécano era el instrumento de tortura más apreciado por el primo Elmore, y jamás dejaba pasar la oportunidad de inocular una de sus infumables respuestas. Durante su estancia en Venecia, aparentemente interminable, le presentaron en tres ocasiones a chicas llamadas Virginia y las tres veces dijo: «¿Virgen? ¡Creía que ya no quedaban! ¡Ja, ja, ja, ja!». Cuando, gracias a Dios, se despedía por fin de ti, siempre decía: «¡Hasta más be-ber! ¡Ja, ja, ja, ja!». En las fiestas, exclamaba invariablemente: «¡Olvidémonos de los *maridos!*» (y les guiñaba un ojo a las mujeres que se llamaban Mary), o decía «¡Qué cosa tan *sabrosa!*» (y se lo guiñaba a las que se llamaban Rosa), «¡Ja, ja, ja, ja!». No sé si me explico, pero era absolutamente insoportable.

Por desgracia, con el sol, la ginebra y la impresión, la tía Mame no veía las cosas con demasiada claridad aquella tarde.

—Es..., es increíble —dijo apurando imprudentemente la bebida y pestañeando como un búho a través de la oscuridad en dirección al primo Elmore—. Es como si el propio Beauregard hubiese entrado en la sala.

—¿Es que te has vuelto loca? —murmuré.

—Siempre quise mucho al primo Beauregard, Mamie —dijo Elmore.

—Oh, debes pensar que soy una maleducada —dijo la tía Mame—. Permíteme ofrecerte una copa. Yo también tomaré otra. Patrick, sé bueno y haz los honores.

Y con esas palabras se desplomó en un sofá. Todavía hoy ignoro si por la emoción o por el alcohol.

—¿Tomará usted whisky o ginebra? —pregunté.

—No habrá en la casa un sorbito de bourbon, ¿verdad, muchacho?

—Me temo que en Italia no es fácil conseguir bourbon —dije—. Pero tenemos whisky escocés.

—¡Ah! —exclamó el primo Elmore mirando la botella—. Vat 69. Siempre pensé que era el número de teléfono del papa. ¡Ja, ja, ja, ja!

Yo había oído ese chiste por primera vez en 1933, el día que abolieron la Prohibición, pero hice un varonil esfuerzo por sonreír. La tía Mame soltó una risita inane.

—¿Whisky entonces? —pregunté.

—Eso es, hijo, whisky y un poco de agua. Pero no mucha, que se oxidan las tuberías. ¡Ja, ja, ja, ja!

Preparé una bebida muy cargada para el primo Elmore con la esperanza de que se callara; una muy suave para la tía Mame, y otra normal para mí. La necesitaba. Pero la dejé después del primer sorbo cuando oí a la tía Mame decir:

—Por supuesto, Beau..., quiero decir, primo Elmore, te quedarás a cenar con nosotros.

—Caramba, prima Mamie, me encantaría.

Contemplé levemente horrorizado a la tía Mame mientras atravesaba la sala tambaleándose con el vaso vacío en la mano.

—Tomaré sólo una más. Y esta vez me la prepararé yo misma —dijo en tono ominoso. Luego se volvió hacia Elmore Burnside—: Deja que te sirva otra, cariñ..., ejem, primo Elmore.

—Así se habla, Mamie. Un pato no puede volar sólo con un ala. ¡Ja, ja, ja, ja!

Estaban al lado de la licorera sirviéndose algo que parecía jarabe para la tos cuando la tía Mame reparó por primera vez en la camisa deportiva con bailarinas hawaianas.

—Qué blusa tan divina. ¿Es de Hawái?

—No, ¡es mía! ¡Ja, ja, ja, ja! —dijo, y le propinó a la tía Mame una palmada en el trasero que estuvo a punto de tirarla al suelo.

—¡Oh, qué gracioso! ¡Eres la monda, Elmore!

—¡Eso mismo le dijo la actriz al obispo! ¡Ja, ja, ja, ja!

La tía Mame se estaba partiendo de risa. Yo me excusé porque me entraron ganas de vomitar. Cuando volví, los encontré otra vez al lado de la licorera, y el primo Elmore estaba diciendo: «¡Un ciempiés no puede andar sólo con dos patas! ¡Ja, ja, ja, ja!». Por el aspecto de la tía Mame, no creí que pudiera llegar al comedor ni siquiera a cuatro patas, aunque respondió radiante y ruborizada:

—¡Oh, Elmore, hacía años que no me reía tanto!

Por fin anunciaron la cena.

La tía Mame y el primo Elmore fueron al comedor haciendo eses y cogidos del brazo. De camino pasaron al lado del retrato genuino de Bronzino, en el que una lámpara torcida iluminaba el rostro lívido del joven.

—¿Quién es esa italiana tan guapa? —preguntó el primo Elmore.

—Es un italiano guapo —respondí en tono desagradable.

—Pues está sentado sobre el único sitio por el que podríamos distinguirlo. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Oh, Elmore, eres terrible!

—¿Terrible? —murmuré.

—Es un retrato de Bronzino. Uno de los grandes maestros antiguos —dijo la tía Mame con una risita.

—Bueno, pues tú quédate con los maestros antiguos y déjame a mí las maestras jovencitas. ¡Ja, ja, ja, ja!

Los dos encontraron tan graciosa la ocurrencia que apenas se tenían en pie de tanto reír.

La cena fue una pesadilla. La tía Mame se sentó entre nosotros con los ojos vidriosos y Elmore contó una de sus historias favoritas: un chiste que oíríamos muchas veces en el futuro y que terminaba: «¡Ah, qué suerte, tú siempre en el medio, como el jueves! ¡Ja, ja, ja, ja!». Describió las alubias frías de los entrantes como «una partitura musical», un chascarrillo que ya era popular en los internados en 1888. Hasta entonces me había esforzado con lúgubre educación por soltar una risa fingida después de cada broma del primo Elmore, pero cuando empezamos a cenar ya no me quedaban fuerzas para seguir haciéndolo. Descubrí que ni siquiera era necesario sonreír. El mismo primo Elmore era su mejor público, estallaba en carcajadas y ni siquiera reparaba en si a alguien le había hecho gracia o no.

A esas alturas la tía Mame estaba en estado catatónico y se limitaba a reírse como una tonta y, entre plato y plato, pidió dos botellas más de vino. Supongo que cualquier tipo de anestesia era de ayuda.

¡Menudo elemento, el primo Elmore! Cuando sirvieron el pescado, preguntó:

—Esto está muy bueno, querida. ¿Qué es?

—Es..., ejem, es..., qué demonios, querido, *baccalà* Mario.

Mario era el cocinero que habíamos alquilado con la casa. Él mismo ponía

nombre a los platos.

—Me encanta, y ¿qué estás comiendo tú?

—Albóndigas de pescado —susurré.

—¡Las criadillas del pescado! ¡Ja, ja, ja, ja!

Yo había oído aquel chiste todos los viernes en el colegio durante siete años, y la tía Mame probablemente lo hubiera oído diecisiete años antes. Aun así estalló en carcajadas y se atragantó con el vino.

—¡Oh, Elmore, querido! ¡Eres desternillante! Clavadito al bueno de Beau. Dime —dijo con los ojos brillantes, aunque no los enfocara demasiado bien—, ¿dónde te alojas?

—En no sé qué cuchitril italiano. Espera, querida, lo llevo escrito aquí.

—No te quedarás allí ni un día más. Tienes que venir a vivir con nosotros... ¡Ay!

Le di una patada tan fuerte por debajo de la mesa que estuvo más de tres días cojeando.

Debería haberle golpeado en la cabeza y con más fuerza, porque siguió insistiendo en que el primo Elmore debía mudarse y pasar con nosotros todo el verano. Luego, con una fluidez que jamás habría tenido estando sobria, dio instrucciones para que recogieran el equipaje del señor Burnside con la góndola y lo llevaran al *palazzo precipitevolissimevolmente*. (Es la palabra más larga que hay en italiano y significa «deprisa»).

En ese momento sirvieron la ensalada, y el primo Elmore resplandeció triunfante y dijo:

—Mi ensalada favorita es la ensalada de luna de miel. ¿Sabes cuál es, querida? ¡Una jovencita fresca como una lechuga y sin condimentos! ¡Ja, ja, ja, ja!

La tía Mame se retorció de risa en la silla.

—¡Ay, Beau, cariño! —exclamó.

Yo pensé lúgubrementemente que sólo quedaba un plato y luego podría escapar de aquel chistoso tan rancio y de su compinche. Qué equivocado estaba.

De postre comimos higos frescos. El primo Elmore recurrió entonces a la única palabra en italiano que se había molestado en aprender.

—*Figghi, figghi!* ¡Ja, ja, ja, ja!

La tía Mame no lo entendió. Se rió por pura costumbre. En cambio, a nuestro anciano criado la broma no le pasó desapercibida. Soltó la bandeja y corrió a la cocina *precipitevolissimevolmente*.

—¿Tomarás café? —dijo la tía Mame con una dulce y afectada sonrisa.

—¿Un café solo? No, querida. Solo no. ¡Prefiero tomarlo en buena compañía! ¡Ja, ja, ja, ja!

La tía Mame se puso en pie y dijo con la lengua de trapo:

—Patrick, asegúrate de que Beauregard, quiero decir Elmore, toma un poquito de coñac. Voy a ponerme algo más cómodo.

Y con esas palabras se fue haciendo eses y me dejó a solas con Elmore Burnside,

aquel gran humorista representante de ropa interior femenina.

—¿Qué quiere usted tomar? —pregunté con la mayor educación posible.

—¿Qué me sugieres, chico?

—¿Un poco de curare sin hielo? —dije con una amable sonrisa.

—No, nada de bebidas locales. Tomaré un poco de coñac y luego podemos sentarnos un rato. Tengo un montón de chistes que contarte. Cosas de hombres. No serían apropiados en presencia de mujeres.

Serví dos copas de coñac: una para Elmore y la otra como autodefensa.

Los chistes masculinos de Elmore eran, aunque parezca increíble, aún más viejos que los que iban sobre la coeducación y todavía menos divertidos.

—Avisa si te lo sabes —dijo—. Esto es un bizco que sube a un taxi y ve...

—Me lo sé —dije.

Aun así, el primo Elmore terminó de contar el chiste.

—En fin, chico, avisa si has oído este otro. Un escocés que padece de estreñimiento entra una farmacia y dice...

—Me lo sé —dije. Imparable, prosiguió hasta alcanzar su propio orgasmo de carcajadas que casi rompe las copas de la mesa del comedor. No me habría importado volver a oír aquellos chistes tan rancios si al menos Elmore los hubiese contado con gracia. Pero no. Siempre se olvidaba de algo y tenía que volver atrás o interrumpirse para aclarar: «¡Ah, debería haberte dicho que se trataba de una prostituta mulata. En cualquier caso...!».

La cabeza me daba vueltas cuando la tía Mame nos llamó: «Vamos, chicos, me aburro aquí sola», y me rescató de las atenciones de aquel plomo.

La encontramos tumbada en el sofá bebiendo champán, aunque estaba tan beoda que apenas podía sostener la copa. Eso sí, parecía muy cómoda envuelta en gasa ribeteada de plumas de *coq* que no hacían más que metérsele en la bebida, los ojos, la nariz y la boca.

—Siéntate a mi lado —dijo dando unas palmaditas en el sofá con aire seductor.

Casi me rompo una pierna para llegar allí antes que el primo Elmore.

—¡Hola, querida! —bramó el primo Elmore. Estaba borracho como una cuba, pero sin duda demostraba más dignidad que la tía Mame, aunque ella había empezado a beber antes.

—Patrick, cariño —dijo la tía Mame alcanzándole una copa de champán al primo Elmore—, debes de estar agotado. ¿Por qué no te vas a la cama?

—¿Quién, yo? —exclamé con los ojos abiertos como platos—. Tonterías. Son sólo las dos y media. Me lo estoy pasando en grande. Esto es la monda.

No habría dejado a la tía Mame en aquel estado con aquel viejo chivo ni por un millón de dólares en metálico.

—No te preocupes por nosotros, muchacho —dijo Elmore—. Entre nosotros todo es estrictamente platónico..., ¡yo me quedo con la plata y ella con la tónica! ¡Ja, ja, ja, ja!

Eso dio pie a dos horas de recitado de chistes rancios que Elmore describió como «ligeramente picantes» y de chascarrillos tan antiguos que la tía Mame no habría admitido conocerlos ni aunque la hubiesen puesto en el potro de tortura. En vez de eso, sonrió con dulzura, hizo unos cuantos mohines y por fin se durmió suspirando: «Beauregard, Beau, cariño».

A eso de las cinco, le di un codazo y se despertó con un ronquido.

—¡Cielos, qué tarde se ha hecho! He dicho que dejen tus cosas en la habitación que hay enfrente de la mía, primo Elmore. Llama al timbre cuando quieras el desayuno. ¿Qué sueles tomar?

—¿Yo? Caramba, querida, a mí lo que me gusta es un desayuno francés. ¿Sabes lo que es, querida? ¡Desayunar en la cama con un bomboncito! ¡Ja, ja, ja, ja!

No lo soporté ni un minuto más.

—Te acompañaré arriba, tía Mame —dije. Luego subrayé—: Recuerda que tienes que despertarte temprano.

—Ah, sí —suspiró la tía Mame levantándose con torpeza—. Me levanto con las gallinas.

—Es lo que siempre digo, Mamie. ¡Hay que levantarse con las gallinas y acostarse con cualquiera! ¡Ja, ja, ja, ja!

Tiré de la tía Mame y prácticamente la subí a patadas por las escaleras. La metí en su dormitorio y cerré la puerta con llave por fuera. Luego fui a mi cuarto y engullí media docena de aspirinas. Cuando estaba a punto de dormirme, oí al primo Elmore que tarareaba la popularísima «Roll me over in the clover» en el cuarto de al lado.

Sabía exactamente cómo se sentiría la tía Mame a la mañana siguiente y planeé sádicamente un ataque sorpresa a su dormitorio a las diez en punto. No obstante, antes de que sonara el despertador me despertaron los golpes frenéticos que daba la tía Mame en su puerta y sus débiles gritos de «¡Patrick, Patrick!».

—¿Qué te pasa ahora? —pregunté abriendo la puerta—. ¿Es que tienes *delirium tremens*?

—¡Oh, Patrick, gracias a Dios que has venido! Ha sido horrible. Ya sé que soy una tonta por ponerme así... Sé que ha sido sólo una pesadilla..., pero ese hombre tan horrible apareció..., no sé..., con un grotesco disfraz en mi balcón llamándome no sé...

—¿Mamie?

—Exacto, cariño, ¿cómo lo has sabido? En fin, ha sido horrible. Me refiero a que estaba ahí hablando con ese acento sureño de Georgia. Casi parecía un Burnside.

—Como que lo era —dije sin perder la compostura.

La sombra de un vago recuerdo hizo que su rostro adoptara una expresión horrorizada.

—Pa... Patrick —empezó valientemente—, sabes que cuando volvimos de casa

de Bella me sentía un poco confusa...

—No me cabe duda —respondí.

—No sé qué me pasó...

—Yo sí. Fue la ginebra. La ginebra y el Vat 69, el número de teléfono del papa, ¡ja, ja, ja, ja! Y las tres botellas de vino de la cena y luego...

—Patrick, fueron el sol y...

—Y un cuerno el sol. Di más bien el claro de luna. La luna y el primo Elmore. ¿O es que no recuerdas a Elmore Burnside, el primo del tío Beau?

—¡Oh, Patrick! Espero que no se haya presentado aquí uno de los parientes de Beau y se haya llevado la impresión de que...

—Me temo que sí.

—Me refiero a que espero que no se haya ido pensando que...

—Por eso puedes estar tranquila. No se ha ido a ninguna parte. Se ha mudado a la habitación de enfrente..., para quedarse. Le has invitado a pasar aquí todo el verano.

De pronto se abrió la puerta del dormitorio y apareció el primo Elmore con una pinta infame, con su camisa deportiva de malla color lavanda a través de la cual leí «Madre» tatuado en el brazo derecho y «KKK» en el izquierdo.

—¡Eh, *signorina* Mamie! Aquí está tu viejo primo. ¡Maquiavelo, Maquiavelo, *chop suey*! ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Qué tal un paseíto en góndola, Mamie?

—¿Éste es el primo Elmore? —susurró con voz ronca la tía Mame.

—Sí —respondí.

—Patrick —gritó con la voz rota la tía Mame—, ¡llama a Bella!

Bella, la amiga de la tía Mame, se crecía ante las dificultades. Acababa de arreglármelas para meter a empujones en la góndola al chistosísimo primo Elmore y de dar instrucciones en italiano macarrónico para que lo llevaran a dar un larguísimo paseo cuando los barqueros azules de Bella llegaron a toda pastilla por el canal llevando a la marquesa que estaba tan esplendorosa como el luchador de lucha libre Gorgeous George disfrazado de Lohengrin.

La tía Mame estaba esperando tendida en la cama con una toalla fría sobre la frente.

—Vamos, querida —dijo Bella en tono prosaico—, empieza por el principio y cuéntamelo todo. Ve al grano. Y no le echés teatro.

—Verás, Bella —gimoteó la tía Mame—, el problema está en que no lo recuerdo. El sol...

—Yo sí lo recuerdo —dije.

—Muy bien, chico —respondió Bella—, pues cuéntamelo tú. Y no te dejes nada.

—Será un placer —respondí. Y empecé—: En fin, por lo visto el tal primo Elmore se parece mucho al tío Beau. Al menos la tía Mame parecía pensar que...

—¡Serás mentiroso, debería lavarte la boca con jabón! —exclamó sentándose la

tía Mame—. No se parece en nada a...

—Calla, querida —dijo Bella—. Patrick recuerda lo que ocurrió. Tú no. Vamos, chico.

Aproveché la oportunidad y se lo conté todo intercalando, aquí y allá, algunas imitaciones demoledoras de la tía Mame y el primo Elmore. Debí de hacerlo muy bien, porque los torvos gemidos de la tía Mame y la risita malévola de Bella interrumpieron varias veces mi monólogo.

—Y así —dije concluyendo a regañadientes—, gracias a la generosa invitación de la tía Mame, el primo Elmore se ha instalado en nuestra casa (dos baúles y tres bolsas) para pasar aquí todo el verano. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ohhh! —balbució la tía Mame—. Fue el sol. Una insolación.

—No —respondí con firmeza—. Cuando nos fuimos de casa de Bella, ya estabas como una cuba.

—Eso es —dijo la tía Mame volviendo a sentarse—. Fue esa ginebra tuya. ¡Esa ginebra barata es puro matarratas, Bella Shuttleworth!

—¡Mame Dennis, eres una condenada mentirosa! —En los momentos de emoción, las chicas siempre recurrían a sus apellidos de soltera—. Era ginebra inglesa de la mejor calidad..., importada de Londres. Y si es buena para Neville Chamberlain, también lo es para ti, querida. Pero ésa no es la cuestión. El problema ahora es cómo librarnos de ese pesado.

—Exacto, querida, tienes que salvarme de él —dijo la tía Mame desplomándose otra vez en la cama.

El resto de la mañana lo pasamos poniéndole compresas frías a la tía Mame en la cabeza, ultimando los detalles del baile del Renacimiento y cavilando el modo de librarnos del primo Elmore.

A mediodía la tía Mame pudo vestirse para comer; era una comida muy importante, pues estaban invitados sus dos pretendientes. Ambos llegaron puntualmente a la una y la tía Mame, muy pálida y haciéndose la interesante, los animó a tomar un cóctel con Bella mientras ella bebía Fernet-Branca y aludía entre murmullos a una leve indisposición. Para completar la lista de invitados, la tía Mame había invitado a un famoso rabino alemán, a un cardenal francés y a una poetisa griega de quien se decía que era de lo mejorcito después de Safo. Sirvieron la comida en el *cortile* y casi todo fue de color rosa: los manteles, el *prosciutto* y el vino. La tía Mame estaba pálida y apenas probó la comida, pero su rostro se volvió de color ceniza cuando, en mitad de una brillante conversación sobre Jean Cocteau, alzó la mirada y vio al primo Elmore acercándose con su camisa deportiva de malla color lavanda y unas sandalias de color sangre de toro que chirriaban a cada paso.

—No tiene mala pinta —dijo acercando una silla al lado de la tía Mame—. ¡Ja, ja, ja, ja!

La conversación sobre Jean Cocteau se interrumpió en el acto.

Sin embargo, Elmore Burnside se sentía cómodo con cualquiera y siempre tenía

algo ingenioso que decir. Al cabo de cinco minutos se las había arreglado para insultar indirectamente a todos los comensales. Obsequió a Alex y Marcantonio, los dos pretendientes de la tía Mame, con una larga historia en dialecto sobre un italiano y un sueco a quienes habían sorprendido en un baño turco. De los cincuenta mil chistes viejos de Elmore, al menos cuarenta y nueve mil dependían por entero de las circunstancias más improbables. De propina me habló de Izzy y Paddy Paddy, una larguísima historia sobre arenques, jamón, circuncisiones y cuentas de rosario, y con eso deleitó al rabino y al cardenal. Me alivió un poco descubrir que, gracias a su desconocimiento (y al de Elmore) del inglés, no lo habían entendido. Pero mi gozo en un pozo: Elmore volvió a la carga y les explicó aquel chiste sórdido con una profusión de alusiones religiosas. La tía Mame pasó de estar pálida a adoptar una delicada tonalidad verdosa.

Otro rasgo del simpático sentido del humor del primo Elmore era su afición a las bromas. Ni muerto lo habrían sorprendido sin su nariz de pega, sus polvos picapica, su placa de inspector de pollos y su bastón eléctrico. Le encantaban los botones que salpicaban agua, las cucarachas de goma que deslizaba en las tazas de café y los cagadas de perro falsas. Una de sus bromas preferidas era una sucia burbuja de cristal que se metía en la nariz antes de sonarse; cuando apartaba el pañuelo la imagen habría hecho que a cualquiera le temblaran las piernas.

—Creo que he pescado un resfriado —dijo el primo Elmore desdoblado con cuidado el pañuelo. Luego se sonó y dejó que la burbuja de cristal asomara de forma espantosa por el orificio nasal derecho. A mí se me revolvió el estómago, pero la tía Mame salvó el tipo. Se levantó tambaleándose de la mesa y se desmayó allí mismo. No puede decirse que aquella comida fuese un gran éxito.

Una semana más tarde, la tía Mame estaba desesperada. Había perdido cinco kilos y veinte amigos y el primo Elmore seguía pegado a ella como si los hubiesen unido con cola. Todos los ardides ideados por ella y por Bella fracasaron; incluso el cable falso de la Compañía de Sujetadores Belle Poitrine («Llene usted misma las copas») de Buffalo —de la que Bella controlaba la mayor parte de las acciones—, ofreciéndole la dirección de ventas con un salario de cincuenta mil al año, lo había dejado curiosamente impasible e indiferente.

A la tía Mame el primo Elmore no le gustaba ni un pelo, pero cometió el error de tomarlo por un palurdo con buenas intenciones que además era el tipo más aburrido del mundo. Era palurdo y era aburrido, pero nadie que conociera de verdad al primo Elmore habría podido decir de él que tenía buenas intenciones. Detrás de su fachada aparentemente cordial, detrás de sus infinitas protestas de ser sólo un chico de pueblo, Elmore era falso, malvado, fanático, ignorante y muy, muy cruel. En las muchas ocasiones en que me quedé a solas con él y se sintió libre para dejar de lado la dudosa delicadeza que fingía en presencia de las mujeres, me obsequió con los alegres

recuerdos de un linchamiento en el que había participado en Carolina del Sur; de una ocasión en que había rociado a un gato con queroseno y le había pegado fuego, y de otra en que le había endosado a un vendedor judío una remesa de cinturones defectuosos y luego lo había denunciado a la Cámara de Comercio por vender productos de mala calidad. Al ver que no me reía, me acusó de no tener sentido del humor.

—¡Bueno, yo me rindo! —nos dijo la tía Mame a Bella y a mí en una de las raras ocasiones en que el primo Elmore no estaba por allí—. Ese animal me persigue como una sombra. Casi no puedo darme ni un baño sin que el muy pesado aparezca nadando por el desagüe. Aparte del suicidio, no se me ocurre ningún modo de librarme de él.

—También está el asesinato —sugirió Bella.

—No creas que no lo he pensado. Imagina que puedo escoger entre dos de los hombres más atractivos de Europa y ¿qué ocurre? Cada vez que Axel o Marcantonio me invitan a salir, el primo Elmore se ofrece a acompañarnos y empieza a contar esos chistes horribles...

—Bueno, me alegro de que te hayas dado cuenta, querida —gruñó Bella—, porque así no te sorprenderá que te diga que, si no consigues librarte de él, tu vida social en Venecia estará sencillamente acabada.

El teléfono sonó, como para corroborar la siniestra profecía de Bella. Era Axel Falk para pedirle que lo disculpara por no ir pasar la tarde en el Lido con ella tal como habían planeado. Sin saber exactamente qué, comprendí que había que hacer algo.

La tía Mame decidió pasar la tarde en Capellini bajo la atenta mirada de Antonietta, dando los últimos retoques al vestido que pensaba llevar en el baile. El primo Elmore había organizado ya un escándalo en Capellini al ponerse uno de los sombreros de la tía Mame y dedicarse a entrar y salir de los probadores haciendo lo que según él era una descacharrante imitación de una mujer, así que lo cogí del brazo y lo arrastré a la Piazza San Marco a tomar unas cervezas. Estaba tan en forma como siempre, y se dedicó a llamar *Pepito de Lomo* a Giuseppe, el camarero, y a hacer divertidísimas bromas sobre la vida que llevaría un perro dogo en el palacio Ducal. Yo esboqué una sonrisa forzada deseando estar muerto, cuando de pronto, después de la tercera cerveza, Elmore se puso serio. Si había algo peor que el Elmore bromista, era Elmore cuando se ponía serio. Y no tanto por cómo decía las cosas, sino por lo que decía.

—Quisiera saber si Mamie habrá terminado ya de encargarse el vestido para la fiesta.

—¡Oh, no, primo Elmore! —dije—. Se pasará allí toda la tarde como mínimo. Ese baile de época significa mucho para ella.

—Y para mí también, chico. Lo considero una fecha tope.

—¿Para marcharte de Italia? —pregunté esperanzado—. Qué buena idea. Dentro de nada empezará la época de lluvias, habrá grandes inundaciones y...

—No, chico, me refiero a una fecha tope con Mamie..., con tu tía Mame. Yo también estoy terminando mi disfraz.

—¿No estarás pensando en ir a la fiesta?

—Sí, iré de bufón.

—¿De bufón?

—Eso es, hijo. De bufón de la Corte. Lo mismo que en la vida real. Ya sabes que siempre estoy alegrando a las personas, haciéndolas reír y ayudándolas a olvidar sus problemas.

—No creo que vayas a divertirme mucho —dije apresuradamente—. Eso de disfrazarse es muy aburrido y..., además, no estoy muy seguro de que en el Renacimiento tuviesen bufones de la Corte.

—Eso da igual. Además, tengo algo más importante que tratar con tu tía esa noche. Pretendo salvarla.

—¿Salvarla? ¿A quién, a la tía Mame?

Se me hacía difícil imaginar al primo Elmore en misión evangélica.

—Exacto, chico. Sé sincero: ¿no te gustaría tener otro tío?

—¿Otro tío? Bueno, no es que me importe demasiado. Ya casi soy un adulto..., este año iré a la universidad. Supongo que la tía Mame querrá volver a casarse, y me da igual si escoge a Axel o a Marcantonio. Los dos son...

—... un par de sucios extranjeros, ¡sí, señor! —dijo Elmore dejándose llevar por la irritación—. Uno, un sueco barbilampiño, y el otro, un sucio meridional. De eso estoy tratando de salvarla. Lo que intento decirte es que estoy pensando en casarme yo con ella.

—¿Casarte?

—Ya me has oído. Los dos somos estadounidenses y, lo que es más, los dos somos Burnside. ¡Pienso casarme con Mamie y salvarla de ese sueco despreciable y de ese *peperone* apestoso!

Me quedé demasiado atónito para hablar, pero no tanto como para no reparar en un hombre con un uniforme negro y gesto torvo que miraba a Elmore desde la mesa de al lado. Escribió algo en un cuaderno de notas. En ese instante empecé a ver el modo de echar a Elmore de Venecia y de la vida de la tía Mame. La banda estaba tocando muy fuerte y fingí no haberle oído.

—Lo siento, primo Elmore, pero con tanto ruido no he oído lo que has dicho de Marcantonio. ¿Te importaría repetirlo un poco más alto?

—He dicho que es un *peperone* apestoso..., igual que todos éstos, Dios es testigo de que no los soporto.

—Gracias, primo Elmore —dije apartando la cara justo cuando el hombre de la mesa de al lado tomaba disimuladamente una fotografía. En ese momento la plaza

estaba repleta de color y sonido. Primero pasó una banda de música tocando «Giovinezza», una marcha fascista, y luego desfilaron los carabinieri. Con sus uniformes de opereta y sus sombreros napoleónicos tocados con plumas, eran una fuerza policial muy pintoresca, pero ineficaz.

—Caramba, cómo se parece al uniforme de una de mis hermandades —dijo el primo Elmore.

Hay que admitir que los carabinieri parecían caballeros templarios con un toque de color.

—¿Qué hermandad es ésa, primo Elmore?

—Los Leales Hijos de la Secesión, logia número uno cinco uno. De hecho, me recuerda a una de nuestras marchas, dice así:

*Leales Hijos de la Secesión,
siempre al frente
de la lucha contra la cruel agresión yanqui
por los derechos del Estado que adoramos.*

»La música no es exactamente igual, pero se parece. Todos los años celebramos una gran convención. El año pasado, en Chattanooga, fui el más popular de toda la hermandad. Decían que era pura dinamita.

—¿Y qué es lo que hacías, tío Elmore?

—Bueno, ¡ja, ja, ja, ja! Llevaba siempre conmigo el bastón eléctrico..., éste que tengo aquí, y me acercaba por detrás y...

—¿Sabes, tío Elmore? —dije—. No me extrañaría que éstos fuesen una rama italiana de los Leales Hijos de la Secesión. ¿Ves a ese grandullón de ahí con la espada y el bigote? ¿Por qué no coges tu bastón eléctrico y...?

Apenas había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando el primo Elmore y su bastón eléctrico ya habían atravesado la Piazza San Marco. Me volví hacia el hombre de negro de la mesa de al lado y exclamé en tono melodramático: «¡Anarquista! ¡Anti-Mussolini!», señalando en dirección al primo Elmore. Luego se produjo un pandemonio y apenas me dio tiempo a meterme debajo de la mesa.

Si esa tarde la tía Mame había estado acabada socialmente, por la noche había resucitado. Con el primo Elmore arrestado y retenido Dios sabe dónde, pudo improvisar una reunión sin miedo a que Elmore la echase a perder.

Aunque no le conté lo sucedido, le aseguré que Elmore no daría señales de vida en al menos veinticuatro horas. No me gustaba pensar en Elmore soportando heroicas dosis de aceite de ricino, o enemas de mostaza, o cualquiera de las formas de tortura anal tan populares entre los fascistas. Pero, tal como él mismo había proclamado tantas veces, era un ciudadano estadounidense y lo más probable es que se librara

sólo con una multa y una severa reprimenda.

—Vamos, tía Mame —dije—, invita a quien quieras esta noche. Te he despejado el terreno. Está todo arreglado.

—Oh, Patrick, cariño, eres un auténtico genio —dijo dándome un beso mientras iba a por el teléfono.

Los invitados de esa noche eran un puñado de intelectuales del círculo veneciano de Bella y la tía Mame. Aparte de Bella y de Marcantonio della Cetera, estaban el anterior embajador chino y su mujer, un famoso luterano antinazi, un aviador herido del ejército republicano español, una abogada de izquierdas yugoslava y un dirigente laborista de Liberia.

Después de cenar, aquellos pensadores iniciaron una conversación sobre las guerras de España y China y sobre el penoso estado en que se encontraba el mundo. La tía Mame tenía la cabeza muy bien amueblada cuando quería, y esa tarde sacó a relucir su vena de líder intelectual liberal.

—Corríjame si me equivoco, doctor Chung —estaba diciendo—, pero siempre he pensado que en las últimas elecciones chinas...

—¿Sabes cuándo tienen los chinos sus mejores «elecciones», Mamie? —gritó una voz—. ¡Justo antes de «desayunal»! ¡Ja, ja, ja, ja!

La tía Mame se quedó boquiabierta. Y yo también. Ahí estaba el primo Elmore, sucio y despeinado.

—Caramba, primo Elmore —dijo echándome una mirada que debería haberme cohibido para siempre—. Yo..., quiero decir..., Patrick..., en fin, pensaba que no vendrías a casa esta noche.

—Más vale tarde que nunca, Mamie. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Quién dice eso? —gruñó Bella cogiendo su bolso.

La tía Mame se apresuró a hacer las presentaciones, empezando por la mujer yugoslava y añadiendo:

—Por supuesto, ya conoces a Marcantonio.

—Claro que sí. Me encantan los *peperoni*. ¡Ja, ja, ja, ja!

Llamó al liberiano «Blancanieves» una vez y «Bola de nieve» dos. Saludó al aviador republicano con un ingenioso chiste sobre el afrodisíaco llamado mosca española, y le espetó al embajador de China: «Oye, chinito, ¿es cierto lo que dicen de las amarillas...?». A los quince minutos, todos los invitados se habían ido.

La tía Mame estaba tan furiosa que me cerró la puerta de su dormitorio en las narices y no me dio ni siquiera la oportunidad de explicarme. Pero cuando apagué la luz de mi dormitorio y abrí la ventana, vi al hombre de negro acechando entre las sombras la casa de la tía Mame. Aquella imagen tan inquietante me dio esperanzas para el día siguiente.

A la mañana siguiente la tía Mame estaba levantada y arreglada incluso antes de que

yo bajara a desayunar. Supuse que debía de estar dando saltos de enfado, haciendo los últimos retoques a su vestido, o —más probablemente— ambas cosas al mismo tiempo. Poco después bajó también el primo Elmore vestido con una gorra confederada y un traje amplio de color escarlata. Llevaba dos cámaras y un fotómetro al cuello.

—*Tutti-frutti!* —exclamó Elmore abalanzándose sobre las uvas y las naranjas.

—¿Quieres un huevo? —pregunté.

—¡Mientras no sea el de Colón! ¡Ja, ja, ja, ja! Luego quiero contarte mi programa para hoy. Primero quiero salir a buscar unas cosas para el disfraz de la fiesta de mañana. Luego he pensado ir a hacer unas fotos. Y más tarde iré a alquilar una barca.

—¿Para qué quieres una barca?

—Pues para cuando me vaya con Mamie después de la fiesta.

—Oye, primo Elmore —dije—, ¿has..., ejem, hablado de esto con la tía Mame? Me refiero a que no sé si ella estará por la labor de...

—Oye, chico, soy un hombre de mundo y sé cuándo una mujer se interesa por mí. Ya viste cómo se comportó la primera vez que nos vimos.

—Esa noche la tía Mame estaba un poco confusa —dije.

—Además, he llevado una vida muy solitaria trabajando de viajante. Mucho. Y Mamie también. Me gustaría sentar la cabeza, dejar las ventas y cuidar de los asuntos de mi mujercita. —Lo miré intrigado, y una vez más me pareció ver la mezquindad y arteria de su alma asomando tras aquella vena de buena camaradería—. Mira, chico —dijo casi enfadado y como si estuviese tratando de convencerse a sí mismo—. Soy mayor que tú y entiendo mucho más de mujeres. Sé que me quiere. Sé que quiere ponerme celoso con esos gigolós extranjeros Por eso... —Elmore siguió y siguió. Como la mayoría de los hombres que resultan odiosos a las mujeres, el primo Elmore era capaz de ver una insinuación en cada insulto, una caricia en cada golpe, un «ven aquí» en cada «largo de aquí» y un sí en cada no—. Además —añadió—, sé cómo tratar a las mujeres. He leído ese libro famoso de *Cómo hacer feliz a una mujer*. ¡Con una buena vara! ¡Ja, ja, ja, ja!

Elmore seguía alardeando de sus conquistas sexuales cuando aparcó su grueso trasero en una góndola. Al subir a bordo, reparé en que dos hombres vestidos de negro nos seguían muy despacio en una lancha a motor.

—Te esperaré aquí, en el embarcadero —le dije al primo Elmore mientras se dirigía a una lóbrega tienducha que vendía recuerdos y baratijas.

—Muy bien, chico. Es mejor que no vengas. Quiero que mi disfraz sea una sorpresa. Sobre todo para Mamie.

—Seguro que lo será —respondí. Luego vi que uno de los hombres seguía al primo Elmore. Al ir a echar mano al bolsillo para coger un cigarrillo, el otro, el hombre a quien había visto el día anterior, se me acercó con disimulo.

—¿Quién es? —preguntó con un acento muy marcado.

—*Buon giorno* —respondí—. ¿Quién es quién?

—Él —dijo señalando con la cabeza al primo Elmore—. El hombre de la camisa roja.

Al ver la camisa negra de aquel hombre y luego la camisa roja de Elmore tuve una inspiración.

—No se lo diga usted a nadie —murmuré—, pero es el líder de los Camisas Rojas. Un tipo siniestro. —Luego añadí lo que supuse que sería una traducción italiana—: *Sinistro*.

—*Sinistro*? —preguntó el hombre echándome una mirada penetrante.

—Sí. *Molto sinistro*.

—¿Estadounidense? —preguntó el hombre sin dejar de escribir febrilmente en su cuaderno de notas.

—Sudamericano —dije—. Es el dirigente de los Leales Hijos de la Secesión. Se dedican a promover la guerra civil. Dicen que es *dinamite*.

—¿*Dinamite*?

—Sí, sí —dije regodeándome en mi italiano macarrónico—. Dinamita, ya sabe..., dinamita. *Esplosivo* —añadí, y eso bastó para enviarlo corriendo al teléfono más próximo.

Me instalé en la góndola a esperar al primo Elmore. No tardó en llegar, en esta ocasión cargado de paquetes de aspecto amenazante y seguido por *tres* hombres de negro.

—Dios mío, debes de haber comprado muchas cosas —dije cuando subió a la góndola. Por el rabillo del ojo vi que llevábamos detrás un lúgubre cortejo de tres barcas.

—Desde luego —dijo tan tranquilo el primo Elmore—. Son cosas que he comprado para la fiesta de mañana. Mira, te enseñaré una..., pero sólo una. —Alargó el brazo y sacó una automática del 45 con la apariencia más mortífera que he visto.

—¡Eh, ten cuidado! —exclamé.

—Tranquilo, chico. No es más que una pistola de agua. Vayamos a hacer unas fotos y luego iremos a comer. ¿Sabes lo que me gustaría? Un montón de *gnocchi* y un poco de café *au lit*. ¡Ja, ja, ja, ja! Bueno, ¿dónde podemos ir a sacar unas buenas fotos, chico? Tú conoces la ciudad mejor que yo.

Animado por mis éxitos anteriores, y al ver que los botes todavía nos seguían, decidí jugarme el todo por el todo.

—¿Por qué no sacas unas fotografías de la Casermette?

—¿De qué?

—La Casermette. Así es como llaman en italiano a esas casas que tú ya sabes, primo Elmore. Canela fina. Todos los peces gordos pasan por allí. ¡Ja, ja, ja, ja!

Tengo que admitir que me lo estaba pasando en grande.

—¿Ah, sí? —dijo Elmore con un brillo rijoso en los ojillos porcinos.

—Desde luego, después podrás contarlo en tu hermandad. Tomarás unas fotografías excelentes. Vamos. A la Casermette —le dije al gondolero.

Dimos media vuelta a la isla con Elmore blandiendo su pistola nueva y con las tres barcas pisándonos los talones hasta los enormes y lúgubres cuarteles que hay cerca de Fondamenta Nuove.

—No es gran cosa —dijo Elmore sacando la cámara y el fotómetro y poniéndose de pie en la góndola.

—¡Oh!, espera a verlo por dentro —respondí.

—No consigo enfocar —dijo Elmore. Luego las tres barcas empezaron a acercarse—. ¿Qué demonios? —preguntó Elmore escorando peligrosamente la góndola.

—¡Oh, oh! —dije—. Son comunistas italianos. Unos auténticos mafiosos. Será mejor huir a nado, Elmore. —Le di un leve empujón. Se oyó un enorme chapoteo—. Lléveme a casa —le dije al gondolero.

Encontré a los criados al borde de la histeria: el *palazzo* había sido registrado y no habían dejado ni un cajón por abrir. Por lo que pude entender, los Gerarchi, los Balilla, los Avanguardisti, los Giovani Italiani, los Figli della Lupa... —todos los fascistas a excepción del propio Mussolini— se habían dedicado a registrar el lugar y se habían ido con las manos vacías. La habitación de Elmore era la que habían inspeccionado con más cuidado. No obstante, tuvimos tiempo de volver a ordenarlo todo antes de que llegara la tía Mame todavía enfadada conmigo.

—¡Vaya! —exclamó—, ¿por qué estás tan contento, Judas? Supongo que irás a decirme que has empujado al primo Elmore al canal y que no volveremos a verlo. ¿Es eso, chico? —preguntó cáusticamente.

—Cuánta razón tienes, Mamie. No volveremos a verlo hasta el día del Juicio. Y eso me recuerda que empiezo a estar harto de tu falta de juicio, ¡ja, ja, ja, ja! No fui yo quien lo invitó, sino tú y...

—¡Oh, calla de una vez! Ya sé que no es culpa tuya, pero si no nos libramos de él, creo que...

—Pues esta vez lo he conseguido, tía Mame.

Luego le expliqué lo sucedido.

La tía Mame se rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Me abrazó, me besó y corrió al teléfono a llamar a Bella.

—Mañana —dijo— será una noche que recordará todo el mundo en Venecia. Al fin nos hemos librado de Elmore gracias a mi querido Patrick. Ponte un vestido bonito, Bella, esta noche voy a dar una fiesta en honor de Patrick. ¡Realmente, me ha salvado!

La tía Mame nos invitó a cenar en el Casino, y tanto Axel como Marcantonio asistieron y bailaron con ella. A mí me besó una chica muy guapa llamada Marina, que afirmó que yo era más mono que Mickey Rooney, y cuando volvimos a casa de la tía Mame a las tres de la mañana el primo Elmore seguía sin aparecer.

—Se ha ido, cariño —suspiró feliz la tía Mame—, y mañana en la fiesta tendrás un tío nuevo divino. Esta noche tanto Axel como Marcantonio me han pedido que me

case con ellos. Así que tengo dos para elegir. —Estuve a punto de decirle que, si tenía en cuenta al primo Elmore, en realidad podría elegir entre tres. Pero miró el reloj y exclamó—: ¡Cielos! ¡Mira qué hora es! Si no disfruto de un sueño reparador, mañana estaré horrible. Buenas noches, cariño. Tu tía nunca olvidará lo que has hecho por ella.

A la mañana siguiente me desperté tarde cuando la casa estaba ya patas arriba. Había hombres en el tejado preparando los fuegos artificiales, hombres en el *cortile* disponiendo la pista de baile, hombres que levantaban el estrado para la orquesta y colocaban las candilejas y guirnaldas renacentistas. En la cocina los distribuidores estaban discutiendo con los criados, y corrían rumores de amotinamiento porque los camareros habían visto los disfraces renacentistas que Bella y la tía Mame habían diseñado para ellos: calzas negras con suspensorios y chaquetas arlequinadas blancas y negras. La tía Mame estaba en la peluquería haciéndose rizados y masajes y dejándose maquillar y haciéndose la manicura para la gran noche. El primo Elmore seguía sin aparecer y nadie había solicitado el pago de una fianza, así que lo di por desaparecido en combate. Me di la vuelta y volví a quedarme dormido.

Cuando me levanté, me di un baño y me afeité: la orquesta —también renacentista— estaba abajo ensayando clásicos pseudoitalianos como «Isola di Capri» y «Piccolino». Al atardecer se encendieron las luces entre ruidosos vítores. Luego se apagaron entre ruidosas maldiciones. Por fin volvieron a encenderse y siguieron encendidas. Al asomarme a la ventana, vi la góndola de Bella que se dirigía a toda velocidad hacia la puerta de la tía Mame, así que me puse mi disfraz en cuestión de segundos. Como no voy a muchas fiestas de disfraces, había optado por la comodidad antes que por el estilo. Iba de monje con un largo albornoz de playa con capucha. Atado con una cuerda negra y sandalias parecía bastante auténtico y, como no llevaba nada debajo, era considerablemente más fresco que las calzas y los jubones que predominaban aquella noche.

Bajé a tiempo de saludar a Bella, que parecía una bañera llena de queso *ricotta* echado a perder envuelto en damasco blanco y colas de armiño.

—¡Dios mío! —exclamó al verme—. ¡Fra Lippo Lipschitz!

Tuve el tacto de no responder. Justo en ese instante la tía Mame descendió las escaleras arrebatadora con su vestido de terciopelo engarzado de perlas. La orquesta interpretó una animada rumba renacentista y la fiesta dio comienzo oficialmente.

Tres horas más tarde aún había más animación. Eran al menos quinientos invitados, sin contar al fotógrafo de *Life* y a los que se colaron. Todos los que eran algo en Venecia habían buscado un disfraz renacentista para ir a la fiesta. La tía Mame no paró de bailar, ya fuese con Marcantonio, que iba despampanante al estilo italiano con sus calzas de rayas y lino blanco, ya fuese con Axel, que parecía un Hamlet rubio vestido de lana negra. Cuando conseguí bailar con ella era casi

medianoche.

—¿Te diviertes? —le pregunté.

—Oh, cariño, más que en ninguna otra fiesta que hayamos dado. Y todo gracias a ti.

—¿Te has decidido ya sobre mi nuevo tío?

—Ay, Patrick, eso es lo único malo. No puedo. Los dos son divinos. Tanto que he decidido darles calabazas a los dos. Todavía soy demasiado joven para comprometerme de forma permanente. ¡Cielos! Ya casi es la hora de los fuegos artificiales. Tengo que preguntarle a Bella si ha...

—¡Mame! —gritó la voz ronca de Bella—. ¡Mame! —Vi una montaña de blanco cubierta de colas de armiño que se abría paso entre los bailarines—. ¡Querida! —gritó Bella cuando llegó adonde estábamos—. ¿Estás viendo lo mismo que yo?

Nuestra mirada siguió su dedo tembloroso y allí, bajando las escaleras, estaba el primo Elmore, disfrazado de algo infrahumano. Su disfraz —jamás podré olvidarlo— eran unos viejos calzoncillos largos, con una pierna tristemente teñida de amarillo y la otra de verde. La barriga iba envuelta en una faja de cuadros escocesa aunque el estómago le asomaba por debajo, y llevaba una camisa de vaquero de color magenta con campanillas atadas a los flecos de mala manera. Tenía un montón de papel higiénico en torno al cuello y un pasamontañas naranja en la cabeza del que colgaban unas cuantas cintas desaliñadas.

—¡Patrick! —exclamó la tía Mame con los labios lívidos—. Me dijiste que...

—Y es cierto, tía Mame —respondí casi sin creer lo que estaba viendo—. Lo juro por Dios. Espera, me libraré de él.

En diez pasos crucé la pista de baile y llevé a empujones al primo Elmore hasta el guardarropa.

—¡Primo Elmore! —dije—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—He venido en alas del amor. He escapado de la cárcel. Sabía que si venía al baile de disfraces de Mamie, nadie se fijaría en mí.

—¿Que nadie se fijaría en ti? —dije, mirando su ropa—. Tienes que salir de aquí. No es seguro. Te busca la policía.

—Lo sé. Me voy y pienso llevarme a Mamie, conmigo. ¿Sabes lo que creyeron cuando me sacaron del agua y me arrestaron?

—No tengo ni la menor idea —respondí apartando la mirada.

—Pues te lo diré. ¡Pensaban que era comunista! ¿Y sabes por qué? Por culpa de esa gentuza extranjera que está siempre con Mamie. Ese Marcantonio es un *peperone*, ¿no?

—Es italiano —repliqué gélidamente.

—¡Menudo italiano! Ni siquiera apoya a Mussolini...

—¡Serás idiota! Es un italiano inteligente. Nadie que esté en sus cabales podría apoyar a Mussolini.

—Y ese tal Axel. Es un socialista. Lo más probable es que lleve una bomba

consigo en este momento. ¡Imagínate! ¡Un socialista!

—También lo es todo el gobierno sueco, majadero. Es un país socialdemócrata.

—A eso me refiero. Un hatajo de rojos y bolcheviques. Cuando le hablé a la policía de todos esos radicales, espías y revolucionarios que pululan en torno a tu tía Mame, organizaron un lío terrible. Aunque no acabo de entender esa jerigonza. Pero el caso es que tengo una barca ahí fuera para rescatar a tu tía.

—¡Esta noche todo el mundo tiene una barca ahí fuera, condenado bocazas!

—Pa... Patrick —dijo la tía Mame acercándose—. El portero dice que hay una especie de policía en...

—Mamie —balbució Elmore—. He venido en alas del amor para salvarte. Sé que me quieres y...

—Este estúpido se ha ido de la lengua con los fascistas y Dios sabe las mentiras y estupideces que les habrá contado a los camisas negras. Pero puedes estar segura de que...

—Mamie, sólo les he dicho que...

Nunca sabré lo que les había dicho exactamente el primo Elmore. En ese momento irrumpieron por todas las puertas camisas negras armados hasta los dientes. Se oyó sonar un silbato y se apagaron las luces.

—¡Mamie —gritó Elmore—, ven conmigo! —Me cogió del brazo y empezó a tirar de mí. Con la otra mano le golpeé, supongo que en la barriga. Cuando por fin conseguí librarme, cogí a la tía Mame de la mano.

—Vamos —dije—, podemos salir por detrás. Hay una ventana que da justo al agua.

—¡Oh, Patrick! Mi fiesta...

—La fiesta ha terminado. ¡Vamos! —Subimos a la primera barca que encontramos, una lancha motora—. Ésta servirá —dije—. Siempre podemos devolverla por la mañana.

—¿Sabes conducirla, Patrick? —gimoteó la tía Mame.

—Más o menos. —Arranqué el motor con gran estruendo. La barca dio marcha atrás y se estrelló contra los muros de la casa de la tía Mame. Se oían gritos y chillidos. Moví una palanca, y la barca salió disparada y los dos nos caímos. Mientras nos debatíamos con nuestros aparatosos disfraces, oí un montón de gritos, maldiciones y ruido de madera rota. Luego volví a ponerme al timón, nos libramos de la maraña de barcas que había en torno al *palazzo* rosa y puse rumbo a la Isola di San Giorgio, justo cuando los fuegos artificiales rosas y azules empezaban a estallar sobre el tejado de la tía Mame—. ¿Quieres que intentemos llegar a Yugoslavia? —pregunté dubitativo.

—Creo que no, cariño. *Mal de mer*, ya sabes. ¿Por qué no intentas volver a la estación? Ya pensaremos algo cuando estemos allí.

—Será mejor evitar el Gran Canal e ir por canales menos frecuentados. Si es que puedo.

—Espero que sí, cariño. Estoy un poco harta de Venecia. Es tan... húmeda —añadió mientras una ola salpicaba contra el costado de la barca—. Esta barca es muy rápida, mucho más que una góndola. Vete a saber de quién será.

—Hay algo pintado en un lado —respondí—. Mira a ver si lo lees mientras disminuyo la velocidad para orientarme un poco.

Cuando la siguiente explosión de cohetes rosas y azules iluminó el cielo, la tía Mame se inclinó precariamente para leer la inscripción.

—Oh, Patrick —dijo—, aquí pone que es propiedad del Departamento de Policía de Venecia.

—¡Dios mío! —balbucí, tirando del acelerador de tal modo que la barca casi se sale del agua. Nos internamos en la noche dejando una estela blanca a nuestras espaldas. Vi el cabello de la tía Mame que flotaba al viento, volví a mirarla y reparé en que estaba sonriendo. Luego se echó a reír—. ¡No creas que esto es una comedia, Mamie! —grité para que me oyera a pesar del ruido del motor.

—Es desternillante, en todos los sentidos de la palabra, bomboncito —chilló—. Creo que deberíamos subir al próximo tren que vaya a Austria. A Viena. Al fin y al cabo, «vengan» a por nosotros, ¡ja, ja, ja, ja!

—Puedes estar segura. No olvides que éste es un estado policial, estamos en una embarcación robada y eres la mujer más buscada de Italia. Si nos cogen, nos obligarán a beber un litro de aceite de ricino.

—Tonterías, cariño —se rió la tía Mame—. ¿Dónde voy a estar mejor que en una barca de la policía capitaneada por un monje? No estaría más segura ni con el mismísimo Duce. Vamos, pon rumbo a la estación. *Precipitevolissimevolmente*

LA TÍA MAME EN SU RETIRO DE LAS MONTAÑAS

—Y por supuesto fuimos a Austria —dije—. La tía Mame era violentamente antinazi y se negó a viajar a Alemania. En Austria apenas había nazis..., al menos en 1937.

—Austria parece un sitio muy raro para una mujer como tu tía. ¿A qué se dedicó?

—Mi tía es un diamante de muchas facetas —respondí en tono pomposo—. En realidad, se interesó por un asunto inmobiliario y ganó mucho dinero durante su visita. Y también fue muy saludable para los dos porque pasamos casi todo el tiempo en los Alpes tiroleses. De hecho, creo que arriba tengo unas fotografías. Te las enseñaré. Discúlpame un momento, querida.

Fui arriba y conté hasta mil. Al llegar a 956 me salvé. Sonó el teléfono. Cuando Pegeen terminó de hablar, más o menos había olvidado el asunto. Sintiéndome más seguro, di un cauto sorbo a mi bebida.



—Ach, cariño —dijo la tía Mame apartándose de la mesa que ocupábamos en Am Franziskanerplatz—, qué cena tan rica: *Rindsuppe mit Nudeln, Blätterteigpastetchen mit Geflügelragout, Rahmschnitzel mit Hausgemachten Nudeln, Essiggurken y Nussroullade mit Schokoladenüberzug*. ¡Muy gemütlich!

—Y también un poco pesado —respondí.

—Tonterías, cariño. Anda, sé bueno y dame fuego. ¿Seguro que no quieres probar uno de éstos?

—No, gracias —dije—. Me basta con mis Lucky Strike.

—Ach, no tienes espíritu aventurero —la tía Mame se colocó un puro de al menos treinta centímetros de longitud en la comisura de los labios, inhaló profundamente y sufrió un espantoso ataque de tos.

—¿De verdad te gusta fumar esas tagarninas? —pregunté sabiendo que la respuesta era no.

—*Ja wohl, Liebchen!* —mintió—. Son tan vienesas... —Exhaló un enorme anillo de humo sobre mi cabeza, dijo: «*Rechnung, bitte*» al camarero y, sin sacarse el puro de entre los dientes, empezó a ponerse sus guantes largos y negros.

En menos de una semana la tía Mame se había vuelto más vienesa que el mismísimo Danubio. Empezaba cada mañana en su enorme y encopetada habitación del hotel Sacher con un aperitivo de café y bollos, luego el *Gabelfrühstück*, que normalmente incluía un par de enormes salchichas, una jarra de cerveza, café y un

poco de goulash, a las once. Con eso aguantaba hasta la hora de comer. A las cuatro de la tarde daba cuenta de su *kleine Jause*, con café, mucha nata montada y varias docenas de pastelillos. Cenábamos a las siete o las ocho. Pasaba los días paseando por el Ring, diciendo «*ja*» y «*bitte*» sin venir a cuento y yendo a Farnhamer en la Kärntnerstrasse a encargarse un montón de vestidos nuevos que parecían sacados de *La viuda alegre*. Y con eso me refiero a que su atuendo era tan vienés que los propios vieneses se quedaban mirándola. Pero como si los sombreros, las plumas, los boas, los mitones y los cinco kilos de peso que había ganado no fuesen suficientes, los enormes cigarros puros eran el último toque para transformar a la tía Mame en la auténtica *Alte wiener gnädige Frau*. Todo un poco excesivo.

—Y ahora, cariño —dijo sacudiendo la ceniza sin demasiada maña—, a la Volksoper a escuchar *eine kleine Nachtmusik*.

—Dios, ¿qué va a ser esta noche? ¿*El príncipe estudiante*? ¿*La posada del caballo blanco*? ¿*Der Zigeunerbaron*?

—No, *Liebchen*, es *Die Pillangó Prinzessin*. *Auf Wiedersehen!* —le dijo al camarero, y se alejó hacia el taxi entre una estela de plumas y humo de puro.

En el largo trayecto hasta la Volksoper la tía Mame no dejó de dar vigorosas chupadas a su cigarro y exclamó «*Alt Wien!*» varias veces. Yo me sentía un poco mareado por el humo, y me dio la impresión de que ella estaba ligeramente paliducha. No obstante, se apeó del taxi dando un tirón al boa, lanzó la colilla a una alcantarilla y entró en el teatro entre satén, plumas y movimientos de cabeza levemente operísticos.

Die Pillangó Prinzessin había empezado ya, pero puesto que me había arrastrado a ver una opereta todas las noches desde nuestra llegada a Viena, yo ya sabía a qué atenerme. Era el típico espectáculo austrohúngaro lleno de movimiento, sobre una encantadora princesa centroeuropea que, para no tener que casarse con el príncipe que su malvado tío el regente pretende imponerle como marido, huye a un pintoresco pueblo de los Alpes disfrazada de campesina y se enamora de un apuesto teniente de la guardia, sin sospechar que en realidad se trata de un príncipe centroeuropeo que, para no tener que casarse con la princesa que su malvado tío el regente trata de imponerle como esposa, huye a un pintoresco pueblo de los Alpes disfrazado de teniente de la guardia, donde... En fin, ya puede uno hacerse una idea.

El primer acto condujo a un estrepitoso *finale* con un dulce dueto entre las dos estrellas —cuya edad total superaba los cien años y cuyo peso total rozaba los doscientos treinta kilos—, que declaraban firmemente su amor. Aunque, teniendo en cuenta su edad, su tamaño y sus corsés, no sé cómo pensarían consumarlo. A los vieneses les encantó. La tía Mame fingió que a ella también. Yo ni siquiera lo intenté.

—En fin, vayamos al vestíbulo a fumar un buen cigarro —dijo la tía Mame sin demasiada convicción. Estaba terriblemente pálida, pero seguía empapada del viejo espíritu vienés—. ¿No te parece que *Die Pillangó Prinzessin* es muy melodiosa, cariño? ¿Habías visto algo tan bonito como el ballet de las mariposas?

—No desde que cerraron el hipódromo —respondí.

—*Pillangó* significa «mariposa» en húngaro —dijo sacando ostentosamente su cigarrera de *petit-point*.

—Oye, ¿seguro que te encuentras bien?

—No digas tonterías, *Gansel*, nunca me he sentido mejor —dijo encendiendo el puro para horror de todas las rollizas *Hausfraus* que tenía cerca. Dio un par de chupadas y se puso aún más pálida.

—¿Qué te pasa, tía Mame? —pregunté al ver que pasaba del blanco al amarillo, al verde y al gris.

—Na... nada, Patrick, es sólo que..., el ambiente está un poco cargado —tartamudeó dando otra débil chupada al puro.

—A lo mejor son esos puros que son más grandes que tú —aventuré—. O casi.

—No seas tonto, cariño. Todas las vienesas elegantes los fuman. Me encanta el *bouquet* de un buen...

Alzó los ojos hacia el techo y se desmayó, entre un susurro de plumas, en mitad de la multitud. Se produjo bastante conmoción y los presentes se pusieron a dar gritos incomprensibles en alemán. Luego vi que un joven alto y apuesto sacaba en brazos a la calle a la tía Mame.

Abriéndome paso entre la multitud, llegué a la acera justo a tiempo de ver cómo metía a la tía Mame en un taxi.

—*Achtung!* —grité—. *Halte!* —y con eso agoté mi vocabulario alemán—. *Attendez!* ¡Eh, espere un segundo!

El salvador de la tía Mame se volvió y me dedicó una encantadora sonrisa.

—No tiene por qué preocuparse, señor —dijo—. Hablo inglés.

—¡Ah, muy bien! —respondí—. Bueno, muchas gracias.

—A su servicio —dijo entrechocando elegantemente los talones. Traté de hacer lo mismo y me golpeé dolorosamente los tobillos.

—En fin, gracias de nuevo —dije. Al ver su impecable traje inglés no me pareció apropiado darle una propina—. Llevaré a mi tía al hotel.

—Por favor —dijo—. Insisto en acompañarles. Es lo mínimo que puede hacer un caballero.

—Muy amable por su parte, pero puedo arreglármelas —dije apretujándome en el taxi al lado del cuerpo tendido de la tía Mame—. Además, la opereta aún no ha terminado.

—Tonterías —dijo el hombre entrando detrás de mí—. Al fin y al cabo, soy un Hodenlohern.

—Noso..., noso..., nosotros somos estadounidenses —dije.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó, zanjando así mis protestas.

Cuando llegamos al Sacher en la Philharmonikerstrasse, la tía Mame estaba

gimoteando en voz baja y parpadeaba ligeramente. Traté de pagarle al taxista, pero el paladín de la tía Mame sacó una cartera de piel de cocodrilo y se me adelantó con un torrente de coloquialismos alemanes.

—Bueno, muchas gracias otra vez —dije en tono decidido—. No podemos arruinarle así la velada. Yo subiré a mi tía a la habitación. Gracias por todo.

—¡Calla! —dijo la tía Mame en voz baja.

Me dio un codazo y luego dejó el brazo lánguido y suspiró «*Ach, Gott!*». Se apeó muy débil del taxi y se las arregló para volver a desmayarse en brazos de su apuesto paje. Eso terminó de decidir la cuestión. El hombre la cogió en brazos y la llevó a nuestra *suite*, donde ella descansó —con pálida languidez— en aquel encopetado salón que parecía una bombonera. La imagen de límpida fragilidad se vio un poco enturbiada las tres veces que la tía Mame tuvo que ir corriendo al baño para vomitar y cuando el médico a quien mandé llamar le dijo que su único problema era la glotonería y los puros. Pero se las arregló para que su caballero se quedara el tiempo suficiente para ponerse una vaporosa bata y pedir que subieran una botella de champán. Ninguno de los dos prestó mucha atención cuando me excusé y me fui.

Cuando desperté a la mañana siguiente, la tía Mame ya se había levantado. Estaba sola bailando dubitativa un vals en el salón y tarareando «*Ich war so gern einmal verliebt*» (de Kreisler) mientras olía un enorme ramo de flores. La observé durante tres ineptos compases hasta que reparó en mi presencia. Azorada, me dio los buenos días y se dedicó a colocar el ramo.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté.

—Oh, divinamente, cariño —dijo sin dejar de tararear—. ¿No te parecen preciosas estas flores? Acaba de subirlas la *Zimmermädchen*.

Una tarjeta de visita cayó aleteando del ramo. La recogí. Decía sólo: «*Freiherr Werner von Hodenlohern*».

—¿Quién es? —pregunté, mostrándole la tarjeta.

—¿Pues quién va a ser, cariño? El barón Von Hodenlohern, ese joven tan encantador que me rescató anoche en la *Volksoper*.

—¡Dios mío! ¿Es que pensaba que ibas a morir?

—¡Desde luego que no! ¿Pero a que es simpático? Tan apuesto y educado. Rebosa salud y juventud y al mismo tiempo es tan *weltlich*.

—Tan ¿qué?

—Mundano. No había conocido un hombre tan interesante desde..., en fin, desde...

—¿La semana pasada? —pregunté.

—Oh, eso no fue nada. En cambio, el encuentro casual de anoche con Putzi...

—¿Con qué?

—Putzi. Es el sobrenombre de Werner..., quiero decir del barón.

—Ya veo. Continúa.

—Bueno, en realidad no significa nada para mí, Patrick. Pero me parece

interesante conocer a personas de otros países..., me refiero a conocerlas bien. Es decir... —el teléfono la interrumpió—. ¡Oh! —gritó en el auricular—. ¡Oh, sí! Sube.

—¿Quién era? ¿El médico?

—No, Patrick, era Putzi. Quiero decir el barón Von Hodenlohern. Me ha invitado a comer en el Kursalon. Procura entretenerlo mientras me pongo presentable.

Para ser una enferma, corrió a toda prisa a su dormitorio y la oí canturrear justo cuando llamaban a la puerta.

Putzi —no consigo imaginármelo con otro nombre— entrechocó los talones con elegancia y entró vestido con una gama de marrones desde el sombrero Homburg hasta los zapatos de gamuza. En cualquier otra persona aquel atuendo habría parecido propio de un lechuguino, pero el barón Von Hodenlohern era tan natural y tenía un porte tan relajado y castrense que el efecto general resultaba muy agradable.

—Mi tía estará lista en unos minutos —dije—. Por favor, tome asiento.

Se sentó con elegancia en una de las pequeñas sillas Maria Theresa y me ofreció un cigarrillo de una pitillera de piel de cocodrilo.

Hice un esfuerzo para no aludir a los puros de la tía Mame y dije:

—¿Va usted a menudo a la ópera?

—¡Oh, sí! —respondió seductor Putzi—. Procuro ir siempre que estoy en Viena. Me gusta mucho la música.

Después de eso ya no tuve que esforzarme en darle conversación. Putzi me habló de sus óperas favoritas en la Staatsoper, de sus operetas favoritas en la Volksoper, de sus cantantes favoritos de los *Heurige* o tabernas del barrio de Grinzing, me contó que cuando era cadete había fundado una coral en el Theresianum, que a él y sus hermanos siempre les había gustado cantar y que nunca se perdía la misa de Nochebuena en la iglesia de Santa Maria am Gestade. Eso era lo bueno de Putzi, que no costaba trabajo conversar con él: bastaba con darle pie y él empezaba a hablar. Espero no haber dado la impresión de que era un charlatán, porque no lo era. Todo lo que decía era interesante y siempre hablaba en tono cálido y amistoso.

—Tiene usted muy buen inglés —dije.

—¡Oh!, gracias. Pero no es raro. De pequeños, mis hermanos y yo tuvimos una institutriz inglesa y hasta que estalló la guerra pasé varios años en un internado inglés. Por supuesto yo era muy niño, pero...

Se abrió la puerta del dormitorio de la tía Mame y salió vestida de tafetán violeta y con la cintura muy ceñida.

—*Gute Morgen, mein Kavalier!* —dijo con un coqueto movimiento del dedo que me recordó las operetas que habíamos visto.

—*Gnädige Frau* —respondió Putzi entrechocando elegantemente los talones y besándole la mano.

—*Auf wiedersehen, liebchen* —dijo la tía Mame con un irritante movimiento del perfumado pañuelo. Después se marcharon.

Pasé el día recorriendo Viena en busca de una taza de café que no estuviera

cubierta de nata montada. Cuando regresé, derrotado, no había ni rastro de la tía Mame. Eran más de las seis cuando volvió.

—Menuda comilona —dije—. ¿Qué ha sido hoy, *Hühnerleber mit Speck und Reis* cubierto de *Schlagober*? Pensaba que el médico te había dicho que...

—Ahora no, cariño —canturreó la tía Mame—. Putzi me ha invitado a cenar y a la ópera, y tengo que vestirme a toda prisa.

Acto seguido desapareció y la oí tararear el gran dueto amoroso de *Die Pillangó Prinzessin*.

Putzi reapareció con un taconazo de sus zapatos de charol; en esta ocasión llevaba un esmoquin impecable, y parecía tan apuesto y aristocrático que incluso yo me sorprendí un poco. En lugar de ser el tipo rubio, de cuello grueso, cráneo afeitado y cubierto de cicatrices que yo siempre había asociado con los pueblos teutónicos, Putzi era alto, moreno y parecía sacado de una novela. Tenía modales excelentes y era muy risueño. Mientras esperaba a la tía Mame, me contó que él y sus hermanos habían pasado la infancia en sus fincas de Mähren, que por lo que pude deducir estaba en Moravia antes de que se convirtiera en Checoslovaquia. Al parecer, ahora vivían en una finca mucho más pequeña en el Tirol. Todo era muy novelesco..., casi tanto como el propio Putzi. Estaba a punto de hablarme de sus días de cadete en el Theresianum cuando la tía Mame salió como sacada de un retrato de Winterhalter.

—*Auf wiedersehen*, cariño —dijo besándome en la coronilla—. El barón Hodenlohern y yo nos vamos a cenar y a la Staatsoper, pero te he dejado nuestras entradas para la Volksoper. Seguro que te encantará. Es de Kálmán o de Lehár.

—O de Romberg, o de Friml, o de Straus, o de Strauss. No acabo de ver la diferencia —respondí.

Cogió un ramillete de violetas de Parma. Se ajustó disimuladamente la faja y se marcharon.

—El bueno de Patrick... —le dijo a Putzi—. Le encanta la música vienesa alegre. Cogí las entradas y las tiré por el retrete.

Cuando oí entrar a la tía Mame, el pequeño despertador de viaje que tenía en mi mesilla marcaba las cinco y media.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Habéis ido a oír las obras completas de Wagner?

—¿Todavía estás despierto, cariño? —dijo la tía Mame mientras entraba en mi habitación igual que sobre una nube. Se sentó soñolienta al pie de mi cama y contempló las violetas aplastadas como si fuese una vaca hambrienta y estuviese a punto de devorarlas—. Oh, no, cariño, era sólo *Der Rosenkavalier*. Nos fuimos después del segundo acto.

—Pues si que has tardado en cruzar la calle.

—Ah, cariño. Putzi alquiló un carruaje y fuimos por los bosques de Viena hasta un precioso café al aire libre donde oímos una serenata gitana y bebimos Gespritzter.

Ha sido divino. —Daba la impresión de haber bebido mucho más que eso, pero no dije nada. Tarareó unos compases de una horrible danza *tzigane* y luego preguntó—: ¿Qué tal la opereta, cariño?

—Oh, muy bien —respondí con acritud—. Trataba de una encantadora emperatriz de los Balcanes que se disfraza de pastora y...

—Qué bonito —dijo soñolienta la tía Mame—. Ojalá la hubiese visto. Continúa, cariño.

Volvió a tararear y comprendí que no estaba prestando atención. A partir de ese momento improvisé.

—Bueno, se titula *Die Krankenhauskaiserin*. Las ovejas contraen carbuncho y mueren todas, así que la pobre Estigma, así se llama la protagonista, y el villano, el barón de Charlus, intercambian su ropa y huyen a Viena, donde ella consigue un trabajo vendiendo anticonceptivos en Walgreen's-im-Prater y se enamora de un cabo que va disfrazado de archiduque balcánico, y ella, sin reparar en que la bebida que le ha preparado Dicotomía, la malvada bruja, la ha convertido en lesbiana..., pero ¡qué demonios! —rugí empujándola al suelo con el pie—, ¡no me estás escuchando!

—Claro que sí, Patrick, claro que sí —dijo ruborizándose con mucho encanto—. Es sólo que..., en fin, lo que quiero decir es que..., puedes ir haciendo el equipaje, Patrick. En cuanto llegue Ito con el coche nos vamos de Viena.

—¿Que nos vamos? ¿Adónde? ¿A Nueva York?

—No, Patrick, a Stinkenbach-im-Tirol.

—¿Adónde?

—A la casa solariega de Putzi, el *Schloss Stinkenbach*. Vamos a hacerle una visita.

Dos días después llegamos al pueblo de Stinkenbach-im-Tirol. Stinkenbach estaba a unas tres horas en coche de Salzburgo, de Innsbruck y de Bad Gastein, pero la proximidad a unos lugares tan atractivos no le había hecho prosperar. Se encontraba en la ladera de una montaña, ubicado de tal modo que no quedaba ni por encima ni por debajo de las nubes, sino que siempre estaba metido en ellas. Y con eso me refiero a que era muy, muy húmedo.

El Rolls entró en la plaza de la iglesia justo cuando los feligreses salían de misa, y enseguida me vinieron a la cabeza todas las operetas que había visto desde nuestra llegada a Austria. Los alegres campesinos, cientos de ellos, se paseaban por la *Kirchenplatz*, ataviados con *dirndls* y *Lederhosen* y con las mejillas sonrosadas. Las campanas de la horrible iglesia gótica no paraban de tañer e incluso había un viejo borrachín de lacios bigotes apurando una jarra de cerveza delante de la taberna local. Casi esperé que se pusieran todos a cantar.

—*Ach!* —exclamó la tía Mame—, qué *gemütlich*. Justo como decía Putzi, el pueblo entero parece sacado del siglo XIV, y qué me dices del aroma local...

Desde luego lo tenía. Me bastó con echar un vistazo y husmear un poco para darme cuenta de que Stinkenbach-im-Tirol no tenía tuberías ni alcantarillado.

Luego los pintorescos lugareños se marcharon y vimos a Putzi al volante de un Mercedes antiguo. Tras un afectuoso pero contenido saludo, subimos a su coche y emprendimos la última etapa del viaje hacia la casa solariega de los Von Hodenlohern, del siglo XIV.

—Ahora empieza la ascensión al *Schloss* Stinkenbach —dijo Putzi recurriendo a las marchas cortas de su viejo vehículo.

—¡Cielos! —exclamó la tía Mame—. ¿Y todas estas tierras son tuyas?

—De mi familia —respondió Putzi con orgullosa modestia.

Y la verdad es que eran muchas tierras. Lo único malo era que todas eran perpendiculares. En lo alto de la montaña asomaban las ruinas de una fortaleza antigua. Era el primer *Schloss* Stinkenbach. Un poco más abajo había una especie de castillo de Frankenstein, tan lúgubre que a primera vista poseía cierta imponente grandeza. El Mercedes de Putzi subió quejumbroso seguido por Ito. Por fin llegamos a una casucha deteriorada con una verja decrepita y oxidada que siempre estaba entreabierta. Un vejete con *Lederhosen* salió renqueando y tiró de la verja para abrirla. Un espantajo que parecía su mujer se afanaba tras él apartando del camino a un montón de gallinas.

—Pues ya estamos aquí —dijo jovial Putzi. Pasamos al lado de unas dependencias destartadas y el coche se detuvo ante un amasijo de piedra, escayola, madera, arcos, aleros, vigas, contrafuertes, baluartes y torreones. Era el *Schloss* Stinkenbach.

Cuando se abrió la enorme puerta de hierro, pasamos a un noble vestíbulo austeramente amueblado con feos muebles tallados, ennegrecidos por el tiempo. Las paredes de escayola, pintadas con lemas y escudos de armas, estaban erizadas de cornamentas. Un imponente horno de teja en un rincón despedía cierto calor. Por lo demás, hacía más frío dentro que fuera. Debajo del vacilante y tétrico resplandor de una araña de hierro había dos hombres y una mujer. Eran los hermanos y la cuñada de Putzi.

—¡Ah! —exclamó Putzi alegremente—. ¡El comité de recepción! Señora Burnside, señor Dennis. Les presento a mi familia al completo, los últimos Von Hodenlohern. Mi hermano mayor, Maximilian; mi hermano pequeño, Johannes; y Frieda, la mujer de Maximilian. Maxl, Hannes y Friedl.

Reparé en que, igual que en todo lo demás, Friedl, la baronesa reinante y la anfitriona, ocupaba el último lugar en el *Schloss* Stinkenbach. Era una rubia cansada y estropeada cuya belleza se había marchitado hacía mucho tiempo y que ahora afrontaba la menopausia y la melancolía con lúgubre y triste resolución. Friedl también parecía padecer un eterno resfriado, aunque no la culpo viviendo en aquella casa. Se había puesto una raída rebeca por encima de su nada favorecedor vestido azul «de los domingos» para esperar tiritando cruzada de brazos en aquel vestíbulo

lleno de corrientes de aire. Cumplí con la cortesía austríaca, entrechoqué los talones con más éxito de lo habitual y besé su mano fría y enrojecida.

—*Enchantée* —dijo Friedl castañeteando los dientes.

Maxl, el jefe de la familia, era moreno como Putzi, aunque mucho menos atractivo, ya que pesaba veinticinco kilos más y era diez años mayor. Llevaba ropa inglesa de campo demasiado ajustada y una redecilla en el pelo. Hannes, el pequeño de la familia, era poco mayor que yo. Era uno de esos tipos hechos a imagen y semejanza de los dioses teutónicos, delgado, musculoso, con ojos azules y rizos dorados. Habría sido el más apuesto de todos de no ser por la total ausencia de animación o calidez en su rostro cincelado y su mirada gélida. Taciturno hasta rozar el mutismo, su función social consistía principalmente en repartir mecánicamente reverencias y saludos. No es que sus modales dejaran nada que desear, pero Hannes daba la sensación de ser un robot muy bien educado.

—¿Has abierto el salón, Friedl, tal como te pedí? —preguntó Putzi.

—*Ja!* Sí, Putzi. Poldi encendió la *Kamin...*, eh, la, eh... —Friedl, cuyo inglés no era tan bueno como el de los hermanos Hodenlohern, no encontraba la palabra.

—La estufa —tradujo Putzi. Luego se volvió hacia nosotros con una sonrisa triunfal—. Probablemente ya sabréis que la calefacción central no es muy popular en Austria. Aquí nos calentamos con nuestras preciosas estufas antiguas de porcelana.

—Qué encanto —dijo la tía Mame sonriendo a la familia.

—Por favor, Friedl, llama a Poldi y muéstrales sus habitaciones a nuestros huéspedes.

Friedl tiró de un cordón comido por la polilla, y una campesina de rasgos angustiados y edad indefinible entró a toda prisa, cogió nuestras cosas y subió fatigosamente las escaleras.

—Seguidme, por favor —dijo Friedl.

Fue toda una excursión escaleras arriba y abajo —en todo el *Schloss* no parecía haber dos habitaciones que estuviesen al mismo nivel— por pasillos húmedos y resonantes. La casa tenía una estructura insólita, por decirlo suavemente, y las estancias, alas y pabellones se habían ido añadiendo de manera aleatoria a lo largo de los siglos. Debía de haber más de cien habitaciones en el *Schloss* Stinkenbach, aunque la mayor parte estaban cerradas a cal y canto, excepto para las gélidas corrientes de aire. La habitación de la tía Mame, en lo alto del decimoquinto piso, era un cómodo saloncito Biedermeier. La mía estaba al lado del vestíbulo y era una sala de piedra circular que probablemente hubiese sido antaño una torre de defensa. Había incluso una especie de almenas que separaban nuestros dos dormitorios —la tía Mame decía que era una terraza— y proporcionaban mucho más aire fresco del estrictamente necesario, además de lo que la tía Mame afirmaba que era una «vista panorámica del valle».

—¿No te parece que este castillo de cuento de hadas es increíble, cariño? —exclamó la tía Mame irrumpiendo en mi habitación unos minutos después.

—Desde luego —respondí—. Me trae a la memoria aquellos días tan felices en la mansión del conde Drácula.

Volví a contemplar mi dormitorio circular, sus frías paredes de piedra, sus aspilleras y el techo abovedado. La cama parecía una suntuosa tumba gótica. Un siniestro mueble tallado que semejaba una doncella de hierro resultó ser un armario ropero. En un lugar parecido debió de torturar horriblemente a Jan Hus alguno de los primeros inquisidores Von Hodenlohern —habían sido muy numerosos— antes de llevarlo a la hoguera en Praga. Un fresco primitivo de un mártir anónimo sufriendo algún tipo de intervención quirúrgica que daba escalofríos imaginar subrayaba aquel efecto. No pude sino preguntarme dónde habrían metido al pobre Ito. Pero a la tía Mame todo le parecía demasiado perfecto para expresarlo con palabras.

—Ah, cariño, han hecho falta cientos de siglos de *Kultur* para crear esta noble casa solariega. Patrick, espero que seas consciente de que tenemos el honor de que nos haya invitado una de las familias más antiguas de Europa. Los Von Hodenlohern descienden por línea directa de los Austria, por línea indirecta de los Barbarroja y por vía ilegítima de los Babenburg.

—Pobres bastardos —exclamé.

—Cariño, tienen la sangre tan azul que las únicas personas apropiadas para relacionarse con ellos están en la Kapuzinergruft. Ya sabes, Patrick, aquella tumba de Viena donde están enterrados todos los Austria.

—Apuesto lo que quieras a que es más acogedora que el *Schloss Stinkenbach*. No está mal para una visita, claro. Pero no me gustaría vivir aquí.

—Vamos, cariño, intentaremos encontrar el camino hasta el salón. Y cuida tus modales. Los suyos son tan, tan exquisitos.

Después de una excursión de más de media hora, llegamos por fin a un par de puertas imponentes que conducían al *salon*. Era un delirio dieciochesco estilo Maria Theresa parecido a las estancias del palacio de Schönbrunn o del Hofburg, pero no tan bien cuidado. Las paredes estaban cubiertas de brocados deshilachados que colgaban hechos jirones en varios sitios. En un extremo de la habitación, un tapiz mohoso retrataba a un Von Hodenlohern del siglo xvii (Augustus-Christus, «el Musculoso») destruyendo con una sola mano el Imperio otomano. El techo, excepto donde había goteras, estaba cubierto con una pintura alegórica que representaba a uno de los inquisidores Von Hodenlohern (Franz-Leopold, prelado de Pilsen) subiendo al cielo con la ayuda de seis querubines sobre los cadáveres de unos protestantes desnudos a quienes sin duda acababa de mutilar. Unos setenta retratos de antepasados con cimeras, petos, armiños, mitras y tiaras se alabeaban en sus marcos deslustrados en las demás paredes. Al otro lado de un encrespado océano de sillas rococó, mesitas desvencijadas, humeantes quinqués y vitrinas con mosquitos pegados a los cristales, los hermanos Von Hodenlohern y Friedl se acurrucaban en torno a una estufa de porcelana que parecía un barroco pastel de boda. Tenía el color y la textura de una tetera muy vieja y desprendía más o menos el mismo calor.

Los hombres Von Hodenlohern estaban hablando. Se habían sentado a hablar. Lo subrayo porque era lo que hacían siempre. Aquellos tres barones habían convertido el sentarse a conversar en una auténtica ciencia. No sé cómo no les dolían las posaderas ni padecían afonía. Al contrario, parecían vivir gracias a eso.

La vida en el *Schloss Stinkenbach* se había convertido en una rígida rutina inactiva pero no silenciosa. Después de nueve o diez horas de sueño se sentaban a dar cuenta de un copioso desayuno con el que ganar fuerzas para pasarse el día sentados. Luego los tres iban a sentarse a distintos sitios de la casa para reposar el desayuno. A las once, los tres hermanos se reunían en la *Herrenzimmer* y charlaban mientras Poldi iba y venía con salchichas, cerveza, queso y café. En realidad, los que hablaban eran Maxl y Putzi. Hannes se limitaba a sentarse junto a la ventana exhibiendo su perfil más favorecedor mientras miraba pensativo al norte y cruzaba las piernas embutidas en sus viejos *Lederhosen*. Sólo cuando Maxl decía algo lo bastante provocador sobre la vida de la familia antes de la guerra —que Hannes era demasiado joven para recordar—, el menor de los Hodenlohern cobraba vida y hablaba con apasionado laconismo en su inglés entrecortado y gutural.

Todos los hombres Von Hodenlohern hablaban un buen inglés y eran tan educados que insistían en no utilizar otro idioma en mi presencia. Yo habría preferido que no lo hicieran porque su conversación era más un «recuerdo del pasado» que un «boletín de actualidades». Aunque la culpa era sobre todo de Maxl. Por muy aristocrático que fuese, era un auténtico pelmazo: obeso, verboso, indolente e *ignorante*; una especie de Major Hoople de ultramar. Su monólogo trataba siempre de los buenos tiempos antes de que nada menos que Woodrow Wilson asesinara al archiduque Francisco Fernando en Sarajevo y el mundo entero se confabulara contra el Imperio austrohúngaro, y los Von Hodenlohern tuvieran que ver cómo requisaban sus tierras para entregárselas a esa pequeña república de judíos advenedizos, Checoslovaquia. Hannes, que no tenía ni idea de lo que decía, siempre estaba de acuerdo con él.

Putzi, no obstante, parecía estar más en contacto con la realidad. Señalaba educadamente las inexactitudes y los anacronismos, corregía las observaciones de Maxl y siempre trataba de obsequiarme con un reconfortante guiño de ojos cuando Maxl decía algo verdaderamente disparatado, como que Estados Unidos era un refugio para los desertores y malversadores austríacos, inferior en su desarrollo científico, dominado por la fiebre del dinero y una herramienta de los Rothschild. Por mucho que le gustase la vida familiar, no me extrañó que Putzi procurara pasar todo el tiempo posible lejos de las incomodidades del *SchlossStinkenbach*, la desabrida verbosidad de Maxl y el hosco silencio de Hannes.

La tía Mame acostumbraba a levantarse a la hora de comer. En su honor, Maxl se quitaba la redecilla del pelo, la sentaba a su derecha, y, con un público cautivo, se extendía sobre asuntos tan interesantes como lo maravilloso que era todo antes de la Primera Guerra Mundial y de que los Von Hodenlohern perdieran la casa familiar en

Viena, sus *Kronlands* en Moravia y se vieran obligados a vivir en su viejo pabellón de caza, el *Schloss* Stinkenbach. Friedl se sentaba a la cabecera de la mesa, tosiendo y tiritando, totalmente olvidada por todos, excepto cuando a Maxl se le ocurría decirle que le pidiera algo a Poldi. Por increíble que parezca, creo sinceramente que Poldi era la única criada en aquella casa inmensa. Al menos, era la única persona, aparte de Friedl, a quien vi trabajar alguna vez.

Después de comer, Friedl trabajaba, Maxl seesteaba y Hannes miraba hacia el norte. Pero Putzi, siempre animado, alegre y encantador, por lo general llevaba a la tía Mame a dar un pintoresco paseo. A menudo me invitaban a acompañarlos. Cada vez que aparecía *die Amerikanerin*, como llamaban a la tía Mame, era todo un acontecimiento en el pueblo de Stinkenbach-im-Tirol. Por mucho que intentase vestirse como una lugareña, con sus blusas bordadas y sus delicados *dirndls*, su maquillaje, sus tintineantes brazaletes, sus finas medias, su anillo de esmeraldas sin tallar e Ito siguiéndola en el Rolls para transportar lo que comprase no acababan de casar del todo bien con la imagen de una virginal campesina. Si se hubiese presentado en una litera engarzada de piedras preciosas y transportada por doce nubios desnudos, la tía Mame no habría causado más sensación. Así era aquel pueblo.

De todos modos, Putzi lo veía como parte interesada y nos enseñó orgulloso algunos ejemplos del siglo XIV. De hecho, todo en Stinkenbach era un ejemplo —y uno de los peores que he visto en mi vida—, desde la espantosa iglesia gótica hasta las casas *kitschig*, con sus pintorescos y delicados corazones tiroleses y flores pintarrajeados. «Dulce» fue el veredicto de la tía Mame, y saltó justo a tiempo para esquivar un cubo de inmundicia que habían arrojado desde una ventana. Nosotros lo esquivamos, pero acertó de lleno en el Rolls; oí chillar a Ito.

En fin, el pueblo era un horror, endogámico y empobrecido, sin electricidad, ni radio, ni teléfono, ni ninguna otra comodidad moderna que llevase un poco de aire fresco del mundo exterior. El pueblo y sus serviles habitantes me parecieron deprimentes y vergonzosos. Pero me caía bien Putzi, y si él pensaba que Stinkenbach-im-Tirol estaba bien, yo también estaba decidido a que me gustara. La tía Mame, claro, era incapaz de resistirse a cualquier nueva experiencia.

Siempre volvíamos al *Schloss* a tiempo para una especie de *Kaffeeklatsch* de media tarde en la biblioteca sombría y mohosa. Allí Maxl, descansado después de su siesta, volvía a presidir la audiencia sentado ante un triste fuego y le decía a Friedl dónde colocar los almohadones debajo de su gordo trasero, cuánta nata montada debía echarle al café y qué era lo que no le gustaba del pastel. Maxl, secundado por los ansiosos movimientos y los gruñidos de Hannes, hablaba de *die gute alte Zeit* hasta que llegaba la hora de presidir la conversación en la cena. Por las tardes, abrían el *salon*, lo iluminaban y lo calentaban justo por encima del punto de congelación, y la familia se reunía en torno a la estufa para hablar de los acontecimientos del día.

Después de un par de días en el *Schloss* Stinkenbach estaba deseando marcharme y no entendía que la tía Mame pareciera tan contenta en aquel lugar tan húmedo y

deprimente. Pero al cuarto día me despertó muy temprano un griterío procedente del camino de entrada y la voz de la tía Mame que gritaba desde las almenas que daban a mi habitación.

—Digo que vamos a la feria de caballos, Mame, querida —chilló Putzi.

—Lo sé, querido —respondió la tía Mame—. Y yo digo que esperes un segundo y os acompañaré. Adoro estas excursiones bucólicas.

Abrí la puerta y salí al parapeto. La tía Mame, envuelta en un camisón, estaba inclinada sobre las almenas gritando:

—¡No tardo ni un minuto en ponerme algo apropiado!

Abajo, los tres hermanos Von Hodenlohern estaban sentados en su viejo Mercedes mientras la pobre Poldi intentaba darle vueltas a la manivela.

—Pero, Mame —gritó Putzi—, las mujeres no podéis ir.

—¿Qué es lo que exhiben, Putzi, caballos o películas pornográficas? Al fin y al cabo, a lo mejor compro algún caballo ahora que...

—Lo siento, querida. Las mujeres no pueden ir. Volveré a tiempo de llevarte al *Kirchtag*.

—Pero, Putzi, eso es totalmente ridículo. Puedo quedarme en el coche y... —Fuera lo que fuese lo que podía hacer, nadie llegó a oírlo. El viejo Mercedes arrancó entre una serie de ruidosos petardeos. Con una agilidad impropia de sus años, Poldi saltó a un lado y le entregó reverentemente la manivela a Hannes. Se oyeron muchos más petardeos y traqueteos, y de nada habría servido gritar por encima del rugido del motor. El coche se alejó dando tirones por el camino mientras Maxl y Hannes miraban hacia delante y Putzi se volvía para decirnos adiós con la mano—. ¡Digo que podría...! —exclamó irritada la tía Mame. Luego se volvió y me vio en las almenas—. ¡Oh!, buenos días, cariño, debemos de haberte despertado con todo este ruido. Habría despertado a un..., la verdad es que algunas de estas costumbres anticuadas son totalmente absurdas. Los muchachos se han ido a una feria de caballos y no me han llevado. Mujeres no, gracias. Y yo que he traído este traje tan divino de tres piezas tejido a mano y...

—A lo mejor es que en Europa eso de los caballos es cosa de hombres.

—Tonterías. No se puede abrir un ejemplar de *Tatler* o de *Country Life* sin encontrarse páginas y páginas de mujeres horribles vestidas como Vesta Tilley para ir a ver a un montón de viejos...

—Bueno, estamos en Austria. ¿Qué más te dan a ti unos cuantos caballos?

—Oh, nada, Patrick, son sólo parte de esta vida tan divina mientras esté en... Te diré una cosa, cariño. Ya que nos hemos levantado a esta hora tan intempestiva, vistámonos y vayamos dando un paseo al pueblo a desayunar en esa *Gasthaus* tan pintoresca. Tengo que echar unas cartas al correo.

Media hora después nos pusimos en camino, con la tía Mame ataviada como si fuese

el hijo ilegítimo de Heidi y Guillermo Tell.

—Ah, cariño —dijo la tía Mame respirando profundamente el aire húmedo—. Mira esa vista. ¡Kilómetros y kilómetros y más kilómetros! Los días despejados se ve Alemania e Italia.

—Bueno, no esperemos a un día despejado. ¿Cuándo vamos a hacer las maletas y marcharnos de aquí?

—¿No te gusta esto, cariño? ¿La paz? ¿La tranquilidad? ¿Las pintorescas costumbres foráneas?

—Ha sido... diferente. Pero ahora tengo que pensar en la facultad y...

—Cuánto me alegro de que saques a relucir lo de la facultad, Patrick, porque estaba deseando hablarte de una universidad europea. Es muy *chic* estudiar en el extranjero. ¿Quién sabe dónde te habría enviado de no ser por el señor Babcock?

—Eso, ¿quién sabe?

—El caso es que estaba pensando en la Universidad de Viena..., del siglo XIV, igual que Stinkenbach. Una universidad muy brillante, famosa por Freud, Krafft-Ebing y...

—Y por los pogromos.

—Tonterías, cariño. El canciller Schuschnigg ha solucionado ya lo de los nazis. También están Budapest y Suiza. Hay cientos de buenas universidades por aquí.

—Está descartado. Ni siquiera hablo el idioma. Además, ¿quién quiere quedarse por aquí?

—Bueno, cariño, ya te dije que habíamos venido para una estancia indefinida.

—Aun así, no creo que nos dejen quedarnos los cuatro años que dura la carrera. Además, yo...

—En fin, Patrick, cariño —pareció un poco avergonzada—, te parecerá raro viniendo de mí, pero he encontrado tanta serenidad en este pueblecito austríaco de las montañas que he...

—¿Que has qué?

—He comprado el *Schloss* Stinkenbach.

—¿Qué?

—He comprado el *Schloss* Stinkenbach. ¡Oh! A Putzi le ha costado mucho convencer a Maxl para que se desprendiera de él, pero al final...

—Seguro que sí..., debió de tardar cinco o diez segundos en decidirse. ¿Es que te has vuelto majara? ¿Cómo se te ocurre cometer la locura de comprar esta morgue que nadie habría podido vender? Sin calefacción, sin luz. Sólo una bañera de latón que te deja el culo como el de un babuino cada vez que...

—Oh, claro, cariño, tengo intención de reformar totalmente el *Schloss*. Conservando todo su aire antiguo, claro, pero habrá que modernizarlo para dejarlo a la última. Calefacción central, diez o veinte cuartos de baño en tonos pastel (he pensado que el mío sea en ónice negro) y una cocina eléctrica. Quién sabe, hasta podría convertirlo en un rentable hotel para huéspedes escogidos. Me refiero a que

muchos están hartos de esos sitios tan pretenciosos como Saint-Moritz, Bad Gastein y Kitzbühel, y les encantaría un pueblecito sin corromper como...

—¿Sin corromper? ¿Cómo no va a corromperse un pueblo que lleva muerto tanto tiempo como Stinkenbach? Te has vuelto...

—Bueno, como es lógico, no querría vivir a lo grande y dejar que el pueblo siguiera en la miseria. Pienso reformarlo también, aunque sin sacrificar su pintoresco encanto. Ya sabes, cariño, tuberías, electricidad, teléfonos, asistencia médica, una escuela decente, tal vez una sucursal de Peck & Peck. ¡Sabré cuidar bien de mi pueblo!

—¿Tu pueblo? ¿Pero quién te has creído que eres? ¿Dios? Creo que has perdido la cabeza, y pienso marcharme de este agujero antes de acabar tan loco como tú. De todas las chifladas de mediana edad que...

—Cierra el pico, mequetrefe presuntuoso. Si no te gusta esto, puedes irte cuando quieras. Yo...

—Es justo lo que voy a hacer. Me vuelvo a Nueva York hoy mismo, aunque sea a nado.

Y con esas palabras volví a la casa, cuyo nombre supongo que debía de haber cambiado a *Schloss Burnside*, y corrí escaleras arriba a mi gélida celda de piedra.

Pero si contaba con estar solo, me equivoqué. Abrí la puerta con tanta fuerza que le di un golpe a la pobre Friedl, que estaba cambiando las sábanas. El impacto bastó para derribarla cuan larga era sobre el suelo, donde se puso a toser de una manera terrible.

—¡Uf! Lo siento, baronesa. No sabía que estuviese... —Por un momento temí haberla matado. Estaba azul y tosía como Violetta. El lema de la tía Mame (y de la marca de coñac Hennessy) ha sido siempre «Ten a mano una botella de coñac». Saqué la petaca de cuero de la maleta, ayudé a Friedl a sentarse en una silla y le acerqué la petaca a los labios. Dejó de toser. Luego vertí un poco de coñac en un vaso y se lo ofrecí—. Vamos, beba un poco. ¿Se encuentra usted mejor?

—Oh, gracias —jadeó Friedl, atragantándose un poco con el coñac—. No es nada. Sólo un pequeño resfriado. —Volvió a dar un sorbo, aunque más despacio—. *Ach!* Es muy fuerte. Pero está bueno. Me calienta los huesos. —Sostuvo el vaso vacío y le serví un poco más—. Qué gusto volver a sentir un poco de calor. —Sus ojos estaban vidriosos, y temí que pudiera desmayarse entre mis brazos—. Aquí siempre hace frío, en invierno, en verano, siempre. Casi no recuerdo lo que es tener calor. No he vuelto a sentirlo desde que estuve en Wien. ¿Conoce usted Wien? ¿Viena? —Volvió a sorber con elegancia.

—¿Viena? ¡Oh, sí! Es muy bonito.

—*Ja!* Allí siempre hace calor. ¿Conoce la Herrengasse? ¿La calle señorial? Ahí estaba la casa de mi padre. Una casa enorme y muy caliente. Siempre estaba caliente. —Los ojos empezaban a brillarle y las mejillas se le pusieron sonrosadas. Otro sorbo y la pobre Friedl casi volvió a parecer joven—. *Ach!* ¡Aquella casa de la Herrengasse!

¡Y los *jours* de mi madre! ¿Sabe lo que es el *jour*? *Très viennois, le jour*.

Comprendí que todas las familias vienesas que tenían la menor pretensión de estar a la moda empleaban palabras francesas sin pararse a pensar si venían o no a cuento.

—¿Se refiere a una velada para tomar el té? —pregunté.

—*Ja! Exactement!* Eso mismo. Los *jours* de mi madre. Siempre el mismo día: el segundo sábado de cada mes. *Ach! Las Delikatesse!* Tres tipos de *Bäckerei*... —Su voz empezó a divagar. Apuré el vaso y me lo ofreció para que se lo rellenara—. Todos los meses Wien, Viena, entera asistía a las maravillosas veladas de mi madre. Ahí fue donde conocí a Maxl, en uno de los *jours* de mi madre. Por aquel entonces era joven y guapo. No estaba gordo como ahora, era como Putzi..., ¿sabe lo que significa *schlank*? ¿Cómo se dice *élancé*?

—¿Quiere decir esbelto, delgado? —pregunté volviendo a llenarle el vaso.

—*Ja!* Eso mismo. *Schlank*. En la guerra mundial, Maxl fue *Kapitän*. El uniforme..., tan *stilvoll*..., *qui a du style... a del... aristocratique*. ¿Comprende? —Asentí suponiendo que alguna vez Maxl se había parecido a alguno de los retratos familiares en lugar de parecer un tonel de manteca. Y al mirar de soslayo a Friedl, también me pregunté si habría una delegación de Alcohólicos Anónimos en Stinkenbach-im-Tirol. El coñac se le había subido a la cabeza muy deprisa, pero a la vez que perdía las inhibiciones estaba recuperando el poco inglés que había aprendido y todas las afectaciones francesas de su infancia vienesa—. Yo era tan joven... Muy guapa. Mi familia..., no éramos *aristocratique*, sino ¿cómo se dice *haute bourgeoise*? Mi padre era dueño de un banco, *Privatbankgeschäft*. Privado, ¿entiende? Yo tenía la mayor *Mitgift* de Wien. ¿Sabe lo que significa *Mitgift*?

No lo sabía y me sonaba un poco obsceno, pero gracias a sus incursiones en otros idiomas, comprendí que se refería a la dote que su padre había pagado para sufragar su admisión en tan noble familia. El resto, por lo que pude entender, era pura historia: la derrota de Austria, el colapso de la economía, la quiebra del banco familiar de su padre y la disolución de las fincas de los Hodenlohern. Friedl se había —después de que Maxl malgastara la dote para pagar sus deudas y sus redenciones para el pelo— convertido en la criada fría, vieja, triste y sin hijos del *Schloss* Stinkenbach, despreciada por plebeya y repudiada por pobre por su marido y sus hermanos. Me pregunté vagamente qué tal le iría a la tía Mame como señora de la casa si Bache & Company quebraran del mismo modo. Pero estaba demasiado enfadado con mi excéntrica pariente para preocuparme. Lo único que quería era marcharme de allí, y el modo más rápido de lograrlo era librarme de Friedl.

—Bueno —dije metiendo unas camisetas en la maleta—, supongo que cuando los demás vuelvan de la feria de caballos ya me habré ido. Por favor, despídase de ellos en mi...

—¡Ja! —exclamó Friedl levantándose un poco tambaleante y sirviéndose más coñac—. ¡Caballos! Los caballeros Hodenlohern montan dos caballos: el caballo

austríaco y el caballo alemán en Berchtesgaden.

Me quedé boquiabierto.

—¿Berchtesgaden? ¿Se refiere usted a la residencia de Hitler?

—*Ja*. Berchtesgaden. Está a pocos kilómetros. Muy acogedor para los caballeros Hodenlohern. Los grandes barones de Austria trabajan ahora para un pobre austríaco... —Su inglés macarrónico volvió a fallarle, pero con su gesto se refirió claramente a un pintamonas.

—¿Es que va a plantarse ahí y decirme que los tres son nazis?

—No, los tres no.

—¡Ah! —dije aliviado. Sabía que por lo menos Putzi había logrado tener los pies en el suelo.

—No, mi Maxl es gordo, estúpido y perezoso. Cuando Hitler viene de visita, a Maxl le trae sin cuidado. Y si no viene, también. Maxl es viejo, *dumm*, *dünkelhaft*. Hannes no es más que un bebé..., joven y *albern*. —Se dio un elocuente golpecito en la cabeza—. Sueña con ser un gran *Schutzstaffel* en el deporte. Esos dos no pintan nada.

—Bueno —dije—, me alegra saber que al menos Putzi no...

—¡Putzi! —escupió—. ¡Putzi es el peor! Es... ¿cómo se dice un *Landsknecht*? ¿Comprende? —No la entendí—. Putzi lleva años trabajando para los nazis. Se reúne con ellos todas las semanas. En Berchtesgaden, en Innsbruck. No tiene dinero, pero se pasa el tiempo viajando. A París, a Londres y a Roma..., siempre con ropa elegante, siempre en hoteles encantadores y calentitos. ¡Y siempre para los nazis!

Por un instante me quedé demasiado perplejo para decir nada. Luego caí en que Putzi y los demás Hodenlohern no tardarían en mudarse a otro sitio.

—Bueno —dije cordialmente—, supongo que a nosotros nos da igual. Me refiero a que me marchó hoy mismo. Mi tía ha comprado el *Schloss*, imagino que ya lo sabe, así que usted también se marchará. Dejará de pasar frío y, haga lo que haga Putzi, no...

—No —respondió Friedl con voz monótona—. No me voy. Nos quedamos todos...

—¡Oh!, pero no podrán. Quiero decir que ahora que la casa ha pasado a ser propiedad de mi tía, no pueden quedarse. Quién iba a querer...

—Nos quedaremos. Nos quedaremos en esta casa tan fría hasta que muramos o nos maten. No tengo ni un céntimo. Los elegantes barones Von Hodenlohern necesitan una nueva *Mitgift*, otra mujer rica que sea una nueva Friedl. Putzi se casará con *Frau Burnside*, se lo prometo.

—Pero, oiga, si es al menos diez años más joven que ella...

Friedl me cogió del brazo.

—¡Escúcheme usted a mí! Llévesela. Llévesela de aquí. Es buena. Es amable. Alegre. Alocada. Igual que era yo. Llévesela antes de que se convierta en prisionera de este horrible lugar.

—¿Prisionera? ¿La tía Mame?

Por supuesto, sabía que estaba borracha, pero cierto apremio en la voz de Friedl me impulsó a seguir escuchándola.

—*Ja!* Una prisionera como yo. Prisionera en esta casa tan horrible. Hay cosas aquí que no creería. Hay habitaciones que...

—¡Friedl! —gritó Maxl—. ¡Friedl!

Friedl se puso lívida y abrió los ojos como platos.

—Han vuelto. Han regresado ya. Tengo que marcharme.

—¡Eh, espere...! —exclamé.

—No, tengo que irme. Por favor. No diga nada de lo que le he contado.

Y con esas palabras, Friedl se marchó... a cortarle las uñas de los pies a Maxl, según supe después. Empecé a deshacer el equipaje.

Estaba decidido a ir a ver a la tía Mame y contárselo todo sin andarme por las ramas. Pero fue ella quien pasó a verme a mí.

—¡Ah! —dijo sin darle importancia—, ¿aún estás aquí? Te imaginaba camino de Nueva York cargado de raquetas de tenis, banderines y señales de prohibido aparcar para tu educación universitaria. Si necesitas dinero para el viaje, estaré encantada de...

—Escucha, tía Mame —la interrumpí—. Tengo que decirte algo. Es de vital importancia que...

—Gracias, pero no —dijo con melodramática grandeza—. Ya has dicho suficiente. De todos modos, puesto que todavía disfrutas de mi hospitalidad, bajo *mi* techo, hay algo que sí puedes hacer. Haz el favor de acompañarme al *Kirchtag*. Quiero aprender el *Schuhplattler* y...

—¿Acompañarte adónde?

—Al *Kirchtag*. Es el mercadillo de la plaza de la iglesia y, puesto que voy a ser más o menos la benefactora de Stinkenbach, es mi deber acompañar a los lugareños en estas ocasiones festivas. Créeme, no te haría perder tu valioso tiempo si Putzi y sus hermanos no hubiesen tenido que asistir a una especie de reunión de terratenientes y...

—Pero si ya no son terratenientes, ¿por qué...?

—No me hables. No digas nada. Sólo esfuézate por parecer ser lo más amable posible. ¡Oh!, y asegúrate de ponerte los preciosos *Lederhosen* que te compré.

Sintiéndome un completo idiota y con pinta de serlo, bajé andando al pueblo mientras la tía Mame, la nueva propietaria del *Schloss* Stinkenbach, viajaba majestuosamente en el Rolls. El pueblo, un poco menos soñoliento que de costumbre, estaba cubierto de banderitas descoloridas. Habían montado unos cuantos puestos en los que vendían objetos increíblemente *kitsch*: figuritas mal talladas, delantales con llamativos bordados, barómetros rústicos y otras baratijas parecidas. También

anunciaban a voz en grito la cerveza y el vino de la comarca y unos buñuelos del tamaño y el peso de una bala de cañón, mientras una banda de música integrada por sólo cuatro miembros tocaba enfrente de la taberna local. Había muchas mozas del pueblo que parecían toneles de mantequilla con sus *dirndls* deshilachados, algunas lugareñas de mediana edad y unas pocas viejas. No había ni un solo hombre.

—No veo el club de solteros.

—¡Qué mas da! —dijo con frialdad la tía Mame—. Sin duda esperan a que inaugure las festividades. Si me ayudas a poner la cosa en marcha con un alegre *Schuhplattler*, no te pediré nada más. *Der Schuhplattler, bitte* —le pidió al director de la banda—. Vamos, Patrick.

En cuanto quise darme cuenta, me vi en mitad de la plaza intentando seguir a la tía Mame en las intrincadas inanidades de una danza típica tirolesa. Se le daba bastante bien y se las arreglaba para disimular lo que no sabía. Yo no.

—Oye, tía Mame. Me da igual que estés loca o no, pero...

—No hables, chico, concéntrate. Ahora da una palmada, golpéate las rodillas y...

—Pero tengo que hablarte de Putzi. Es un redomado... —Antes de que pudiera terminar, la tía Mame había desaparecido. Reapareció a mis espaldas y chocó su trasero con el mío al ritmo de la banda—. Tía Mame. ¿Me estás oyendo?

—Ni siquiera te estoy escuchando. Estoy bailando. Ahora da una patada. —Los campesinos lloraban de risa—. Da una palmada, golpéate el muslo. Da otra patada.

Confundido y avergonzado, resbalé y caí sobre los adoquines. Los lugareños apenas se tenían en pie. Me di un buen golpe en la cabeza y sólo reparé en una especie de aurora boreal que se extendía ante mis ojos y en las risas de las campesinas. Luego las risas cesaron y durante un par de segundos se hizo un profundo silencio, interrumpido sólo por esa voz meliflua e impostada que tanto adoran los aficionados al teatro del mundo entero.

—Dios —resonó la voz entre las montañas—, ¿acaso van a tener que arrastrarnos hasta Shangri-La para comprar una condenada lata de gasolina?

Alcé la vista. En la calle principal del pueblo vi una yunta de bueyes que tiraban de un despampanante deportivo inglés. Sentados en la capota plegada estaban el honorable capitán Basil Fitz-Hugh y su mujer, Vera Charles.

—¡Vera! —chilló la tía Mame—. ¡Basil! ¿Qué demonios...?

—¡Dios mío! ¡Mame! —Al cabo de un instante, las dos damas estaban abrazándose en mitad de la plaza de la iglesia. Si los habitantes de Stinkenbach-im-Tirol habían encontrado exótica y foránea a la tía Mame, qué pensarían al ver a Vera Charles con su pelo de color caoba, sus diamantes, la estola de piel de lince, el vestido muy ajustado y el descarado sombrero de París—. ¡Mame, querida! —chilló teatralmente Vera—. ¡No sabes lo maravillosamente divino que es ver una cara amiga en este lugar dejado de la mano de Dios! Basil y yo volvíamos de Bad Gastein cuando... Y hablando de sitios dejados de la mano de Dios —dijo con acento puramente estadounidense—, ¿qué demonios haces en este agujero y vestida

así?

—¿Yo, Vera? Soy la propietaria —respondió la tía Mame. Luego siguió parlotear—. ¡Oh, es maravilloso teneros aquí a Basil y a ti! Tenéis que subir a ver mi *Schloss*. Y, por supuesto, os quedaréis a pasar la noche. No admitiré un no por respuesta. ¡Ito! Ocúpate del equipaje de los Fitz-Hugh.

Después de aquello, cualquier esperanza de poder hablar con ella habría sido una locura. La tía Mame y Vera, sin dejar de parlotear, metieron a Basil en el Rolls y me dejaron encargado de encontrar gasolina para el coche de Basil y de volver después al *Schloss*. Cuando regresé, no vi ni oí a la tía Mame ni a sus invitados en ninguna de las habitaciones principales. Deprimido, fui arriba a tumbarme y meditar un poco. Pero nada más acostarme oí las resonantes voces de Vera y de la tía Mame en las almenas que daban a mi habitación.

—Sí, Mame, sí —estaba diciendo Vera—, será muy europeo y pintoresco, pero ¿por qué demonios lo has comprado? Este sitio es más viejo que Matusalén, más grande que el Waldorf y más frío que el corazón del empresario Belasco. Basil, cariñito, tráeme mi estola.

—Enseguida, querida.

—¡Oh, pero, Vera! ¡Las vistas! ¡Mira ese paisaje, y todo me pertenece!

—Pues cómprate una linterna mágica. Además, estos teutones me dan escalofríos. Hay algo en el aire que...

Animado por las palabras de Vera, decidí reunirme con ellas en las almenas. Ahí estaban contemplando el valle y pasándose una a otra los prismáticos.

—No, Mame —prosiguió Vera alcanzándole los binoculares—, te han dado gato por liebre. Serás muy desgraciada en este...

—Calla, Vera, estoy intentando ver...

—Tienes toda la razón, Vera —intervine—, es lo que he estado tratando de decirle. Ella...

La tía Mame soltó los prismáticos.

—¡Patrick! —dijo secamente volviéndose hacia mí—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no escuches las conversaciones ajenas a escondidas? Vuelve a tu habitación y espera a que sea la hora de cenar.

—Tía Mame, yo sólo...

—¡Haz ahora mismo lo que te digo! —me espetó—. ¡Andando! —Dolido y hambriento, regresé a mi habitación. Nada más cerrar la puerta oí decir a la tía Mame —: Vera, coge los prismáticos y mira ahí...

De no ser por lo que me había contado Friedl, habría hecho las maletas y me habría largado del *Schloss* en ese mismo instante. Pero me tragué mi orgullo, me vestí y bajé a cenar cuando Poldi tocó la campana. Era evidente que la tía Mame estaba alardeando ante Basil y Vera. Cenamos de etiqueta, y la comida fue mejor que de

costumbre. Como siempre, Maxl presidió la mesa con Vera a su derecha, mientras la pobre Friedl, destemplada y con los ojos hinchados, se sentaba enfrente vestida de lamé raído.

Maxl, que tenía debilidad por las mujeres guapas —sobre todo si eran ricas—, se esforzó por encandilar a Vera y estuvo chispeante con nuevos e interesantes temas de conversación.

—Sí, mi querida señora, antes de la Gran Guerra las cosas eran muy diferentes. Teníamos la casa familiar en Viena, muy cerca de palacio, y por supuesto nuestras *Kronländer* en Mähren. Nuestras fincas eran inmensas y además un *latifundium*, tierras vinculadas como dicen ustedes los ingleses, que se heredaban de padres a hijos y no podían venderse. Por supuesto, nosotros no teníamos que hacer nada. Las familias nobles nos limitábamos a contratar a algún judío avisado para que las administrara con enormes beneficios.

—¿Ah, sí? —preguntó Vera—. Pues es una suerte que aquí no tengan que hacer lo mismo. Ni un magnate como Samuel Insull podría sacar nada de este sitio.

No pude contener la risa y salpiqué de delicadas gotas de consomé el centro de mesa.

—Vera —dijo la tía Mame aclarándose la garganta.

—Me refiero —prosiguió Vera, volviendo a utilizar su elegante inglés británico— a que los terrenos en torno a Stinkenbach son tan magníficos que sería un crimen echarlos a perder sólo por motivos económicos.

—Cierto —coincidió Basil con aire incómodo.

En ese momento Putzi intervino en la conversación deshaciéndose en sonrisas y corteses reverencias, y convertido en el vivo retrato de un hombre mundano y aristocrático. Antes también me había seducido a mí, pero a esas alturas me parecía un individuo maniobrero, pegajoso y artero, un hombre capaz de vender su nombre, su país y a su propia madre a cambio de un traje bien cortado, billetes de primera clase y la vaga promesa de que lo hicieran *Gauleiter* después de traicionar convenientemente a su pueblo.

—¡Ah, cuánta razón tiene, lady Fitz-Hugh! —Vera no tendría derecho a utilizar el título hasta que falleciera el padre de Basil, pero Putzi estaba dispuesto a todo con tal de adularla—. Ya le dije a Mame cuando compró las tierras que aquí se puede hacer una fortuna..., sobre todo en invierno, con la nieve. —Friedl se estremeció y se frotó los finos y azulados brazos—. Con esta casa tan enorme transformada en hotel, después de realizar unas cuantas mejoras, claro, Stinkenbach podría convertirse en un gran centro turístico. Por supuesto, nadie de nuestra familia podría entrar en el negocio, pero ustedes los estadounidenses son diferentes. Ya sabrá que los austríacos nunca hemos sido muy listos a la hora de hacer negocios. Pero imagine cómo será cuando los esquiadores del mundo entero vengan a alojarse en esta casa y hagan ricos a Stinkenbach y a Mame. Naturalmente, yo me quedaré para...

—No sé por qué dice que los austríacos no son muy listos o muy oportunistas,

Putzi —dije, incapaz de contenerme—. Piense, sin ir más lejos, en ese pintor austríaco de tres al cuarto, Adolf Schicklgruber. Empezó de la nada y ahora ha ascendido a lo más alto pisoteando a todo el mundo. Y en cuanto a lo de ser listo para los negocios...

—¡Patrick! —me espetó la tía Mame. Casi se levantó del asiento y tenía los ojos encendidos—. Es suficiente —dijo un poco más tranquila—. Haz el favor de no interrumpir a los demás cuando están hablando.

Reparé en que los nudillos de Putzi se habían puesto blancos —tanto como el rostro de Friedl— mientras cogía su copa de vino.

—Vamos, muchacho —dijo Basil en tono conciliador—. Hitler ha hecho muchas cosas buenas en Alemania.

Me quedé tan atónito que apenas reparé en que Poldi subía los tres tramos de escalera que unían el comedor con la cocina cargada con un *Salzburger Nockerln* crujiente y calentito.

—Pues claro —coincidió Vera. La apuesta cabeza de Hannes asintió vigorosamente.

—¡Ah, mi pobre muchacho estadounidense! —dijo Putzi con una desquiciante sonrisa—. Caes en un error muy común en los países con una sociedad sin clases. Por supuesto que Hitler es un héroe, pero sólo para los campesinos. La aristocracia, incluso la alta burguesía, ni siquiera lo tiene en cuenta.

—Pues a mí me parece que hay por aquí muchos supuestos aristócratas que están encantados de venderle su alma a Hitler..., por dinero, claro.

—¡Patrick! —gritó la tía Mame, que esa vez sí se había puesto de pie—. ¡Sal ahora mismo de aquí! No permitiré que un colegial sabelotodo insulte a mis amigos. ¡Ve a tu habitación!

—¡Puedes estar tranquila porque es justo lo que pienso hacer! —grité. Tiré la servilleta sobre la mesa y me fui a grandes zancadas.

—Por favor... —murmuró Friedl, pero no oí nada más.

Por tercera vez en aquel día, entré furioso en mi habitación y cerré de un portazo. Me quité la ropa y me metí en la cama. Pero era demasiado pronto para dormir. No sé cuánto tiempo estaría dando vueltas. Por fin, cuando empezaba a quedarme adormilado, me despertó alguien que hablaba en las almenas. Escuché un momento y reconocí la voz de Maxl y nada menos que la de Vera.

—¡Ah, qué vistas! —estaba diciendo Vera.

—Sí, señora mía —ronroneó Maxl—. Ésas de ahí son las luces de Stinkenbach-im-Tirol.

—Sí —dijo Vera—. Ya veo las dos. —Luego soltó una encantadora risita y dijo —: ¡Oh, barón, por favor!

—¡Ah, señora mía! —gimió Maxl—. Ojalá tuviese una diosa tan hermosa y comprensiva como usted que me quisiera y no a esa estúpida de Friedl. Dígame..., un amigo mío tiene un refugio de caza en Zell am Ziller. ¿No querría usted venir

conmigo?

—Ah, barón Von Hodenlohern. No sé qué decir.

—Diga que sí, señora mía. Piénselo, usted y yo solos en la montaña.

—Estoy dividida, terriblemente dividida. Mi corazón dice sí..., sí..., sí, sí. Pero la razón dice que no. Este amor tan grandioso podría convertirse en una relación sórdida.

—No, no, no —gimoteó Maxl.

—¡Sí, sí, sí! Además, está mi marido. Pensará usted que es un hombre tranquilo y complaciente. ¡Pero le advierto de que es una bestia! ¡Sí, una bestia! Ah, no sabe usted lo que sufro. Se vuelve loco de celos. Me pega. Y ha matado, sí, asesinado, a desdichados subalternos más jóvenes sólo por mirarme. Si llegara a enterarse de que usted y yo nos hemos escabullido de la fiesta para pasar este breve momento juntos, no imagino lo que sería capaz de hacer.

—¡Maxl, Maxl! —gritó la voz de Putzi.

—Váyase, de prisa —dijo Vera—. Oigo llegar a los otros. ¡Mañana le daré mi respuesta!

—Eso es —grité—, láguese de aquí y deje dormir a los demás. ¡Menuda luna de miel, Vera! —Y cerré la puerta de la terraza con tanta fuerza que uno de los cristales se rompió—. Dios mío —dije en voz alta—, todo el mundo se ha vuelto loco.

Sólo después caí en que Vera estaba repitiendo, palabra por palabra, la gran escena de amor de uno de sus mayores éxitos en Broadway, *El corazón de Lalage de Trop*.

Tras una noche plagada de horribles pesadillas, me despertó el ruido de algo que rascaba contra el suelo del dormitorio. Alcé la mirada justo a tiempo de ver que alguien colaba una nota por debajo de la puerta. La cogí, la abrí y la leí. Escrita con la cuidadosa caligrafía germana de Hannes, había una especie de invitación. Decía así:

¿Querría usted acompañarnos a mi hermano Maximilian y a mí a dar un paseo por la montaña? Nos encantaría enseñarle el antiguo *Schloss Stinkenbach*. Podemos partir en cuanto quiera.

Atentamente,

JOHANNES VON HODENLOHERN

Aparte de asistir a mi propio velatorio, no se me ocurría nada que me apeteciera menos, pero por muy siniestros que fuesen Maxl y Hannes, al menos no estaban directamente a sueldo de los nazis. Abrí la puerta y salí al frío pasillo justo a tiempo de ver a Hannes que empezaba a bajar las escaleras.

—Estupendo. Estaré encantado de acompañarles, en cuanto termine de vestirme.

—¿Le parece bien en quince minutos? —preguntó Hannes con una de sus raras sonrisas.

—Quince minutos.

Los tres debíamos ofrecer una extraña estampa al ponernos en camino. Hannes, con botas, *Lederhosen*, todo músculo y tostado por el sol, parecía una ilustración de *Jugend* para las Juventudes Hitlerianas. Maxl también se había puesto ropa de montaña, con su gordo trasero bifurcado por unos pantalones cortos de cuero demasiado apretados. También llevaba una cuerda muy larga y un equipo de primeros auxilios.

—¿Vamos a escalar el Everest o a dar un paseo por las montañas? —pregunté. Cada vez me apetecía menos aquella excursión, aunque tenía la ventaja de que me permitía alejarme de la tía Mame y su novio nazi el tiempo suficiente para hacer algunos planes.

Al ponernos en camino, oí que la tía Mame gritaba:

—¡Patrick! ¡Patrick! ¿Adónde vas?

Me volví. Estaba asomada a las almenas.

—Fuera —dije con frialdad.

—No, cariño. ¡No! Vamos a ir de excursión... Basil, Vera, Putzi y Friedl. Te... necesito para completar el grupo.

—A lo mejor puedes convencer a los Göring de que te acompañen..., son una pareja encantadora. ¿Adónde vais, a Berchtesgaden?

Tal vez no hubiera debido decir eso, pues Hannes y Maxl intercambiaron una mirada muy elocuente.

—¡Patrick! ¡Espera! Te prohíbo que...

Me di la vuelta y le hice una cuchufleta.

—En marcha —dije.

El antiguo, original y ruinoso *Schloss* Stinkenbach no parecía estar mucho más arriba que la versión del siglo XIV, pero aún así era una buena caminata y casi toda cuesta arriba. Tuvimos que escalar varias veces, y en más de una ocasión agradecí que Maxl hubiera llevado la cuerda. Al cabo de una hora Maxl estaba resollando como una marsopa, yo estaba muerto de sed y agotado e incluso Hannes, nuestro chico de A la Fuerza por la Alegría^[1], jadeaba un poco.

—Descansemos un poco, ¿os parece? —dijo Hannes. Una vez más, me obsequió con una gélida sonrisa y soltó su mochila—. ¿Tienes sed? —preguntó sacando dos finas botellas de vino.

—Un poco —respondí.

—Toma —Hannes escanció una enorme cantidad en una taza y me la pasó. Me pareció mucho vino para esa hora tan temprana de la mañana, sobre todo porque no me habían dejado tiempo para desayunar.

—¿No..., no habéis traído agua? —pregunté.

—Ah, agua. Sí, cuando lleguemos a la antigua fortaleza. Ahora bébete esto. Ya casi hemos llegado.

Apuré la taza, y antes de que pudiera decir que no, Hannes volvió a llenarla.

—¿Vosotros no queréis?

—¡Oh, no! —dijo Hannes dándose un golpe en el pecho—. Esperaré hasta que lleguemos a la cima. Demasiado vino es malo para el organismo. Mira si no a mi hermano Maxl.

Efectivamente, Maxl ofrecía una estampa penosa, sentado a la sombra de un árbol y jadeando como un mastín viejo.

Me bebí la segunda taza y rechacé sabiamente una tercera, aunque seguía estando muy sediento.

—Y ahora ven a contemplar la vista —dijo Hannes—. Por aquí.

Yo estaba un poco harto de tanto contemplar el paisaje, que parecía ser la única ocupación en Stinkenbach, pero me arrastré detrás de Hannes, que se plantó con ágiles zancadas al borde del abismo.

—Mira —dijo jovial—, toda Austria a nuestros pies.

Me pasó afectuosamente el brazo por encima del hombro. Yo habría preferido que no lo hiciese. Algunas veces Hannes me recordaba a esos tipos a quienes lo único que les hace más felices que comportarse de forma viril es encerrarse en su habitación y ponerse una peluca rubia y el vestido de fiesta de mamá. Además, a nuestros pies había una caída de varios cientos de metros.

—Mira —dijo Hannes apretándome ligeramente el hombro—, ahí abajo se ve el *Schloss* y las personas... Parecen insectos diminutos.

Miré mareado hacia abajo. Lo que decía era cierto. Ahí estaba el *Schloss* Stinkenbach extendiéndose en todas las direcciones. Vi a Poldi haciendo la colada detrás del castillo. El Rolls de la tía Mame y el deportivo de Basil estaban aparcados en el camino de entrada. También vi campos y dependencias que ni siquiera sabía que existieran.

—Mira —dije señalando dos puntitos de colores—, ahí están la tía Mame y Vera, quiero decir la señora Fitz-Hugh, ¿qué estarán haciendo en ese campo tan lejos de...?

No tuve ocasión de decir más. Hannes me sujetó con más fuerza y noté algo frío y metálico en la nuca. Era el revólver del soñoliento Maxl.

—Y ahora, mi joven amigo socialista —dijo Hannes—, prepárate a sufrir un accidente mientras escalas las montañas de las fincas de tu tía. La cuerda, Maxl. *Der Strick*.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Qué crees que estás...?

—Creo que voy a atarte con esta cuerda —dijo Hannes—. Esperaremos a que salgan de excursión. Luego ocurrirá tu trágica caída. El pobre estadounidense había bebido demasiado vino y...

Comprendí que tenía que vérmelas con un par de chiflados y traté de ser razonable.

—Pero, Hannes, si me encuentran maniatado sabrán que no ha sido un accidente.

—Te desataremos... cuando estés al pie del precipicio. Cuando te encuentren,

tendrás un aspecto muy natural. Maxl... —Hannes empezó a decir algo en alemán rápido y coloquial mientras me ataba. No obstante, no pude ofrecer resistencia. Cualquier paso en falso habría supuesto mi muerte en una pose ciertamente natural.

—¡Hannes, Maxl! Esto es...

No me permitieron decir más. Me pegaron una tira de esparadrapo del equipo de primeros auxilios en la boca. Hannes y Maxl trabajaron con tranquila eficiencia, riéndose y haciendo bromas en alemán. Para ser un par de inútiles, resultaron muy eficaces. Me ataron y amordazaron antes de que tuviese tiempo de pensar que aquello podía ser mi amargo final.

Una vez terminó de maniatarme, Hannes me sonrió y dijo:

—Ah, mira ahí abajo. Los coches se marchan. —Luego me abofeteó dos veces—. Esto es como despedida. Maxl...

Justo en ese momento se produjo una explosión que sacudió toda la montaña. Me refiero a que la onda expansiva nos derribó a los tres al suelo. Tumbado allí, con la cabeza al borde del abismo, vi el humo y las llamas que surgían de una de las dependencias del *Schloss Stinkenbach*. Se produjo otra explosión que volvió a estremecer la montaña e hizo volar por los aires otra de las dependencias.

—*Gott!* —gritó Hannes—. *Das Zeughaus!*

Los dos hermanos Von Hodenlohern echaron a correr colina abajo, dejándome al borde del precipicio. Me esforcé por liberarme, aunque con mucho cuidado, teniendo en cuenta lo delicado de mi situación. A la segunda explosión siguió una tercera y luego una cuarta. Después noté una mano que tiraba de mí. Al volverme vi el rostro bronceado del capitán Basil Fitz-Hugh. «Bueno —pensé—, da igual quién me liquide..., un nazi es tan bueno como cualquier otro».

—Patrick —dijo Basil quitándome el esparadrapo de la boca—. Nos tenías muy preocupados.

—¿Que estabais preocupados? ¿Y yo qué?

—¡Oh! En realidad, no has corrido ningún peligro —dijo cortando las cuerdas—. Hace tiempo que os sigo a una distancia prudencial. Y, por supuesto, voy armado.

—¿Y por qué no les has disparado? El borde del acantilado no me parece una distancia muy prudencial.

—No te entretengas haciendo preguntas ahora, muchacho. No podemos perder un instante.

Eché a correr montaña abajo y yo fui tras de sus pasos, perplejo, pero feliz de seguir con vida. Como es natural, fuimos cogiendo velocidad y en menos de diez minutos llegamos a la carretera que salía de *Stinkenbach-im-Tirol*. El Rolls de la tía Mame estaba aparcado en la cuneta esperándonos. Detrás vi el deportivo de Basil con Ito al volante. A su lado estaba Friedl, envuelta en la estola de lince de Vera. Parecía aterrorizada, pero al menos iba calentita.

—¡Patrick, cariño! —gritó la tía Mame, bajando de un salto del coche. Me cogió entre sus brazos. Temblaba de pies a cabeza y sus mejillas estaban surcadas de

lágrimas. Luego Vera, para no ser menos, se apeó también y abrazó a Basil, ahogándolo entre sus pieles de marta y manchándolo de rímel mezclado con lágrimas.

—¡Basil, oh, Basil! ¡Mi héroe! Me alegra tanto que estés a salvo. He envejecido cien años mientras estabas en esa montaña. Dime, cariño, ¿qué han...?

—Ahora no —dijo la tía Mame intentando encender un cigarrillo. Sus manos temblaban violentamente—. Salgamos de este horrible lugar. No sabemos cuántos...

—Tienes razón —dijo Basil. Se puso al volante y yo, que conocía las carreteras y caminos de Stinkenbach, me senté a su lado. Pisó el acelerador y salimos disparados, seguidos de cerca por Ito.

De no ser porque tenía dos ojos y dos brazos, el honorable Basil se parecía a lord Nelson timoneando el Rolls mientras nos dirigíamos a Salzburgo. Totalmente confundido por los acontecimientos del día, insistí en que me diera una explicación.

—Verás, Patrick, tu querida tía Mame descubrió que el barón Von Hodenlohern, es decir, Putzi, era un nazi redomado cuando ella y Vera se pusieron a contemplar ayer el valle con los prismáticos.

—Yo podría habérselo dicho, pero no quiso escucharme.

—Tal vez fuese mejor que lo descubriera por sí misma cuando vio a Putzi y a su hermano pequeño Johannes adiestrando a los niños y jóvenes del pueblo. Según Vera, fue todo un espectáculo. El paso de la oca, el saludo nazi..., todas esas paparruchas. No hace falta que te diga que tu tía se quedó atónita. Y ya imaginarás lo preocupada que la dejaste cuando, anoche en la cena, dijiste todas esas cosas tan desafortunadas, por muy ciertas que fuesen.

—Supongo que me fui un poco de la lengua.

—Y no le faltaban motivos para estarlo. Descubrí lo que ocurría al pasar delante de la *Herrenzimmer* y oír a Putzi dando instrucciones a sus hermanos para que se librasen de ti en las montañas. De no ser por las aburridas clases de alemán de mi vieja *Fräulein*, no habría entendido nada de lo que decían. De hecho, al principio no di crédito a lo que oía.

—Podrías haberme avisado.

—Patrick, Mame te avisó. Pero no le hiciste ni caso. Al contrario: te fuiste con Hannes y Maxl. Pero eso no es todo. Por lo visto, anoche Friedl se lo contó todo a tu tía Mame e incluso le mostró varias cosas que guardaban en las estancias del *SchlossStinkenbach*. Armas. Dinamita. Cajas y más cajas de munición. Y para tratarse de una casa que no tiene electricidad, una de las emisoras de radio más sofisticadas que he visto. Hay que reconocer que a los alemanes se les dan muy bien esas cosas. En fin, como te iba diciendo, Friedl se lo explicó todo a Mame. Incluso le habló de las municiones que guardaban en algunas dependencias. Ya imaginarás que a esas alturas Mame estaba loca de preocupación. Era una situación delicada y requería una acción decidida.

—Desde luego —dije estremeciéndome al recordar lo que había estado a punto de sucederme.

—Así que, cuando te fuiste con esa pareja esta mañana, os seguí. Por suerte, había practicado un poco de montañismo... en la Primera Guerra Mundial, ya sabes.

—¿Y lo de todas esas explosiones?

—¡Ah, sí! Menudo espectáculo, ¿eh? Eso fue cosa de Mame y Vera. Sencillamente, fueron a los arsenales con una lata de gasolina de mechero y les pegaron fuego. Al fin y al cabo, eran propiedad de Mame.

—Dios, Basil, se nota que has estado en el ejército por cómo lo has planeado todo.

—No, muchacho. Ha sido idea de Mame. Por lo visto, el bisabuelo de su marido, el general Lafayette Pulaski Pickett, llevó a cabo una maniobra de distracción en la segunda batalla de Manassas volando un arsenal. Al menos, eso dijo. Lo cierto es que el plan fue suyo. Es la mejor estrategia militar desde Juana de Arco.

—Pero ¿por qué no se lo impidió Putzi...?

—¡Dios mío! ¡Putzi! Me había olvidado de él.

—¿Dónde está?

—En el maletero.

—¿Dónde?

—En el portaequipajes, o comoquiera que lo llaméis los estadounidenses —dijo. Detuvo el coche y todos nos apeamos.

—¡Oh, Patrick, cariño! —dijo la tía Mame envolviéndome con sus brazos—. Si te hubiese pasado algo, me habría suicidado. Tenías razón en lo de Stinkenbach: es un pueblo siniestro y andrajoso..., y yo fui tan tonta que por poco llego tarde.

—Mame —dijo Basil—. Tenemos que librarnos de tu barón austríaco.

—¡Cielos, sí!

—¿Qué está haciendo Putzi ahí detrás, tía Mame? —pregunté.

—Verás, Patrick, yo no quería, pero esta mañana no nos dejaba en paz. Así que lo noqueé.

—¿Que lo noqueaste?

—Sí, cariño, con ese jarrón *cloisonnée* tan feo del *salon*. Se hincó de rodillas para declararse y me pareció una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Luego Vera y Friedl me ayudaron a bajarlo y encerrarlo. No se me ocurrió otro sitio donde meterlo.

Basil abrió el maletero, y Putzi, incoherente por la rabia, forcejeó para salir.

—¡Mame! Si esta broma te parece divertida...

—¿Una broma, barón Von Hodenlohern? ¡No he hablado más en serio en toda mi vida, traidorzuelo despreciable!

Putzi miró hacia el *Schloss* Stinkenbach con el rostro desfigurado por el horror. Grandes nubes de humo negro se alzaban de los tejados apenas visibles de las dependencias. Luego se oyó un terrible estruendo y vimos cómo el tejado del propio castillo salía volando por los aires. Putzi se abalanzó sobre la tía Mame como una pantera. Pero yo fui aún más rápido. Adelanté el pie y cayó con un sonoro golpe

sobre la carretera.

—¡Haré que te metan en la cárcel! —chilló—. Le has pegado fuego a nuestra casa.

—¿Vuestra? —respondió la tía Mame—. Tengo aquí las escrituras. Y a propósito: mi respuesta a su proposición de esta mañana es no.

—Pero nuestras municiones, nuestras armas, nuestra...

—Me vendió usted el castillo con todo su contenido, barón Von Hodenlohern. Doy por sentado que eso incluía la emisora y el arsenal. Además, yo diría que su gobierno no vería con muy buenos ojos sus actividades subversivas. ¡Y ahora, quítese de mi vista!

—Espera —le dijo Putzi con desdén—. Eres la típica estadounidense rica que cree que puede comprar un castillo y pegarle fuego. Dinero para quemar, ¿eh? Pero cuando lleguemos al poder...

—No me ha costado ni un céntimo, Putzi. Del incendio se hará cargo la Allgemeine Bodenkredit Versicherungs und Handelsgesellschaft.

—¿Qué demonios es eso, Mame? —preguntó Vera.

—¿La Allgemeine Bodenkredit Versicherungs und Handelsgesellschaft? Cualquier niño sabe que es la mayor compañía nazi de seguros de Alemania. Yo quise asegurarlo en Lloyds, pero Putzi insistió en esta compañía. Ayer mismo les envié la póliza. Vamos, Putzi, aquí no se te ha perdido nada. Que disfrutes del paseo hasta Stinkenbach.

—Ah, ¿te importaría darle un recado a tu hermano Maxl? —dijo Vera—. Dile sólo que ya no tendrá que seguir soportando a su mujer. Se viene a Inglaterra con nosotros. Y dile también que no voy a poder convertirme en su amante. A mi abuelo, que es rabino en Schenectady, no le haría ninguna gracia.

Nos quedamos un instante en la carretera, con el brazo de la tía Mame sobre mis hombros, viendo cómo el *Schloss* Stinkenbach se convertía en humo.

LA TÍA MAME Y LA MADRE RUSIA

—¿Y adónde te llevó después de hacer gorgoritos en el Tirol? —preguntó Pegeen.

—A Rusia.

—¿A Rusia? Pero ¿cómo?

—En esos días era fácil. Antes de la guerra, los turistas eran bienvenidos.

—Seguro que ella no.

—Al contrario, mi tía causó sensación entre los sóviets.

—Eso sí lo creo, pero ¿cómo se le ocurrió ir a Rusia?

—La tía Mame estaba muy interesada en la ciencia política, siempre estaba queriendo aprender más. Su..., ejem, estancia en Rusia fue a grandes rasgos un experimento.

—¿Qué clase de experimento?

—Un experimento sobre la vida.



—¿Estás cómodo, *dushka*? —preguntó alegremente la tía Mame—. Significa «cariño» en ruso, cariño.

—Tan cómodo como sería de esperar —dije contemplando indignado el interior de caoba y terciopelo de nuestro compartimento en el Krasnoia Strela, o Expreso de la Flecha Roja, que avanzaba dando tumbos, deteniéndose y chirriando a través de los desolados paisajes rusos.

—Ah, cariño, esos melindrosos de Wall Street dirán lo que quieran sobre la República socialista, pero en Estados Unidos no tenemos nada comparable a la línea Octubre.

—Excepto tal vez el ferrocarril de Long Island —respondí.

La línea Octubre era en realidad la antigua línea Nicolás, que iba a trompicones de Leningrado a Moscú siguiendo horarios imprevisibles. Los vagones eran coches camas europeos anteriores a 1917. El viaje duraba varios días. El cuarto de baño no funcionaba y no había vagón comedor, aunque el tren se detenía cada quince minutos más o menos para que los viajeros compraran té y pan negro. No obstante, la tía Mame estaba en una nueva fase y no permitía que nadie criticara a Rusia.

—¿Estás cómodo, camarada? —le preguntó a Ito.

—No, señora —respondió Ito con una risita.

—¡Ito! ¿Cuántas veces te he dicho que dejes de llamarme «señora»? Te he concedido la libertad. Te he liberado de tus cadenas y te he dejado libre en el mundo

en compañía de los demás hombres, después de años de someterte con egoísmo al yugo de la servidumbre doméstica. Espero, camarada Ito —añadió en tono más amable—, que algún día puedas perdonarme.

—No se preocupe, camarada señora —dijo Ito soltando otra risita.

—Además —dijo la tía Mame—, deberíamos sentirnos afortunados por viajar en un compartimento de primera clase.

—¿Primera clase? —dije preguntándome qué estarían sufriendo las masas en los otros vagones—. Pensaba que Rusia era una sociedad sin clases. ¿Cómo es posible, tía Mame?

—Verás, *dushka*, es porque..., ejem, porque... En fin, me refiero a que... ¿Por qué no se lo explica usted, doctor Whipple?

—Sí, ejem, claro, ejem... —empezó el doctor Whipple, acariciándose la canosa barba de chivo—. Lo que ocurre es que, ejem, ciertos invitados, ejem, internacionales, y, ah, ciertos intelectuales soviéticos reciben, ejem, el tratamiento de invitados del, ejem, gobierno. Sí, ah, eso es. Eso, sí.

A esas alturas ya me había acostumbrado a que las palabras del doctor Whipple carecieran de sentido y a que tardara siglos en explicarse. Era un viejo cabeza de chorlito de unos sesenta años. Nunca llegué a saber en qué era doctor. De varias cosas, probablemente, a juzgar por la cantidad de iniciales que aparecían detrás de su nombre. El doctor Whipple era uno de esos que siempre están yendo a algún sitio para hacer algo que no pueden hacer en el lugar donde se encuentran en ese momento. Se había pasado la vida asistiendo a cursos sobre materias abstrusas en lejanas universidades y acumulando iniciales para ponerlas detrás de Euclides (no es broma, así se llamaba) Alonzo Whipple, Jr. Quedaban muy impresionantes en sus manoseadas tarjetas de visita. La tía Mame lo había recogido en Budapest, después de su huida de Austria. El doctor Whipple estaba estudiando alguna cosa en la vieja Universidad de Budapest, y había acudido al rescate de la tía Mame al ver que tenía ciertas dificultades para pedir un *sidecar* en el Abázzia Kávéház. Lo demás era historia.

La tía Mame había estado viviendo como una Eszterházy en el Duna Palota por unos diez centavos al día cuando el doctor Whipple, después de trabar amistad con ella y sacarle una comida gratis en aquel precioso café a orillas del Danubio, decidió reformar la conciencia moral de la tía Mame. Todos los días íbamos en el Rolls al Angyalföld a ver cómo vivían los oprimidos magiares bajo el régimen de Horthy, y el doctor Whipple ejercía de guía. Era muy amigo de las masas, aunque a mí me daba la impresión de que las masas no apreciaban demasiado al doctor Whipple. Y también reparé en que siempre volvía a tiempo de comer en el Duna Palota, como si prefiriese la cocina del Ritz a los platos de pasta con patatas de los menesterosos húngaros.

No es que estuviese enamorada, de eso estoy seguro, porque la única que habría podido querer al doctor Whipple hubiera sido su propia madre. Más bien fue una reacción, y las reacciones de la tía Mame no eran como para pasarlas por alto.

Después de huir asqueada de la cultura nazi en Austria, sencillamente se radicalizó un poco más de la cuenta y acabó topándose con el doctor Whipple. Cuando quise darme cuenta, estábamos en un avión camino de Leningrado.

Rusia era un lugar muy interesante, no querría parecer un insensible, pero la tía Mame sólo la veía a través de los ojos del doctor Whipple.

Leningrado, antes Petrogrado o San Petersburgo, era tan barroca como pudo hacerla Pedro el Grande. Nos alojamos en el hotel Astoria, que era como una versión rancia del hotel Plaza en la que hubieran reemplazado al personal por los empleados de una pensión de mala muerte del Bowery. Fuimos a ver actuaciones en el Teatro Marünski, que había sido el Teatro Imperial de la Ópera, e hicimos reverentes excursiones al Palacio de Invierno, al Peterhof y al palacio de Pedro el Grande, a Tsárskoye Seló, en memoria de Catalina la Grande, y a un montón de sitios que habían pertenecido a los ricos y ahora eran propiedad de todos.

La tía Mame estaba encantada con el feliz destino del pueblo llano, aunque no lo hubiese visto nunca.

—¡Pero si todo el mundo en Rusia tiene un abrigo de pieles, cariño! —gritaba.

Como la tía Mame era corta de vista y estaba en una nueva fase, yo no me había molestado en hacerle entender que todos esos abrigos de pieles parecían hechos con pieles de gato callejero. Además, no quise echarle a perder el placer de comprar todas aquellas preciosas pieles de marta cebellina en el mercado de Leningrado. Por si fuera poco, conoció a unos rusos blancos venidos a menos que le vendieron un tríptico decorativo antiguo, aunque un poco agrietado, y varios elegantes huevos de Fabergé. Cuando nos hartamos de Leningrado, nos dirigimos a nuestro cuartel general en Moscú.

En 1937, Rusia no sólo acogía con agrado a los visitantes de Occidente, sino que los cazaba a lazo. Y no me extraña. Nos alojamos en el hotel Metropol, un hostel que hacía que el Astoria de Leningrado pareciera Xanadú. No había suites Louis no-sé-cuántos, sino lóbregas habitaciones tapizadas de raído terciopelo azul, un estilo que sigo considerando Estalinista Estandarizado. Unos balcones destartados daban a un triste patio. Había baños privados, aunque en el mío tenía que sentarme en el desagüe de la bañera para evitar que se vaciara. No había tapón, pero sabía que era inútil decírselo a la tía Mame. Estaba en una nueva fase, gracias al doctor Whipple, y los soviéticos no podían hacer nada mal, aunque si cualquier hotel estadounidense hubiese sido la mitad de incómodo se habría ido antes de que el botones tuviese ocasión de encender la luz y abrir las ventanas. Yo compartía habitación con Ito, su sirviente, que estaba terriblemente avergonzado y sencillamente no lograba acostumbrarse a llamarme «camarada».

Pero la tía Mame estaba encantada, o eso decía. Con el doctor Whipple al mando, hicimos interminables excursiones por Moscú. El doctor Whipple había sacado su manoseada y vieja Orden de la Bandera Roja del Trabajo y, gracias a aquel honor, pudo mostrarnos fácilmente cosas tan selectas como el nuevo sistema del metro, la

labor que habían hecho los taxidermistas con Lenin, una fábrica de tractores, la galería de arte Tretiakov, el Museo de la Revolución de la calle Gorki y el parque Sokólniki. Todo era muy interesante, pero después de ver algunos monumentos públicos, Ito y yo estábamos deseando ir al cine, donde siempre ponían programas dobles, una película que trataba invariablemente de alguna hazaña de los sóviets y en la que el joven Dimitri, director del Komsomol, y su novia, Sonia, acababan dirigiéndose felices hacia un rojo atardecer en un tractor nuevo; y otra, mucho más popular, en la que siempre salía Shirley Temple.

Ito y yo estábamos hartos de Moscú cuando la tía Mame entró dando saltos en nuestra habitación.

—¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido, lo hemos conseguido! —gritó.

—¿Qué es lo que hemos conseguido? —pregunté—. ¿Billetes de tren para largarnos de aquí?

—No, *dushka*, no. ¡Nos vamos a Georgia!

—Pero, tía Mame —dije—, si ya estuvimos en Georgia y lo odiabas. ¿Recuerdas a la vieja señora Burnside?

—¡A esa Georgia no, *dushka*! ¡A Georgia! ¡A la Iberia caucásica! Ya sabes, cariño, la patria de los jóvenes Mdivani...

—Ojalá nunca hubieran salido de allí —dije.

—¡Ahí es donde vamos, cariño! Justo a las afueras de Tiflis.

—Bueno, unos días en Tiflis, e incluso la sífilis nos parecerá una buena...

—¿Unos días? ¡Ah, *dushka*, qué superficial eres, despreocupada juventud, justo ahora que toda tu vida está a punto de cambiar!

—Dios, te aseguro que no sé qué estás diciendo.

—¡Chsss, *dushka*, no hay Dios!

—Cómo quieras, ¿se puede saber de qué hablas?

—Te hablo del experimento más maravilloso jamás concebido por la humanidad: la Granja Comunal Madre Bloor (para obreros de habla inglesa).

—¿La qué?

—Oh, Patrick, cariño. Por fin lo he encontrado. La meta, el objetivo de mi vida vacía. Toda esta riqueza, esta frivolidad, tanto frecuentar a parásitos que no hacen más que chupar la sangre de los trabajadores para...

—¿Qué hacen qué? ¿Se puede saber qué has bebido?

—Sólo vodka con una jarra de cerveza, como cualquier buen proletario. Sí, cariño, Euclides, es decir, el doctor Whipple, *dushka*, me ha mostrado el camino y es la Granja Comunal Madre Bloor (para obreros de habla inglesa).

—¿Es que te has vuelto loca? —pregunté.

—No, *dushka*, pero lo he estado. Toda mi vida. Sin embargo, cuando estemos en Georgia y seamos alegres camaradas (de habla inglesa, gracias a Dios) lo haremos todos juntos, viviremos en total independencia del mundo capitalista... Oh, cariño, no sé ni cómo describir lo que...

—No me extraña —dije.

—¡Exacto, Patrick, cariño! Oh, la mano en el arado, los telares comunitarios, la gente de todas las clases, colores y culturas, aprendiendo, viviendo y amando juntos...

—¡Eh! —dije.

—Oh, *dushka*, ¿por qué no tienes una larga charla con Euclides, quiero decir con el doctor Whipple?

—Ya la he tenido —respondí—. ¿Y qué hay de lo de volver a Estados Unidos e ir a la universidad?

—¡La universidad! ¡Bah! Patrick, aprenderás más en cuatro días en la Granja Comunal Madre Bloor (para obreros de habla inglesa) de lo que podrías aprender en cuatro años encerrado en alguna apartada torre de marfil. Oh, cariño, ésta es la respuesta. He sido tan idiota en estos cuarenta y..., en fin, en todos estos años. ¡Pero ahora todo irá bien, requetebién! Euclides dice que...

—¿Ha sido el doctor Whipple quien te ha metido esta idea en la cabeza?

—Euclides es un gran líder, y él y yo, con la ayuda de este gobierno tan maravilloso, demostraremos a los santo Tomás del mundo capitalista que los anglosajones pueden vivir una vida rica y productiva en paz y armonía en un ambiente de cultura y pacifismo que...

—Estupendo —dije comprendiendo que se avecinaba otra tormenta que tendría que capear—. Dime qué tengo que hacer.

—¡Oh, Patrick, *dushka*, sabía que te entusiasmaría la idea! —La tía Mame me abrazó y noté que olía deliciosamente a Nuit de Noël—. Ahora Ito y tú iréis directos a la Granja Comunal Madre Bloor...

—Para obreros de habla inglesa... —añadí pacientemente.

—¡Exacto, cariño! Y, por supuesto, sé que no te importará llevarte algunas de mis cosas. Encárgate de preparar mis habitaciones en esa divina granja georgiana y de echarles una mano a los que estén allí. El doctor Whipple y yo tenemos que ir a ver a Stalin y a Max...

—¿Quién es Max? —pregunté.

—Maxim Litvinov, claro, *dushka*, y Micky Borodin, y a lo mejor me paso a ver si Anna Louise Strong está en la ciudad...

—¿Podemos llevarnos el Rolls? —pregunté.

—¡Qué típico de ti! ¡Esa dichosa escuela! ¡Y tu fideicomisario! ¡Ese señor Babcock! Intentando moldear tu vida según el modelo de Scarsdale. ¿Qué estilo de vida tan decadente te han enseñado? Que tú y un pobre camarada os presentéis en un Rolls-Royce fabricado con la sangre de los trabajadores británicos, mientras millones de personas pasan hambre...

—¿Qué ocurre, tía Mame? ¿Es que no ha llegado todavía?

—Bueno, lo cierto es que no. Ha habido problemas con el ferrocarril. Ito y tú iréis allí en barco, luego en tren y después en autobús. Irán a recibirlos a Rostov y luego...

—Comprendo —dije—. ¿Y cuánto equipaje tuyo tenemos que llevar con nosotros?

—Casi nada, *dushka*. Sólo un baúl y dos o tres bolsas de mano.

Ito y yo partimos con medio kilo de *halva*, la Gramática Abreviada de Hugo para aprender ruso y el equipaje de la tía Mame. Ito hablaba bien el japonés y un poco de inglés. Yo hablaba bastante bien el inglés, un poco el francés y había estudiado latín cuatro años (haciendo traducciones literales). Lo cierto es que fuimos un auténtico desastre lingüístico en nuestro larguísimo viaje al sur de Moscú a Georgia. Aun así, llegamos por fin a la Granja Comunal Madre Bloor (para obreros de habla inglesa).

Georgia es una parte muy peculiar de Rusia. Está muy al sur, como indica su nombre, y también se denomina Iberia, Caucasia y Armenia. Una parte de ella linda con el mar Negro, otra con el mar Caspio, otra con Irán y otra con Turquía. Es una de las civilizaciones más antiguas que existen, si es que puede decirse así, y por lo visto muchas de sus ruinas tienen más de dos mil quinientos años. Yo lo creí al ver la Granja Comunal Madre Bloor. No obstante, es una de las zonas más bonitas y clementes de Rusia, aunque sea muy montañosa. También es una de las más pacíficas, o lo era en 1937, ya que Stalin y su buen amigo Beria eran ambos georgianos.

Estoy divagando. La Granja Comunal Madre Bloor estaba a quince kilómetros de una aldea llamada Psplat, que se hallaba a sesenta kilómetros de un pueblo llamado Liuksemburgui, que estaba lejísimos de Tbilisi, o Tiflis. En otras palabras, estaba muy aislada. Antes había sido la dacha de un cacique local a quien habían liquidado con Zinóviev, Kámenev y otros cincuenta y tantos simpatizantes trotskistas un año antes. A diferencia de la mayoría de los edificios georgianos de piedra caliza que había en los alrededores, la Granja Comunal Madre Bloor estaba construida de madera en un estilo fin de siglo que me recordó las tragedias de Chéjov. Era una estructura enorme y sin gracia erizada de torres, torreones, cúpulas y elaborados ornamentos. Mohosas ventanas con parteluces, mugrientas alcobas y sucios cristales emplomados nos contemplaron ciegamente. El césped daba la impresión de no haber sido segado desde la invasión mongola. Aunque la casa tenía menos de cincuenta años, parecía mucho más vieja y crujía mucho más que algunos de los edificios de los alrededores que tenían más de mil. La había descubierto, claro, el doctor Whipple.

Ito y yo nos apeamos del carro de bueyes en el que habíamos hecho la última etapa del viaje y arrastramos el equipaje de la tía Mame por el camino de entrada cubierto de maleza que conducía a la casa. Todo el lugar tenía un aire fúnebre y hechizado, y en la puerta había un destartalado camión Fiat. Dentro de la casa oí unos martillazos y una voz gutural que cantaba «La Internacional». Agotados, subimos el equipaje a la ruinosa veranda y nos sentamos en los escalones.

La primera persona a quien vi fue a Natalie, una estudiante de ciencias políticas de la Universidad de Nueva York que se hacía llamar Natasha.

—Hola —dije—, ¿está ahí mi tía Mame?

—Hola, camarada —respondió cordialmente Natalie—. ¿Cuándo has llegado? Mame viene con el convoy. Llegarán un día de éstos. Bueno, no te quedes ahí sentado. Pasa, arremángate y ponte a echar una mano. Tenemos que trabajar juntos si queremos que el experimento tenga éxito. Vamos, sube las maletas al tercer piso. Ya está bastante limpio y creo que podremos alojaros allí. Supongo que ya habréis comido.

De hecho, ni siquiera habíamos desayunado.

Subí el equipaje por la tortuosa escalera de roble y lo solté con desánimo en una pequeña habitación redonda en lo alto de una torre. Olía intensamente a cerrado. Ito y yo nos pasamos la tarde frotando y barriendo la increíble acumulación de suciedad que había en la casa. Era un barracón lúgubre y sofocante. Natasha sacó unos cuantos catres desvencijados de alguna parte, y algunas cajas de fruta, unas sillas plegables y unos caballetes. Había también algunos muebles cursis, delicados y casi franceses — probablemente propiedad del antiguo dueño—, que habían colocado en la sala de reuniones. Parecían tan fuera de lugar en aquella vieja casona como yo. Aquel primer día se me clavó una astilla en la mano, y Natasha me regañó por ser tan infantil y me pidió que dejara de quejarme. Mi venganza, no obstante, llegó un poco después, cuando Natasha perforó sin darse cuenta un avispero en el salón de arriba.

Casi había oscurecido cuando Natasha anunció que podíamos dejar de trabajar y comer algo. Luego anunció que estaba a dieta y que sólo comería un poco de ensalada y algo de beber. La ensalada consistió en unas hojas de lechuga tibia, sin lavar ni aliñar y sin sal ni pimienta. Bebí un poco de agua del grifo de la cocina con sabor a óxido.

Esa noche no dormí demasiado bien. La cama era dura y estoy convencido de que tenía chinches. El aire en la habitación era sofocante. Ninguna de las ventanas se podía abrir. También se oían extraños ruidos, como de correndillas, en las paredes.

Al día siguiente comimos un poco de pan rancio para desayunar y volvimos a trabajar. Al anoecer, Ito y yo habíamos conseguido abrir casi todas las ventanas y que tres de los retretes funcionaran. Luego rascamos el parquet del primer piso y dimos el día por concluido. Natasha afirmó que aquel lugar era el típico monumento que se construiría un cerdo trotskista decadente y chupasangre.

Esa noche cenamos sin decir palabra. Comimos alubias y lo que quedaba del pan. La casa estaba silenciosa y tan fría que yo no podía parar de temblar en mi catre bajo la áspera manta. A eso de las dos de la madrugada se desató una terrible tormenta y me levanté para cerrar las ventanas. No tendría que haberme tomado la molestia. Una vez abiertas, no pudimos cerrar ninguna. El tejado empezó a gotear por seis sitios diferentes, e Ito y yo pasamos el resto de la noche vaciando cubos y botes de agua sucia por el desagüe del cuarto de baño, que resultó estar totalmente atascado.

A las once de la mañana siguiente, un destartalado autobús londinense llegó petardeando por el camino de entrada y frenó en seco ante la puerta. Un triste cartel en un lado rezaba: «Granja Comunal Madre Bloor».

—¡Bueno, camaradas, ya hemos llegado! —oí que canturreaba la gloriosa voz de la tía Mame—. ¿No es divino?

Ito y yo corrimos a recibirla.

—*Dushka!* ¡Oh, cariño, apuesto a que estás pasándolo de maravilla!

Me besó con vivacidad. El doctor Whipple se apeó del autobús y nos saludó cordialmente a Ito y a mí con el puño en alto.

—Saludos, camaradas —resolló—, aquí, ejem, están vuestros hermanos.

Uno por uno, nuestros hermanos bajaron torpemente del viejo autobús de dos pisos. En total eran unos treinta. El grupo estaba integrado sobre todo por estadounidenses e ingleses, además de una pareja danesa y tres canadienses (de hecho, las raras veces que estaba allí, el doctor Whipple afirmaba que Montreal era su ciudad natal). Por si fuera poco, también había un desertor del ejército australiano y tres rusos que hablaban inglés. El contingente inglés lo formaban un joven de Oxford de mirada inteligente; dos obreros del puerto de Liverpool; la oveja negra (femenina) de una aristocrática familia; y un joven anarquista que abogaba por poner a la familia real inglesa ante el paredón y fusilarlos igual que habían liquidado a los Romanov. Se le tenía por un hombre de ideas un tanto radicales.

Estados Unidos había contribuido con un profesor de economía de la Escuela Rand de Ciencias Sociales; varios obreros en paro de la industria textil; unos cuantos profesores de la escuela pública; un profesor ayudante a quien habían invitado a marcharse del Williams College; dos chicas de Bryn Mawr que hablaban como Katharine Hepburn; una licenciada por Bennington que podría haber sido bastante guapa si no le hubiese dado por vestir como Raymond Duncan; un par de marineros mercantes que habían naufragado; un apasionado joven sacerdote de la Santa Cruz que había colgado los hábitos; una mujer con el pelo rapado que enseñaba artesanía a los indios; un joven decorador de interiores llamado Ralph que había trabajado para Ruby Ross Wood «hasta que vio la luz», como dijo la tía Mame; y un inquieto matrimonio negro llamado Johnson, que había llevado consigo dos chicos tímidos más o menos de mi edad.

Los rusos se llamaban Boris y Soso (el diminutivo georgiano de José). Los dos habían vivido una temporada en Estados Unidos y me parecían un poco siniestros. Soso viajaba con su novia. Se llamaba Masha y había bailado con el ballet del teatro Bolshói. Masha era muy guapa y coqueta, pero sus piernas parecían postes totémicos.

Con sus botas rojas, su falda larga y su blusa bordada de campesina, la tía Mame tenía cierto *chic* moscovita. De hecho, parecía una corista de una de las revistas de Nikita Balieff de los años veinte. En comparación con su esplendor eslavo, el resto de los integrantes de la Granja Comunal Madre Bloor tenían una pinta sórdida y abigarrada, y daba la impresión de que lo único que tenían en común era el mareo del viaje.

La tía Mame extendió extasiada los largos y hermosos brazos e inspiró el aire de la montaña.

—¡Oled, camaradas! ¿No os parece embriagador? ¡Bueno, primero un buen baño caliente y luego a trabajar!

Natalie-Natasha resopló con desdén.

—Pero, tía Mame —dije—. Las tuberías no funcionan.

La tía Mame me miró como si la hubiese abofeteado.

—¡Tonterías, cariño! —Sonrió animosa—. Bueno, si todos colaboramos en el proyecto, las tuberías volverán a funcionar antes de que nos demos cuenta, ¿eh? No querréis que dependamos de los artesanos de la comarca, ¿verdad? —Los otros parecieron un poco dubitativos, pero nadie dijo nada—. Es muy sencillo —dijo la tía Mame, con menos confianza que de costumbre—. Basta con echar un poco de desatascador por el desagüe.

Boris, que de todos modos no se bañaba nunca, afirmó que eso carecía de importancia.

—Lo primero que debemos hacer es asignar las habitaciones y luego celebrar una asamblea general —dijo.

Algún amotinado anónimo que había entre la multitud preguntó:

—¿Aquí cuándo se come?

Se produjo un murmullo de inquietud general. Poco a poco, no obstante, Boris se las arregló para ir organizando el grupo, y las bolsas de viaje, las maletas, los bolsos y los cajones empezaron a caer como una catarata del techo del autobús de segunda mano. Habían acordado que cada cual llevara sólo una maleta, y la lluvia de la noche anterior no había tratado bien las posesiones de los viajeros. Una maleta de cartón se rajó empapada y la *balalaika* de Soso se alabeó por completo. La tía Mame, fiel a su palabra, había llevado consigo sólo una maleta: un enorme baúl a medida Gilmore, envuelto en una lona y adornado con las etiquetas de diversos hoteles elegantes del mundo entero. Hicieron falta tres hombres para descargarlo. Natasha le echó una desagradable mirada de desdén y volvió a entrar en la casa.

Hubo mucha confusión sobre las habitaciones, pues, a pesar de lo grande que era la casa, no parecía haber sitio para todos. El piso de abajo querían usarla como comedor, sala de reuniones y oficinas. Los otros dos pisos iban a ser dormitorios. La tía Mame se encaprichó con el salón de arriba, que tenía una maravillosa vista de las montañas, pero al final se lo quedó Boris. La antigua sala de juegos de los niños, su segunda opción, se convirtió en el dormitorio de seis hombres con la excusa de que era muy grande. Noté que no le había hecho mucha gracia tener que quedarse con una de las habitaciones de las criadas situada en el descansillo, justo enfrente de la mía, pero la prefirió a tener que compartir su cuarto con las universitarias.

La tía Mame, que siempre concedía mucha importancia a la ambientación, no sólo había metido ropa de campesina en el baúl.

Había llevado consigo un icono muy ornamentado; una litografía de Trotski pintada a mano y enmarcada con un paspartú; su huevo de Fabergé, engarzado de piedras semipreciosas; un samovar enorme y un alegre chal ucraniano.

Ralph, el decorador, estuvo encantado de echarle una mano para organizar la triste habitación pintada de color gris y, cuando encendieron la lámpara votiva debajo del icono, se volvió loco de alegría.

—¡Es divino, Mame, querida! Perfecto, ¡puro Casino Russe!

Los dos seguían encantados con la decoración cuando el rostro hosco de Natasha apareció en la puerta. Miró el tríptico y el icono y gruñó:

—¡El opio del pueblo!

Pero cuando vio el retrato de Trotski, se atragantó y corrió a decírselo a Boris.

Aquella comida fue la primera cosa decente que tomé desde que salí de Moscú. La plácida señora Johnson, sin quitarse el sombrero, había sacado los utensilios de cocina y gran parte de sus víveres para ofrecernos un opíparo banquete. Nadie se lo había pedido, pero lo hizo. Había un gran jamón cocido, huevos rellenos, galletas calientes, dos tipos de encurtidos, mermelada, una exquisita ensalada y fruta de postre. En ese momento la vida comunal me pareció bastante agradable. Me dio vergüenza servirme por tercera vez, pero cuando reuní el valor suficiente, el agraciado rostro de la señora Johnson esbozó una enorme sonrisa. Dijo que le encantaba ver comer a los muchachos con buen apetito y que iba a intentar que yo engordara durante mi estancia en la granja comunal.

El doctor Whipple anunció que celebraríamos una asamblea general a las cuatro y que hasta entonces éramos libres de hacer lo que quisiéramos. La tía Mame me cogió del brazo y dijo:

—¡*Dushka*, deja que te enseñe un poco todo esto!

Se puso un enorme sombrero de paja, que había copiado de una fotografía de unas segadoras ucranianas que había visto en el *National Geographic* y nos fuimos. La tía Mame era una conversadora vivaz y encantadora, y por muy fatigosa e irritante que pueda llegar a ser a veces, siempre me ha fascinado estar con ella. Me enseñó el jardín, que hacía mucho que no tenía trazas de haber seguido ninguna planificación y donde un fauno de mármol yacía patéticamente de lado como si acabaran de pegarle un tiro; el huerto; los establos; la plantación. Sus constantes comentarios casi daban la impresión de devolver aquel lugar a la vida. Y después de dar un largo paseo, miró su frágil reloj de diamantes.

—¡Caramba! —gritó—, pero si son sólo las dos. Todavía tenemos tiempo de dar un paseo entre los árboles. —Fuimos al bosque y estuvimos andando un buen rato—. Estás a gusto aquí, ¿verdad, *dushka*? —preguntó preocupada.

—Sí..., sí... —dije apartando la mirada—, es muy agradable, ahora que has venido.

—No sabes cuánto me alegro, cariño —suspiró—. ¡Ah, Patrick, será maravilloso! El doctor Whipple, yo y también todas esas personas hemos trabajado de firme para planear y hacer números. No sabes la de dinero que me ha costado. ¡Pero ha valido la pena, cariño! La granja será la comunidad socialista ideal, ¡todos viviremos, construiremos y produciremos juntos! ¡Todos felices y todos iguales! ¡Trabajaremos,

jugaremos y lo compartiremos todo! No habrá ricos ni pobres, todos seremos iguales. *Dushka*, no sé si lo sabes, pero estás viviendo un momento histórico. Este pequeño experimento nuestro, este puñado de personas, no tardará en demostrarle a Estados Unidos lo que se ha estado perdiendo. ¿Me sigues, *dushka*?

No estaba seguro, pero respondí:

—Sí, tía Mame.

—Cariño, algún día te sentarás con tus hijos en este mismo lugar y podrás decir: «¡Caramba, en 1937 ayudé a mi tía Mame y al doctor Whipple a poner en marcha la Granja Cooperativa que le mostró al mundo el camino!». ¡Ah, Patrick, siempre había querido venir a Rusia para ver lo que estaban haciendo! ¡Pues ya estamos aquí! —Su rostro adoptó una expresión que siempre he asociado con las visiones de los santos o los ataques catalépticos—. Y, *dushka*, ¿no crees que en nuestra comunidad hay unas personas maravillosas? ¿No te parecen un grupo estupendo?

Una vez más sus ojos buscaron los míos.

—No están mal —mentí.

—Hay personas de toda clase y condición: unos proceden de hogares acomodados, otros de casas muy pobres, los hay que han tenido una buena educación, y otros apenas tienen estudios, unos trabajan con las manos y otros utilizan el intelecto. La auténtica mezcla del obrero y el intelectual es lo que hace funcionar un movimiento.

Pasamos un buen rato vagando ociosos por el bosque.

—En fin, *dushka*, el doctor Whipple ha convocado la asamblea a las cuatro. Será mejor volver, si queremos llegar a tiempo. Si hay algo que puede echar a perder este maravilloso experimento es la... —Su rostro se puso lívido—. ¡Dios mío! Se me ha parado el reloj. Todavía marca las dos en punto.

Corrimos a la casa, pero no deberíamos habernos molestado. Cuando llegamos, la primera asamblea general había concluido.

El doctor Whipple parecía disgustadísimo de que la tía Mame se hubiera perdido la asamblea.

—Querida, ejem, camarada Mame —dijo toqueteándose la barba de chivo—, tenía entendido que tú y, ejem, yo tendríamos toda la autoridad. Pero ahora parece, ejem, que el camarada Markov...

—¿Te refieres a Boris? —preguntó la tía Mame.

—Exacto. En fin, parece que, ejem, el camarada Markov, ejem, también cree estar al mando y, bueno, en realidad, Mame, resulta muy embarazoso y me gustaría que, ejem, tuvieses unas palabras con él.

—Desde luego, Euclides, querido —dijo la tía Mame en su papel de señorita arreglalotodo—. No dejes que esa cabeza canosa tuya se preocupe ni un instante. Pondré a Boris más recto que una vela.

Al final, fue Boris Markov quien puso recta como una vela a la tía Mame. Estaba muy enfadado por que nos hubiéramos perdido la asamblea. Afirmó que en Rusia las

personas que se dedicaban a meditar sobre un pasado corrupto y finiquitado estaban en el exilio y que, en lugar de pasear por el campo con un mocoso capitalista (di un respingo cuando comprendí que se refería a mí), debería haber estado arrimando el hombro como el resto del Comité Directivo. También afirmó que la habían excluido por unanimidad de dicho comité por temor a que siguiese teniendo una vena decadente. También habían excluido al doctor Whipple, y el comité estaba integrado por Boris y Soso, con Natalie-Natasha al mando de las mujeres.

A la tía Mame le costó disimular su decepción. Al fin y al cabo, la granja se había fundado con su dinero y había sido idea suya, aunque se la hubiera inspirado el doctor Whipple, así que tenía la sensación de que debería tener voz y voto respecto a cómo se llevaban a cabo las cosas. Pero sabía encajar una derrota, y afirmó que si todos íbamos a ser iguales la cosa no tenía mayor importancia. El doctor Whipple, a pesar de todos sus títulos universitarios, no se lo tomó con tanta filosofía.

El grupo había puesto muchas cosas negro sobre blanco en aquella primera asamblea general. Uno de los maestros de escuela se dedicó a escribir con tiza las normas comunitarias —no había leyes— con pulcra caligrafía del método Palmer en una enorme pizarra de la sala de reuniones. Boris era el jefe supremo, Soso estaba al mando de los hombres y Natalie-Natasha, al de las mujeres. Habían designado jefa de cocina a la señora Johnson, Ito era el encargado de mantenimiento y Masha, la bailarina en paro, estaba a cargo de las actividades recreativas y calisténicas. A Sid, el anarquista inglés, lo habían nombrado jefe del Comité de Medios y Fines. Desmond McLush, el cura que había colgado los hábitos, se ocuparía de intercambiar lo que produjera la granja con los comerciantes de fuera para conseguir cosas como bombillas o sal, que no pudiéramos producir nosotros. Para consolarla, habían puesto a la tía Mame a cargo del telar comunitario, que no entraría en funcionamiento hasta el otoño. A algunos trabajadores textiles les molestó.

La religión no desempeñaría ningún papel en la comunidad, pero había que escoger un día de descanso a la semana, y como al día siguiente era domingo, decidieron que fuera ese día.

—La fuerza de la costumbre ejerce un gran peso sobre nosotros —observó con lastimero desdén Desmond McLush.

Sin ayuda de nadie, la señora Johnson preparó una espléndida cena, que sólo se vio enturbiada cuando se fue la luz, pero después de mucha confusión aparecieron velas por todas partes y Natasha afirmó que la habitación era clavada a la celda de Mamá Bloor. Después de cenar apareció de la nada un montón de ginebra. La tía Mame se había hecho famosa en los años veinte por su ginebra casera y no había perdido mano. La colonia entera se sentó en la veranda a observar las luciérnagas mientras Soso tocaba la *balalaika*. Masha bailó y la tía Mame los deleitó a todos con su relato de una visita a la fábrica de tractores.

A las once, cuando me disponía a irme a la cama, reparé en que Ito, el señor y la señora Johnson y sus hijos estaban todavía en la cocina fregando los platos de la

cena. Me pareció que si íbamos a trabajar todos juntos, bien podía echarles una mano, así que pasamos una agradable media hora secando y guardando la vajilla.

La primera noche la casa fue muy ruidosa, y tuve la sensación de que el grupo estaba integrado por los durmientes más inquietos de la historia. Toda la noche se oyeron puertas que se abrían y se cerraban, pisadas en los pasillos y un montón de susurros y risitas.

A las siete de la mañana siguiente un maravilloso aroma de tortitas se elevó hasta el tercer piso y bajé corriendo las escaleras. El señor y la señora Johnson estaban solos en la cocina horneando pasteles en la enorme cocina de leña. Dejaron que les ayudara, y lo pasamos muy bien dándoles la vuelta a las tortitas. A lo largo de toda la mañana los miembros de la comunidad fueron bajando a la cocina, y los hijos de los Johnson y yo estuvimos muy ocupados horneando los pasteles y friendo beicon, mientras el señor y la señora Johnson se dedicaban a preparar el almuerzo.

A mediodía la tía Mame se despertó e Ito le subió el desayuno a la habitación.

El almuerzo fue todo un éxito. La señora Johnson había cocido cuatro grandes pasteles y pan para los bocadillos, y todo estuvo delicioso. Estuvimos retozando por el prado mientras Boris, Soso y Natasha pronunciaban discursos sobre «arrimar el hombro», «lo que es mío es tuyo», «todos para uno y uno para todos» y «compartir por igual». A eso de las tres de la tarde, pidieron a la tía Mame que preparase un poco más de ginebra y ella repuso que no estaría buena si se la bebían enseguida, pero a nadie pareció importarle. A la hora de cenar todos seguían retozando por la hierba, y el señor y la señora Johnson nos llevaron a sus hijos y a mí a la cocina para disponer las cosas. Esa noche la casa estuvo aún más ruidosa y alguien vomitó en el cuarto de baño del tercer piso.

A la mañana siguiente casi todos estaban enfermos. Boris tuvo que guardar cama y a Ralph le había salido misteriosamente un moratón en el ojo. Sin embargo, a la hora de comer aparecieron todos, incluida la tía Mame, todavía con su pijama de estilo ruso.

Boris dio unos golpecitos en el vaso y dijo que, debido a ciertas circunstancias imprevistas, el proyecto había tenido que retrasarse un poco, pero que todo el mundo tenía que arrimar el hombro e ir al campo a trabajar. Hubo un momento terrible cuando uno de los obreros textiles preguntó qué íbamos a sembrar y una solemne alumna de Bryn Mawr afirmó que estaba dispuesta a trabajar todo lo que hiciera falta, pero que no teníamos ni una sola herramienta agrícola.

Todos se pusieron a parlotear al mismo tiempo y se convocó otra asamblea general mientras la señora Johnson fregaba los platos. A pesar de las ideas elevadas que habían inspirado la fundación de la Granja Comunitaria Madre Bloor, pronto quedó claro que ninguno de los integrantes del grupo había trabajado en una granja, aunque el doctor Whipple había leído mucho al respecto. El señor Johnson, en cambio, había tenido cierta experiencia en Estados Unidos con el algodón, los cacahuetes y el tabaco; pero no estaba muy seguro de que pudieran cultivarse en

Rusia. El doctor Whipple, por más que le insistieron, no pudo recordar qué era lo que se cultivaba en Georgia, si es que se cultivaba alguna cosa.

Se produjeron varias discusiones y se profirieron algunos insultos desagradables, pero al caer el sol el señor Johnson había elaborado una lista de herramientas agrícolas imprescindibles y calculado su probable valor en rublos. Se votó unánimemente llevar a la tía Mame al pueblo de Psplat para que enviara un telegrama a su banco.

Al día siguiente, el doctor Whipple organizó un grupo de debate sobre «El movimiento de granjas colectivas en el área de Volinia». El señor Johnson nos llevó a sus hijos y a mí en el camión a Psplat e hizo un enorme pedido al *Kolkhozni Ploshad* u Organización de Granjas Colectivas. Dejando aparte unas cuantas hoces y rastrillos, lo demás tardaría seis semanas en llegar. La cuenta resultó ser carísima y quedó claro que la tía Mame, o quien fuera, tendría que telegrafiar otra vez al National City Bank. Luego fuimos a un almacén de semillas y cargamos una enorme cantidad de futuras zanahorias, lechugas, rábanos, coles y patatas.

Cuando regresamos, todo el mundo había terminado de comer y estaba tomando el sol mientras la señora Johnson e Ito fregaban el suelo de la cocina. Esa tarde se decidió en una reunión informal que los hijos de los Johnson y yo nos ocupáramos del huerto.

—Todo el mundo a echar una mano, por pequeña que sea —dijo la tía Mame. Entretanto, los demás se ocuparían de diversas cuestiones intelectuales mientras llegaban las herramientas.

Limpiar el huerto fue una tarea agotadora. El suelo estaba lleno de piedras, el sol quemaba y al cabo de una semana yo estaba tan moreno como Carver y Aida Ward Johnson. El señor Johnson se quedó con nosotros y se encargó de la parte más difícil. En una ocasión, Sid, el anarquista, se acercó y estuvo observándonos un rato. Afirmó que no era justo que tuviésemos que hacer nosotros todo el trabajo y que deberíamos ponernos en huelga.

Entretanto, los dos marineros y la chica de Bennington descubrieron una poza con el fondo de arena y un manantial, y los adultos se dedicaron a tomar baños y practicar el nudismo, que en aquel entonces estaba muy en boga en Rusia, mientras nosotros plantábamos las semillas. Por lo demás, la granja siguió paralizada por la falta de herramientas.

La señora Johnson e Ito trabajaban en la cocina desde las seis de la mañana hasta medianoche. El señor Johnson, sus hijos y yo echábamos una mano siempre que podíamos, pero por lo demás trabajaban solos. Sus comidas siempre eran soberbias, pero al final la despensa acabó vaciándose.

—Señor Markov —le dijo a Boris (la norma era que debíamos utilizar los nombres de pila, pero por alguna razón la señora Johnson y su familia no se acostumbraban a tanta intimidad)—, no quedan huevos, ni harina, ni leche condensada, ni café, ni una sola lata. Nos hemos comido todo lo que encargó la

señora Burnside en Londres y Nueva York.

Se convocó una asamblea general, y hubo muchos debates y disputas y se impartió mucha doctrina. La tía Mame hizo por fin uso de la palabra y dijo:

—Tenía entendido que íbamos a producir nuestra propia comida y a ser independientes del mundo exterior.

El señor Whipple se sacó la pipa de la boca para demostrarle su apoyo.

—La historia, ejem, demuestra claramente, ejem, que cualquier movimiento, ejem, cooperativo, que empieza a gastar dinero en el exterior, acaba, ejem, debilitándose y está, ejem, condenado a desaparecer. —Mordió la pipa de manera teatral. Volvieron a producirse muchas discusiones y finalmente lo sometieron a votación. Aquellos primeros días reinaba el espíritu de independencia y el grupo decidió que, puesto que al fin y al cabo no les quedaba dinero, no era buena idea ir a comprar comida.

—Muy bien —dijo tranquilamente la señora Johnson—, sólo quería que lo supieran.

Esa noche la cena consistió en tostadas de pan rancio, galletas saladas rancias y galletitas de té rancias en forma de corazones, diamantes, tréboles y picas; unas cuantas lonchas de lengua enlatada y un poco de macedonia de fruta en lata. A la mañana siguiente no hubo desayuno ni almuerzo. La tía Mame durmió más de lo habitual, y cuando bajó con su túnica de Manchuria se encontró a treinta colonos hambrientos y más pendencieros que de costumbre. Esa noche no hubo cena, aunque el señor Johnson nos llevó a los chicos y a mí a Psplat en el camión y nos compró *borscht*.

Al día siguiente, después de no haber desayunado, el grupo celebró una asamblea improvisada a la que no asistió la tía Mame y aprobó por mayoría despertarla y llevarla para que volviera a telegrafiar a su banco. La tía Mame siempre ha sido famosa por su temperamento apacible, aunque errático, pero jamás ha tolerado que la despierten temprano por la mañana. Me consta que estaba de muy malas pulgas de camino a Psplat en el camión, pero al menos el grupo pudo almorzar ese día.

Debilitado hasta el punto de permitir que la tía Mame gastara más dinero en el exterior, el Comité de Medios y Fines, bajo el liderazgo de Sid, decidió que sería más práctico permitirle comprar cosas productivas, como pollos y vacas, para resistir en la granja hasta que llegaran las herramientas y todos empezáramos a producir. De manera que la tía Mame volvió a telegrafiar al banco y el fiel señor Johnson fue con el camión a comprar gallinas por toda Georgia. También aparecieron un montón de gallinas que el señor Johnson *no* había comprado, después de que los marineros mercantes y algunos de los jóvenes intelectuales de las universidades salieran a dar una vuelta por la noche. La señora Johnson afirmó que eso era robar y un pecado, pero Boris le explicó que la mala conciencia era una hipocresía burguesa que debía sustituirse por la razón, la razón pura, por el bien del movimiento.

Luego la tía Mame y el doctor Whipple volvieron de dar un paseo por el bosque

con la vaca más famélica que he visto en mi vida. Afirmó que se la había comprado a un encantador campesino y que sólo le había costado el equivalente a cuatrocientos dólares. Se organizó un pandemonio. Natasha exclamó que cómo se atrevía a gastar el dinero de esa manera y Soso aludió a los frívolos excesos de una aristocracia depravada. Se produjo una escena terrible y todo el mundo se puso a gritar consignas sobre el pensamiento mecanicista, el individuo frente al partido y los actos despóticos monárquicos. Por fin se celebró una ruidosa asamblea. Hubo muchas discusiones. El señor Johnson, en su calidad de autoridad agrícola, musitó que, en su opinión, la vaca estaba enferma y no valía ni siquiera cuatro dólares. El doctor Whipple no dejó de repetir algo sobre los medios y los fines y que lo que era bueno para el partido era bueno para todos. La tía Mame gimoteó cosas sobre la leche, las preciosas terneras y los productos lácteos. Se produjo una pelea a puñetazos en la que yo noqueé a Desmond McLush. Llevaron a la tía Mame a su habitación deshecha en lágrimas.

Al día siguiente murió la vaca. La tía Mame lloró tiernamente sobre su escuálido cadáver y Natasha, con un gesto de amargo triunfo en la cara, la acusó de sentimentalismo burgués. Se convocó otra gran asamblea y se hizo un reproche público a la tía Mame.

El grupo se dividió en dos facciones y se produjo otra gran discusión. A eso de las cuatro de la tarde, todos decidieron ir a relajarse un poco con un baño en la poza y nos enviaron a los jóvenes a cuidar del huerto con el señor Johnson, mientras la señora Johnson preparaba la cena.

Los adultos parecían inquietos, sentados sin nada que hacer. El doctor Whipple organizó una serie de mesas redondas sobre cuestiones como: «La revolución incruenta es una contradicción en los términos», pero sólo condujeron a más discusiones apasionadas. Ralph y la tía Mame intentaron organizar un torneo de bridge, pero Natasha afirmó que los naipes eran un pasatiempo decadente de un régimen monárquico corrompido y no permitió que participaran las mujeres. La tía Mame volvió a echarse a llorar.

Esa noche oímos un terrible estruendo en el segundo piso y todos saltamos de la cama para ver lo que ocurría. Uno de los maestros de escuela estaba gritándole cosas horribles a Sid, y yo reparé en que muchos miembros del grupo salían de habitaciones que no les correspondían. Expresé mi curiosidad, pero la tía Mame respondió que nada de eso era asunto mío y que volviera a la cama. Ralph subió las escaleras con un batín de batik y la cara cubierta de crema hidratante. Le dijo a la tía Mame que yo parecía disgustado y que estaría encantado de pasar la noche conmigo. Pero la tía Mame afirmó que era lo último que le faltaba aquella noche. Por fin todo el mundo se fue a dormir.

A la mañana siguiente la tía Mame observó, como de pasada, que la casa estaba muy sucia, que de hecho nunca había estado limpia y que era un crimen propio de personas perezosas. Natasha saltó sobre la carnaza como una tigresa sobre un entrecot. Mordió a Mame.

En ese momento, el doctor Whipple, Masha y uno o dos miembros más de la facción conservadora decidieron que la causa de todas aquellas tensiones era la ociosidad y que tenían que hacer algo hasta que llegaran las herramientas. Los obreros textiles se las arreglaron para sacarle un poco de dinero a la tía Mame y le pidieron al señor Johnson que los llevara a Psplat a comprar agujas y telas. Esa tarde inauguraron un club de costura para todos los hombres y mujeres de la industria textil. Todos se congregaron en la sala de reuniones y se pusieron a cortar y coser amistosamente. Incluso la señora Johnson dejó de cocinar un rato para ponerse a coser. La tía Mame, que no distinguía una aguja de un dedal, se rindió después de echar a perder un rollo de tela y entretuvo al grupo leyéndoles *Das Kapital* en voz alta. Todo parecía muy tranquilo y utópico hasta que Natasha se pinchó en un dedo y empezó a dar gritos.

—¡No soporto más esa voz de zorra educada de la alta sociedad retumbando en mis oídos!

La tía Mame sufrió una *crise de nerfs* y se encerró dos días en su habitación hasta que Natasha le ordenó que saliera a practicar ejercicios calisténicos. Me pareció que la tía Mame estaba muy triste y desilusionada. Pero recobró parte de su genio cuando descubrió que Natasha había repartido todos sus disfraces de campesina rusa importados de Francia entre las demás mujeres bajo la premisa de compartirlo todo por igual.

La situación estalló por fin cuando la tía Mame olvidó barrer el pasillo del tercer piso y dejó la cama sin hacer. Natasha le echó una reprimenda tan terrible que la tía Mame salió de la casa llevándome consigo.

—Vamos, *dushka*, querido, tú eres el único en este condenado estercolero que comprende a tu tía —sollozó. Fuimos al bosque y la tía Mame tuvo un ataque de llanto al estilo antiguo—. ¡Ay, Patrick! A veces me preguntó si he obrado bien. Después de tantas esperanzas me he llevado una amarga decepción.

Yo sentía lástima por ella, aunque tengo que reconocer que no exenta de paternalismo, pero pensé que, si quería salir alguna vez de Georgia y volver a casa para ir a la universidad, aquél era el momento de actuar.

—Bueno —dije—, ¿por qué no reconoces que no estás hecha para ser comunista? Puedes hacer una confesión en toda regla y que ellos lo pasen en grande expulsándote del partido. Y luego...

—¿A qué viene eso de «comunista»? —dijo la tía Mame con los pelos de punta—. ¡De manera que pierdo el tiempo y el dinero en un noble experimento de vida comunitaria y tú lo mancillas con una de esas sucias etiquetas que aplican a los trabajadores los déspotas codiciosos de Wall Street!

—¿Acaso no procede de Wall Street el dinero para tus conejillos de indias?

—¡Oh!, es inútil hablar contigo, Patrick. Ese espantoso internado te ha extirpado hasta la más mínima compasión por tus congéneres y sólo te ha inspirado sueños de capitalismo, enfrentamiento social y esnobismo republicano...

Admito que tenía cierta razón en lo que se refería a la Academia San Bonifacio. El colegio tenía un departamento de ciencias sociales, pero lo único que nos enseñaron era que Calvin Coolidge era un hombre encantador y Herbert Hoover un tipo estupendo. El profesor de historia siempre nos decía que los republicanos eran todos unos caballeros. En cambio, los demócratas eran vulgares y carecían de educación. Cuando le pregunté por Franklin D. Roosevelt, me respondió que era un traidor a su clase y me bajaron la nota diez puntos. Pero yo nunca había comulgado con los preceptos de la Academia San Bonifacio más de lo que comulgaba con los de la Granja Comunitaria Madre Bloor (para obreros de habla inglesa).

—De acuerdo —respondí—, llámalo un experimento de vida comunitaria, llámalo colonia del amor libre, llámalo Plan Morris, llámalo como quieras. Pero ten al menos la honradez de considerarlo agua pasada. Fue un sueño muy bonito, pero también una idea horrible. No está funcionando. Odias a esos tipos y ellos te odian a ti. Deja de perder dinero y márchate.

—¿Cómo que una idea horrible, niño malcriado? El doctor Whipple y yo tuvimos la idea de fundar una granja comunitaria ideal en la que personas de todas las clases y razas pudieran trabajar la tierra para construir una...

—¿Y qué demonios sabes tú de trabajar la tierra? No has pisado una granja en tu vida. Ni siquiera sabrías cultivar malas hierbas en una maceta. Y en cuanto al doctor Whipple...

—El doctor Whipple es uno de los mayores pensadores de nuestro tiempo. Tiene títulos de...

—El doctor Whipple es un viejo aburrido y un cantamañanas, y uno de los pesados más fatuos y pomposos que he visto en mi vida. Puede que tenga títulos de aquí al Kremlin, pero no tiene suficiente sentido común para hacer la o con un canuto.

—Jovenzuelo arrogante, ¿cómo te atreves a...?

—Y tú lo sabes de sobra. Has tenido que sonarle las narices y abrocharle la bragueta desde que lo conociste. Es un viejo chocho y, aunque este fiasco de idea sea tuya y de él, no pinta nada. Sois dos idealistas, y os habéis dejado dominar por un par de auténticos comunistas entrenados en Moscú como Boris y Soso y una vagabunda dura de pelar como Natasha. Ellos dirigen el cotarro y tú pagas las facturas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y en cuanto al resto de los camaradas, ¿qué tienes? Unos cuantos alborotadores que son carne de presidio, varios universitarios medio retrasados, un decorador homosexual y un puñado de descontentos que están pasando unas vacaciones a tu costa. Los únicos que valen algo son los Johnson y les están haciendo trabajar como esclavos, igual que al pobre Ito, en tu maravillosa sociedad sin clases.

—¡Calla, maldita sea! —gritó la tía Mame con los ojos cegados por las lágrimas—. ¡Calla ya de una vez! Éste es mi experimento y esas personas son mis amigos.

—Son tus carceleros —respondí sin inmutarme.

—¿Ah, sí? Ya lo veremos, jovencito. Soy absolutamente libre de hacer lo que quiera. La granja es tan mía como de cualquiera. Puedo ir y venir donde me plazca...

—Te apuesto diez rublos a que no es cierto. Vamos. Inténtalo. Pídele a Boris que te preste tu propio camión, o el autobús, para ir a pasar la tarde en Tiflis. Vamos. Te desafío.

—Muy bien, listillo —dijo poniéndose en pie—. Fíjate bien.

La tía Mame fue a la poza donde Boris estaba tumbado al sol con Soso y su novia, Masha. Boris no era muy agraciado, ni siquiera vestido, pero verlo desnudo, con la espalda y los brazos cubiertos de rasguños, era suficiente para quitarle el apetito a cualquiera. La tía Mame le echó un vistazo, se acobardó y luego volvió a hacer acopio de valor.

—Ca... marada —dijo alegremente—. Quisiera saber si puedo coger prestado el camión o el autobús para ir a Tiflis a...

—Por supuesto que no —respondió tranquilamente Boris, rascándose el trasero.

—Pe... pero si sólo quiero...

—¿Por qué no, Boris? —preguntó Masha—. Tiflis. El teatro Rustaveli. El...

—Cierra el pico —dijo con frialdad Boris—. No, camarada, no puedes marcharte. Vuelve a la casa.

La tía Mame temblaba, no sé si de rabia o de miedo, cuando volvimos por el prado. Pero cuando llegamos a la granja, se desataron todos los demonios.

Atravesamos el vestíbulo y encontramos a Ralph esperándonos, pálido y tembloroso.

—¡Oh, Mame, querida, te he buscado por todas partes! —balbució—. ¡Ha ocurrido algo horrible!

—¿Qué? —preguntamos a coro.

—Oh, Mame, pobrecita. Esa Natasha...

—¿Qué pasa con Natasha? —preguntó la tía Mame temblando cada vez más y con los labios lívidos.

—Ha... ha..., ¡oh, no puedo ni decírtelo! —sollozó Ralph.

—Dímelo, Ralph. Dímelo de una vez. ¿Qué ha ocurrido?

—Natasha ha llevado a Boris a tu habitación y le ha dicho que todos tus maravillosos adornos rusos eran decadentes y totemísticos, que estaban pervirtiendo el experimento y que eran los restos de una civilización muerta y corrompida. Y luego... ¡Oh, no puedo seguir...!

La tía Mame lo cogió del brazo.

—Sí, claro que puedes. ¿Luego qué?

—¡Oh, Mame, querida! He intentado impedírselo. Le dije que todos esos objetos no tenían precio y que tu habitación era la única de la casa que tenía verdadera *friv*, pero ella... ¡oh...!

—¿Ella qué? —preguntó la tía Mame con voz inexpresiva.

—¡Eché todas tus cosas al pozo negro! Y después...

La tía Mame subió a toda prisa los tres tramos de escaleras. Desde luego habían saqueado su habitación, primero sus elegantes vestidos de campesina, luego los adornos rusos. Lo único que quedaba era un camastro y los baúles vacíos. Para empeorar las cosas, Natasha también había garrapateado «¡Sucia trotskista!» en la pared con el lápiz de labios de la tía Mame.

—¡La muy furcia! —dijo la tía Mame en un tono que no sugería el menor sentimiento de hermandad. Miró en torno a la habitación despojada, luego su rostro se contrajo, se arrojó sobre la cama y sollozó convulsamente.

Esa noche no bajó a cenar. La señora Johnson preparó una comida excelente, pero parecía agotada y triste, y cuando la sirvió e incluso cuando le dije que todo estaba buenísimo fue incapaz de esbozar una sonrisa.

Masha había caído por fin en que la señora Johnson e Ito eran siempre los encargados de cocinar, servir las mesas y fregar los platos.

—No es justo, ¿no crees, Tashka? —le dijo a Natasha durante la cena—. A lo mejor deberíamos echarles una mano, ¿eh, camarada?

—Escucha, camarada —respondió Natasha con aire altivo—, hay quien ha nacido para ser esclavo y no hay educación ni revolución capaz de cambiar eso. Como suele decirse, se puede sacar al criado de la cocina, pero no la cocina del criado. Déjala tranquila, lo más probable es que le guste.

Me dolió que Natasha hablara así de la señora Johnson, que era una gran mujer donde las haya. Después de la cena, cuando fui de puntillas a la cocina para ayudarla a fregar los platos, la encontré derrumbada sobre la mesa, llorando ruidosamente mientras sus hijos la miraban tristes y desconsolados desde un rincón.

—Se me ha ocurrido venir a ayudarla con los platos —dije.

Se limitó a mirarme sin verme.

—Pero, señora Johnson —dije impotente—, siempre fregamos los platos juntos. Además —añadí—, he pensado que a lo mejor quedaba alguna cosa para subirle a mi tía Mame. Ha estado llorando en su habitación desde que Natasha arrojó todas sus cosas al pozo negro.

—De acuerdo —dijo la señora Johnson en tono malévolo—. Prepararé alguna cosa e iremos a ver a tu tía Mame.

Subimos en silencio por las escaleras traseras. En la habitación de la tía Mame no se oía ni un ruido, y cuando abrí la puerta la encontré sentada en su camastro con la mirada perdida. La señora Johnson cerró la puerta y dijo:

—Señora Burnside, el chico y yo hemos pensado que es mejor que coma usted algo. —La tía Mame pareció animarse un poco al ver el famoso pan de maíz de la señora Johnson—. Oiga, señora Burnside, esta granja comunal no está funcionando. No es como había pensado. Sonaba muy bien cuando se nos ocurrió venir aquí. Pero no es como nos dijo el señor Whipple. Esas personas se pasan el día sin hacer nada y viven de su dinero y de mi cocina. Booker odiaba depender de la beneficencia, pero esto es aún peor. Esas personas la arruinarán y luego la dejarán a usted tirada. Lo sabe

muy bien. No son como usted. Puede que sea un poco excéntrica, señora Burnside, pero no es como ellos. Usted es una señora. —Hizo una pausa—. Y yo también.

La tía Mame no dijo nada durante unos terribles minutos y luego habló en voz baja:

—Tiene razón, señora Johnson. Ahora lo veo claro. Tiene toda la razón.

—Señora Burnside —dijo muy agitada la señora Johnson—. Tenemos que irnos de aquí antes de que sea demasiado tarde. La situación es desesperada. He sabido lo que le ha ocurrido cuando ha querido usted salir una tarde. Estamos atrapados y tengo miedo.

El rostro de la tía Mame, hinchado por el llanto, empezó a recobrar parte de su antiguo brillo.

—Creo que se me ha ocurrido un plan, señora Johnson, un plan que podría funcionar. —Me miró—. Patrick —dijo en tono pragmático—, la señora Johnson y yo queremos charlar un rato. ¿Por qué no te vas a la cama? Y, recuerda, ni una palabra a nadie de lo sucedido esta noche.

A la mañana siguiente la señora Johnson se afanaba en torno a sus cazuelas cantando con toda la fuerza de sus pulmones. El desayuno fue especialmente delicioso y la tía Mame se levantó antes de las diez. Estuvo muy cordial con todo el mundo, sobre todo con Natasha. La tía Mame barrió el pasillo mejor que nunca, luego quitó el polvo a todas las salas comunes mientras tarareaba «Canción de cuna rusa» con evidente alegría y a continuación fue a ayudar a la señora Johnson en la cocina. La comida de aquel día fue todo un triunfo.

Al llegar el postre, la tía Mame se puso en pie y anunció algo en tono claro y argentino:

—Camaradas, tengo una pequeña sorpresa para vosotros: ¡hoy es mi cumpleaños! —Se oyeron gritos de felicitación—. Es cierto que hay una edad en la que a una mujer no le gusta que le recuerden que tiene un año más, pero ya que me encuentro con unas personas tan maravillosas como vosotros, me trae sin cuidado que se sepa. —Yo habría jurado que la tía Mame había nacido en noviembre, pero me sentí intrigado—. De modo que —dijo recurriendo a uno o dos gestos del método Stanislavski— he decidido dar una fiesta de cumpleaños. ¡Esta noche tomaremos cócteles, cenaremos, bailaremos y beberemos toda la ginebra que podamos y seremos alegres camaradas!

Se sentó radiante entre ruidosos vivas.

La tía Mame pasó la tarde en la despensa preparando litros de ginebra. Yo la había visto hacerlo docenas de veces. Su ginebra casera era famosa, pero me pareció que en aquella ocasión estaba poniendo más interés que de costumbre. Preparó bañeras enteras. Comprendí que, unida al vino de la comarca y al vodka, contribuiría a la diversión. Me sentí un poco solo e inútil, y estuve deambulando por el camino de entrada donde los hijos de los Johnson estaban observando a su padre mientras reparaba el viejo autobús londinense. El motor rugió alegremente, y más tarde el

señor Johnson sacó toda la gasolina del camión y la echó en el autobús. Sus hijos y yo le hicimos un montón de preguntas, pero el señor Johnson se limitó a sonreír con aire misterioso.

A las cinco, la tía Mame se dio un baño caliente y me animó a que yo me diera otro. Mientras los demás nadaban, ella se las había arreglado para recuperar todas sus joyas —excepto un brazalete de cuarzo rosa con el que se había encaprichado Natasha— y también muchos de sus vestidos. Reparé en que volvía a despedir un fuerte aroma a Nuit de Noël.

La cocina aún olía mejor. La señora Johnson había sacrificado docenas de gallinas que se estaban asando hasta adquirir un delicado color dorado en enormes y negros hornos. Entre el tintineo de los brazaletes, la tía Mame removi6 quince litros de dry martini que sabía preparar como nadie.

—Y recuerde —le susurró a la señora Johnson—: t6mese su tiempo para servir la cena. Deje que se sirvan todos los cócteles que quieran y no permita que el señor Johnson los pruebe. Esta noche necesitaremos tener la cabeza despejada.

Al oír que los cócteles estaban listos, el grupo acudió corriendo de todas partes. La tía Mame se mostró particularmente expansiva aquella tarde y casi les obligó a beber. «T6mate otra copa, Natasha». «¿Puedo tentarte a ti también, camarada?». «¡Oh! ¿No os encanta esta hora del día? Me quedaría aquí bebiendo martinis para siempre». Curiosamente, ella no estaba bebiendo nada. «Vamos, Sid, b6bete medio, y tú también, Ralph». La hora de los cócteles duró desde las cinco hasta pasadas las nueve, momento en que la tía Mame creyó necesario preparar cuatro litros más.

Cuando anunciaron que la cena estaba lista, tuvieron que ayudar a la chica inglesa y al doctor Whipple a llegar a la mesa, pero eso sólo aumentó la diversión. La cena fue excelente. Empezó con fruta fresca marinada en vodka y siguió con pollos macerados en vino. De hecho, daba la impresión de que todo, excepto los panecillos con mantequilla, tenía alcohol. El vino de Ateni servido en enormes cuernos de carnero, que la tía Mame había conseguido por alg6n misterioso procedimiento, corri6 durante toda la cena. El momento cumbre fue la llegada de un enorme cuenco de frutas flameadas con un aspecto delicioso, pero cuando fui a servirme la señora Johnson me cogió de la muñeca y me advirti6 con voz ominosa:

—Ni lo toques, cariño.

Despu6s de que sirvieran el caf6 con coñac el grupo parecía un poco embotado por el alcohol, pero la tía Mame lo supervisó todo como un maestro de ceremonias.

—Vamos, camaradas, animaos, ¡*Matushka* sólo cumple años una vez cada trescientos sesenta y cinco días! ¡Vayamos al salón de reuniones a bailar y tomar una copa! ¡*Matushka* significa «madrecita», Patrick!

Fue una auténtica bacanal. El whisky casero de la tía Mame resultó ser el toque final para muchos de los invitados. Desmond McLush se desmayó mientras cantaba «De puntillas entre los tulipanes» con uno de los maestros de escuela. Masha perdi6 la conciencia a mitad de un elaborado paso de baile y Soso vomitó en su *balalaika*.

Pero los que seguían conscientes llevaron a sus camaradas menos afortunados a la cama y siguieron con la diversión.

Incluso la señora Johnson dejó los platos sin fregar en la mesa y se acercó a echar un vistazo. Ralph cantaba «Button Up Your Overcoat», pero la más alegre de todo el grupo era la tía Mame y, cuando por fin me fui a la cama, la estaban manteando Sid y los dos marineros mercantes.

Me costó mucho conciliar el sueño por el ruido que hacían los de abajo. Cada vez que conseguía quedarme adormilado, me despertaba un grito de hilaridad y de vez en cuando un golpe sordo en alguna parte de la casa. Por fin me dormí, pero apenas llevaba un minuto dormido cuando oí llamar cautelosamente a la puerta. La tía Mame susurró:

—Patrick. Patrick, cariño, despierta. Ponte la ropa y no hagas ruido.

—Pe..., pero ¿por qué?

—No aburras a tu tía con tantas preguntas. Vamos a hacer una pequeña excursión. Date prisa y no hagas ruido. —Me puse los pantalones cortos y una camisa y me calcé un par de zapatos. La tía Mame me cogió de la mano—. Ahora ven conmigo y no hagas ruido —susurró—. No querrás molestar a nadie, ¿verdad?

«La buena de la tía Mame —pensé—, siempre pensando en los demás».

En el vestíbulo se alzaba la recia silueta de la señora Johnson. Llevaba puesto el sombrero y el abrigo y un bolso en la mano. Sus hijos, Carver y Aida, estaban con ella.

—¿Preparada, señora Johnson? —susurró la tía Mame—. ¿Llevan sus pasaportes?

—Sí.

—Muy bien, sígame. Cuidado con los escalones y que nadie haga ruido.

Fuimos tras ella de puntillas y en fila india. Un escalón que estaba suelto crujió justo al llegar al rellano y se oyó un gruñido en la habitación de Boris. Yo di un respingo.

—No os preocupéis por él —dijo la tía Mame en tono confiado—. Seguidme.

Llegamos al vestíbulo. Una vela chisporroteaba en el salón de reuniones y vi un montón de cuerpos tumbados en diversas posturas de abandono.

—¡Chis! —nos advirtió la tía Mame—. Y ahora, deprisa, subid al autobús. —Eché a correr. De pronto se oyó un ruido horrible que sonó como «¡Uuuuf!» y la tía Mame se echó al suelo.

En la oscuridad vi a Natasha tumbada boca arriba y a la tía Mame que se había acurrucado a su lado en el suelo.

—¿Qué demonios..., camarada? —dijo Natasha con la voz pastosa moviendo lentamente la cabeza.

—¡Oh, Natasha, camarada —suspiró la tía Mame—, eres tú! —Soltó una risita nerviosa—. Toma, camarada —dijo la tía Mame alcanzándole una copa medio llena—. Sólo quería traerte otra copita. Para que no decaiga la fiesta, ya sabes —añadió gesticulando.

—«Arriba, parias de la tierra...» —graznó Natasha de manera casi ininteligible. Vació la copa de un trago y volvió a caer sobre el suelo con un golpe sordo.

—Gracias a Dios —suspiró la tía Mame. Luego volvió a adoptar la misma expresión de antes—. Éste parece un buen momento para recuperar uno de mis bárbaros símbolos de una civilización finiquitada. —Le quitó hábilmente el brazalete de cuarzo rosa de la muñeca inerte y se lo puso ella en el brazo—. Y ahora, seguidme, deprisa.

Los hijos de los Johnson y yo saltamos ágilmente sobre el cuerpo de Natasha, pero luego oí otro ruido horrible cuando la señora Johnson plantó cuidadosamente sus noventa kilos de peso sobre el estómago de Natasha, se quedó allí un instante, bajó y me siguió fuera de la casa.

El motor del autobús de segunda mano esperaba ronroneando y nos sentamos en los viejos asientos pelados.

—¿Está todo el mundo a bordo? —preguntó la tía Mame. Luego exclamó—: ¡Ay, Dios, mis pieles de marta!

—No preocupar —dijo Ito. Por primera vez reparé en su presencia—. Maletas en piso de arriba. También merienda. Comer pollo camino de Turquía. —Luego soltó una risita.

—¡Chis! —dijo la tía Mame—. No hagáis ruido.

Justo en ese instante, la puerta de la casa se abrió de par en par.

—¡Mame! ¡Camarada Mame! ¿Qué, ejem, estás haciendo? ¿Adónde..., Mame? ¡Espera!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella—. ¡Es Euclides Whipple!

—Al diablo con él —sugerí.

—Estoy de acuerdo —dijo la tía Mame—. Písele a fondo, señor Johnson.

—¡Mame! ¡Detente! —gritó el doctor Whipple—. ¡Nuestro plan! ¡Nuestra granja! ¡Nuestro sueño! ¡Camaradas! ¡Boris! ¡Detenedla!

Se oyó un estampido.

—¡Oh, Dios mío! —gimió la tía Mame—. Ahora nos atraparán y quién sabe qué...

—No nos atraparán, señora Burnside —se rió el señor Johnson mientras conducía el autobús hacia la carretera—. El camión no tiene gasolina. He vaciado el depósito. Si quieren repostar, tendrán que recorrer a pie los quince kilómetros hasta Psplat. Y tendrán que pagar por la gasolina.

Viajamos toda la noche por las traicioneras carreteras de montaña de Georgia, directos hacia la frontera con Turquía. Cuando llevábamos recorridos quince kilómetros, la tía Mame dejó de temblar. Después de recorrer otros quince, se volvió muy locuaz.

—¡Oh, camaradas! —dijo con voz cantarina—. ¿No os sentís como esos viejos aristócratas Romanov huyendo de la revolución? ¡Me recuerda a esas historias tan emocionantes que contaba el conde Orlofski de cómo había huido de San Petersburgo

en el furgón de un mercancías!

Un autobús demasiado viejo para circular por Piccadilly no es el vehículo más indicado para recorrer las montañas del Cáucaso. Las carreteras eran cada vez peores y más empinadas. Una vez tuvimos que apearnos e ir a pie mientras el señor Johnson obligaba al viejo autobús de dos pisos a trepar por una pendiente.

Por la mañana aún seguíamos lejos de Turquía y nos quedaba poca gasolina. Todos dejamos de hablar y nos concentramos en la carretera que teníamos por delante, rezando por alcanzar la frontera. A primera hora de la tarde, tuvimos que apearnos y empujar el autobús para llegar a la cumbre de una enorme montaña. Justo al otro lado estaba la frontera. Había una barrera de madera atravesada en la carretera y varios miembros del Ejército Rojo patrullaban con cara de pocos amigos ante el edificio de aduanas.

—¡Gracias a Dios lo hemos conseguido! —exclamó la tía Mame—. Somos ciudadanos estadounidenses y tenemos los pasaportes en regla. No pueden detenernos. ¡Todo el mundo a bordo! ¡Próxima parada, Turquía! —Cuánta razón tenía. Volvimos a subir al autobús y el señor Johnson quitó el pie del freno—. Pensad en los divinos cigarrillos del Bósforo que podremos comprar —dijo la tía Mame mientras el autobús empezaba a rodar cuesta abajo—. Mejores que los Melachrinos. Señor Johnson, ¿es necesario ir tan deprisa? Me refiero a que vamos casi a...

—No puedo evitarlo. ¡Se han roto los frenos!

—¡Oh, Dios mío! —gimió la señora Johnson.

Rodamos cada vez más deprisa hacia la frontera. Los soldados rusos procedieron con una elegante rutina militar en mitad de la carretera. Uno de ellos hizo un gesto y gritó algo que probablemente significara «¡Alto o disparo!».

—¿No puede parar este puñetero trasto, señor Johnson? Es sólo una formalidad. Lo único que quieren es... ¡Eeeeh!

Con gran estruendo y ruido de madera podrida, nos estrellamos contra la barricada. Se oyó un disparo y el tintineo del cristal en una de las ventanillas traseras. Todos nos habíamos echado al suelo excepto el señor Johnson, que se agachó sobre el volante. Oímos un segundo disparo y seguimos adelante.

Alcé la mirada y vi las puertas de la frontera turca justo delante de nosotros. Algunos soldados turcos corrían histéricos de un lado para otro. Se oyó otro golpetazo y entramos en Turquía. Sonaron más disparos y por fin el autobús se detuvo.

Con la gracia y la elegancia de una emperatriz rusa, la tía Mame fue dando pasitos hasta la parte de atrás del viejo autobús londinense y se apeó de él. Y se las arregló para dar la impresión de que estaba yendo a un baile de la Corte y no a una tienda como Fortnum and Mason.

—¿Cómo está usted? —le dijo al oficial turco que la esperaba furioso—. Soy la señora de Beauregard Jackson Pickett Burnside. Éste es mi pasaporte y éstos son mis camaradas. Es decir, mis amigos.

LA TÍA MAME Y EL POLVORÍN DE ORIENTE PRÓXIMO

—Pues no lo entiendo —dijo Pegeen—. ¿Cómo pudo una mujer como tu tía estar en un sitio tan próximo a la Alemania nazi sin meterse en líos?^[2]

—Es muy sencillo —respondí—. *Finesse*. Diplomacia. Tacto. Llámalo como quieras. Tendrías que haberla visto en Oriente Próximo.

—¿En Oriente Próximo?

—Sí.

—Y dime, ¿qué estaba estudiando ese «diamante de tantas facetas» en Oriente Próximo?

—Las relaciones raciales.

—Bueno, como ya he oído más de lo que quería a esa pesada de la señora Rawlings de la calle de enfrente, cuando ha venido a pedirme que firmara otra solicitud en contra de la recalificación urbanística del barrio, prefiero no saber nada de lo que hizo tu tía en ese polvorín de Oriente Próximo.

—Bien —dije.



La tía Mame sintió una afinidad inmediata por Oriente Próximo. Después de vivir como cerdos en el Tirol, le encantó viajar a un lugar donde se podía vivir como un potentado a cambio de una modesta cantidad de dinero.

Descendió majestuosamente por el Danubio, se detuvo en Budapest para hacer unas compras, llegó a la costa dálmata y luego se embarcó hacia Egipto tras recalar en las islas griegas.

El Rolls nos estaba esperando en Alejandría y, mientras recorríamos a toda velocidad el extenso desierto que separa dicha ciudad de El Cairo, noté que la tía Mame volvía a ser la misma de siempre.

—¡Ah, cariño, Egipto! —dijo dándome palmaditas en una mano—. Tan moderno y tan *chic*, y al mismo tiempo impregnado de ese inefable misterio que ha tenido desde la época de los Ptolomeos. —Encendió un Fuad Premier Doré. Eran unos cigarrillos fortísimos que olían a bosta de camello, aunque no carecían del todo de atractivo si uno lograba acostumar los pulmones—. ¡Y tan cosmopolita, cariño! ¿Dónde, si no, podría una encontrar a ingleses, franceses, griegos, italianos, turcos y egipcios sentados a la misma mesa?

—En Washington, D. C. —sugerí—. ¿Te importa si bajo un poco la ventanilla?

—Por supuesto, la querida Alex (me refiero a Alejandría, cariño) es divertida pero muy europea, en cambio ahora vamos hacia el cálido corazón de Egipto: ¡El Cairo! *Le Caire!* Y no te preocupes, Patrick, lo conozco como la palma de la mano. Tu tío Beau y yo estuvimos allí en nuestra luna de miel. Y ahora nos comportaremos como los lugareños. Nada de hacer el turista. Nos alojaremos en Shepherd's; tengo tarjetas de visita para el Gezira Sporting Club y para el Turf Club. La comida en Les Ambassadeurs es soberbia y, gracias a Dios, tienen una sucursal de Elizabeth Arden. Sencillamente, veremos cómo viven los auténticos egipcios. No tan deprisa, Ito —dijo a través del tubo acústico.

La tía Mame se comportó como los lugareños en el sentido de que se puso un montón de alheña en los ojos. Compró un montón de joyas exóticas; la más exótica de todas, un enorme brazalete de oro que se puso por encima del codo, donde se quedó hasta que varios años más tarde tuvieron que serrárselo en Tiffany's. Pero, excepto por las excursiones a Elizabeth Arden y a varios clubes y restaurantes idénticos a los de cualquier gran ciudad, se quedó en la veranda del Shepherd's bebiendo «Pobres bastardos» (una tosca contracción de un cóctel que producía unas resacas terribles, llamado originalmente «Pobre barman»), abanicándose, quejándose del calor y lamentándose de lo tonta que había sido en la fiesta de la noche anterior.

Pero un día, después de una juerga bastante movida en casa de unos angloamericanos en Garden City, la tía Mame decidió que ya había asistido a suficientes fiestas y que había llegado el momento de comportarse como los lugareños.

—Vamos a las pirámides, cariño —dijo apurando su tercer «Pobre bastardo» e indicándole al camarero con un gesto que le preparara otro—. Si queremos conocer este país, tendremos que hacerlo desde los orígenes. Todos esos años, esas dinastías... *Merci* —le dijo al camarero cogiendo la bebida de la bandeja.

—Muy bien —respondí—. Le diré al intérprete que nos busque un guía. ¿A qué hora habías pensado...?

—¿Guía? —dijo la tía Mame, como si le hubiera hablado en suajili—. No somos turistas. Ya he estado aquí antes y soy perfectamente capaz de enseñarte los monumentos del antiguo Egipto sin necesidad de tener un mestizo bisbiseando a mis espaldas. Anda, dile a Ito que traiga el coche mientras subo a cambiarme. *L'addition, s'il vous plaît!*

—Enseguida, señora —respondió el camarero.

Media hora más tarde, la tía Mame salió de Shepherd's con lo que supongo que debía ser un elegante atuendo para el desierto. Consistía en una sahariana blanca de lino, una falda pantalón, un par de botas y un salacot de corcho envuelto en un velo larguísimo de gasa de color mandarina. El efecto era una mezcla de celebridades como Osa Johnson y Agnes Ayres, y resultaba demoledor.

—Vamos, Patrick —dijo golpeándose la bota con la fusta de montar. Subió al Rolls, entre el aleteo de los velos, y nos pusimos en camino.

El negocio en las pirámides no iba demasiado bien y nos vimos asediados por una multitud de guías e intérpretes, uno de los cuales nos ofreció no sólo un recorrido por las tumbas, sino una alfombra turca, un anillo de diamantes, fotografías eróticas, hachís, a su preciosa hermana y, por fin, a sí mismo.

—*Yallah!* —exclamó la tía Mame haciendo exhibición de su dominio del árabe—. ¡Fuera todos de aquí! Vamos por nuestra cuenta.

Luego escogió dos camellos, uno blanco llamado *Fátima* para ella y una camella vieja comida por las moscas a la que le olía terriblemente el aliento para mí. Se llamaba *Badia*.

—¡Eh! —exclamé mientras trepaba como podía a lo alto de *Badia*—. ¿Alguna vez has montado alguno de éstos?

—Docenas de veces, cariño —respondió la tía Mame montando con elegancia en la joroba de *Fátima*—. Al principio puede que te marees un poco, pero es muy fácil y son mansos como corderitos. ¡Ito —gritó—, síguenos con las cosas de la merienda! —Dio un golpe seco a *Fátima* con la fusta y empezamos a balancearnos por un camino en el desierto de arena, con Ito riéndose en el coche detrás de nosotros.

—¿No te parece divino, cariño? —gritó la tía Mame por encima del hombro—. Me siento como Cleopatra. No me extraña que llamen a estos maravillosos animales los barcos del desierto.

—No —respondí sintiéndome un poco mareado por las ondulaciones oceánicas de mi camello—. Ojalá hubiese traído las pastillas contra el mareo.

—Tonterías, cariño. Donde fueres...

—Insisto en que debería haberlas traído —respondí.

—¡Oh, no seas tan aguafiestas, Patrick! ¿No te parece precioso el desierto?

—No especialmente —dije preguntándome si llegaría a vomitar o no.

—Cabalgaremos hasta encontrar algún precioso oasis y luego pararemos a comer. ¿Sigue Ito detrás de nosotros?

Me volví y sonreí a Ito con gesto enfermizo. Estaba riéndose tanto que apenas podía conducir. Me saludó con la mano, y entonces sucedió: golpeó la bocina con el codo y se produjo un terrible pitido. Los dos camellos se detuvieron en seco y se encabritaron. Yo caí de espaldas e Ito frenó para no atropellarme. Me levanté justo a tiempo de ver a la tía Mame y a *Fátima* desaparecer detrás de una duna. «¡Sooo!», oí gritar a la tía Mame. Luego chilló: «*Hom'd el Allah!*», que, según creo, significa «Hijo de Alá» y es el equivalente musulmán de nuestro «¡Jesús!». Aquello debió de ofender a *Fátima*, pues aceleró y desapareció por completo de la vista.

—¡Ve tras ella! —le grité a Ito subiendo al asiento del acompañante. Aterrorizado, Ito pisó el acelerador. El enorme coche negro salió del camino y se internó en la arena. Recorrimos unos veinte metros y luego el Rolls se quedó atascado. Inspirado por el espíritu independiente de *Fátima*, mi camello echó a correr

en la dirección opuesta.

Ahí nos quedamos, solos en el desierto y metidos en la arena hasta el guardabarros. Cuando logré subir al techo del coche para ver si divisaba a la tía Mame, el ondulante velo de color naranja apenas era ya una mancha en el horizonte.

Las siguientes cuarenta y ocho horas, más de cien intérpretes, la patrulla montada y un pequeño aeroplano se dedicaron a buscar a la tía Mame y a *Fátima*. A ella la encontraron dos días después a más de la mitad de camino de Menfis y con una fuerte insolación. Nadie volvió a ver a *Fátima*.

La tía Mame pasó una semana en el hospital, debatiéndose —según ella— entre la vida y la muerte. No obstante, su médico dijo que estaba perfectamente y que había adquirido un bonito bronceado. Afirmó que lo único que necesitaba era descansar unas semanas en un clima adecuado, e incluso le ofreció su propia villa en las montañas del Líbano.

De no ser porque tenía pelada la nariz, la tía Mame habría sido el retrato perfecto de una enferma imaginaria mientras el Rolls seguía la costa mediterránea a través de Palestina en dirección a Siria. En Tel Aviv, la tía Mame pudo tomar un par de *blintzs* y una cerveza fría. Luego estuvo gimiendo en voz baja —aunque también eructó una vez— todo el camino hasta el Líbano. En Tiro se asomó lánguidamente por la ventanilla y suspiró: «¡Ay!, toda nuestra pompa de ayer se pierde con la de Nínive y Tiro» (creo que la frase es de Kipling), y volvió a recostarse en el asiento. Tiro no valía gran cosa. Sidón era bastante más agradable, y la tía Mame anunció que trataría de fumar un cigarrillo. En Beirut pidió su estuche de maquillaje y unas joyas muy sencillas.

Después de que Ito se perdiera tres veces en Beirut y por fin lograrse dirigirse hacia las montañas, la tía Mame volvió a sentirse bastante animada.

—¡Ah, el aire de la montaña! —dijo bebiendo un saludable sorbo de coñac de la petaca—. ¡Los cedros del Líbano! ¿Cómo se llama ese sitio donde me ha enviado el médico, cariño?

—Es un pueblo llamado Shufti. Está en las montañas, cerca de Sofar.

—¡Ah, la vida sencilla! Vivir en una casita de adobe y compartir el pan y el queso con los pastores de cabras libaneses. ¿Querrás que te compre una chilaba, cariño?

—Creo que es un poco más sofisticado, tía Mame. El médico me contó que era un pueblo balneario con un club y un hotel enorme.

Shufti era la siguiente ciudad en la montaña, y la villa que el médico le había prestado a la tía Mame era una copia en miniatura del Petit Trianon y estaba justo enfrente del club. Tenía un precioso jardín vallado adyacente a los jardines de dos villas vecinas. La de la derecha era una enorme mole de estilo moruno, mientras que la de la izquierda era más pequeña, más acorde con la arquitectura libanesa y levemente ruinoso. Un letrero en letra gótica delante de la villa moruna decía: «Villa Mont d'Or», mientras que una placa de latón en la otra proclamaba que pertenecía al «Señor Humphrey R. Cantwell y señora». Cuando ayudé a la tía Mame a salir del

coche, reparé en que unos ojos nos observaban a través de las persianas de ambas villas.

Al día siguiente, tras dejar a la tía Mame delicadamente instalada en una tumbona, capaz por fin de ingerir un poco de alimento en forma de lima con ginebra, salí a explorar el pueblo de Shufti. La única vía principal era una raquítica calle árabe con un par de cafés, una o dos lavanderías, un colmado y un cine Roxy donde daban *La calle 42*, interpretada por Dick Powell y Ruby Keeler, y también la novena parte de un serial de Tarzán. Pero, ¡ah, las *banlieues* de Shufti! Un bonito pueblo de montaña a poca distancia de Damasco y Beirut como aquél había atraído a muchas personas adineradas: libaneses, sirios, egipcios, turcos, además de las acostumbradas familias de funcionarios franceses y unos cuantos griegos, estadounidenses e ingleses ricos, cuyas casas de verano recordaban en mayor o menor grado el pabellón de Brighton. Shufti, con su aire de gran opulencia, sus villas sacadas de *Las mil y una noches*, su ilimitado suministro de criados casi gratis, era el típico sitio donde —a primera vista— uno pensaba que sería agradable instalarse y vegetar para siempre. Sin embargo, después de verlo más de cerca y de pasar unas cuantas tardes en el European Union Club, empezabas a darte cuenta de que tras una semana de frecuentar aquella sociedad provinciana, bobalicona y mojigata estarías al borde del suicidio por aburrimiento.

El European Union Club era un ejemplo perfecto de hasta qué extremos pueden llegar los expatriados franceses e ingleses para crear, sin conseguirlo, un pequeño rincón en un país lejano que les recuerde a su hogar. El club había sido la residencia veraniega de un rico mercader de Damasco: un pabellón fresco, elegante y primoroso ubicado en uno de los rincones más bellos de las montañas libanesas. Pero los europeos no habían tardado en estropearlo añadiéndole los peores rasgos de Liverpool y Toulouse. Había detalles que recordaban los anuncios de Chivas Regal. Las cretonas campaban a sus anchas, embellecidas con antimacasares y horribles y floridas lámparas francesas. El salón de fumadores era una pesadilla forrada con paneles de pino y adornada con las cabezas polvorientas de los animales salvajes aniquilados por los miembros más atléticos de club. Francia había salido victoriosa en el salón comedor. Las mesas estaban adornadas con estuches de mondadientes, saleros llenos de sal sucia, servilleteros y ramilletes de flores hechas con cuentas de cristal en un país donde las flores más exuberantes crecían como si fuesen malas hierbas. Las paredes estaban tapizadas de terciopelo color mostaza, y unas mugrientas cortinas con brocados, seda y encajes sucios obstruían decididamente la luz y cualquier impresión de que justo detrás hubiera un jardín precioso. La comida era inglesa. Gran Bretaña dominaba la sala de billar con un tronco eléctrico que ardía sin gracia en una chimenea falsa, unas reproducciones Tudor de Tottenham Court Road y unas vulgares estampas deportivas (aunque los franceses habían saboteado

astutamente esa maniobra colgándolas demasiado altas). En el bar, los Estados Unidos habían dejado impronta de su poder mediante la instalación de una horrible máquina de discos que burbujeaba y cambiaba de color y una máquina expendedora de cigarrillos.

El vestíbulo había sufrido pocos cambios, excepto por un tablón de anuncios de paño verde cubierto de avisos. La mayor parte de los que iban dirigidos a los miembros en general estaban escritos en inglés y en francés, pero había numerosas peticiones particulares que demostraban bastante bien cómo estaba dividido el club. Se podían leer cosas como:

Si alguien encuentra un broche de granates, que tenga la bondad de devolvérselo a lady Belcher. Posee un gran valor sentimental.

Thé dansant, le samedi 19, 17 heures. Ahmed Maluf et son Orchestre «Swing» du le Kit-Kat Club (Beirut). 50 piastres.

Algunos de los miembros jóvenes más descorteses han estado utilizando la sala de juegos como lugar de reunión, y sin la menor consideración hacia quienes estaban intentando jugar al bridge, han hablado en voz alta, se han reído y demás. Semejantes infracciones deben cesar de inmediato.

SEÑORA DE HUMPHREY CANTWELL

Algún francófilo irreverente había escrito «Merde» a lápiz justo debajo.

Tómbola todos los miércoles a las 20 horas.
Tombola Tous les mercredis - 20 heures.

Cualquier miembro del club interesado en formar un grupo para interpretar las obras de Noël Coward puede contactar con madame Mont d'Or en horario de mañana a partir de las diez.

SARI MONT D'OR

La caligrafía era tan alambicada que apenas resultaba legible.

Quien esté interesado en acompañar al señor Cantwell y a mí a las ruinas de Palmira el próximo viernes puede hacerlo compartiendo los gastos de gasolina.

SEÑORA DE HUMPHREY CANTWELL

Otro miembro irreverente había escrito: «Parecen ustedes las ruinas de Herculano».

Torneo júnior de tenis. Competición de dobles mixtos. Seymour Mont d'Or, capitán del equipo masculino. Lucia Cantwell, capitana del equipo femenino. Inscripciones al pie.

Ciertos miembros del club y sus invitados se han presentado en la piscina vestidos indecentemente. Se recuerda a los miembros que el European Union Club es una organización *familiar*.

SEÑORA DE HUMPHREY CANTWELL

En esta ocasión, alguien había tachado cuidadosamente lo que habían escrito debajo de la firma de la señora Cantwell.

Aquellos miembros interesados en aprender los últimos bailes latinoamericanos pueden contactar con madame Mont d'Or, en horario de mañana después de las diez.

SARI MONT D'OR

Una vez más, la caligrafía barroca y alambicada de madame Mont d'Or, con las íes con enormes puntos en forma de círculo y las tes con diagonales cruzadas. El papel era de color verde pálido y tenía un enorme escudo de armas blanco.

Gracias al tablón de anuncios, comprendí que las señoras Cantwell y Mont d'Or dirigían el club.

Un criado con un fez rojo me acompañó al vestuario masculino, donde otro criado me ayudó a desvestirme y ponerme el bañador. Podría haberlo hecho yo solo, pero el club parecía tener más criados que miembros. Mientras me preguntaba si mi traje de baño sería lo bastante largo para pasar la inspección de la señora Cantwell, un joven salió chapoteando de la ducha canturreando «I Get a Kick Out of You» con melodiosa voz de barítono. No uno sino dos criados empezaron a secarlo con toallas.

—Hola —dijo con marcado acento estadounidense—. Soy Seymour, pero todos me llaman Sammy.

—Encantado —dije—. Yo me llamo...

—Lo sé. Somos vecinos. No te preocupes. Siempre que llega alguien a Shufti, toda la ciudad acaba enterándose.

Era fuerte y moreno y sólo unos pocos años mayor que yo. Tendría unos veinte,

calculé.

Mientras charlábamos amablemente sobre trivialidades, dimos un paseo a través del ruidoso jardín en dirección a la enorme piscina circular. Aparte de dos o tres docenas de criados con chaqueta blanca y faldas rojas, no había nadie más. Cincuenta cabinas de baño vacías aleteaban ociosamente bajo la lánguida brisa de la montaña. La piscina se llenaba con agua de manantial fría y cristalina. Sammy —o Seymour— se zambulló el primero y cortó la superficie del agua con brazadas largas y poderosas. Pero aún salió más deprisa cuando acudió a nuestro encuentro una joven rubia con un traje de baño de lastex blanco.

—Te presento a Lucia Cantwell —dijo en tono casi posesivo, y sus ojos la acariciaron tiernamente. La verdad es que no le culpé. La chica era un bombón. También era estadounidense y tendría unos dieciocho años.

—Encantada de conocerte —dijo Lucia con voz dulce—. Vivimos pared por pared. Mi madre lleva horas esperando vuestra llegada. Supongo que bajará a veros en cualquier momento. Y, por supuesto, contará con que asistáis a sus martes.

Estaba respondiendo alguna vacuidad educada como «¡Qué amable por su parte!» cuando reparé en que Lucia había dejado la mano con aire ausente sobre el robusto pecho de Sammy. Fue un gesto simpático e inocente que, al menos para mí, resultó de lo más elocuente. Él la miró de un modo que daba a entender que preferiría estar bajo el agua con ella que charlando conmigo sobre tonterías. Luego Lucia volvió en sí y gritó:

—¡El último es un presidente de club!

Los tres nos zambullimos y estuvimos nadando como delfines no sé cuánto tiempo. Poco a poco me fui dando cuenta de que la población en torno a la piscina iba aumentando: no es que todos se metieran en el agua; sencillamente, se sentaban delante de sus cabinas de baño y daban de vez en cuando una palmada para que uno de los criados les llevara una limonada o una *shandy*. Pasar el tiempo sentados era casi una carrera universitaria en Shufti.

Pero justo cuando Sammy subía al trampolín para ejecutar un salto mortal, el ser más horrible de todos los presentes se acercó a toda prisa a la piscina y gritó:

—¡Lucia! ¡Luciiii! Mamá quiere verte.

—¡Oh, oh! —dijo Lucia ruborizándose levemente—. Ya estamos. Acompáñame, por favor.

Desde lo más alto del trampolín, Sammy estaba gritando: «¡Y ahora, el famoso...!», pero las palabras se ahogaron en sus labios cuando vio a Lucia dirigirse hacia la cabina de baño rotulada con el nombre Cantwell.

—Mamá —dijo Lucia empujándome a las garras de aquella vieja bruja—, te presento a nuestro vecino, Patrick Dennis.

—Encantada —dijo la señora Cantwell en tono de presidenta. Tenía la sonrisa de un tiburón—. Esta misma mañana le he enviado nuestra tarjeta a tu tía. —Una vez más, la mecánica exhibición de colmillos—. Es una de las Burnside de Georgia, ¿no?

Gente de alcurnia.

La señora Cantwell, cuyo nombre de pila era Lucy —aunque a nadie se le habría ocurrido pensar que pudiera poseer algo tan íntimo como un nombre de pila—, era una matrona estadounidense, alta, huesuda y pasilarga de edad indeterminada, orgullosamente desaliñada con un vestido veraniego de flores que proclamaba proceder de Lane Bryant casi a gritos, un sombrero panamá un poco estropeado y un par de zapatos blancos oxford de enfermera.

—Siéntate —dijo. Una vez más, la sonrisa de devoradora de hombres—. Lucia, cariño, ve al salón y tráele el chal a tu madre. —Intuí que el chal sería de batik—. Qué traje de baño tan bonito —me dijo la señora Cantwell—. Discreto. No como los que usan ciertas personas —añadió, señalando sin el menor recato al traje de baño un poco más corto de Sammy—. Espero que sirvas de ejemplo para..., ejem, ciertas personas que no han tenido..., ejem, nuestras mismas oportunidades.

No supe a qué se refería exactamente, pero decidí acortar al menos cinco centímetros todos mis trajes de baño. Estaba considerando añadirles un diamante falso cuando la señora Cantwell me observó con mirada acerada y dijo:

—Como eres nuevo en el club, será mejor advertirte de que hay..., ejem, ciertas personas a quienes es mejor evitar. Me refiero a que me he dado cuenta de que estabas hablando, en fin, con uno de nuestros miembros más indeseables. Pareces un joven muy inteligente y educado y, en fin, a buen entendedor...

No tenía ni la menor idea de qué me hablaba esa vieja bruja, pues las únicas personas a quienes había visto eran su hija y aquel chico llamado Sammy-Seymour.

—Claro que mi Lucia es muy democrática. Ya sabes, por nuestra posición aquí. Pero no es inteligente mezclarse con las personas equivocadas. Y como he visto que hacías tan buenas migas con... —De nuevo echó una mirada de soslayo hacia la piscina y en dirección a Sammy.

—Lo siento, pero ni siquiera sé cómo se llama —dije.

—Ya lo suponía, pues de lo contrario no habrías intimidado hasta el punto de... —Luego bajó la voz—. Es Seymour Mont d'Or.

—Ah, sí —respondí con aire ausente.

—¿Hablas francés?

—Un poco.

—Entonces, ¿por qué no traduces, jovencito?

—Mont d'Or: «montaña de oro» —dije perplejo.

—¿O...? —continuó ella con gesto teatral—. Goldberg —bisbiseó de forma horrible.

Me quedé boquiabierto.

—Ya sabía yo que te quedarías horrorizado —dijo con una perversa sonrisa en forma de uve. Y lo cierto es que lo estaba, aunque por razones totalmente opuestas a las que ella pensaba—. No hace falta decir más, ¿verdad? Ahí llega Lucia con mi chal.

Era de batik.

La señora Cantwell estaba dispuesta a dejar las cosas claras. A su manera sinuosa, me sonsacó dónde vivía la tía Mame, cuál había sido su nombre de soltera, de dónde era, dónde había asistido yo a la escuela, a qué universidad iba a ir, el nombre de los chicos a quienes yo conocía en Estados Unidos y el de sus familiares. Ahora que lo pienso, no creo que la señora Cantwell fuese muy inteligente o sutil sonsacando a las personas, pero nunca había conocido a nadie que actuara como ella. A mitad de interrogatorio, comprendí lo que estaba haciendo aquella mujer y sentí la tentación de hacer exactamente lo que habría hecho la tía Mame: contarle una sarta de mentiras extravagantes que le hicieran cerrar el pico para siempre: «El nombre de soltera de la tía Mame era Borbón, yo soy el hijo morganático de Francisco José, vivimos en el Taj Mahal y sólo se me permite jugar con príncipes de sangre real y con el eunuco de mi tía». O espantarla diciendo que la tía Mame dirigía un burdel en Paducah, que mi padre había sido soplón a sueldo de Al Capone, y mi abuelo un perista que usaba como tapadera una charcutería en Jersey City. Pero, ¡ay!, yo era demasiado ingenuo y la idea se me ocurrió demasiado tarde. Le había dejado claro que estaba bien educado y que era gentil.

Tranquilizada al saber que la tía Mame y yo éramos «gente bien», la señora Cantwell inició un interminable monólogo que me permitió vislumbrar de forma exhaustiva su *curriculum vitae*, su genealogía, sus contactos en Estados Unidos y sus amistades en el mundo entero. «De soltera, era una Lathrop de Lowell..., mi padre, el obispo..., cuando el señor Cantwell estuvo en Harvard..., a una se le hace cuesta arriba tener que vivir aquí y no poder educar a Lucia como es debido..., mis primos, los Morris Redfield..., mi hermano, Sturgis, cuyo amor por los animales es bien conocido..., las Damas Coloniales..., los Descendientes del *Mayflower*..., el profundo interés del señor Cantwell por la arqueología..., hay que tener cuidado con quién se relaciona una aquí..., mi vestido de puesta de largo de Worth..., pero el señor Cantwell prefiere dirigir su colegio masculino..., no es por el dinero, claro, sino más bien una afición..., los preciosísimos ópalos de mi abuela». Lucia parecía avergonzada, y de vez en cuando echaba una mirada hacia el lugar donde Sammy Mont d'Or estaba chapoteando sin ganas con un par de chicas francesas francamente vulgares. Yo me sentí avergonzado por Lucia y furioso conmigo mismo por haberme dejado atrapar por aquella vieja arpía.

También me dio la sensación de que la señora Cantwell era vorazmente posesiva. Hablaba sin parar de «mis martes», «mis vistas», «mi montaña», «mi gente», «mi modistilla» —así que, después de todo, el vestido no era de Lane Bryant—, «mi organización benéfica», «mi farmacia», «mi inteligente médico francés». Daba la impresión de que las cosas normales y corrientes adquirían un rango superior en virtud del patrocinio, la proximidad o la posesión por parte de la señora Cantwell. Mientras ella seguía hablando y hablando, puntuando cada penosa andanada con una serie de sonrisas mecánicas, mohínes, muecas y *moues*, yo sorprendí a Lucia mirando

con gesto cada vez más anhelante al joven Seymour Mont d'Or. Me pregunté distraídamente si no estarían acostándose, pero luego decidí que la señora Cantwell no permitiría que la joven se apartara de su lado más tiempo del necesario para un fugaz apretón de manos.

—Por supuesto, el señor Cantwell sólo admite a unos cuantos chicos y siempre de las mejores familias... —La señora Cantwell había iniciado la descripción de uno de los tétricos días de clase de su marido en Beirut, que, a juzgar por cómo lo contaba ella, dejaba a Eton y a Harrow a la altura de la Ciudad de los Muchachos del padre Flanagan—. Acepta a los hijos de algunos funcionarios franceses, pero no a católicos, y desde luego no a...

Se oyó una silenciosa fanfarria, todo el mundo volvió la cabeza y allí, superando a la realidad, vi a una mujer a quien tomé por la reina de Saba. Era delgada y elegante, medía casi dos metros con sus sandalias de suela de corcho y un imponente turbante de seda escarlata. Llevaba un traje de baño de damasco plateado repujado de rubíes inquietantemente auténticos.

—¡Yuuuju! —gritó saludando con un gesto a todos los presentes—. *Ça va, chérie! Bonjour, mon capitaine!* ¡Buenas tardes, lady Belcher! Seymour, *chéri*, tráele un cojín a *maman*, cariño. ¡Sé buen chico!

—¿Quién...? —empecé.

—Ésa —dijo la señora Cantwell con una mirada elocuente— es la señora..., ejem, Mont d'Or.

Observé cómo la señora Mont d'Or se sentaba en un cojín, daba una palmada, pedía «*un petit café noir*» y abría majestuosamente un ejemplar atrasado de *Vogue* —edición parisina— mientras sus diamantes y sus rubíes brillaban ominosos a la luz del sol.

—Las invasiones persas... —exclamó demoledora la señora Cantwell.

—Por favor, mamá... —empezó Lucia.

—Vamos, Lucia —dijo la señora Cantwell, levantándose altanera—, creo que podemos llevar a este joven a casa a tomar el té.

—No..., no puedo. Se lo agradezco mucho —dije desesperado por librarme de aquella vieja horrible y aburrida—. Mi tía no se encuentra bien. Le prometí que volvería a casa. En realidad, ya se me ha hecho tarde. Disculpe.

Cuando llegué a casa, la tía Mame acababa de levantarse de echar un sueñecito. Vi un montón de tarjetas de visita y dos enormes sobres de color verde pálido y con escudo de armas esperando en la bandeja del recibidor. Las tarjetas decían: «Señora de Humphrey Cantwell», «Señorita Lucia Cantwell», «Señor Humphrey Cantwell» y, supongo que para mí, otra del «Señor Humphrey Cantwell».

—Toma, tía Mame —dije alcanzándoselas—, te han enviado algunas tarjetas de visita.

—¿Tarjetas? Dios mío, parece una escalera de color. Igualito que en Buffalo en los viejos tiempos. Me sorprende que no hayan doblado la esquina o algo parecido. ¿Quién es esa tal Cantwell?

Empecé a contárselo, pero ella abrió uno de los sobres verdes y supe que era de la señora Mont d'Or.

Dios mío —dijo leyendo en voz alta—: «*Monsieur H. Jules Mont d'Or et Madame vous prient d'assister à dîner ce soir à huit heures. Le smoking*».

—¿*Le smoking*? —exclamé—. ¿Qué vamos a hacer, sentarnos a fumar puros?

—No, cariño —se rió la tía Mame—, es sólo una de esas afectaciones inglesas y francesas. Se refiere a que hay que llevar traje de fiesta. Pero, cariño, ¿de verdad vamos a pasarnos la noche oyendo banalidades francesas? No estoy segura de poder resistirlo todavía.

—No lo creo. Son estadounidenses. Hoy he conocido al hijo. Es muy simpático.

—En fin, supongo que podemos ir. No creo que unos cuantos cócteles y una cena sencilla vayan a fatigarme demasiado. ¡Ito! —gritó—. Quiero que lleves una nota a la casa de al lado. Veamos... «Madame Burnside...». ¿Cómo diablos se dice «acepta encantada»?

A las ocho en punto yo ya estaba de punta en blanco, cuando la tía Mame apareció con un sencillo vestido de fiesta de punto y ni una sola joya, a excepción de su anillo de boda y el brazalete que llevaba encajado en el codo.

—Vamos, querido.

—¿Crees que vas lo bastante..., no sé, sofisticada, tía Mame? ¿Es que no vas a ponerte ninguna joya?

—Tonterías, Patrick —soltó la tía Mame—. No entiendes nada de *haute couture*. En un sencillo pueblo de montaña como éste no quisiera parecer grosera. Estoy segura de que los Mount Kiscos, o comoquiera que se llamen, serán una agradable y humilde familia que sólo quiere compartir una cena sencilla con...

—De acuerdo, de acuerdo —dije—. En marcha.

No estoy seguro del efecto que había pretendido conseguir la señora Mont d'Or, pero el interior de su casa de estilo moruno era exactamente igual que el vestíbulo del teatro Alhambra de Loew en Brooklyn. Nos recibieron dos enormes criados bereberes que casi supuse que se desnudarían hasta quedarse en calzones y luego harían sonar un gong para anunciar nuestra llegada. La tía Mame abrió los ojos como platos al ver el espantoso mal gusto con que estaba decorado el vestíbulo, y casi se le salen de las órbitas cuando apareció la señora Mont d'Or cubierta de paño de oro y diamantes. La tía Mame buscó mecánicamente su enorme anillo de esmeraldas sin tallar, y recordó, demasiado tarde, que lo había dejado en casa en su joyero.

Con mucha profusión de *enchantées* y *après vous*, nos hicieron pasar al gran *salon*, que parecía el serrallo de un sultán salvo por un enorme Capehart en una

vitrina de estilo Chippendale. Allí, entre las orquídeas y los criados, estaban Sammy, H. Jules Mont d'Or y una tal mademoiselle de Chimay, una guapa pero insulsa chica francesa que, tal como le explicó en confianza la señora Mont d'Or a la tía Mame, era una probable nuera..., «*bien élevée*» y con una buena «*dot*».

Debo decir que H. Jules no parecía un consorte digno de madame de Mont d'Or. Era un hombrecillo rollizo, triste y amable, de ojos llorosos y con la calva sonrosada. Apenas hablaba, y cuando lo hacía nunca parecía estar seguro de si lo que estaba diciendo molestaría o no a su mujer. Llevaba una chaqueta dorada, supongo que para que conjuntase con el vestido de su mujer. Seymour-Sammy llevaba una chaqueta de esmoquin de color azul que combinaba muy bien con su bronceado, pero parecía avergonzarse. Daba la impresión de que madame Mont d'Or tenía la última palabra en cuanto al vestuario de los hombres de la familia.

Tomamos champán (francés) y caviar (ruso), y luego hicimos una larga excursión hasta el comedor, que era más o menos del tamaño del Madison Square Garden y estaba lleno de mosaicos, columnas salomónicas y tracería en filigrana. Detrás de cada silla había un criado nativo. La conversación en la cena fue en inglés, pues mademoiselle de Chimay lo hablaba con fluidez, por suerte para todos, en particular para la señora Mont d'Or, que no dejó de hablar de la ropa que le enviaban directamente de París, de sus joyas, del cocinero que le había robado al restaurante La Rue, del retrato que iba a pintarle Marie Laurencin, del Citroën blanco («*pour le sport*») que se había mandado fabricar, de la redecoración de su residencia de invierno en Damasco y, en suma, de sí misma. Aunque más llamativa, me pareció casi tan aburrida como la señora Cantwell. Por fin se llevó a las damas a lo que llamó «*l'Imperatrice Salon*» y me quedé, exhausto, con Seymour y H. Jules.

Un impresionante desfile de criados nos trajo licores y una botella de tónica de apio del Dr. Brown para H. Jules. Por primera vez esa noche, H. Jules Mont d'Or pronunció una frase completa y luego otra:

—Disculpad que no beba alcohol. Me envían esto de Nueva York.

—No pasa nada, papá —dijo Seymour—. Que te aproveche.

—¡Salud! —dije alzando mi copa de coñac hacia H. Jules.

—Nueva York —dijo H. Jules mirándome con ojos oscuros y líquidos—. Dime, ¿qué tal es?

—¿Nueva York, señor? No es moco de pavo. Tiene una población de...

—No, no, joven. Eso ya lo sé. Nací allí. Poco faltó para que naciera en la isla de Ellis. Pero hace ya diez años que me marché. —H. Jules contempló ensimismado su tónica de apio con una sonrisa dulce y triste—. Sí, fueron días felices..., teníamos un pisito en Mosholu Parkway. Claro que, cuando el negocio empezó a ir bien, Sadie insistió en que nos mudáramos al oeste de Central Park. E incluso eso estaba bien..., una vista preciosa, cerca de la parada del metro y la escuela elemental Columbia a la vuelta de la esquina para el chico... Sí, es un país maravilloso —prosiguió evocador el señor Mont d'Or—. ¿Conoces el restaurante de Pollack en Delancey Street?

Siempre que bebo un vaso de tónica de apio me acuerdo del *pastrami* caliente que preparaban allí. A veces sueño con un plato de *pastrami*. Y los baños Luxor, donde todos los viernes iba a tomar un baño ruso. ¡Aguantaba hasta cinco cubos de agua helada! Sí, Nueva York es un sitio estupendo. ¿Dónde, si no, puede empezar uno sin nada y hacerse rico? Aunque la familia de Sadie tiene una educación: uno de sus hermanos es médico y el otro abogado.

—Vaya, señor Mont d’Or —dije—, ¿y cómo es que acabó usted en..., ejem, la Liga Árabe?

—La seda —respondió H. Jules—. Me dedicaba a la venta de disfraces. Luego el hermano de Sadie, el abogado, encontró unos telares en Damasco, sedas de la mejor calidad, mano de obra barata, sin sindicatos. Y aquí estamos. A Sadie le gusta. Vamos todos los años a París, a Milán, a Italia y a todos esos sitios. Pero nunca hemos vuelto a casa. Ahora me dedico a la lana, los perfumes, el hilo de oro, los bordados de fantasía, un poco al petróleo. No puedo quejarme, pero cuando pienso en Nueva York y en esos platos de *pastrami* caliente...

—¡Yuuuuju! —gritó la voz estridente de la señora Mont d’Or—. *J’attend!*

—¡Caramba! —dijo la tía Mame al volver a casa—. Jamás habría imaginado que pudiera haber alguien como Sari Mont d’Or.

—Eso demuestra el daño que puede hacer un abono a la Berlitz.

—¡Oh!, Patrick, no sabes la pena que me da su pobre marido. Me recuerda a mi osteópata. Y el hijo es un encanto. Pero nunca he conocido a una mujer más frívola, pretenciosa y dominante que...

—Espera a mañana —dije.

—¿Qué pasa mañana, cariño?

—El martes de la señora Cantwell.

La casa de los Cantwell era, si cabe, aún peor que la villa de los Mont d’Or. Allí donde la señora Mont d’Or se había regodeado en la ostentación oriental, la señora Cantwell había pasado por alto por completo la arquitectura local e intentado convertirla en Lowell, Massachusetts. Ambas cosas no casaban bien. Los asientos dobles de pelo de caballo y las sillas estadounidenses estilo Chippendale asomaban entre los azulejos y los arcos, unas cortinas fruncidas Priscilla colgaban sobre las ventanas morunas y las paredes estaban cubiertas de estampas bordadas, reproducciones de barcos de vela y retratos de oscuros antepasados que daban la impresión de padecer terribles problemas intestinales. Colocado sobre una mesa muy ornamentada, en un lugar donde nadie pudiera pasarlo por alto, había un ejemplar del *Social Register* de Boston —atrasado varios años—, que se abría, como activado por algún complejo mecanismo, por la página donde se citaba a los Cantwell. Divertido,

observé cómo la tía Mame ponía el libro boca abajo, y cómo la señora Cantwell volvía a ponerlo en su sitio.

Humillada por no haberse arreglado lo suficiente para ir a casa de la señora Mont d'Or la noche anterior, la tía Mame se esforzó por ir mejor vestida a la de la señora Cantwell. Se presentó con un vestido tubo de lino negro, un enorme sombrero negro, guantes largos y todas sus perlas. Una vez más volvió a equivocarse. Cuando entró en el desaliñado círculo de la señora Cantwell, fue como si Mata Hari se hubiese pasado a tomar el té en una reunión masónica. Vi que la señora Cantwell, con su vestido de gasa de dos piezas y los «preciosos ópalos de la abuela», desaprobaba aquel atuendo y es innegable que los ópalos quedaban muy deslucidos en comparación.

El grupo de la señora Cantwell —y no había duda de que ella era su *Führer* absoluta— estaba formado por estadounidenses e ingleses mediocres, de mediana edad, renta media y clase media. Eran un anciano vicario inglés que empezaba a chochar, un viejo arqueólogo, un par de ingenieros estadounidenses cuyas mujeres estaban embarazadas, una viuda de la isla de Wight, un joven de Filadelfia con la voz aflautada que impartía clases de inglés en la Universidad Estadounidense de Beirut, una solterona dentada que hacía cuanto estaba en su mano por convertir a la población musulmana al calvinismo y un aburrido y estirado joven neoyorquino que se llamaba Chauncey Lawrence Whitney Brooks, Lawrence Chauncey Brooks Whitney o Whitney Brooks Chauncey Lawrence, una colección de apellidos imposibles de recordar en el orden adecuado y que no interesaban a nadie. Era una especie de ayudante de un adjunto del subvicesecretario de la embajada de Damasco y proporcionaba a la señora Cantwell su única excusa para afirmar con frecuencia que frecuentaba los «círculos diplomáticos». El caso es que casi lo echaba en brazos de la pobre Lucia.

Toda la tarde estuvo llegando gente indistinguible y poco distinguida. Su único vínculo común parecía ser la lengua inglesa y que eran lo bastante inseguros como para soportar las amenazas de la señora Cantwell con tal de estar en sociedad y beber una taza de Lipton. ¡Y qué anfitriona tan despótica! A pesar de lo mediocres que eran, la señora Cantwell dotaba a cada uno de sus invitados de una fascinación espúrea que los avergonzaba a todos. «Seguro que os apetecerá conocer a la señora Mayberry — gritaba con voz estentórea, empujando a una pobre desconocida hacia el grupo—; su especialidad son los arreglos con flores secas. ¡Toda una experta en jardinería!». «La señorita Trout es de Shaker Heights y tiene una preciosa voz de soprano. A lo mejor podéis convencerla para que cante». «La madre del señor Hewlett era una Hoare». Con cada presentación inoportuna, la sucinta biografía se volvía más majestuosa, pues todo lo que poseía la señora Cantwell —y sus invitados no eran más que simples posesiones— tenía que ser excepcional, aunque fuese por asociación.

Yo había reparado antes en que, una vez alejados de su hogar e instalados en un sitio donde podían permitirse una casa grande, un ejército de criados y tres comidas al día por menos de cien dólares al mes, muchos de mis paisanos se daban unos aires de

grandeza que jamás habrían osado tener en Glendale, Forest Hills u Oak Park. Olvidaban muy pronto los minúsculos apartamentos y los bungalows de las afueras de los que procedían. Los funcionarios expatriados y los viajeros comerciales en el extranjero tendían a volverse lánguidos, altaneros y locuaces, trataban con paternalismo a los lugareños y se mostraban intransigentes con los errores de sus cocineros, niñeras y jardineros, a pesar de que nunca habían podido permitirse tener una señora de la limpieza. La señora Cantwell no paraba de hablar de lo «terriblemente cosmopolita» que era su círculo de amigos. No lo era. Era provinciano, todos temían que los demás pudieran descubrir sus orígenes y eran la prueba viviente de que se puede ser tan paleta en Oriente Próximo como en Occidente. Ninguno de los Mont d'Or se contaba entre los invitados.

La señora Cantwell sabía lo bastante de la tía Mame para sentirse intrigada y no lo suficiente para tenerle miedo, y aunque era evidente que pensaba que tenía una leona entre las manos, no llegó a comprender que también tenía una tigresa.

—Querida señora Burnside —soltó exhibiendo su sonrisa de tiburón—, permita que le presente a algunos de mis amigos. Ya sabrá que mis martes son famosos tanto en el Líbano como en Siria.

—¿Famosos, querida? —dijo la tía Mame con una sonrisa de barracuda—. Se habla de ellos incluso en Transjordania.

—¡Ah!, sí, sup... supongo que sí —dijo la señora Cantwell—. Humphrey, ven a conocer a la encantadora señora Burnside. ¡Lucia! ¡Lucia, cariño! Te llama mamá.

El señor Humphrey Cantwell —una especie de señor Chipps de Oriente Próximo— se acercó con la falsa y pomposa cordialidad del director de una escuela o un campamento. Aquella hipócrita actitud de «Dame un niño y te devolveré un hombre» me recordó a los profesores de la Academia San Bonifacio. Era el típico individuo que dirigía un tétrico colegio privado, no por amor a los jóvenes o la enseñanza sino porque no sabía hacer otra cosa que transmitir a otros su propia educación incompleta. La piedra de toque de su conversación eran expresiones como «Buena raza», «Un auténtico caballero» y «Un verdadero aristócrata». Casi me pareció verlo en el salón de actos, ofreciendo sus rancios contactos sociales, sus ridículos esnobismos y su insignificante árbol genealógico a cambio de la calidad, la inteligencia y el liderazgo mientras arengaba a un grupo de estudiantes a quienes la verdadera enseñanza les quedaba demasiado lejos como para hacer otra cosa que sufrir en silencio. Humphrey Cantwell era un impostor viejo y pomposo. Pero, comparado con su mujer, era un príncipe encantado. No pude dejar de preguntarme cómo, cuándo y por qué habían podido engendrar una chica tan encantadora como Lucia.

—Y ahora ve con los chicos de tu edad —me dijo la señora Cantwell como si estuviese dirigiendo el tráfico a la entrada del túnel Holland—. Pero no pongas celoso a Chauncey. Es uno de los pretendientes más atentos de Lucia (su madre era una Lawrence). Ya sabes cómo son estos jóvenes diplomáticos.

La tía Mame puso los ojos en blanco con gesto teatral y dejó la taza en la mesa. Daba la impresión de estar dispuesta a provocar un incendio con tal de poder echar un trago.

Lucia pareció aliviada de que interrumpiera su *tête-à-tête* con Brooks Whitney Lawrence Chauncey, o comoquiera que se llamase.

—La verdad —estaba diciendo aquel tipo con un acento neoyorquino que me hizo pensar que posiblemente padeciera de problemas digestivos— es que soy la única persona de raza blanca en la embajada. Los demás son todos un hatajo de *New Dealers*. ¡Ah, hola! —dijo mirándome como si acabara de salir del desagüe—. He oído que te me has adelantado para llevar a Lucia al baile de esta noche en el club.

—¿Qué? —pregunté con gesto inexpresivo.

—¡Ah, sí! —dijo Lucia con un gesto estúpido y echándome una mirada desesperada—. ¡Patrick me lo pidió hace siglos! ¿Verdad que sí, Patrick?

—Pensaba que me habías dicho que llegó ayer —dijo aquella perla con que había obsequiado el Partido Republicano al cuerpo diplomático.

—Envié la invitación por camello exprés —respondí.

—Lo que me faltaba por oír —dijo y se alejó con gesto petulante para infligir sus atenciones a alguna otra joven.

—Oye, Lucia —dije—, no es que no quiera llevarte, pero me has pillado totalmente de sorpresa. Ni siquiera sabía que hubiese un baile.

—No tienes por qué llevarme. Basta con que lo finjas... ¡Oh!, por favor, acompáñame fuera y trataré de explicártelo.

Salimos al jardín que, a pesar de los esfuerzos de la señora Cantwell por convertirlo en el orgullo del club de jardinería de Bay State, conservaba obstinadamente su esplendor asiático.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —pregunté después de cerrar la puerta.

—Sencillamente, que, desde que tenía doce años, paso todos los veranos enamorada de Sammy Mont d'Or, y los inviernos también, aunque nunca nos vemos, y no quiero salir con ningún otro.

—Y ¿por qué no te lleva él al baile? Ayer me dio la impresión de que tú también le gustabas.

—Y le gusto, Patrick. Me escribe unos poemas preciosos y cartas de amor. Pero esa madre tan *chic* y tan horrible que tiene no le deja invitarme porque no somos lo bastante ricos. Y aunque fuésemos tan ricos y vulgares como ella, mi madre no me permitiría ir porque los Mont d'Or son judíos y mi madre es muy esnob.

—Supongo que ambas son un poco intransigentes —dije a la defensiva. Me consta que las personas pueden decir cosas atroces de su familia, su casa, su ciudad o su país, pero por lo general se revuelven como víboras si se te ocurre añadir algún comentario desagradable a sus consideraciones.

—No te esfuerces en ser educado —dijo Lucia—. Mamá es mucho peor que eso. Sammy Mont d'Or, que por cierto tiene pensado volver a llamarse Goldberg la

semana que viene en cuanto cumpla los veintiuno, es uno de los chicos más dulces, amables, guapos e inteligentes del mundo, pero a mi madre le daría un ataque si se enterase de que estoy enamorada de él.

—¿Tú crees que sería para tanto? —pregunté.

Sin oírme, Lucia prosiguió:

—Mamá no descansará hasta que consiga casarme con algún idiota como Chauncey que tenga un árbol genealógico con el que aburrir a sus invitados en sus estúpidas reuniones. Alguien como mi padre..., pero más rico. Pero estoy dispuesta a matarme, antes que casarme con alguien como...

—Bueno, bueno —dije, un poco asustado ante tanto apasionamiento—. Ya te he dicho que estaré encantado de llevarte al baile, ¿qué más puedo hacer?

—Eres un cielo, Patrick. Si pudieras ponerte el esmoquin, recogerme a eso de las nueve y luego... —se sonrojó de un modo muy favorecedor —me dejaras ver a Sammy en tu jardín, como hacíamos cuando la casa de tu tía estaba vacía...

—Si queréis entrar y utilizar una de las habitaciones de invitados... —le ofrecí.

—¡Qué va! Sammy es demasiado considerado para hacer algo así. Casi me gustaría que no lo fuera.

—Es uno de los mejores métodos que conozco para casarse..., incluso en casos como éste, ya sabes a qué me refiero.

—¡Lucia! —gritó la señora Cantwell desde la puerta—. ¡Mamá te necesita!

—En fin... —dije muy animado—. ¡Te veré esta noche, Lucia! Lo vamos a pasar en grande. ¡Je, je, je!

—¿Ah, en el baile? ¡Qué bien! —dijo la señora Cantwell con una sonrisa.

—¡Así me parta un rayo! —exclamó la tía Mame cuando por fin nos libramos de las garras de la señora Cantwell y volvimos a casa—. ¿Qué más nos deparará este lugar después de la Côte d'Azur *kosher* de anoche y la Liga Longfellow de Damas de Lowell de esta tarde? —se quejó mientras subía las escaleras—. ¿Habías visto alguna vez una pandilla de pánfilos semejante? Después de haber ido, en fin, tan poco arreglada a visitar a la majaraní de Miami, pensé que lo mejor sería ponerme algo un poco más glamuroso, pero al ver a ese hatajo de sosas casi me... Y, a propósito, no he visto a ningún Mont d'Or entre los invitados de la Cantwell.

—No me extraña —dije—. Son los Montesco y Capuleto locales.

Luego, al acordarme de los amantes de Verona, me escabullí para advertir a Seymour Mont d'Or de la cita que le había concertado esa noche en el jardín de la tía Mame.

Estaba poniéndome el esmoquin cuando la tía Mame asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—¿Adónde vas, cariño? ¿O es que en este agujero es costumbre vestirse de largo para cenar?

—He... he prometido llevar a Lucia Cantwell al baile del club —dije sin faltar lo más mínimo a la verdad.

—¡Ah, muy bien! Es encantadora, a pesar de tener una madre tan horrible. En fin, que te diviertas. Creo que cenaré en mi habitación. Luego me sumergiré en los libros nuevos de la biblioteca del club. ¡Están a la última! No sé si empezar con *El sombrero verde* o con *Tres semanas*. Procura volver a una hora razonable, cariño.

La hora a la que volví no pudo ser más razonable. Veinte minutos más tarde, con los zapatos de charol en la mano, subía de puntillas las escaleras, tras dejar a Lucia con su enamorado en el frondoso cenador que había detrás de la casa de la tía Mame. Estaba felicitándome de lo discretamente que había resuelto la situación cuando las luces se encendieron y vi a la tía Mame en bata, con un revólver de cachas engarzadas de perlas apuntando vagamente hacia mi entrepierna.

—Manos arriba o... ¡Patrick!

—Baja eso —respondí—, podrías hacerle daño a alguien.

—¿Qué haces en casa tan pronto?

—¡Oh! —respondí—. Lucia no se encontraba bien y no ha podido ir al baile. Ha tenido que quedarse en cama con fiebre y...

—Patrick —dijo la tía Mame sin inmutarse—, estás mintiendo como un bellaco, porque os he visto a los dos salir de casa de los Cantwell mientras me lavaba los dientes. Iba muy guapa con un vestido de organdí blanco y un chal fruncido. No sé de quién habrá heredado tanto gusto. Y ahora dime la verdad.

No tenía muchas más opciones, así que se la dije.

—¡Ay, Patrick! —exclamó cuando terminé—, mi cariñoso y alocado muchacho. ¿Cuántas veces te habré advertido de que no te entrometas en la vida de los demás? ¿Cómo crees que estaría yo ahora si no hubiese tenido por principio no entrometerme en las vidas ajenas?

—Supongo que casada con Basil Fitz-Hugh, entre otras muchas cosas. Por el amor de Dios, son dos buenos chicos. Vuelve a leer y deja que se besen en tu jardín. No están haciendo daño a nadie.

—Eso ha sido grosero e insultante, Patrick. Los dos son menores de edad, y como mujer que ha tenido grandes dificultades para criar a un hijo, considero mi deber...

—Déjate de cuentos, señora Siddons —respondí enfadado.

—... telefonar a sus madres y advertirlas de que... Aunque, por otro lado, eso supondría tener que hablar tanto con la señora Cantwell como con la señora Mont d'Or, y la verdad es que no me veo con fuerzas. En cualquier caso, no puedo permitir que hagan lo que quiera que estén haciendo en mi jardín. Haz el favor de ir a echarlos, Patrick.

—No —reliqué.

—Muy bien. No me dejas otra opción. Lo haré yo misma —dijo mientras bajaba dando saltitos por las escaleras—. ¡Ve a tu habitación!

—¡Mira la que hablaba de entrometerse! —le grité.

La luna brillaba tanto que pude ver claramente a la tía Mame andando sobre el césped en dirección al cenador. También comprendí que debía de haberme visto con idéntica claridad unos minutos antes. Luego vi cómo conducía a los sorprendidos enamorados al interior de la casa. Me pareció un modo muy extraño de actuar para una persona tan amplia de miras como la tía Mame, que siempre estaba empujando a las personas al límite de la virtud. Esperé unos minutos después de que los pecadores fuesen expulsados del jardín. No ocurrió nada. Pasó una hora, luego otra. Por fin me fui a la cama. Eran más de las dos cuando la tía Mame me despertó sacudiéndome del brazo.

—¿Qué pasa ahora, señora Metomentodo?

—¡Despierta, Patrick! Despierta. Ponte otra vez el esmoquin y ve a llevar a Lucia a su casa. No te he educado para ser tan grosero de invitar a salir a una chica y no acompañarla a casa. Cuando uno miente, tiene que llegar hasta el final. «Oh, qué maraña tejemos | cuando mentimos por vez primera». ¡Cuánta razón tenía Shakespeare!

—El verso es de Walter Scott y es malísimo. Igual que tú, vieja entrometida.

—Ya basta, Patrick. Vístete cuanto antes y lleva a Lucia con sus padres.

Pensé que encontraría a Lucia desconsolada, llorosa y al borde del suicidio. En cambio, estaba totalmente radiante —y un poquito achispada— cuando la llevé a su casa.

—¡Oh, Patrick! —dijo mirándome con los ojos brillantes—, tu tía es la mujer más increíble que he conocido. Una mujer absolutamente notable.

—No lo sabes tú bien —coincidí lúgubre mientras abría la puerta de la casa de los Cantwell.

—¿Lo habéis pasado bien, Lucia? —oí que gritaba la vieja bruja—. ¿Por qué no invitas a ese joven tan simpático a tomar un vaso de naranjada?

—Buenas noches —dije, y volví corriendo a casa.

Cuando llegué al piso de arriba, encontré todas las luces encendidas y a la tía Mame esperando en el vestíbulo.

—Ah, Patrick —dijo—, llegas justo a tiempo para tener una pequeña conversación.

—De lo que llego justo a tiempo es de irme a la cama. Casi está amaneciendo.

—Vamos, cariño —dijo cogiéndome de la manga y arrastrándome a su dormitorio—. ¿Te suena esa obra tan rara que hicieron hace años en Broadway? Se llamaba *Abie's Irish Rose*. Era malísima, pero estuvo mucho tiempo en cartel.

—Gracias a Dios, no asistí a ninguna representación. Buenas noches.

—¡Siéntate, maldita sea! Has sido tú quien ha empezado este lío y ahora yo voy a ponerle fin.

—Si no tienes más que decir y... ¿A qué vas a poner fin?

—Pues a lo de Sammy y Lucia, cariño. Por supuesto. Me refiero a que son unos jóvenes tan dulces, sensatos y atractivos..., aunque no sé a quién habrán salido con esas madres tan espantosas. Y, Patrick, están tan enamorados... Están tan enamorados y son tan jóvenes, y no tienen a nadie más experimentado que los guíe hacia su último objetivo: el matrimonio.

—¿El matrimonio? Por Dios, tía Mame, ¿qué crees que vas a...?

—Has sido tú quien ha empezado al ayudar a unos jóvenes tan románticos...

—Yo no he empezado nada. Sólo llevé a Lucia a ese viejo cenador tuyo lleno de mosquitos para que pudiera ver a su novio. Y ahora tú estás intentando meterlos en la cama. La que hablaba de no entrometerse y de ocuparse de sus asuntos...

—Hay ocasiones, Patrick, en las que hay que seguir el dictado del corazón.

—Tu corazón no te está dictando nada. Lo que pasa es que estás muerta de aburrimiento. O al menos lo estabas hasta que esta noche has encontrado una pareja a quien arreglarle la vida. Y ahora vas a convertirlos en la comidilla de todo el pueblo sólo para...

Por más que se esforzó, la tía Mame no pudo contener una sonrisa pícaro.

—Tal vez Shufti no sea muy interesante. Pero podría llegar a serlo. Además, creo que Sammy y Lucia se merecen...

—Creo que tú mereces que te sumerjan en líquido desinfectante. No pienso mover un dedo para...

—Muy bien, cariño, en ese caso tendré que planearlo sola. Puedes irte.

—¡Buenas noches! —rugí, y me fui de su dormitorio dando un portazo.

A la mañana siguiente dormí hasta muy tarde y desperté justo a tiempo de ver, cuando todavía estaba medio adormilado, a alguien muy parecido a la tía Mame que atravesaba el jardín hacia la casa de los Cantwell. Por supuesto, comprendí que no podía tratarse de ella porque aquella aparición llevaba un vestido informe que parecía hecho con una colcha vieja. Tenía un chal romano de rayas en un brazo, una cesta de flores marchitas en el otro y los pies calzados con mis sandalias viejas. Luego, en un destello de inspiración, corrí a mi armario. Mis sandalias habían desaparecido. Y también la colcha de mi cama.

Indignado, me bañé, me afeité y me puse algo de ropa.

—¡No me esperes para almorzar! —le grité a Ito—. Comeré en el club. Cualquiera

cosa menos seguir un minuto más en esta casa de locos.

Ito soltó una risita impotente.

Almorcé una comida asquerosa en el comedor del club y luego bajé a los vestuarios para ponerme el traje de baño. Pensé que al menos un chapuzón me refrescaría un poco. La primera persona a quien vi fue a Seymour Mont d'Or abrochándose apresuradamente los botones de la camisa.

—¿Vas a bañarte? —pregunté demasiado avergonzado para mirarle a la cara.

—¡Me marchó! ¡Chico, esa tía tuya es de lo que no hay! No he conocido a nadie igual.

—Sí, Gracias a Dios no hay muchas como ella. Pero escucha, Sammy, no le hagas caso. No...

Pero ya se había ido con la camisa a medio abotonar.

Me puse el traje de baño más corto que tenía, lo enrollé por los muslos y lo bajé por la cintura para que, si la tía Mame intentaba hacer de casamentera con la señora Cantwell, al menos yo fuese un motivo de deshonra.

Cuando salí de la piscina, el sol era tan cegador que me hice sombra con la mano y miré pestañeando hacia la cabina de baño de los Cantwell. Estaba vacía. Luego oí una voz inconfundible que gritaba:

—*Hélas! Mais Sari, ma chère*, si crees que los trajes de baño de Schiaparelli son cortos deberías probar los que diseña Pamplemousse —chilló la tía Mame.

—¿Pamplemousse, Mame, *chérie*? —preguntó fascinada la señora Mont d'Or.

—*Mais oui, bébé*, tiene un *atelier divin* en la *rue Blondell*. Claro que no diseña para cualquiera, *naturellement*, pero mi querida amiga, la duquese du Pont-Évêque, *née* señorita Patty du Clam, me lo presentó. Llama a su pequeño *numéro* «Banana Bandanna».

La miré boquiabierto. La tía Mame había cogido una larga bufanda amarilla de mi armario y la había dividido, como la Galia, en tres partes. Una la llevaba envuelta muy ajustada en la cadera; la segunda servía de inadecuado sujetador, y la tercera, y con mucho la más larga, hacía las veces de turbante, incluso más imponente que el de la señora Mont d'Or. Además, llevaba puesto un montón de oro, ámbar, topacio y diamantes amarillos. La señora Mont d'Or, de violeta, con aguamarinas, parecía recatada al lado de la tía Mame. Recatada, pero ansiosa.

—Continúa, Mame *chérie* —dijo la señora Mont d'Or—. Una se siente tan, ejem, tan *fin de siècle* aquí sin estar *au courant* de...

—¡Yuuujuu, Patrick, *mon petit trésor*, *j'attends!* —chilló la tía Mame.

—Pues por mí puedes *attend* hasta que el *enfer* se enfríe si crees que voy a dejarme ver contigo con esa pinta tan...

Me hizo callar.

—*Zut! Regardez, Sari, le pauvre petit*, con ese traje de baño de estudiante. *Drôle, hein?* Ojalá pudiera convencerlo de llevar algo *chic et moderne*..., una especie de, no sé cómo decirte, un *cache de sexe*.

Furioso, desenrollé el traje de baño para que me cubriera lo más posible.

—Tengo un recado para ti, tía Mame —dije con voz dulzona.

—¿De quién, *mon petit trésor*?

—Es muy urgente y confidencial —dije. Eso hizo que acudiera corriendo, aunque temí por su traje de baño improvisado.

—¿Qué tal estoy? —preguntó.

—Como una medianoche en Minsky's. ¿De qué demonios crees que te has disfrazado? Si la señora Cantwell te ve de esa guisa, hará que te encierren. Y no la culparía. Es lo más horrible que...

—¡Oh!, no te preocupes por esa aguafiestas. La he enviado a Beirut con el Rolls a comprar unos prismáticos y una guía de pájaros. Y como no estabas aquí, he tenido que enviar a Sammy Mont d'Or a hacer un importante recado. Dicho recado se llama Lucia, y ahora mismo deben de estar el uno en brazos de la otra. Entretanto, lo estoy pasando de maravilla mareando a *mamanMont* d'Or con los últimos cotilleos sobre moda. Por supuesto, me lo estoy inventando todo, pero ella lo cree al pie de la letra. ¿Crees que podría dedicarme a diseñar trajes de baño? —preguntó mientras posaba con elegancia al borde de la piscina.

—No, si quieres seguir dentro de la legalidad —respondí.

—Bueno, estás entorpeciendo mis planes. ¿Cuál era ese mensaje tan importante?

—Se trata de lo siguiente... —dije al ver que la señora Mont d'Or estaba concentrada con el lápiz de labios intentando imitar la boca al estilo ubangi de la tía Mame—. ¡Necesitas refrescarte la sesera! —Le di un leve empujoncito y obtuve la satisfacción de oír un sonoro chapoteo. Luego me fui a grandes zancadas hacia los vestuarios.

—¡Patrick! —gritó la tía Mame—. ¡Patrick! ¡Por el amor de Dios, dame una toalla!

Me volví y vi las tres partes del traje de baño de la tía Mame flotando independientemente unas de otras y de la tía Mame en la parte menos honda de la piscina.

A la mañana siguiente, la tía Mame se levantó con los pájaros..., literalmente. Oí muchos «yuuujus» y «hoolas» a eso del amanecer, y vi a la tía Mame ir a casa de la señora Cantwell con un atuendo que sólo yo podría describir, porque todas las prendas que llevaba me pertenecían, y cargada con unos prismáticos, unos bocadillos y una guía de nuestros plumíferos amigos. El principal pilar de su vestimenta era un viejo jersey de cuello alto que le llegaba casi a medio muslo, y debajo llevaba una desaliñada falda plisada fabricada con la alfombrilla de mi cama. También se había puesto mis mejores polainas inglesas, mis zapatos con lengüeta y mi sombrero calado hasta las gafas de sol.

—Está usted radiante, querida señora Burnside..., ¿puedo llamarla Mame? —

graznó la señora Cantwell—. Y ahora, a ver pajaritos.

—¡Qué divertido, Lucy! —gritó la tía Mame.

Mientras trepaban colina arriba, vi a Lucia salir corriendo de su casa y a Sammy hacer lo propio de la suya para ir a besarse al jardín de la tía Mame.

—¡Oh, mis pobres pies! —gimió la tía Mame a mediodía después de despedirse señorialmente de la señora Cantwell. Se arrastró hasta su cuarto, se quitó los zapatos y un montón de arena cayó encima de la alfombra—. Estoy sudando con este dichoso jersey...

Justo en ese instante se oyó en el jardín la voz de cacatúa de la señora Mont d'Or.

—¡Mame! ¡Mame, *chérie!* *Bonjour!* He venido a secuestrarte. ¡Vamos a Aley a tomar el *petit déjeuner!* Quiero que conozcas a mis amigas.

—¡Oh, Dios! —se quejó la tía Mame. Luego se quitó el sombrero, se ahuecó el pelo y se asomó a la ventana—. *Magnifique, Sari, chérie!* Ahora mismo bajo.

—¿Qué vas a ponerte esta vez? ¿Cinta adhesiva?

—Ya se me ocurrirá algo. Aunque sea horrible, siempre puedo decirle que es lo que se llevará la próxima temporada.

De hecho, lo fue. Se quitó toda mi ropa excepto el jersey de cuello alto. Se subió las mangas por encima del hombro, se puso todas las pulseras y las perlas, volvió a pintarse los labios al estilo ubangi y se calzó unas sandalias de tacón.

—¿Qué tal estoy?

—¡Qué rodillas tan bonitas! —respondí—. ¡Eh!, no lo estires más, ya está bastante dado de sí...

Se marchó antes de que pudiera decir más. Abajo, oí a la señora Mont d'Or y a sus dos amigas más arregladas de la cuenta gemir extasiadas.

—¡Qué *chic!* ¡Qué divino! *Très jolie!* ¿Dónde lo has comprado, en Chanel? *Combien?*

Esa noche, la tía Mame, más muerta que viva, invitó a los Cantwell y a Lucia a una cena estilo Nueva Inglaterra. Estaba muy elegante con mi mejor batín azul y un collar de cuentas de coral que le daban un aire parecido a la actriz Marie Dressler. No se puso maquillaje. Una vez más volvió a recurrir al jersey de cuello alto, en esta ocasión hecho jirones y atravesado por dos pinchos para hacer brochetas de carne. De vez en cuando, la tía Mame fingía hacer punto.

Sirvieron mosto, y la conversación de la tía Mame fue más o menos igual de embriagadora.

—¡Ah! Cuando era niña en el convento, las queridas hermanas, episcopalianas, por supuesto, querida Lucy —añadió apresuradamente para disipar las oscuras sospechas de la señora Cantwell de que pudiera ser católica—, siempre insistieron en que aprendiéramos a hacer labores. ¡Ay! —Sus labios esbozaron una palabra breve y muy poco piadosa—. El año de mi puesta de largo llevé un precioso cuello de encaje.

A mi padre le habría dado un ataque si hubiese llevado el..., ejem, escote, descubierta.

Mientras comíamos la tapioca, se explayó en un largo discurso acerca de que las familias mejores son las más antiguas. La nuestra, al parecer, era una de las más antiguas. Sirvieron café sin cafeína.

La señora Cantwell estaba ronroneando de satisfacción cuando la tía Mame dijo:

—Y ahora, Patrick, Lucia y tú podéis ir al cine. Ponen *Mujercitas*, Lucy..., muy dulce, aunque tal vez demasiado femenina. Y los mayores nos quedaremos aquí recordando los viejos tiempos: los cotillones, los coches de caballos, las faldas tubo...

—Qué lástima que tu encantador sobrino sea unos meses más joven que Lucia —oí decir a la señora Cantwell mientras salíamos.

—Tonterías, querida Lucy —dijo la tía Mame—, la edad en el matrimonio no significa nada. La señora Mont d'Or me ha contado que tú misma eres varios años mayor que Humphrey. No tardéis mucho, niños. No hay por qué preocuparse, Lucy; el cine está a la vuelta de la esquina.

Nada más salir, Sammy se materializó. A la señora Mont d'Or también le habían dicho que él iba a venir al cine conmigo: tarde de solteros.

—Muchas gracias, chico —dijo—. Recógenos al salir del cine. —Corrieron al jardín.

Yo me fui a ver *Mujercitas*..., con subtítulos en árabe.

Cuando fui a decirles a los enamorados que por fin había terminado *Mujercitas*, encontré la casa de la tía Mame y la de los Cantwell a oscuras, mientras que la de los Mont d'Or estaba totalmente iluminada. No había ni rastro de la tía Mame, pero cuando me estaba metiendo en la cama, apareció como si interpretara al personaje de Sadie Thompson, con un trapo de satén escarlata con una abertura hasta el muslo. Era muy exótico, pero al menos nunca había sido de mi propiedad.

—Dios mío, ¿qué has hecho? —pregunté—. ¿Es que has decidido llevar a los Cantwell a hacer una excursión por los burdeles?

—¡Oh, no, cariño! Hace siglos que se han ido. Le dije a Ito que les echara píldoras para dormir en el café descafeinado y a las nueve estaban muertos de sueño. Así que me puse algo fresco, y los brillantes, y fui a casa de los Cantwell a pasar la velada con la alta sociedad local.

—¿Y qué tal?

—Horrible. Había un montón de funcionarios coloniales franceses, algunos belgas, algunos griegos, unos cuantos libaneses adinerados, un par de cuadrículados funcionarios ingleses y varios maricas internacionales. Todos ricos, claro, y casi todos con hijas casaderas.

—¿No fue terriblemente ostentoso?

—Ambas cosas. Terrible y ostentoso. Todos se esfuerzan por aparentar. Están aquí, a millones de kilómetros de cualquier sitio, y no pueden impresionar a nadie

más que a ellos mismos, y todo el día se dedican a hacer eso. Resulta casi incestuoso. ¡Y qué pretensiones! Algunos hace más diez años que no han vuelto a sus países de origen, pero morirían antes de reconocerlo. De lo único que hablan es de balnearios europeos, restaurantes, clubes nocturnos, modistos y dramaturgos europeos que hace siglos que nadie recuerda. Se parten de risa con las historias más rancias. Es fácil tomarles el pelo. ¡Y se los ve tan desesperados! La verdad es que son tan horribles como el grupo de Lucy Cantwell, sólo que más ruidosos y vistosos.

—¿Una especie de gueto dorado?

—No, Patrick, ni mucho menos. Eso es lo más triste de Sari Mont d'Or. Si admitiera que es un ama de casa del Bronx cuyo marido se ha hecho rico y olvidara todas esas tonterías del *haute monde*, no sería mala persona. Pero no. Tiene que ser la Madame de Pompadour de este sitio tan ridículo. Jactarse de todo, espigar revistas de moda francesas, cambiar de nombre a su marido (en realidad, se llama Hyman Julius Goldberg y me ha pedido que le llame Julius), y empujar al pobre Sammy a lo que ella considera una vida deseable. No parece una cariñosa madre judía. Es tan dura como sus diamantes, e incluso más fría.

—A lo mejor sus objeciones a que Lucia sea su nuera tienen fundamento religioso...

—Qué va, cariño. Es sólo cuestión de dinero y pretensiones. Si Sari fuese una de esas madres judías que no quieren que sus hijos se casen con alguien de otra religión, sería perfectamente comprensible. Pero no lo es. Ella se moriría si Sammy se casara con una judía. De hecho, es más antisemita que la señora Cantwell, pero de un modo distinto. Probablemente porque está intentando ocultarlo. No sé exactamente a qué se debe, pero sí sé otra cosa...

—¿Qué?

—Que me adora. Cree que soy la sofisticación personificada, igual que Lucy Cantwell cree que soy la presidenta de la organización de ayuda a las damas. Las dos confían plenamente en mí.

—Yo no me fiaría de ti ni borracho, farsante.

—¿Y qué más da lo que hagas tú? Quienes importan son ellas, y las tengo comiendo en la palma de mi mano.

—Pues ten cuidado de que no te muerdan.

Asqueado pero fascinado, pasé los días siguientes observando cómo la tía Mame seducía a las dos líderes rivales de Shufti y mantenía ocupada a la una y alejada a la otra mientras sus hijos cortejaban. Disfrazada como si saliera de una comedia de Mack Sennett, chapoteaba en la piscina del club con la señora Cantwell mientras la señora Mont d'Or estaba en Beirut mandándose hacer un traje de cuello alto. Ataviada con mis pantalones de deporte, una camisa de esmoquin, una corbata y sus esmeraldas, impresionaba a la señora Mont d'Or y a sus amigas bebiendo absenta y

comiendo hamburguesas crudas cuando iban de merienda a las montañas. Con una blusa marinera fabricada con la chaqueta de mi pijama, causó sensación en su salón con lo que luego descubrí que era un himno cantado en honor del grupo de la señora Cantwell. Se las arregló para convencer a las amigas de Sari Mont d'Or de que unos pantalones cortos de jockey y una camiseta elegantemente forrada de terciopelo y repujada de zafiros era *de rigueur* para almorzar. Incluso cuando empezaban a agotarse las existencias de mi guardarropa, la tía Mame siguió cosechando triunfos en los dos bandos de Shufti. Cada vez que me encontraba con la señora Cantwell o con la señora Mont d'Or, ambas se deshacían en halagos.

—Es tan agradable tener a una verdadera dama en nuestra comunidad —pregonaba la señora Cantwell—. No tenía ni idea de que la querida señora Burnside fuese descendiente directa de George y Martha Washington.

La madre de Sammy aún era más efusiva y no menos fácil de camelar con un vestido de loneta y una reluciente tiara mientras gritaba:

—*Oo-la-la! Quel chic! La divine tante!* ¡Auténticamente continental!

La tía Mame estaba exhausta por los rápidos cambios y el constante ajeteo social que la tenía en danza veinte horas al día, pero no hay duda de que era la sensación de Shufti. Al cabo de una semana de frecuentar a la señora Cantwell y a la señora Mont d'Or, se presentó en mi habitación vestida como una persona normal.

—Buenos días, cariño. ¿Sabes que día es hoy?

—Desde luego. Es viernes. Buenos días.

—Pues claro que es viernes, pero también algo más. Hoy es el vigésimo primer cumpleaños de Sammy Mont d'Or.

—Qué bien. ¿Y qué le vas a regalar? ¿Otro de tus brillantes consejos?

—No, cariño. Le voy a regalar tres cosas: una fiesta, el coche y a Ito.

—¿El coche? ¿A Ito? ¿Para qué va a querer un Rolls-Royce un chico de veintiún años? ¿Y por quién has tomado a Ito, por un esclavo?

—Son sólo regalos temporales, Patrick. Un préstamo, por así decirlo. Y en cuanto a la fiesta, será tan grande que pienso darla en el club y...

—¿Y quién va asistir a la reyerta?

—¡Oh!, todo el mundo: los Mont d'Or y sus amigos, los Cantwell y los suyos...

—¿Va a ser una fiesta o una juerga?

—Caramba, Patrick —dijo la tía Mame ruborizándose—, en realidad, van a ser tres fiestas. Por lo que se refiere a los Mont d'Or, será una fiesta sorpresa para Sammy. En lo que concierne a los Cantwell, será la puesta de largo de Lucia. Y para ti y para mí, cariño, es una fiesta de despedida. Una especie de adiós a esta casa.

—¿Es que vamos a alguna parte?

—Sí, cariño, creo que va siendo hora de seguir con nuestro viaje. Así que te sugiero que te dediques a hacer las maletas. Quién sabe cuándo...

—No tardaré más de dos minutos. Gracias a ti, apenas me queda ropa.

—Pobrecillo. Si quieres que te deje algo prestado...

—Hombre, muchas gracias...

Debido a una complicación imprevista, tardé *tres* minutos en hacer las maletas. Luego dispuse de un largo día por delante para ir al club y pasear por el pueblo de Shufti. En el club sólo encontré el habitual ejército de sirvientes, que estaban colocando los farolillos japoneses y las lamparitas indispensables para las galas en el European Union y encerando la pista de baile. Por lo demás, todos estaban en casa preparándose para la gran fiesta sorpresa de la tía Mame. Por la calle sólo se veían criados. Los Packards y los Hispano-Suiza de la alta sociedad acumulaban una perpetua mortaja de polvo en la calle principal yendo y viniendo a casa del modisto más a la moda de Beirut, mientras el *Dix Mille Articles* del pueblo informaba de una preocupante escasez de polvos de arroz y de agua de colonia Quelques Fleurs encargada a petición del Grupo Conservador para añadir un poco más de glamour.

En mi solitario camino de regreso a casa vi a la señora Cantwell escogiendo un ramillete para ella.

—Buenas tardes —dije—. ¿Dónde está Lucia?

—¡Ah, querido Patrick! —dijo con su vieja cara de tiburón—. La ausencia aumenta el cariño. ¡Ja, ja, ja...! Hoy no la verás por aquí. Tu maravillosa tía la ha enviado a Beirut en su coche a ocuparse de todas esas cosas tan importantes para una puesta de largo. Ya sabes: el peinado, las uñas, un precioso vestido blanco con el cuello de encaje. Y Mame lo ha arreglado todo para que no vuelva hasta que haya empezado la fiesta. Así que será una auténtica sorpresa.

Cuando me despedí de la vieja bruja, estaba insinuando que la tía Mame llevaría a Lucia a Nueva York la temporada siguiente.

Al atardecer, «*Ahmed Maluf et son Orchestre Swing du le Kit-Kat Club*» llegaron en un autobús alquilado y anunciaron que la fiesta de la tía Mame estaba a punto de empezar. Con las maletas hechas, vestido de punta en blanco e impaciente, me pregunté qué atuendo escogería la tía Mame para complacer a los dos bandos del European Union Club. Pero cuando apareció, iba muy elegante y más o menos como siempre.

—Vamos, Patrick —dijo—, tenemos que llegar allí los primeros y tener a los invitados lo más separados posible. He pensado meter a la alta sociedad en el salón de fumar y a los anticuados en la sala de estar.

A partir de ese momento me sentí un poco como un acomodador en el Radio City Music Hall llevando al grupo de los Cantwell a la derecha y al de los Mont d'Or a la izquierda. Aunque no conocía a todos los invitados, era fácil deducir a qué bando pertenecían nada más ver su vestimenta. Recatados de por sí, los invitados de los Cantwell habían hecho todo lo posible por ir aún más decorosos, a fin de satisfacer el gusto de la ultraconservadora señora Burnside. Casi todas las mujeres llevaban cuellos de encaje y una o dos llevaban amarillentas estolas de piel. Los del grupo de

los Mont d'Or, por su parte, se habían esforzado en superarse entre sí. Los corpiños eran diminutos y había algunos atrevidos —y desastrosos— experimentos con cintas y ballenas. No obstante, nadie pudo superar a la madre del chico en cuyo honor se celebraba la fiesta. La señora Mont d'Or llegó tan forrada de diamantes falsos que apenas podía respirar, y no digamos sentarse.

—¿Dónde está Sammy..., quiero decir Seymour? —pregunté.

—¡Ah, *chère* Mame! Tan inteligente. *Diabolique!* Lo ha enviado esta mañana temprano a Beirut en su coche a hacer no sé qué recado absurdo para entretenerlo hasta que empiece la fiesta. ¡Ah!, *la belle* Mame! *Une ange!* —Se fue entre destellos al guardarropa diciendo—: No sé qué le da Mame a Seymour. Yo nunca consigo que haga nada.

Los Cantwell fueron los últimos en llegar. La señora C. semejaba una aparición en tonos púrpura, un cuello de encaje, un boa y sus amados ópalos.

—Querida Mame, ¿podrás disculparnos por llegar tan tarde? Hemos estado esperando a Lucia, ¿verdad, Humphrey? ¡Y todavía no ha vuelto! He dejado dicho que venga aquí directamente. Buenas noches, muchacho. ¿Vas a inaugurar el baile con nuestra debutante?

—Buenas noches, señora Cantwell. Los demás están en la sala de estar.

—Pasaré un momento al guardarropa a dejar el boa.

Cuando traté impedírselo, ya era demasiado tarde.

Uno de los criados del club le entregó a la tía Mame un fajo de telegramas, tres en total. Ella abrió el primero, lo leyó y guardó los otros en su regazo.

Al cabo de un instante, la señora Cantwell salió echando humo del guardarropa.

—Mame, debe de haberse producido un error. He entrado a quitarme el boa y la primera persona a la que he visto es a esa mujer tan vulgar, la señora Mont d'Or.

—¿No crees que su vestido es sencillamente deslumbrante, Lucy? Deberías probar a ponerte algo parecido —dijo la tía Mame sin inmutarse.

—Pero, Mame, ¿por qué ha venido a la puesta de largo de Lucia?

—Supongo que porque la he invitado yo —dijo la tía Mame.

—Mame, comprendo que acabas de llegar a nuestra pequeña comunidad, pero la señora Mont d'Or, que dicho sea de paso en realidad no se llama así, no es de esas personas con las que una se relaciona.

—Pues creo que vas a tener ocasión de relacionarte con ella a menudo, Lucy. Y la experiencia os va a sentar muy bien a las dos. Y ahora, ¿por qué no vas a la sala de estar y les dices a todos que pasen al salón de baile para la gran sorpresa?

—¡Lo que me faltaba por ver! —resopló la señora Cantwell mientras se alejaba pisándose la cola del vestido.

—*Zut, Mame! Quel horreur! Dieu me protège! Ay, ay. Dans le vestiaire...!* — chilló la señora Mont d'Or corriendo al encuentro de la tía Mame.

—No pasa nada, Sadie. Hablo el inglés como si fuera nativa. Probablemente, mejor que tú. ¿Qué te preocupa?

—Pues que he ido al guardarropa y me he encontrado con esa horrible señora Cantwell. Tan..., tan... *mal fagotée...*, como una señora de la limpieza. Quiero decir que ella y su pandilla me sacan de quicio, actuando como si fueran superiores y sin el menor sentido estético.

—Ánimo —dijo tranquilamente la tía Mame—. Los gentiles son así. No tiene muchos motivos para sentirse superior. Además, creo que viste con bastante sensatez para su edad. Que es más o menos la tuya.

—¡Pero, Mame! Es una mujer imposible. No tenemos nada en común.

—Me parece que lo vais a tener. ¿Por qué no vas a buscar a tus amigos y pasáis al salón de baile? Se acerca el momento de la gran sorpresa. ¡Ah!, Sadie, una cosa más. Procura ser un poco más amable con el pobre Julius.

—¿Juuules?

—Sí, querida, Julius. Es un encanto, y por alguna razón que se me escapa todavía te quiere. Yo en tu lugar intentaría conservarlo. De no ser por Hyman Julius Goldberg no tendrías todas esas pieles y diamantes.

El ruido que llegaba del salón de baile era más bien ominoso. Parecían más murmullos que exclamaciones de rabia o de sorpresa... En fin, no pondría la mano en el fuego, pero he oído fiestas que sonaban más armoniosas.

—Bueno, y ahora que has extendido la dulzura y la luz sobre el European Union Club, ¿cuándo será la gran sorpresa?

—En cuanto nos vayamos de aquí, cariño —dijo la tía Mame—. ¡Ah, chico! ¿Te importaría entregarle este telegrama a la señora Cantwell y este otro a la señora Mont d'Or? Gracias.

—¿Qué demonios te traes entre manos? —gruñí.

—Lee esto —dijo alcanzándome el tercer telegrama.

NOS HEMOS CASADO ESTA MAÑANA EN UNA SENCILLA
CEREMONIA EN LA IGLESIA REFORMADA. ABRAZOS Y
GRACIAS.

LUCIA Y SAMUEL GOLDBERG

—¡Jesús! —exclamé.

—A quien veneran ambas familias, Patrick, no lo olvides. ¡Vamos! Creo que ya hemos abusado más de la cuenta de la hospitalidad de Shufti.

Al llegar a la puerta oí un agudo chillido procedente del salón de baile, y luego otro.

Media hora más tarde, mientras andábamos por la carretera de montaña, la tía Mame aún seguía hablando del triunfo del amor verdadero y de la señora Burnside sobre todos los obstáculos.

—Y pensar, cariño, que esos jóvenes enamorados están celebrando su noche de bodas gracias a unos pequeños sacrificios por mi parte. Espero que esos bultos no te resulten demasiado pesados. Ya he enviado las cosas más pesadas, pero...

—¡Qué va! Me encanta pasear por las montañas con zapatos de charol y cargado con tres maletas.

—No te preocupes, cariño, no será por mucho tiempo. Ito pasará a recogernos con el coche ahora que Lucia y Sammy son marido y mujer.

—¿Por qué no lo has dicho antes? Podríamos sentarnos a esperar.

—Oh, no, aquí en las montañas no, Patrick. En el hotel Normandie, en Beirut.

—¿En Beirut? Dios mío, tía Mame, ¡eso está a treinta kilómetros de aquí!

—Es posible, Patrick. Pero no te preocupes. Es cuesta abajo todo el camino.

LA TÍA MAME Y EL LARGO VIAJE DE VUELTA A CASA

—Y después de que tu tía solucionara todos los problemas de Oriente Próximo, ¿qué hicisteis?

—Pues volver a casa.

—¿Cómo?

—De muchas maneras.

—Quiero decir en qué dirección.

—Bueno, habíamos llegado tan lejos que la tía Mame pensó que, ya puestos, valía la pena seguir adelante. Ya me entiendes, dar la vuelta al mundo en lugar de volver sobre nuestros pasos. Así que fuimos desde el Lejano Oriente hasta San Francisco.

—Ah, ya entiendo. Señores de la guerra chinos, fumaderos de opio, juncos en el río Yangtsé..., como sacado de *Terry y los piratas*.

—Pues no —respondí en tono desaprobador—. Tuvimos una travesía muy tranquila en la que la religión desempeñó un papel muy importante.

—En ese caso es mejor que no me lo cuentes.

Suspiré aliviado.



—Menudo final tan amargo —gruñó la tía Mame mientras entraba a toda prisa en la habitación de su hotel—. No hay ni un solo barco que zarpe hacia Nueva York hasta mediados de la semana que viene. Vamos a estar tirados en un agujero como Port Said durante once interminables días.

—No es una ciudad muy interesante, ¿verdad? —pregunté mirando la calle de abajo—. Port Said siempre me había sonado un poco siniestra y novelesca. No sé, como una de las Siete Ciudades del Pecado.

—No hay nada mejor que un estercolero como éste para comprender lo terriblemente aburrido que puede llegar a ser el pecado.

—Tal vez —respondí—, pero también resulta intrigante. Mira esa pitonisa que me dijo anoche en el café que iba a conocer a una hermosa mujer que desempeñaría un importante papel en mi vida.

—Ay, Patrick, qué inocente eres. Esas pitonisas de pacotilla les dicen lo mismo a todos. Espero que no seas tan tonto de dejarte embaucar por una búlgara con anillos de latón y perfume Djer Kiss.

—También dijo que conocerías a un romántico aventurero.

—Ya he conocido a unos cuantos, gracias. Ahora tengo esas divinas ediciones Tauchnitz, y creo que me acostaré a leer un rato a Proust. Con once días en este lugar tendré tiempo de releer a Gibbon y las obras completas de Shakespeare. ¿Qué piensas hacer tú, cariño?

—¡Oh, no sé! Iré a dar una vuelta por el bazar. ¿Quieres venir?

—No, gracias. No se me ha perdido nada en ese zoco apestoso. Pero llámame cuando vuelvas y bajaré a tomar el té.

Tal como había dicho la tía Mame, el bazar no tenía nada de atractivo. Olía peor que un pozo negro y no había nada a la venta que una persona razonable quisiera comprar. Aburrido de ver mullidas alfombras de oración y escupideras labradas a mano, estaba a punto de dar media vuelta y regresar al hotel cuando vi a una guapa joven que estaba examinando unas sedas. Había dejado el monedero en el mostrador y sostenía una muestra de color tornasolado intentando ver el efecto en el sucio espejo. Me quedé pensando que con aquel cabello rubio era aún más guapa que la actriz Madeleine Carroll, cuando vi que un ladronzuelo le birlaba el monedero y echaba a correr hacia mí como alma que lleva el diablo.

—¡Eh! —grité.

La chica se volvió justo a tiempo de verme en acción. Dicha «acción» consistió en un placaje idéntico al que había hecho en un partido de rugby entre la Academia San Bonifacio y Hotchkiss. Fue la primera y última vez que no pasé todo el partido en el banquillo, y mi proeza impidió que Hotchkiss ganara por 55-0 (gracias a ella, ganaron sólo por 49-0). El muchacho árabe cayó al suelo como una tonelada de ladrillos. Cogí el monedero con una mano y al ladronzuelo con la otra.

—Madame —dije con elegancia—, su monedero..., y el granuja que se lo ha robado.

—Oh, oh, muchas gracias —dijo. Al ver de cerca su traslúcida piel de alabastro y sus ojos de color violeta aún me pareció más guapa—. Todo lo que tengo estaba...

—Y ahora, si me acompaña, entregaremos al ladrón a la policía.

—¿A la policía? ¡Oh, no, por favor! No podría. No sé qué diría mi padre.

—Pues que habíamos hecho lo único que...

—Oh, no. ¡Eso nunca! Mi padre es un religioso. Jamás entregaría a este pobre pecador a la justicia. Y yo tampoco. Por favor, por favor, déjelo marchar y... olvidemos este desafortunado incidente.

Sus grandes ojos azules miraron implorantes los míos; sus negras pestañas aletearon de manera exquisita.

El ladrón de carteras se debatía con tanta fuerza que pensé que acabaría soltándose de todos modos.

—Muy bien —dije engolando un poco la voz—. Pero con una condición.

—¡Oh, cualquier cosa! —dijo con ceceante acento inglés.

—Que permita que la acompañe de vuelta... adondequiera que se aloje usted.

—Oh, estaré encantada. Le quedaré muy agradecida.

Así que solté al árabe, que me dio una patada en la espinilla y se perdió entre la multitud.

—Será hijo de... —Contuve a tiempo mi lengua y añadí solemne—: Pobre infiel descarriado. Y ahora... —dije ofreciéndole mi brazo.

Descubrí encantado que la chica y su padre se alojaban en el mismo hotel en el que la tía Mame y yo íbamos a pasar los once días siguientes.

—¡Qué casualidad! —dije con voz grave y tratando de fingir acento británico—. Por favor, tomemos el té juntos.

—Oh, muchas gracias, pero no puedo. Me encantaría. Pero papá..., mi padre es... muy estricto. Quiero decir que no entendería que tomara el té con un joven que no me ha sido presentado como es debido.

—Tiene toda la razón. No nos hemos presentado. Permita que haga los honores. Soy Patrick Dennis, de Nueva York. Estoy viajando con mi tía viuda, la señora de Beauregard Burnside. —Hay que reconocer que no se podía ser más mundano—. Estamos haciendo un viaje cultural antes de que vuelva a la universidad a terminar mis estudios de arqueología.

—¡Ah!, así que está usted en la universidad.

—Bueno, ejem, prácticamente fuera.

Aquello no podía ser más cierto. A la velocidad a la que estábamos regresando a casa, lo más probable era que no llegara a ingresar nunca en ninguna universidad.

—Estoy en el último curso, claro. Al fin y al cabo, casi he cumplido los veintiuno. Y ahora siéntese y pediré un poco de té. Si quiere, dígame a su padre que nos acompañe.

Di una palmada como un pachá y pedí el té.

Ella se sentó con los tobillos modestamente cruzados, remilgada pero provocativa, no sé si me explico.

—De acuerdo —accedió—, pero sólo puedo quedarme un rato. Me llamo Rosemary Shumway. Mi padre es un misionero pobre pero muy devoto, y vamos de vuelta al remoto pueblecito chino (seguro que no habrá oído hablar de él) donde mi padre realiza su humilde labor al servicio de Nuestro Señor.

—Caramba, señorita Shumway, debe de ser una vida fascinante. Apuesto a que habla usted varios dialectos chinos.

—No, qué va. Mi pobre padre ha vivido allí solo todos estos años sin mi ayuda, mientras yo estaba en el colegio en Inglaterra. Verá, sólo tengo dieciocho años.

—Caray, igual que yo... —Luego añadí en tono paternalista—: ¡Quién los tuviera!

—Todos estos años que mi padre y yo hemos estado separados he tenido de la esperanza de poder estar a su lado divulgando la palabra de Dios entre esos paganos desdichados. Y ahora que ha estallado esa horrible guerra entre China y Japón, me

alegra mucho poder ayudarle por fin.

—Eso está muy bien —dije, aunque no se me antojó una vida muy maravillosa—. No sabe cuánto me alegro de que se aloje usted en este hotel. Mi tía y yo tenemos que esperar once días hasta el próximo barco con rumbo a Nueva York. Pero ahora que la he conocido a usted no se me hará ni la mitad de largo. Port Said no es exactamente París, pero hay una orquesta en el hotel y... En fin, me refiero a que podremos hacer muchas cosas interesantes...

—Oh, me temo que va a ser imposible —dijo Rosemary batiendo las pestañas—. Mi padre y yo no tenemos medios suficientes para alojarnos en un hotel tan caro mientras esperamos la partida de un lujoso transatlántico. Zarparemos mañana al amanecer en un carguero griego en cuanto suban a bordo el cargamento de mi padre.

—¿Cargamento?

—Oh, sí —dijo Rosemary con una luz etérea iluminándole el rostro—. Mi padre siempre ha querido tener suficientes Biblias en chino para todos los parroquianos y un órgano. ¡Y ahora los ha conseguido! ¡Me alegro tanto por él! Zarparemos al amanecer a bordo del *Lesbos* para vivir quién sabe qué emocionantes aventuras..., dos soldados cristianos divulgando la palabra de Dios.

—Vaya —dije—, qué mala pata..., para mí, quiero decir. Tengo que regresar a Estados Unidos, pero la idea de quedarme en este agujero...

—Pero si el *Lesbos* también va a Estados Unidos: a San Francisco. Por el canal de Suez y el mar Rojo hasta Adén... Me muero de ganas de ver el mar Rojo.

—¿Cree que se dividirán las aguas?

—Luego, posiblemente a Bombay, Colombo en Ceilán, Singapur, Saigón, Shanghái...

—¿Shanghái? ¡Eh! ¿No se ha enterado de que están en guerra? Por lo que he leído en el periódico, Shanghái está en ruinas.

—Bueno, pues lo más cerca posible de Shanghái para descargar las Biblias y el órgano de papá. Y luego...

—¡Rosemary! —gritó una voz masculina—. Rosemary, cariño. Te he estado buscando por todas partes. —Alcé la mirada y de pie, al lado de la mesa, vi al reverendo Shumway con un fino atuendo clerical muy adecuado para el trópico. Gracias a Dios, Rosemary no se parecía lo más mínimo a su padre. El reverendo Shumway era un hombre de edad y talla medianas, rubicundo, calvo como una bola de billar, y muy sudoroso. Tenía la cara grande y redonda, ojos como grosellas, una nariz larga y tortuosa y una boca pequeña y remilgada que parecía el agujero de un desagüe—. Rosemary, querida, sabes que no me gusta que hables con...

—¡Oh, papá, por favor! —dijo Rosemary azorada y dando un respingo—. Este joven caballero estadounidense es el señor Dennis. Se aloja aquí en el hotel y, de no ser por su intuición y su caballerosidad, habría perdido sin remedio todo lo que tengo, mi dinero, mis cheques de viajero y mi pasaporte. Señor Dennis, éste es mi padre, el reverendo Shumway. Le he estado hablando de nuestra labor *como misioneros en*

China, papá.

—¿Cómo está usted, señor? —dije estrechándole la mano pegajosa—. ¿No quiere usted sentarse?

—Lo haré —dijo tomando asiento—. Qué destino tan terrible para un siervo del Señor quedarse abandonado en una ciudad de infieles. Como dice la Biblia: «Quien roba mi bolsa roba una menudencia...». Pero incluso perder ésa, ejem, «menudencia» habría sido un golpe terrible para mi hija y para mí. Ejem. Con limón, por favor, sin leche. ¿Puedes alcanzarme una servilleta, hija mía?

—Y, papá —dijo Rosemary—, el señor Dennis me ha contado que él y su dulce y anciana tía viuda van a tener que esperar en este horrible lugar casi quince días hasta conseguir pasaje para Estados Unidos. ¿No te parece espantoso?

—Terrible. Esos pequeños *gâteaux* tienen un aspecto francamente delicioso, Rosemary. ¿Podrías alcanzarme uno, pequeña?

—Por lo que me ha dicho Rosemary..., quiero decir su hija, su viaje parece muy interesante. Nunca he estado en el Lejano Oriente. Pero estoy seguro de que adquirir un pasaje sería misión imposible. Todo parece estar vendido. Así que supongo que lo único que podemos hacer mi tía y yo es...

—¿No habría algo en nuestro...? —empezó Rosemary.

—¡Qué curioso que me lo preguntes, niña! —dijo el reverendo Shumway limpiándose los labios—. Como dice la Biblia: «Los caminos del Señor son misteriosos». Hoy mismo he sabido que el reverendo Partridge y su mujer, una encantadora pareja que también se dedica a divulgar la palabra divina, se han visto obligados a cancelar sus reservas en el último momento. Una muerte en la familia —añadió en ese tono confidencial que normalmente uno reserva para hablar de un aborto criminal—. Así que hay dos literas vacías en nuestro barco. Pásame uno de esos *éclairs*, por favor, Rosemary, hija mía.

—¡Caramba, eso sería estupendo! Aunque en realidad necesitaríamos tres plazas.

—¿Tres?

—La otra es para Ito. El chófer de mi..., un muchacho japonés a quien mi tía ha educado según los preceptos cristianos, reverendo Shumway. El coche ya lo hemos enviado a Nueva York, pero no creo que mi tía Mame quiera dejar a Ito en una ciudad como..., me refiero a que no querrá dejarlo aquí bajo la influencia musulmana.

—¿Japonés? —repitió el reverendo Shumway frunciendo el ceño y haciendo un mohín.

—Bueno, sí —respondí, y añadí con cierto atropello—: pero está totalmente americanizado y cristianizado. Mi tía es una mujer muy religiosa. Quiero decir que Ito ni siquiera es verdaderamente japonés. Nació en California. En fin, que puede decirse que Ito es neutral.

—¡Espléndido, espléndido, mi querido muchacho! —exclamó el reverendo Shumway—. Una vez más veo aquí la mano de Dios, pues había olvidado que John Wesley, el hijo pequeño del reverendo Partridge, también se ha visto obligado a

cancelar su reserva por culpa de esa tragedia imprevista. Así que hay sitio a bordo para todos. Aunque ten presente que no es uno de éstos, ejem, lujosos transatlánticos de la Cunard Line. Es un barco sencillo e informal, limpio como una patena, por supuesto, y capitaneado por un caballero ateniense a quien tuve la fortuna de salvar de la ortodoxia griega.

—¡Oh!, mi tía tiene gustos muy sencillos. Puedo subir a verla ahora mismo y comunicarles cuanto antes su decisión. Ah, quisiera saber, señor, si tendría usted objeciones a que invitase a cenar a su hija esta noche.

—¡Oh, señor Dennis, no podría...! —dijo Rosemary ruborizándose de un modo arrebatador.

—Pues claro que no, muchacho —dijo el reverendo Shumway—. De hecho, tengo que resolver algunas cuestiones que me han surgido a última hora, y trabajaré por Nuestro Señor mucho más tranquilo sabiendo que mi querida hija se encuentra en buenas manos. Y ahora nos quedaremos aquí a esperar tu respuesta. ¡Ah!, ¿te importaría pedirle a aquel camarero que nos sirva un poco más de té, unos canapés y otra bandeja de esos deliciosos bizcochos *petit four*?

Irrumpí en nuestras habitaciones llamando a la tía Mame.

—¿Quién es esa joven con la que te he visto antes? —preguntó—. Había bajado a tomar el té cuando os he visto entre las palmeras de las macetas. Es muy atractiva. Quisiera saber qué se echa en el pelo. El caso es que me fui al bar. Y al volver, Dios, te encuentro con la Liga Metodista de Epworth en pleno. ¿Se puede saber qué te pasa, Patrick?

—Se llama Rosemary Shumway —respondí con desaprobación—. Ella y su padre son misioneros en China. Son ingleses y ella tiene sólo dieciocho años.

—¡Patrick! Si ella tiene dieciocho, yo tengo diez. En fin, ¿dónde cenamos? No querrás volver a ese tugurio de la pitonisa.

—Verás, tía Mame, el caso es que he quedado para cenar..., pensando, claro, que estarías inmersa en la lectura de Proust.

—Comprendo —dijo con una mirada socarrona.

—Pero, tía Mame, es lo que he venido a contarte. El reverendo Shumway y Rosemary zarpan mañana en un precioso barco griego..., una especie de yate, en realidad. Y al parecer pueden conseguirnos tres pasajes. Será un viaje muy interesante y... educativo. Iríamos a un montón de sitios de interés como Adén, Colombo, Bombay y China y... En fin, quiero decir que ya que hemos llegado hasta aquí, igual valdría la pena seguir adelante. El destino final es San Francisco, y nunca he estado en California. Sería mucho más rápido que esperar a que llegue el *Rex* y...

—¡Patrick! Tengo todo el tiempo del mundo, pero pensaba que eras tú quien estaba deseando ir a la universidad. Esa tal Rosalie no tiene...

—Rosemary, tía Mame. Rosemary Shumway. ¡Oh, tía Mame, es una chica

encantadora! Tan guapa, educada, y está llena de cualidades espirituales. Y su padre es un religioso devoto. Se han tomado muchas molestias para ofrecernos las literas en ese crucero cultural y...

—De acuerdo, cariño —suspiró la tía Mame—. Es posible que no sepa reconocer las cualidades espirituales ni a los religiosos devotos, pero reconozco un enamoramiento en cuanto lo veo. Tendrás tu crucero amoroso. Además, me gusta visitar sitios de clima cálido y políticamente inestables. Baja y dile a la tal Rosalind que iremos con ella. Lo del yate griego parece divertido. ¿Cuánto cuestan los billetes y cuándo zarpamos?

Esa noche Rosemary y yo cenamos juntos en el comedor del hotel. Como le había dicho que tenía veintiún años, estaba a punto de salir de la universidad y era un hombre de mundo, lo organicé todo a lo grande: pajarita blanca, frac y una botella de champán al lado de la mesa. Rosemary estaba arrebatadoramente inglesa vestida de tul y, aunque pareció escandalizarse de que hubiese pedido champán, se las arregló para beber mucho, e incluso sugirió —bendita sea— que pidiéramos otra botella. Bailamos a los acordes de canciones de éxito importadas como «Too Much Mustard» y «Dardenella». Al principio, Rosemary se mostró muy distante y reservada, pero luego dejó que la abrazara en la pista de baile e incluso bailamos mejilla contra mejilla.

Cuando la acompañé a su habitación, eran las dos en punto. Me contempló con mirada ingenua y dijo:

—No sabía que salir con un hombre pudiera ser tan divertido. He llevado una vida tan recatada...

Me tomó de la mano, y yo lo consideré un indicio de que al menos podría darle un beso de buenas noches.

—¡Ah!, espera a las noches en alta mar, los puertos de recalada, los clubes elegantes... ¡Rosemary, jamás he conocido a una chica tan guapa como tú!

Diciendo esas palabras, la tomé entre mis brazos y..., justo entonces se abrió la puerta y apareció el reverendo Shumway con un batín de franela viejo y sucio.

—Rosemary, hija mía —dijo—, se ha hecho tardísimo. Será mejor que entres. Buenas noches, muchacho. ¡Hasta que embarquemos!

Y así terminó mi gran abrazo.

Apenas me había dado tiempo de quitarme el traje de fiesta y ponerme algo más apropiado para navegar por el océano cuando oí sonar el despertador de la tía Mame. Se levantó echando chispas.

—¡Dios mío! ¡Ahí fuera está tan negro como la boca del lobo! ¡Ito!

Su humor no mejoró en el taxi lleno de pulgas que nos llevó al puerto, y yo estaba

muerto de preocupación por si se daba cuenta de que el *Lesbos* no estaba amarrado precisamente en uno de los muelles más elegantes de Port Said, suponiendo que hubiera alguno. Pero estaba tan oscuro que no pudimos ver dónde estábamos. A juzgar por su vago perfil a la luz grisácea del amanecer, el *Lesbos* daba la impresión de ser francamente pequeño para un yate, y su interior mal iluminado no tenía ninguno de los detalles —adornos de latón, paneles de madera— que uno asocia con el *Corsair*. La maloliente escalerilla que conducía a los camarotes estaba sucia, crujía y tenía extraños charcos. Se oían constantes silbidos y ruido de tuberías mezclados con ruidosas e intraducibles maldiciones que supuse que debían de ser griegas.

Un flaco sobrecargo griego —llevaba un raído jersey marrón en lugar de una impecable chaqueta blanca— acudió a recibirnos con gesto desdeñoso y echó una mirada a nuestras maletas. La tía Mame nunca viajaba ligera de equipaje.

—Πού στο διάολο νόμισες πως θα τα βάλω; —dijo.

—¡Buenas noches! —dijo la tía Mame con una sonrisa falsa—. ¿O debería decir buenos días?

—Το Χριστό σου! —dijo el sobrecargo.

—Como es natural, no necesitaré tanto equipaje durante el viaje —dijo la tía Mame—. He hecho las maletas de forma muy eficiente. He metido la ropa más cómoda y unos cuantos vestidos de fiesta muy sencillos en esas maletas de piel de cocodrilo; las demás y los baúles envueltos en lonas pueden ir a la bodega. ¿Entiende?

Dedicó al sobrecargo una sonrisa cautivadora.

—Ορίστε!

—Oh, quizá no me entiende. *Parlez-vous français?*

—Ορίστε!

—Vaya. *Sprechen Sie Deutsch?*

—Ορίστε!

—¿Habla usted español?^[3]

El sobrecargo repitió «Ορίστε!» y luego murmuró algo que sonaba como «Η βρώμο-Αμερικανίδα!» y escupió. A continuación llamó a uno de sus colegas, un marinero alto y de aspecto hosco, natural de Samos.

—Ρε εσύ, βοήθα με!

El marinero alto cogió siete u ocho maletas y dijo en inglés:

—Vengan por aquí.

Para ser un barco tan pequeño, el camino hasta nuestros camarotes —suponiendo que pudiera dignificarse con ese nombre a aquella especie de cabinas telefónicas marinas— fue sorprendentemente largo. Llegamos a lo que parecía ser la bodega de aquella bañera. El agua de la sentina chapoteaba por doquier y un olor a trapo sucio lo impregnaba todo. En ese momento pensé que el reverendo debía de estar transportando suficientes Biblias para todos los habitantes de China, porque la línea de flotación estaba tan baja que habría sido suicida abrir uno de los ojos de buey de

nuestra cubierta.

—Εδώ —dijo el sobrecargo, señalando tres camarotes diminutos justo encima de la hélice.

—Εδώ, θα πέσουνε στη θάλασσα! —rugió el marinero exhibiendo sus dientes de oro.

—Deje las maletas de piel de cocodrilo en mi camarote, por favor —dijo la tía Mame. Luego, con unos cuantos gestos expresivos, añadió—: *Seulement les portemanteaux...*, quiero decir *le bagage d'«alligateur»*... ¿Cómo demonios se dice cocodrilo, cariño...? *Seulement le bagage «crocodile» dans ma cabine*. ¡Oh, no!

El sobrecargo y su amigo, sin entender palabra, metieron todas las maletas una encima de otra.

El camarote de la tía Mame era un cuartucho infecto de un metro por metro y medio. Contenía un camastro, un lavabo con una jarra y un barreño, una silla, un chaleco salvavidas, complicadas instrucciones en griego sobre lo que había que hacer en caso de naufragio y dieciocho maletas.

—*Dove il stanza di bagno?* —probó en italiano.

—Γεια σας! —dijo el sobrecargo y cerró de un portazo poniendo fin a la clase de idiomas.

El camarote de Ito y el mío eran incluso más pequeños que el de la tía Mame. Pero yo no llevaba tanto equipaje. Nada más irse el sobrecargo, la tía Mame empezó a aporrear la puerta de mi habitación.

—¿Un yate griego? Este cascarón es tan viejo que no me extrañaría que fuese uno de aquellos de los que habló Homero.

—Tampoco está tan mal, tía Mame —mentí tímidamente.

—¿Que no? Es una auténtica...

Se oyó un silbido, y las máquinas que teníamos justo debajo empezaron a ronronear con una vibración que hizo temblar todos los muebles.

—¡Eh, tía Mame! ¿Por qué no subimos a cubierta a ver cómo zarpamos?

—Escucha, Patrick, no irás a ninguna parte si no es conmigo, y lo que voy a hacer ahora es ir a acostarme un rato. Aún no has cumplido los dieciocho y no voy a permitir que arruines tu...

—¡Por favor! —exclamé—. Baja la voz. Rosemary cree que tengo veintiuno y que estoy a punto de terminar la universidad. No irás a decirle nada, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo la tía Mame—. Bueno, me trae sin cuidado la edad que le hayas dicho que tienes. Vete a dormir. Desde luego, yo no soy lo bastante mayor para seguir soportando esto. Mañana tendrás tiempo de verla. Después de todo, Patrick, esta cáscara de nuez tampoco es tan horrible, cariño. Si a ti te hace feliz... Sólo es *diferente*.

Me dio un beso de buenas noches y volvió a su cuchitril, y yo me tendí un segundo en mi litera. Cuando desperté, era casi mediodía.

Desperté empapado de sudor respirando el aire cargado e inmóvil de mi

minúsculo camarote. Deseoso de tener buen aspecto cuando viese a Rosemary, me puse un batín y recorrí la oscura y sucia escalerilla en busca de un baño. Todas las puertas tenían carteles en griego, así que tuve que probarlas una por una. Las primeras tres estaban cerradas con llave. La cuarta llevaba a un hombre que roncaba en una litera. Una rata salió corriendo entre la porquería. La sexta, que lucía un cartel en que se leía «μπάνιο», resultó ser el sitio indicado: un cuartucho agobiante y maloliente donde había un retrete sucio, dos lavabos con una capa de verdín y una anticuada bañera con el borde de terciopelo y una maraña de pelos que atascaba el desagüe.

Me lavé un poco, me vestí y busqué el camino hasta cubierta. Sólo había visto el *Lesbos* en plena noche. Y era mejor así. El barco que el padre de Rosemary había descrito diciendo que era «sencillo, informal» y «limpio como una patena» estaba increíblemente sucio, las cubiertas tenían una capa de óxido, la pintura estaba pelada y sin tocar desde hacía años. Por la única chimenea del barco salían nubes de hollín que caían directamente sobre los pasajeros y la tripulación, y los parasoles de lona hacía años que estaban reducidos a jirones. Ya que he aludido a los pasajeros y la tripulación, conviene aclarar que ambos eran muy escasos. Aunque me había sorprendido que hubiese tres cancelaciones en un momento en que escaseaban los pasajes, dejó de sorprenderme en el acto. En cuanto a la tripulación, el escaso trabajo que se hacía a bordo del *Lesbos* lo llevaba a cabo un desdichado puñado de turcos malhumorados a quienes debían de haber embarcado a la fuerza.

Estábamos recorriendo penosamente el canal de Suez. En cubierta hacía un calor espantoso y no se movía ni pizca de aire. Encontré una enorme aunque sórdida habitación rotulada como σαλόνι, que tomé por el salón del barco. Me abrí paso entre un montón de muebles de mimbre comprados en una subasta y me senté a esperar la radiante aparición de Rosemary. Un ventilador daba vueltas con desánimo en el techo sucio. Había unas cuantas revistas griegas muy manoseadas llamadas *Η Σοκράτικη φιλοσοφία* y *Της θείας σου*, y unos ejemplares de *The Modern Priscilla* que obviamente habían dejado allí en 1907 para entretener a los pasajeros y no resultaban muy tentadoras. Acalorado, hambriento y sediento, esperé.

Pasó casi una hora. No sólo no vi ni rastro de Rosemary, sino que tampoco apareció nadie. A la una se presentó la tía Mame.

—¡Oh, Patrick, cariño! —dijo—. ¡Estás aquí! ¿Has podido pegar ojo? No había notado tantas sacudidas desde que Vera compró aquel cinturón adelgazante.

—Como yate griego no es ninguna maravilla, ¿no crees? —pregunté sombrío.

—Oh, no te preocupes por eso, cariño. Cualquier sacrificio es poco con tal de que disfrutes de tu crucero romántico. ¡Ay!, nunca olvidaré la primera vez que mi padre me llevó al extranjero. Viajamos en el *Lusitania* y no pudo ser más divino. Tuve a tres becarios de Rodas, al coro de Yale al completo, a los oficiales más jóvenes e incluso al actor Wally Reid todos para mí. Bueno, por supuesto, no era la única chica a bordo, pero las otras eran un horrible trío de una oscura universidad religiosa de...

demonios, no me acuerdo, Migraine, Missouri u otro lugar parecido. En cualquier caso..., fue una locura... Resulta que estaba besándome dentro de un bote salvavidas con un joven muy apuesto...

—Disculpa, tía Mame, pero hay algo que me gustaría aclarar contigo antes de que conozcas a Rosemary y al reverendo Shumway. En fin, bueno, no son como nosotros..., como tú. Son misioneros y muy estrictos. Así que te agradecería que no hablaras mucho de bebida y, no sé..., que cuidaras tu lenguaje...

—¡Oh!, cariño, no te preocupes por eso: he estado buscando el bar por todas partes y no lo hay. Y, en cuanto a mi lenguaje, te prometo que aunque pise una..., no diré... ¡Cielos, Patrick! ¿No será ésa la señorita Shumway de la que me has hablado? ¡Es encantadora!

Alcé la vista y ahí estaba Rosemary, el vivo retrato de la circunspección británica, vestida de blanco virginal. Hice las presentaciones y luego observé a la tía Mame y a Rosemary tomarse la medida como sólo pueden hacerlo las mujeres. En cierto modo me recordaron a dos boxeadores en rincones opuestos del cuadrilátero.

—¡Bueno! —dijo la tía Mame tras un largo silencio—. Vamos a divertirnos mucho en este largo, larguísimo viaje a bordo de este barquito tan mono. Seguro que llegaremos a conocernos bien, ¿verdad? Y dime, Rosamund, querida, Patrick me ha contado que has estado en un internado en Inglaterra. ¿Cuál era? Estoy deseando saberlo.

Rosemary aún estuvo más tímida con la tía Mame de lo que había sido conmigo, y todo eran miradas recatadas y respuestas susurradas. Por primera vez en mi vida deseé que llegara su padre para animar la conversación.

No tuve que esperar mucho. Con un ruidoso «Ejem», apareció el reverendo Shumway con la cara colorada y brillante. Una vez más actué con elegante mundanidad e hice las presentaciones.

—¡Mi querida señora! —dijo el reverendo Shumway frunciendo su boquita para esbozar una ácida sonrisa—. Estaba deseando tener el honor de conocer a la tía de..., ejem, de este espléndido muchacho.

—Gracias, padre —dijo la tía Mame, a quien sólo le faltó besarle el anillo, aunque noté que le temblaban las aletas de la nariz—. Siempre me ha fascinado el estudio comparativo de las religiones, así que estoy segura de que disfrutaremos de entretenidísimas conversaciones a bordo de este barco tan encantador.

El reverendo Shumway pareció sobresaltarse un poco, retrocedió un paso o dos y estornudó varias veces. Incluso Rosemary parecía asustada, y sus manos pálidas no paraban de jugar con el borde del vestido. Yo había visto a Joan Crawford en *Bajo la lluvia*, la segunda adaptación de la novela de Somerset Maugham, y me pregunté si la tía Mame no le habría parecido al reverendo una especie de segunda Sadie Thompson. Pero la miré de soslayo y me tranquilicé. Iba vestida de azul marino con unos discretos zapatos blancos y un collar de perlas. Aunque no parecía exactamente una beata, sí poseía cierto encanto episcopaliano que sólo habría podido

incomodar a un auténtico rigorista.

Impávida, prosiguió:

—Sí, reverendo Shumway, siempre me han interesado los aspectos puramente literarios de la Biblia. En estos tiempos de la novela realista, algunas cosas han quedado un poco anticuadas, pero...

—¡Ejem! —dijo el reverendo Shumway.

Eché una mirada implorante a la tía Mame y dije:

—Parece que se ha retrasado un poco la comida.

—¡Ah! Eso me recuerda que el capitán nos ha invitado a acompañarle a su mesa —anunció el reverendo Shumway.

—¡Qué detalle tan encantador! —exclamó la tía Mame—. Siempre he dicho que no me importa lo miserable, quiero decir, lo sencillo que sea un barco, con tal de que la comida y la compañía sean buenas. Y permítame que le diga que la auténtica cocina griega me parece el paraíso. Espero no haberle ofendido, padre.

—¡Ejem!, ni mucho menos.

—Mi querida amiga griega, la señora Adam, es una cocinera soberbia. ¡Ah!, su caviar griego... Lo prepara con huevas de lucio y...

La disertación de la tía Mame se vio interrumpida por un hombrecillo simiesco y sin afeitar que llevaba una sucia chaqueta de camarero. Asomó la cabeza por la puerta y dijo: «φᾶϊ!». Luego nos indicó con un gesto que pasáramos al comedor.

No era raro que el capitán nos hubiese invitado a su mesa, porque no había otra. El mantel estaba cubierto de manchas de vino, costras de salsa de carne, ketchup y aceite de oliva rancio. Había un elegante centro de mesa con sal, pimienta, aceite, vinagre, ketchup, una salsa especial para la carne y mondadientes. Todo tintineaba por las vibraciones de las máquinas. Un jarrón de polvorientos claveles artificiales y una enorme fotografía coloreada de la actriz Pola Negri completaban el *décor* del comedor de oficiales.

El capitán era gordo y peludo. Llevaba una camiseta interior, unos pantalones con dos o tres botones desabrochados para dejar sitio a la barriga, unas pantuflas y —asomando tímidamente por debajo de la masa de vello de los brazos y el pecho— varios tatuajes de mujeres semidesnudas. Todos sus dientes eran de oro, y se las arreglaba para comer, hablar, fumar y beber sin quitarse el palillo de la boca.

El primer oficial, el jefe de máquinas y el segundo oficial eran los únicos que compartían mesa con el capitán, y que yo sepa los únicos oficiales que había a bordo. Iban y venían sombríos sin decir una palabra, excepto cuando discutían ruidosamente en griego entre ellos hasta que el capitán daba un violento puñetazo en la mesa y decía: «Σκάστε, κερατάδες!». Por lo demás, la encargada de llevar el peso de la conversación era sobre todo la tía Mame.

En esa primera comida, la tía Mame exclamó: «¡Oh, qué fascinante!», y cuando el camarero le dio un menú manoseado, añadió: «¡Vaya, si es la piedra de Rosetta!». Como ninguno de los que hablaban griego sabían —o querían— hablar inglés, la tía

Mame observó: «Esto tiene buena pinta». Y vi que señalaba con la larga uña pintada de rojo a algo llamado «καπαμάς».

—Yo tomaré lo mismo —dije.

Era un estofado de carne llena de ternillas. Dejé mi plato sin tocar.

No sé qué exquisiteces cocinaría madame Adam, la vieja amiga de la tía Mame, pero aquel día no sirvieron nada comestible a bordo del *Lesbos*. El aire en el comedor era sofocante y olía a grasa rancia. Las moscas se posaban por toda partes y luego se alejaban desdeñosas. Ni siquiera a ellas les tentaba la comida.

—Es raro —dijo la tía Mame—, pero hoy no tengo mucha hambre. La comida griega siempre me ha parecido deliciosa, pero esto...

—Ah, mi querida señora, no se preocupe —dijo piadosamente el reverendo Shumway—. Supongo que las cocinas aún no deben de funcionar al cien por cien. Piense que es la primera comida desde que salimos de puerto. ¡Ejem!

—Es posible —admitió la tía Mame—. En fin, si a nadie le importa, voy a probar ese vino de mesa.

—Bueno, mi querida señora, mi hija y yo no aprobamos el consumo del zumo de la uva, pero...

—Vamos, reverendo Shumway, ya sabe lo que dice la Biblia: «Bebe vino con el corazón alegre, pues Dios aprueba tus actos...». Eclesiastés, 9, 7.

La tía Mame se sirvió un poco de vino. Yo rehusé prudentemente.

—¡Puaj! —exclamó dejando la copa en la mesa—. Esto no es vino, ¡es vinagre! Y ahora, reverendo Shumway, tal vez quiera hablarnos de su interesante labor como misionero.

—Bueno, ah, mi querida señora, ejem..., no sé por dónde empezar...

Alfred Shumway empezó a sudar copiosamente.

—Empiece por el principio. Va a ser un viaje muy largo y vamos a tener tiempo de sobra para que me lo cuente usted todo. Me gustaría refrescar mi latín y tener oportunidad de estudiar griego..., sobre todo con un mentor como usted, tan erudito en las lenguas clásicas. ¿En qué seminario dice que estudió usted?

—Bueno, ejem, yo... —antes de que el reverendo Shumway pudiera iniciar el relato de sus recuerdos litúrgicos, las máquinas del *Lesbos* se detuvieron en seco con un áspero chirrido—. ¡Ah! —dijo el reverendo Shumway acercándose al ojo de buey—. Hemos terminado de atravesar el canal de Suez y estamos a las puertas del famoso mar Rojo. ¿Por qué no subimos a cubierta a echar un vistazo?

—¡Desde luego! —dijo la tía Mame.

Todos fuimos a popa, nos sentamos en unas sillas de madera viejas y astilladas y vimos subir a bordo a un educado funcionario británico con pantalones cortos de color blanco.

—Disculpe, señora, padre... —dijo—, ¿podrían decirme dónde puedo encontrar al capitán? Veamos, éste es el *Lesbos*, un barco griego que navega bajo bandera nicaragüense. Qué raro.

—El, eh, capitán, ejem, estaba por allí, señor —dijo el reverendo Shumway—, pero por desgracia no habla inglés.

—Tengo órdenes de inspeccionar el cargamento. Ya sé que es irregular, pero con el conflicto entre los chinos y los japoneses...

—¡Ah! —dijo la tía Mame—, pues ha dado usted con la persona indicada. Este caballero es el dueño del cargamento, que no puede ser más precioso, pues consiste enteramente en Biblias en chino con las que el reverendo Shumway, aquí presente, piensa divulgar la palabra de Dios a los infieles de Oriente. ¿No es así, padre?

—Ejem. Bueno, sí.

—También hay un enorme órgano Wurlitzer para que nuestros hermanos amarillos puedan alzar sus voces para adorar al Señor. —La tía Mame prosiguió—: ¡Ay!, reverendo Shumway, tal vez una de estas tardes podamos reunirnos en torno al piano en el salón y cantar algunos de esos majestuosos himnos antiguos. ¡Ah, sí! Es un cargamento más precioso que las perlas para el reverendo Shumway, y estoy seguro de que estará orgulloso de mostrárselo.

—¡Ejem! Esto es muy irregular y, ¡ah!, ejem...

—La verdad es que parece una pérdida de tiempo. Así que no les entretendré más —dijo el funcionario.

—¡Ah! —continuó la tía Mame alzando una mano piadosa—, pero yo sí quisiera entretenerle. Arrodillémonos todos en esta cubierta ardiente, si no le molesta la suciedad, y que el reverendo Shumway dirija nuestras oraciones pidiendo que el viaje sea seguro y que esa guerra tan cruel concluya de un modo lo más pacífico posible. Vamos, Patrick, Mary Rose, de rodillas...

—¡Oh, pero...! —empezó el reverendo Shumway secándose de nuevo el sudoroso entrecejo.

—Disculpe —dijo el funcionario muy cohibido—, pero con tantos barcos que comprobar no tengo... Buenas tardes. —Y con esas palabras salió corriendo del barco antes de que el reverendo Shumway pudiera pedirle nada al Señor.

—Bueno —dijo el reverendo Shumway secándose el rubicundo entrecejo—. Rosemary, cariño, ¿por qué no atiendes a este joven encantador mientras terminamos las formalidades para salir del canal? Hace tanto calor que, por mi parte, creo que voy a ir a mi sencilla celda y, ejem, meditar. Si tienen a bien excusarme...

—Y yo iré a mi sencilla celda e intentaré dormir un poco —anunció la tía Mame.

Eso nos dejó a Rosemary y a mí justo como yo estaba deseando desde que la conociera veinticuatro horas antes: solos. Jamás olvidaré aquella tarde. Rosemary era demasiado perfecta para describirla con palabras: dulce y tímida, aunque cálida y complaciente. Bueno, *cálida* no es la palabra más conveniente. Mientras el *Lesbos* esperaba para salir del canal de Suez, la temperatura alcanzó casi los cuarenta grados. No me di ni cuenta. Nos sentamos en el desvencijado sofá de mimbre del salón bajo la insípida y estancada brisa del ventilador. Mientras intentaba mantener una inane conversación con Rosemary, me fui acercando a ella centímetro a centímetro. Aunque

ya me había besuqueado en los bailes de fin de curso, mis experiencias amorosas habían sido siempre con precoces jovencitas neoyorquinas, ¡oh, aquella morenita de la academia de la señorita Walker! El amor se había reducido a un beso rápido en el guardarropa o a un achuchón en el taxi. Nunca había estado a solas con una hermosa joven inglesa, bien educada e hija de un clérigo. Me sentía nervioso. En cambio, Rosemary parecía la calma personificada mientras me hablaba suave y dulcemente con su precioso acento inglés, mucho más cultivado que el de su padre. Y de pronto se abalanzó sobre mí. Antes de que pudiera darme cuenta, me encontré de espaldas, con Rosemary encima ahogándome con sus besos. Apenas reparé en la presencia de dos funcionarios del canal que se plantaron en la puerta y ni siquiera me percaté cuando se fueron de puntillas.

No obstante, cuando se marcharon, Rosemary se puso en pie ruborizada hasta la raíz del cabello y se alisó el vestido.

—Disculpa, Patrick. No sé qué es lo que me ha pasado —dijo.

—No te preocupes —jadeé—. Sólo espero que vuelva a ocurrirte pronto.

Y así fue. Rosemary estaba hablándome de su labor como misionera cuando oí unos pasos en cubierta. Nuevamente se abalanzó sobre mí y nuevamente unos funcionarios portuarios se alejaron con discreción. Empecé a preguntarme si Rosemary no sería un poco exhibicionista. No obstante, fueron las dos horas más estimulantes que había pasado jamás en compañía femenina.

Estaba planeando un ataque frontal cuando se oyeron ruidos y una sacudida. Los motores del barco volvieron a ponerse en marcha y Rosemary corrió a asomarse al ojo de buey.

—Mira —dijo—, volvemos a ponernos en marcha. ¡Por fin hemos pasado el canal y estamos en el mar Rojo!

Tenía razón: el *Lesbos* avanzaba a toda máquina a siete u ocho nudos.

—Estupendo. Y ahora dame otro beso. ¡Oh, Rosemary! ¡Tus ojos, tus labios, tu pelo...! —Cerré los ojos y me adelanté para abrazarla. Cuando volví a abrirlos, Rosemary estaba en la puerta.

—Disculpa, pero hace tanto calor que creo que voy a ir a mi camarote. Es hora de que yo también vaya a meditar.

—¡Eh!, espera un...

Me lanzó un beso y se marchó.

Derrotado, apenas pude bajar a mi minúsculo y agobiante camarote, volver a bañarme y ponerme el esmoquin blanco. La tía Mame también hizo un intento por vestirse para la cena, pero en el *Lesbos* no se tenían en cuenta las formalidades del *Normandie*. El reverendo Shumway siguió con su atuendo clerical para el trópico, con grandes manchas negras debajo de los sobacos. El capitán y los oficiales tampoco se habían cambiado de ropa y estaban aún más sucios y sudorosos que a la hora de la

comida. Rosemary ni siquiera se presentó. Cuando pregunté por ella, el reverendo Shumway respondió:

—Ah, mi querido muchacho, este calor es demasiado sofocante para mi pobre hija. Lo más probable es que suba por la tarde cuando refresque.

La tía Mame señaló un succulento plato llamado «Γιαχνί» y dijo:

—Éste tiene buena pinta. Va a ser muy divertido aprender griego con la ayuda del reverendo Shumway. Conozco las letras sigma, ji, fi, beta, kappa y los relojes Omega, pero...

La interrumpieron para ponerle delante un plato grasiento. Era el mismo estofado que nos habían servido para comer.

No tardamos mucho en terminar de cenar. El reverendo Shumway acompañó a la tía Mame al salón y yo me disculpé y escribí a toda prisa una apasionada nota a Rosemary, diciéndole que estaría esperándola en la cubierta de popa. La deslicé por debajo de su puerta y volví a reunirme con la tía Mame y el reverendo Alfred Shumway. Pero cuando llegué al salón, encontré a la tía Mame sola.

—No lo entiendo, cariño —dijo—. He empezado a hablar del Deuteronomio para darle un poco de conversación y ha salido pitando. Bueno, no importa. Voy a quitarme este vestido tan caluroso y a seguir con *Sodoma y Gomorra*. No tardes mucho, Lochinvar.

Me dio un beso y se marchó.

Incluso en mar abierto, y tras ponerse el sol, siguió sin refrescar. Después de asegurarme de que estaba bien peinado, fui a la cubierta de popa a esperar a Rosemary. Fue una espera muy larga. A medianoche mi enamorada continuaba sin aparecer. Luego debí de quedarme dormido, porque cuando desperté había amanecido y seguía solo, aunque con tortícolis, y tenía la chaqueta del esmoquin negra de hollín.

Al día siguiente aún hizo más calor. Rosemary no se presentó a desayunar ni a comer. Le deslicé otra nota bajo la puerta y esperé toda la tarde en el sofocante salón. La tía Mame pasó el día leyendo, y a la hora de cenar yo ya había hojeado todos los ejemplares de *The Modern Priscilla*. Sirvieron la cena. Comí, o más bien no comí, a solas con la tía Mame. El reverendo Shumway anunció que estaba demasiado acalorado para cenar.

—Si es así —dijo la tía Mame—, tanto mejor. Al fin y al cabo, no estaba muy segura de poder resistirlo. Quiero decir que con todos esos desodorantes tan eficaces que hay en el mercado, incluso un clérigo podría hacer algo respecto a su eterno...

—Vamos, tía Mame —la interrumpí—, no utilices algo así contra él.

—Oh, no, cariño. No puedo utilizar nada contra él sin que salga corriendo como un conejo. Los dos actúan como si yo fuese el demonio en persona. Sobre todo la chica. Pero he pensado que tal vez pudieras darle algunos consejos, de hombre a hombre, sobre su higiene personal. Me refiero a que su intención es ganar conversos,

no repelerlos, y...

—¿Es que te has vuelto loca con el calor? —pregunté.

—Casi. Creo que voy a bajar, darme un baño y leer un rato. No te quedes hasta muy tarde con tu amiga. Buenas noches.

No había motivos para preocuparse. Rosemary ni siquiera apareció. Ito empezó a cocinar para la tía Mame y le llevaba bandejas al camarote. Su paladar era tan refinado que ni por todo el oro del mundo habría vuelto a pisar el comedor de oficiales. Además, hacía tanto calor que al capitán le dio por comer envuelto sólo en una toalla de baño, una imagen que le habría quitado el apetito a cualquiera en el restaurante Lapérouse, por no hablar del comedor del *Lesbos*. Otra nota por debajo de la puerta de Rosemary siguió sin dar resultado.

El cuarto día —aún más caluroso— acabé en bañador, como el resto de la tripulación. No apareció ninguno de los pasajeros. Un improvisado cartel de «No molesten» colgaba de la puerta de la tía Mame. Desesperado, subí a cubierta con la esperanza de respirar un poco de aire. No soplaba ni pizca de viento, pero al pasar por la cabina de la radio, me llamaron la atención los acordes de Carroll Gibbons and His Boyfriends que sonaban —entre muchas interferencias— en la BBC. Me asomé a la puerta abierta y vi a un joven griego bebiendo vino. Estaba sentado ante un anticuado equipo de radio y había acondicionado su lugar de trabajo con una horrible alfombra turca en el suelo, cortinas rosas en las ventanas, cojines en la litera, una reproducción de la estatua de la Libertad y fotos colgadas por todas partes. Debía de haber unas doscientas en aquel minúsculo cuartucho: instantáneas de Jean Harlow, Toby Wing, Mary Carlisle, Ginger Rogers, Mae West, Anita Louise, Alice Faye: casi cualquier rubia que uno pudiera recordar.

El radiotelegrafista me vio y sonrió:

—Hola —dijo en un inglés con un acento muy marcado—. Pasa. ¿Hablas inglés?

—Un poco —respondí—. Soy estadounidense.

—¡Oh! —dijo ofreciéndome efusivamente una silla—. Muy bien. Estados Unidos. Bonito. Entonces conocerás a mis primos en Erie.

—¿Quiénes?

—En Erie, Pensilvania, cerca de Buffalo, Nueva York. Es bonito Erie, Pensilvania. Espera un momento. —Corrió a un armario casi tan grande como mi camarote y volvió con varios fajos de fotografías y una botella—. Es *retsina*. Vino griego. Muy bueno. —Me sirvió un vaso de *retsina*, un vino tan resinoso que tuve la sensación de estar lamiendo el arco de un violín—. ¿Está bueno?

—Muy bueno —mentí.

—Éstos son mis primos de Erie, Pensilvania. Eleni, Calíope, Aquiles, Pitágoras, Sócrates, Platón, Terpsícore, Ofelia, Atenea, Hermafrodita, Milcíades, Medusa, Paquisandra y George. ¿Qué te parecen?

—Muy bien —dije, mirando una serie de rostros hoscos con ojos como ciruelas.

—Éste es mi último viaje. Voy a Estados Unidos; a Erie, Pensilvania. Aprendo a

manejar radio en el barco. En Estados Unidos seré *disc jockey* en emisora de radio WLEW en Erie. Hablo bien inglés, ¿verdad?

—No —respondí—. Quiero decir que lo hablas muy bien. Debes de ser la única persona a bordo que habla inglés.

El Greco subió el volumen de la emisión de la BBC a un volumen casi insoportable y se lanzó a un interminable monólogo sobre sí mismo, sus primos de Erie, el jazz y su ambición de convertirse en *disc jockey*. Cuando apuré valientemente mi primera dosis de *retsina*, me sirvió otro vaso aún más copioso. Me fui de allí dando tumbos. El Greco acabó aún peor.

Bajé al cuchitril de mi camarote. Encontré una nota de la tía Mame que decía:

Querido Patrick:

Que no te preocupe mi larga ausencia. Tengo la sensación de que Rosemary se siente incómoda en mi presencia. Por ese motivo, he decidido quedarme en el camarote para que tengas todas las ocasiones del mundo para tu primer amorío. Como te dije, no hay sacrificio pequeño. Y perderme las comidas con el capitán no es ningún sacrificio. Si quieres un poco de comida decente, ven a mi camarote. Aunque supongo que preferirás quedarte con ella. En cualquier caso, toma precauciones. Aún no estoy preparada para cuidar de otra generación.

Un millón de besos,

TU TÍA MAME

Contento de que la tía Mame ignorase lo mal que iban mis devaneos, me desvestí y volví a bañarme. Hacía tanto calor que sumergirse en agua tibia y salada parecía refrescante. Cuando salí, encontré al reverendo Shumway con un batín muy poco clerical —de satén escarlata—, camino del baño. Yo estaba tan deseoso de ver a Rosemary que incluso el reverendo Shumway me pareció un sustituto adecuado.

—¡Reverendo Shumway! —exclamé cogiéndolo del brazo y comprendiendo a qué se refería la tía Mame con lo del sudor—. Qué alegría volver a verle. He estado preocupado. No ha bajado a comer desde..., bueno, desde hace mucho tiempo. Y Rosemary...

—Ejem, eh, está ayunando, mi querido muchacho.

Luego siguió su camino, entró en el baño y cerró la puerta con llave.

Fui a mi camarote y le escribí a Rosemary una nota más. Decía así:

Querida:

¿Por qué no has venido a verme o al menos respondido a mis notas? Te estaré esperando esta noche, como siempre.

Tu devoto,

A continuación, me puse mi camisa más fina y unos pantalones y subí al comedor de oficiales a comer un poco de estofado. Mientras iba por la escalerilla, vi a Ito que llevaba una bandeja al camarote de la tía Mame. Poco después me crucé con el sobrecargo griego, vestido con ropa interior muy usada, que llevaba una bandeja aún más grande al camarote de Rosemary. Había tan poca luz que apenas pude ver lo que había en ella, pero me pareció reconocer un pollo asado.

Enfermo de amor y de aburrimiento, pasé la noche en cubierta esperando a Rosemary. A eso de las once comprendí que era inútil. Estaba a punto de desistir cuando El Greco bajó por la desvencijada escalerilla que conducía a cubierta.

—Buenas noches. ¿Gusta Benny Goodman? Sube. Tomamos *retsina*.

Incluso mi camarote parecía más apetecible que los recuerdos que El Greco tenía de Esparta, de Erie y de sus primos. Me disculpé y me fui a la cama. Cuando desperté, el barco cabeceaba de manera horrible y grandes rociones se colaban por el ojo de buey. Además, hacía frío. Tiritando, cogí las cosas de afeitar y fui al cuarto de baño. Llegué justo a tiempo de ver a la tía Mame tambaleante, pálida y muy desmejorada.

—Tía Mame —dije—, ¿qué te ocurre? ¿Dónde has...?

—Ay, Patrick, cariño —gimió—, no me pidas que hable. No podría sentirme peor. Esta mañana me he caído de la litera a las cuatro de la mañana y luego he estado enterrada viva debajo de las maletas. —El barco dio otra sacudida y caímos contra el mamparo—. ¡Ayyy! —gimió la tía Mame como si estuviese a punto de vomitar.

—Deberías respirar un poco de aire fresco. Llevas días sin salir del camarote.

Una vez más, el barco cabeceó con violencia y ella se aferró a mí para no caerse.

—No quería ser un estorbo, cariño. Tenía mis libros y a Ito para prepararme la comida. ¡Oh!, comida, cómo he podido pronunciar una palabra tan horrible. Averigua cuándo llegaremos a Adén, cariño. Tú puedes quedarte a bordo, si quieres. Pero yo tengo que desembarcar.

Con esas palabras volvió dando tumbos a su habitación.

Nadie —ni siquiera los oficiales— se presentó a desayunar. El mar estaba gris y encrespado. Soplaban un viento huracanado y grandes olas barrían la cubierta. Por suerte, soy buen marinero y, como no había comido nada, tampoco tenía nada que vomitar.

Preocupado por la tía Mame, volví a su camarote. Por el camino me crucé con Rosemary, que me pareció muy pálida y desaliñada.

—¡Rosemary! —grité—. Cariño, ¿cómo...?

—Por favor —gimió, y entró en el baño a trompicones. El reverendo Shumway no tardó en seguirla.

—Caramba, tía Mame —dije el entrar de puntillas en el minúsculo camarote donde estaba dando vueltas y removiéndose en la litera—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Luego esquivé dos o tres baúles que resbalaron por el suelo hacia mí.

—Nada, cariño. Excepto aplicarme la eutanasia. Siempre he sido buena contigo, recuérdalo. ¡Ayyyyy!

—Pronto mejorará el tiempo —dije intentando inútilmente amontonar el equipaje en un rincón.

—No te preocupes por las maletas, Patrick. Averigua cuándo vamos a llegar a Adén. La tierra firme y una copa me bastarán. Puedes desembarcar conmigo y con Ito (el pobre está casi peor que yo), o quedarte en esta bañera si crees que tu enamorada lo merece. He hecho todos los sacrificios posibles. Pero necesito saber cuándo llegaremos a Adén.

La única persona con quien podía comunicarme era El Greco, que probablemente estaría en la cabina de la radio. Arriesgando mi vida, subí a cubierta. El Greco estaba tumbado en su litera y canturreando algo de Tommy Dorsey, cuya banda sonaba entre crepitaciones en la onda corta. Tenía los ojos enrojecidos y reparé en que había dos botellas vacías de *retsina* a su lado.

—Buenos días —dijo con la voz pastosa.

—Buenos días —respondí sin entretenerme con las formalidades—. Dime, ¿el mar Rojo siempre está así de agitado?

—Esto no mar Rojo.

Comprendí que estaba borracho y probé a darle un nuevo rumbo a mi interrogatorio.

—Pero ¿cuándo vamos a recalar en Adén?

—¿Adén? No Adén. Pasamos Adén hace dos o tres días. Barco va directo a Singapur en unas dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Y qué hay de Adén, Bombay, Colombo?

—¡Oh, no! Siempre va de Pireo a Singapur pasando por Port Said.

La onda corta empezó a enviar toda clase de mensajes y El Greco se desmayó.

No le comuniqué la noticia a la tía Mame hasta al cabo de varias horas. La escena que tuvo lugar cuando supo que tendría que pasar otras dos semanas a bordo del *Lesbos* fue demasiado lamentable para contarla aquí.

El día siguiente fue peor y el siguiente aún peor. No vi a nadie más que a la tía Mame en sus numerosos viajes por el pasillo. Aunque, desde que le había dicho que nuestra primera escala sería Singapur, no había vuelto a dirigirme la palabra. Ito, con la cara de color Chartreuse, no hacía más que moverse en su litera balbuciendo oraciones que, a buen seguro, no habría aprobado el reverendo Shumway. Comprendí que estábamos en mitad de las tormentas equinocciales y, a pesar de lo mucho que me aburría El Greco, empecé a pasar las tardes en el cuartucho de la radio. Lo hice por tres razones distintas. En primer lugar, porque El Greco era la única persona que hablaba inglés y que había tenido otro contacto con el mundo más allá de las desvencijadas barandillas del *Lesbos*; en segundo, porque la cabina de la radio era el sitio más cómodo del barco; y en tercero, porque las tormentas le ponían tan nervioso

que siempre se emborrachaba hasta que amainaban. Teniendo en cuenta el estado del *Lesbos* y del Greco, pensé que no sería mala idea que alguna otra persona supiera enviar un SOS. Así que le pedí que me enseñase, e incluso lo comprobé en uno de sus libros para estar seguro: tres puntos, tres rayas, tres puntos. Y creo que el cuarto día de la tormenta sentí la tentación de enviar uno cuando el *Lesbos* estuvo a punto de ser engullido por las olas y El Greco descorchó su sexta botella de *retsina*.

Y luego, tan deprisa como había empezado, la tormenta cesó. Yo había pasado la noche con el chaleco salvavidas puesto, tras decidir que pasarla atado al mástil sería demasiado incómodo, y cuando desperté me encontré con que el mar estaba calmado como una balsa de aceite, lucía el sol y una refrescante brisa agitaba los andrajosos parasoles del *Lesbos*. Me asomé al ojo de buey casi convencido de que vería aparecer una paloma con una rama de olivo en el pico. Lo que vi fue un barco de la Marina estadounidense, la corbeta *Hoboken*, flotando sobre las aguas tranquilas y a la tripulación bañándose alegremente con improvisados trajes de baño, riendo y chapoteando.

Ver un barco de la Marina de los Estados Unidos contribuyó a levantarme el ánimo. No sólo significaba que las tormentas habían pasado y que estábamos en aguas tranquilas libres del peligro de los naufragios y los tiburones, sino que estábamos más cerca de casa. Me vestí y subí a cubierta encantado de la vida.

El capitán y sus hombres estaban discutiendo amablemente, e incluso El Greco, con una terrible resaca, me dedicó una vaga sonrisa y me informó de que Ambrose y su orquesta estaban tocando en la BBC.

Poco antes de mediodía, la tía Mame subió a cubierta con un vestido de verano. Como me había advertido de que no volviera a dirigirle la palabra, traté de escabullirme, pero era la alegría personificada.

—¡Buenos días, cariño! ¿Has visto qué día tan maravilloso?

—¡Tía Mame! —exclamé—. ¿Estás bien? ¿Lo has pasado muy mal?

—Fatal, cariño. ¡Ah, qué sacrificios hemos de hacer por los jóvenes! Pero, mírame. Vuelvo a tener la talla diez. ¡Este modelito de Vionnet me queda ancho por todas partes! No lo habría conseguido con ninguna dieta. Sí, te perdono, Patrick. Y dime, ¿cómo va tu *grand amour*? Espero que no hayas ido demasiado lejos.

La aparición del reverendo Shumway me libró de contarle la vergonzosa verdad a la tía Mame. Él también estaba más delgado, pero seguía sudando a pesar de que ya no hacía calor.

—¡Reverendo Shumway, buenos días! Es usted justo la persona a quien quería ver —dijo la tía Mame—. Me he pasado estos días leyendo la Biblia en mi camarote para poder discutir inteligentemente con usted. Y tengo otra buena noticia: mi asistente, Ito, también habla chino, así que podrá ayudarle con sus estudios bíblicos. Pero antes tengo que pedirle que me haga un gran favor.

—¡Eh!, ¿de qué se trata? Ejem.

—De una oración de gracias por habernos librado de esa horrible tormenta que

podría haber acabado con todos. Creo que sería una buena idea avisar a Ito, a la tripulación y a su hija, y que usted la rezara en chino, griego e inglés. Por favor, hágalo por mí.

—En fin, mi querida señora, ejem, no sé si hay...

—Tonterías, mi querido reverendo Shumway, seguro que si hojea usted su devocionario encontrará algo apropiado.

—¿Mi qué? —al decir esas palabras el reverendo Shumway carraspeó de tal modo que dejó de oírse su voz. Una vez más se puso a sudar copiosamente.

—Disculpe, reverendo Shumway —dije—, ¿es que no va a salir Rosemary ahora que ha refrescado y el mar está en calma?

—Eh, ejem, no. No, Rosie..., mi hija no se encuentra bien. Todavía está, ejem, ayunando.

—¿Con todas esas bandejas que he visto que le llevaban a su camarote? —dijo la tía Mame—. Por mucho fervor religioso que tenga, parece tener más apetito que...

—Disculpe —dijo el reverendo Shumway y se marchó carraspeando a su camarote.

—¡Tía Mame! —dije—. No deberías haber dicho eso.

—¿Por qué? Es cierto. «La verdad es poderosa y prevalece», Apócrifos, 4, 41. Oh, Patrick, he estado leyendo todas esas cosas para tener una agradable charla con nuestro guía espiritual, Alfred Shumway, en cuanto el tiempo refrescara y dejase de transpirar como un cerdo en el horno.

—¡Tía Mame!

—También es cierto, y te diré otra cosa que también lo es. El reverendo Shumway sabe tanto de religión como yo, y mira que sé poco. No es más que un vulgar impostor, igual que su hija, suponiendo que sea su hija, cosa que dudo. Mi camarote está pared por pared del suyo, y lo que les he oído decir a esos dos no eran precisamente rezos. No sé qué se trae entre manos ese viejo embaucador, pero nos está utilizando de tapadera para todos esos momentos embarazosos en los que los funcionarios...

—¡Maldita sea! —exclamé acalorado—. Eso es mentira. Rosemary es una joven recta y honrada. La amo y ella me ama a mí y...

—Pues ve a verla, Patrick. Ve a verla ahora mismo. Insisto.

—¡Lo haré! —y diciendo esas palabras bajé dando zancadas por la maloliente escalera. Es difícil describir lo que sentía. Estaba furioso con la tía Mame, no tanto por lo que había dicho como porque, en el fondo, temía que tuviera razón. El reverendo Shumway era una bola de grasa maloliente que no sabía ni dónde tenía la mano derecha. También me constaba que yo no estaba teniendo ningún amorío con Rosemary. Pero lo que más me dolía era que la tía Mame también lo supiera. Una cosa es ser tonto y otra que los demás se enteren. Decidí ir a ver directamente a Rosemary y pedirle una explicación; estaba a punto de llamar a su puerta cuando los oí discutir en el camarote.

—Vaya par que has ido a escoger, Rosie —estaba diciendo Shumway en un tono nada piadoso—. Me dijiste que eran la pareja ideal: yanquis ricos, y que ella tenía la cabeza hueca. Y resulta que son una puñetera beata y su hijo.

—Oh, vete al demonio, Alf —dijo Rosemary con voz grave y pastosa. Se acabaron las palabras delicadas: tampoco es que tuviese acento *cockney*, ni exactamente de Mount Street—. Cuando los vi en el hotel, en la agencia de viajes y en el bar, a ella, al chico y al criado con ese cochazo, me pareció incapaz de distinguir un...

—Pues no lo es, Rosie. Sabe mucho más que tú, niña. No me extraña que te pases el día con el culo en la silla y dándole a la ginebra.

—¡Déjame en paz, Alfie!

—No pienso dejarte en paz. «Dieciocho...» —la imitó burlón Shumway—. Mi hija pequeña... Ya puedes ir olvidándote de esa monserga, Rosie. ¡Dieciocho! No me hagas reír. Aparentas cuarenta.

—Cierra esa boca. Aún no he cumplido los treinta y no me extraña si aparento más. Menuda vida he llevado contigo, Alf..., un lecho de rosas. Vendiendo armas al mejor postor. Tratando con los españoles, los italianos y ahora con unos puñeteros chinos. Vaya una vida. ¿Y ahora me culpas por echar un trago? No hemos hecho más que ir de aquí para allá en algún puñetero cascarón como éste. Con una pinta a lo Shirley Temple y sin poder cortarme el pelo decentemente. He tenido que camelarme a un montón de gángsters apestosos para ti, y ahora a un crío que todavía usa pañales...

—¿Desde cuándo le has puesto pegas a un buen achuchón, Rosie? Me acuerdo de...

—Desde luego prefiero a ese mocoso que a ti. Al menos, él va limpio...

Acababa de poner la mano en el picaporte cuando se oyó una explosión. Corrí a cubierta a tiempo de ver que un enorme destructor japonés lanzaba otro disparo de aviso ante la proa del *Lesbos*.

—Dios mío, ¿qué ocurre ahora? —dijo la tía Mame cogiéndome de la mano.

—Tía Mame, el reverendo no es ningún clérigo. Es un traficante de armas; el órgano y las Biblias son armas de contrabando...

—Pero, cariño, éste es un barco neutral.

—Aun así, se trata de contrabando. La guerra chino-japonesa.

El *Lesbos* detuvo las máquinas, y el destructor japonés, a menos de treinta metros, se dispuso a enviar un bote para abordarnos.

—¿Qué vamos a hacer, cariño? Lo más probable es que se lleven a Ito para alistarlos por la fuerza.

—Entretenlos —dije—. Entretenlos todo lo que puedas.

Fui corriendo a la cabina de la radio. El Greco yacía en su litera escuchando a Hal Kemp y aliviando su resaca con los posos de una botella de *retsina*.

—Hoooola —dijo con voz pastosa.

—Hola —respondí—. ¿Qué te parecería descorchar otra botella de ese delicioso vino?

—Buena idea —dijo poniéndose en pie, vacilante.

Lo seguí hasta el armario, esperé hasta que lo abrió, le empujé y lo encerré en él. Luego me senté y empecé a enviar mensajes de SOS tal como me había enseñado El Greco.

Estuve enviándolos hasta que pensé que se me caería el brazo. Luego cogí la botella vacía del Greco y volví a cubierta dispuesto a defender a la tía Mame de todos los contrabandistas del mundo y de la Flota Imperial japonesa.

Casi esperaba encontrar a la tía Mame a punto de ser arrojada por la borda, pero cuando salí de la cabina de la radio la encontré sentada en cubierta y rodeada de admirados oficiales japoneses. Estaba realizando la ceremonia ritual del té y —gracias a Ito, que hacía de intérprete— parecía tenerlos fascinados.

—Quítate los zapatos, Patrick, y ven con nosotros —dijo—. Este atractivo caballero que tiene tantos galones en la manga ha sido muy comprensivo con las súplicas de una pobre viuda. También parece convencido de que Ito es una especie de primo suyo, y no he visto motivos para contradecirle. ¿Un azucarillo o dos?

Estaba a punto de responder cuando vi a la chica de mis sueños, Rosemary. La habían subido a cubierta tal como la habían encontrado, y su aspecto no podía ser más lamentable. Llevaba más de una semana sin salir del camarote y pestañeaba al ver la luz del sol, sus límpidos ojos azules estaban hinchados y surcados de venitas rojas. El pelo sin peinar, ahora ciertamente oscuro en las raíces, volaba en todas las direcciones. Llevaba un raído batín de mujerzuela que en otro tiempo había sido blanco y unas zapatillas sucias a las que les faltaba un plumoso pompón. Alf tenía razón: puede que no hubiese cumplido los treinta, pero sin duda aparentaba cuarenta. En cualquier caso, no tenía dieciocho. Noté cómo se me partía el corazón y aparté la mirada.

Luego apareció la corbeta estadounidense *Hoboken*, y con ella otro bote dispuesto a abordarnos.

—Más tazas, Ito —dijo la tía Mame en cuanto los marineros estadounidenses subieron a cubierta—, y trae también un poco de licor. Me consta que, por alguna aburrida ordenanza, nuestros valientes marineros no pueden probar ni una gota de alcohol cuando no están en tierra. Y ahora, quítense los zapatos, caballeros, mientras hago las presentaciones.

Media hora más tarde, la tía Mame se las arregló para llevar al capitán de corbeta estadounidense al salón y explicarle nuestra petición —o alguna petición—, pues después de mucho agitar banderas y utilizar señales luminosas, llegó otro bote al costado de estribor del *Lesbos*. Venía a recoger las maletas de la tía Mame.

Después de ponerse un elegante traje de viaje, la tía Mame fue a supervisar en persona cómo lo cargaban.

—Cuidado, chicos, esas dos maletas de cocodrilo van a mi camarote. Lo demás

no lo necesitaré a bordo, a no ser que la última noche deis un baile de disfraces o algo por el estilo.

—Pero, señora Burnside —dijo el capitán—, estamos de maniobras.

—Pues podemos maniobrar una fiesta. No imagina cuánto me he aburrido en esta bañera infecta. Además, tengo litros de bebidas en ese baúl marcado como «Frágil». ¡Caramba, qué forzudos son los jóvenes estadounidenses! Adiós, capitán —dijo—. Espero que me reembolsen la parte del billete que no hemos utilizado. ¡Vamos, Patrick! ¡Ito! ¡Proxima escala, San Francisco!

Nunca sabré exactamente qué fue lo que le dijo la tía Mame al oficial estadounidense y ella siempre ha sido muy vaga al respecto. En el informe del cuaderno de bitácora decía: «Evacuamos a tres ciudadanos estadounidenses en peligro inminente relacionado con un incidente relativo a la guerra chino-japonesa. Barco contrabandista de armas...». Y, en fin, no añade mucha más información. Ignoro también qué fue de Rosemary, de Alf y de la alegre tripulación del *Lesbos*, aunque tampoco es que me importe.

Estábamos sentados en la lancha camino de la corbeta *Hoboken*, y la tía Mame explicaba a los jóvenes oficiales sus planes para celebrar una fiesta a bordo.

—Ah, nunca olvidaré aquellos alegres bailes en Annapolis cuando era casi una niña. ¡Ahora ha llegado la ocasión de devolverle a la Marina todo lo que ha hecho por mí!

—Tía Mame —dije en voz baja—, hay algo que quiero confesarte. Es sobre Rosemary y yo.

—No, cariño, ni una palabra. Puede que te haya educado para que seas un demonio con las mujeres, pero también para que seas un caballero. Nada de cotilleos, Patrick, haz el favor.

LA TÍA MAME Y EL REGRESO

—¿Y después? —preguntó Pegeen.

—Pues volvimos a casa, fui a la universidad, te conocí y vivimos felices y comimos perdices.

—¿Y ya está?

—Sí, ¿por qué? —respondí evitando mirarla a los ojos.

—No sé..., me parece que, para ser una persona que se gana la vida ideando ingeniosos anuncios de productos que de otro modo nadie compraría, te las has arreglado para hacer que un viaje alrededor del mundo suene tan aburrido como un viaje en metro para ir al trabajo.

—Pero si es lo que te he estado diciendo todo el tiempo, Pegeen. No hay de qué preocuparse. Puede que la tía Mame fuese un poco alocada en los años veinte, pero debes tener presente que el tiempo no se detiene para nadie. No sé qué edad tendrá exactamente ahora la tía Mame...

—Ella insiste en que tiene treinta y nueve.

—Di más bien sesenta. Es una ancianita dulce y canosa. Lo más probable es que ahora mismo esté sentada en la *suite* de algún hotel con una taza de Ovaltine, haciendo algún solitario después de que Michael haya rezado sus oraciones y se haya metido en la...

El timbre de la puerta me interrumpió con el primer compás de la «Doxología», un irritante rasgo de todas las casas de Verdant Greens.

—Dios mío, ¿quién puede ser a estas horas? —dije.

—Si es la señora Merkin, del Club de Asuntos Sociales, dile que...

Volvió a sonar la «doxología».

—Serán niños que vienen a cantar villancicos —dijo Pegeen asomándose a través de las persianas.

—Si lo son, ya puedes ir a por la manguera —respondí—. Es lo malo de estas urbanizaciones y del espíritu comunitario. ¿Quién es?

—Pues no lo sé —dijo Pegeen—. Sólo veo a dos personas con la pinta más rara que...

—¿Truco o trato?

Una vez más el timbre entonó: «Alabad a Dios, de quien proceden todas las bendiciones».

—Bueno, sean quienes sean —dije yendo a grandes zancadas hacia la puerta—, los voy a echar a... —Abrí la puerta y dije—: ¿Sí?

Eran dos personas con trajes de esquimal, clavados a los de los niños del anuncio de *ginger ale* Clicquot.

—Patrick, cariño —dijo una voz argentina.

—¡Papá!

—¡Dios mío! —exclamé. Todo lo que tenía pensado decir quedó ahogado entre las pieles de lobo—. ¡Pegeen! —grité—. Son Michael y la tía Mame... ¡Han vuelto!

—¡Mi bebé! —gritó Pegeen abalanzándose sobre él desde el cuarto de estar.

Se produjo una escena muy afectuosa y con gran profusión de besos, llantos y abrazos. Cuando la cosa se calmó un poco, Pegeen dijo:

—¿No le das un beso a papá, Michael?

—Tengo diez años y mido un metro y medio —dijo Michael—. La tía Mame dice que los hombres que se besan unos a otros son...

—Creo que en este caso podrías hacer una excepción, cariño —dijo atropelladamente la tía Mame—. Sólo tengo tiempo de tomar una copa y luego debo marcharme. Tengo el Volvo ahí delante, y estoy segura de que está mal aparcado.

—¿El qué? —pregunté.

—El Volvo. Es un coche sueco divino que he comprado hace poco. El Rolls es demasiado grande para pasearme con él por ahí. De hecho, Ito va a traerlo desde Fairbanks, si no se pierde. ¡Ah, Patrick, cariño, unos dedos de whisky escocés sería maravilloso! —Se quitó el abrigo de pieles y exhibió una silueta tan esbelta como siempre y un peinado con rizos de color peltre.

—Bueno —dije todavía sorprendido—. ¡El regreso de la señora Burnside! Ahora que has vuelto, todos nos alegramos mucho, claro, pero hacía cuatro meses que no teníamos noticias vuestras. ¿No podríais haber enviado al menos una postal?

—Os escribimos un montón de postales, papá —dijo Michael—, pero en la colonia nudista nadie tenía sellos.

—¿En la qué? —dijo Pegeen.

—No aburras a tus padres con detalles sin importancia, Michael, cariño —dijo la tía Mame—. Era un balneario sueco..., una islita en mitad del mar Báltico. Estupenda para tonificar el organismo.

—Y me puse malo de la garganta y...

—¡Oh, Michael! ¿De verdad? —exclamó Pegeen—. He estado tan preocupada por tu salud que...

—No fue nada —dijo alegremente la tía Mame—. Conseguí que le dieran permiso para llevar una bufanda varios días y al poco tiempo estaba como nuevo. No me negarás que el niño rebosa salud. E, imagínate, habla siete idiomas, tres con fluidez.

—Pero cuatro meses enteros —insistí—, sin saber nada... Pegeen y yo hemos estado preocupadísimos. He teleografiado a todos nuestros conocidos en el extranjero, he recurrido al Departamento de Estado, a una agencia de detectives...

—Ah, pero, Patrick, cariño —dijo la tía Mame sorbiendo su bebida con elegancia—, hemos estado en sitios remotísimos. Se me ocurrió que, en lugar de llevar al niño a sitios tan turísticos como el Tíbet, Afganistán y Etiopía, debíamos probar algo

menos transitado. Así que, después de recorrer la península de Escandinavia, fuimos a Islandia, Groenlandia y Alaska. ¡Ah, deja que te diga que la industria del congelado tiene un gran futuro por...!

—Disculpa —dije—, ¿no habéis oído un ruido muy raro?

—Oh, es *Moscatel*, papá —dijo Michael.

—¿Qué?

—El buey almizclero de Michael. Lo compramos en un puesto comercial en Godthaab cuando estuvimos en Groenlandia. Los cría un anciano danés encantador, y no pudimos resistirnos. Claro que entonces *Moscatel* no era más que un ternero. De hecho, aún no ha terminado de crecer. Pero es dulce como un corderito y estoy segura de que *todo el mundo* querrá tener uno cuando lo vean.

—¿Qué..., qué comen los bueyes almizcleros? —preguntó Pegeen.

—Arbustos, flores. Cosas así —dijo Michael—. ¿Puede dormir conmigo esta noche?

—Pues claro que no —dije—. Vete a saber qué enfermedades podría contagiarte. Además, creo que sueltan mucho pelo.

—¡Oh!, *Moscatel* no me contagiará nada, papá. De hecho, cuando la tía Mame y yo visitamos a los leprosos en...

—¿A quién? —preguntó aterrada Pegeen.

—Michael, cariño —dijo la tía Mame en tono más que elocuente—, tus padres van a pensar que no te he enseñado modales. No debes monopolizar la conversación. Recuerda que, aunque seas muy maduro, no tienes más que diez años. Se refería a unos *leopardos*, querida. Vimos muchos en Somalia. ¿Verdad, Michael?

—Oh, sí, tía Mame —dijo Michael un poco incómodo—. Y luego estuvimos en ese sitio donde había un hombre que criaba serpientes pitón y la tía Mame me dejó entrar y...

—¿Que te dejó hacer qué? —repitió Pegeen.

—Michael, cariño —dijo la tía Mame poniéndose en pie—, hay unas cosas en el coche..., unos recuerdos para tu madre y tu padre, ¿por qué no me ayudas a traerlos? Además, he olvidado decirte una cosa.

—Ya iré yo —dije.

—Oh, no, Patrick, quiero decirle una última cosa a Michael. Vamos, cariño. Luego la tía Mame tiene que marcharse. Esta noche voy a dar una conferencia en el Club de Exploradores. Y le he prometido a Cris Alexander que posaría para un retrato. Sólo yo y toneladas y toneladas de pieles divinas.

Y con esas palabras se marcharon.

—No lo puedo creer —dijo Pegeen—. Nos ha devuelto a nuestro hijo... y desde luego en mejores condiciones que cuando lo raptó, pero ¿qué crees que ha querido decir con eso de los leprosos y lo de...?

—Oh, nada —respondí apresuradamente—. Ya sabes cuánta imaginación tienen los niños.

—No. Pero sí sé que tendremos que darnos prisa si queremos pasar unas Navidades a la antigua. Me refiero a que ésta es nuestra oportunidad de volver a tener un árbol, y de regalarle a Michael el tren eléctrico, la bicicleta, el juego de química, el microscopio..., y todas las cosas que no pudimos darle las dos últimas Navidades.

—También podríamos darle de cenar y preparar su habitación para él y para *Moscatel*.

—¡Oh!, mira a ese sucio animal —exclamó Pegeen mirando fijamente hacia la puerta abierta—. ¡Se ha comido todos los rododendros! ¡Fuera, largo de aquí! Y ahí llegan los dos del coche con las manos vacías. No veo ni rastro de esos «recuerdos».

Fui hacia la puerta y dije:

—Probablemente los haya olvidado en algún sitio. Tiene tendencia a ser...

Pero me detuve en seco al oír a la tía Mame que decía:

—Recuerda, cariño, que hay algunas cosas de las que los padres no tienen por qué enterarse. Será nuestro secreto. —Luego nos vio y dijo en voz alta—: ¡Vaya, qué despistada me estoy volviendo! Me he dejado los regalos en el vestíbulo del Saint Regis con los postes totémicos. Aún no sé qué voy a hacer con esos postes.

—Si quieres puedo hacerte alguna sugerencia —dije, sabiendo por experiencia las vivencias que había tenido mi hijo con su tía abuela.

—Lo siento, cariño, pero ahora no tengo tiempo. Ya llego tarde a la conferencia. —Nos besó a Pegeen y a mí apresuradamente—. Siento que haya sido una visita tan corta, pero todo el mundo está deseando que le cuente todos los detalles de nuestro viaje.

—No más que yo... —dije.

—Adiós, Michael, cariño —dijo la tía Mame abrazándolo—. Nunca había tenido mejor compañero de viaje. Excepto tu padre. A lo mejor, el verano que viene podemos repetirlo.

—¿Otros dos años y medio? —dijo Pegeen.

—¡Oh, no! Un viaje más corto..., a remontar o descender el Amazonas; o ambas cosas. Bueno, *à bientôt*, queridos. Y que paséis una feliz Navidad. ¡Me marcho a las Indias! No olvides, Michael, lo que te ha dicho la tía Mame.

—Lo de que no cuente nada a na... —empezó Michael.

—¡Adiós, queridos! ¡Adiós, adiós, adiós! —gritó la tía Mame mientras se alejaba casi corriendo por la acera.

—Michael —dijo Pegeen, observando cómo la tía Mame subía a su cochecito sueco—, ¿adónde habéis ido?

—Hemos dado la vuelta al mundo, mamá.

—¿Y qué habéis hecho?

—Nada.

—¡Adiós, cariño! —gritó la tía Mame por encima del rugido del motor—. Ha

sido un viaje precioso.



PATRICK DENNIS. Seudónimo utilizado por Edward Everett Tanner III. Fue un icono de la bohemia de Nueva York, además de uno de los escritores norteamericanos más populares de los años cincuenta y sesenta del siglo xx.

En 1942 ingresó en el American Field Service, trabajando como conductor de ambulancias en el norte de África y en Oriente Medio. El 30 de diciembre de 1948, se casó con Louise Dennis Stickney, con quien tuvo dos hijos.

Trabajando con su viejo amigo, el actor y fotógrafo Cris Alexander, Dennis creó dos memorias parodiadas. La primera, *Little Me*, relata las aventuras a través de la vida y el amor de la muchacha Belle Poitrine, como se le llamó a Patrick Dennis. Su esposa, Louise, apareció como *Pixie Portnoy* en las ilustraciones fotográficas del libro, que también incluía a sus hijos y un empleado. El segundo «bio», *La primera dama* (1964), es la historia de la vida de Martha Dinwiddie Butterfield, esposa inconsciente de un barón ladrón que «robó» la presidencia de EE. UU. durante treinta días en el cambio de siglo.

El trabajo de Dennis pasó de moda en la década de 1970, y todos sus libros se agotaron. En sus últimos años, abandonó la escritura para convertirse en un mayordomo, un trabajo del que disfrutó, según informaron sus amigos. Durante un tiempo, trabajó para Ray Kroc, fundador de McDonald's. Murió de cáncer de páncreas en Manhattan a la edad de 55 años.

La tía Mame, que había sido rechazada por diecinueve editores, vendió, al ser publicada en 1955, más de dos millones de ejemplares en Estados Unidos y se

mantuvo ciento doce semanas en la lista de los diez libros más vendidos del New York Times.

Dennis se convirtió en 1956 en el primer escritor en conseguir colocar en esa misma lista tres títulos, firmados con tres seudónimos distintos: *La tía Mame*, *The Loving Couple: His (and Her)* y *Guestward, Ho!*

Notas

[1] Alusión a la organización Kraft durch Freude. (*N. del T.*). <<

[2] En la primera edición de *La vuelta al mundo con la tía Mame*, aparecida en 1958, poco después de la fase más intensa del macartismo, el editor consideró poco apropiado publicar el capítulo sobre la Unión Soviética, que no fue restituido hasta la edición de 1995. De ahí que el presente capítulo retome la narración a partir del episodio austríaco. (N. del E.). <<

[3] En español en el original. (*N. del T.*) <<